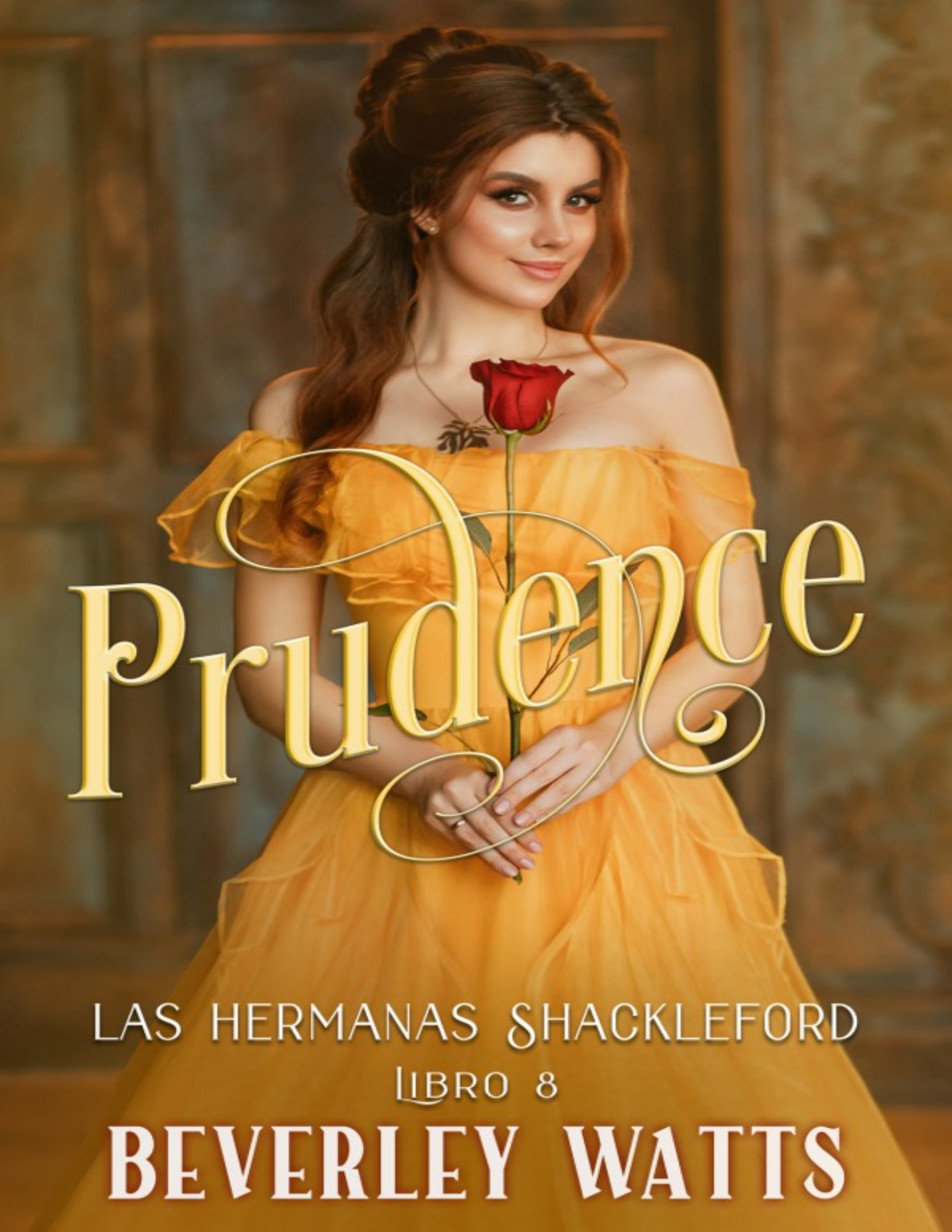

Prudence
LAS HERMANAS SHACKLEFORD
LIBRO 8
BEVERLEY WATTS

PRUDENCE

LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO OCHO



BEVERLEY WATTS

Traducido por

ROSA MARÍA CALVO LUQUE

ÍNDICE

Dedication

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
Nota de la autora
Anthony
¡Contacta conmigo!
Serie «Las hermanas Shackleford»
Sobre la autora

DEDICATION

Para mi más querida y vieja amiga, Debbie. Sin tu apoyo y tus ánimos constantes, no habría llegado hasta donde estoy hoy.

CAPÍTULO 1



El día de la boda de Percy y Lizzy amaneció radiante y despejado. Los primeros rayos del sol teñían de rosa el cielo de la mañana, presagiando que el solsticio de verano de 1821 sería agradablemente cálido o, con mayor probabilidad, sofocante hasta lo insoportable.

Cuando Prudence se deslizó por la puerta de la cocina, apenas dirigió una mirada fugaz al resplandor anaranjado y dorado que adornaba el horizonte. Trataba de hacer equilibrios con un bollo robado —y, para su sorpresa, muy caliente— en una mano, mientras con la otra se ataba los cordones del vestido. Eran solo las seis, pero la cocinera de la vicaría, la señora Tomlinson, ya había dispuesto una profusión de pasteles, carnes asadas y toda clase de manjares para la celebración.

Seguramente, más de uno de aquellos tentadores platos contenía vestigios de lágrimas y quizá incluso alguna discreta aportación nasal, pues la señora Tomlinson llevaba tres días llorando sin parar. Tan impresionante había sido el llanto de la cocinera, que cualquiera habría creído que el coadjutor de Blackmore se marchaba a otro continente, y no apenas a doscientos metros de distancia calle abajo.

La razón por la que Prudence se había levantado a una hora tan intempestiva era, como cabía esperar, esquivar el tumulto que un acontecimiento de tal magnitud estaba provocando. Desde luego, cuando pidió con suma cortesía que la dejaran encargarse de coger las flores para el ramo de Lizzy, no faltaron las miradas de desconcierto, por no mencionar las risitas del resto de la familia, dado que sus conocimientos sobre flores silvestres se reducían, hasta entonces, a distinguir un diente de león de una margarita.

En honor a la verdad, Prudence había pasado al menos veinte minutos la noche anterior examinando las ilustraciones de flores silvestres en el ejemplar de *Historia natural de Selborne*, de Gilbert White, que pertenecía a su padre. No tenía muy claro dónde se encontraba Selborne, pero supuso que no diferiría demasiado de Blackmore y, como las tres primeras láminas que había estudiado mostraban prímulas silvestres, acianos y amapolas, decidió que el ramo de la novia incluiría prímulas silvestres, acianos y amapolas. Solo necesitaba encontrarlos.

Mientras se llevaba a la boca el último trozo del bollo, resolvió que su encargo se prolongaría al menos tres horas: regresaría justo a tiempo para atar una cinta alrededor del ramillete y entregárselo a la novia. Si reservaba otros veinte minutos para volver a la vicaría y cambiarse de ropa, estaría lista poco antes de que comenzara la ceremonia. Con un poco de suerte, todos los demás se hallarían ya en la iglesia.

Perfecto.

Bueno, lo habría sido, de no encontrarse en esos momentos al otro lado del pueblo, con un total de tres amapolas mustias, y apenas hora y media por delante antes de la boda. Seguro que a Gilbert White no le había resultado tan arduo reunir unas cuantas prímulas y acianos.

—Maldita sea... —murmuró, ya que su padre no podía oírla.

Con un suspiro de frustración, Prudence se dejó caer al borde del camino lleno de baches y fijó la vista en la distancia. El único sonido era el arrullo suave de una paloma torcaz. El frescor de la madrugada ya se había disipado y el calor empezaba a posarse en su espalda, y aún iría a peor. Prudence hizo una mueca al imaginar la iglesia abarrotada con todo Blackmore dentro. Sin duda, al final de la ceremonia el ambiente estaría más que animado; ningún aldeano se perdería la boda de su único coadjutor, sobre todo, después del escándalo que acompañó los inicios del noviazgo. Se había llegado a murmurar que el primer marido de Lizzy seguía vivo por entonces...

Prudence soltó una risita. Si supieran solo la mitad...

Mientras apartaba distraída las briznas de hierba de su falda, alzó la vista. Más allá de la colina se distinguía el tejado de la mansión de su hermana mayor, Grace. Entrecerró los ojos al pensar en los abundantes y elaborados arreglos florales que solían adornar la gran casa. De pronto, se incorporó.

Al diablo con las prímulas, los acianos y las amapolas. A ese paso regresaría con dientes de león. Hacían falta medidas drásticas.

Recogiéndose las faldas, Prudence trepó por el muro de piedra y cruzó el prado a buen paso, en dirección a la residencia campestre del duque de Blackmore.

—Por Dios, Percy, cualquiera diría que eres un mozalbete por lo inquieto que estás. Vas a abrir un agujero en el diván de Agnes si no dejas de retorcerte, y no querría estar en tu pellejo si eso ocurriera.

—Es que no estoy acostumbrado a llevar... pantalones, señor. Sobre todo, cuando hace calor.

—¿Qué demonios estás diciendo, Percy? Llevas esos malditos pantalones todos los días... —El reverendo se calló al advertir el leve rubor que se extendía por el rostro del coadjutor—. Por Dios, dime que no das los sermones en calzones debajo de la sotana.

—Bueno... yo... verá, la cuestión es que...

—El púlpito es el lugar con más corrientes de aire de todo el templo —dijo el reverendo, incrédulo—. Me asombra que no tengas sabañones. ¿Y si una ráfaga levantara de pronto tu sotana? Por Dios, Percy, a la señora Dibbert le daría una apoplejía. —El reverendo miró a su coadjutor como si este hubiera desarrollado una segunda cabeza.

—Solo lo hago cuando hace calor, señor —insistió Percy con desesperación—. Y hoy, probablemente, hará mucho calor en la iglesia.

El reverendo Shackleford abrió la boca para replicar, pero se detuvo, resopló con indignación y murmuró:

—Espero sinceramente que hayas ocultado esa inquietante costumbre a tu futura esposa. Incluso Lizzy podría desmayarse al imaginarte predicando la palabra de Dios en ropa interior. —Sacudió la cabeza, preguntándose si no sería demasiado temprano para un *brandy*.

—No es un asunto que haya surgido en nuestras conversaciones —murmuró Percy—. Pero puedo asegurarle, señor, que he estado completamente vestido durante todos mis encuentros con mi prometida.

—Me alegra oírlo —declaró Augustus Shackleford con fervor—. Te ha costado bastante pedirle en matrimonio, y me parece que ella no habría tenido tanta paciencia de haberte visto en calzoncillos.

Percy no discutió, aunque estaba convencido de que nada de lo que él llevara puesto —o dejara de llevar— sería motivo de huida para su prometida; dudaba que hubiera algo que Lizzy no conociera ya de él. No, lo verdaderamente inquietante era la presencia de su propia madre.

Le avergonzaba admitir que había albergado la esperanza de que ella decidiera no asistir a la boda. Pero el tiempo había sido benigno

durante semanas y las carreteras desde Salcombe estaban en buen estado. A ello se sumaba la generosa oferta del duque de Blackmore de recogerla en uno de sus carruajes. Percy suspiró. El infierno se congelaría antes de que Mary Noon rechazara semejante invitación.

—Bien —dijo el reverendo Shackleford—, aún queda algo de tiempo antes de que lleguen las damas, así que confío en que el Todopoderoso nos perdone si echamos un trago. Algo que te dé fuerzas, Percy, antes de que al fin te pongan las esposas.

Augustus se apresuró hacia el aparador y sirvió tres generosas copas de *brandy*. Tras dar un sorbo agradecido a la primera, entregó la segunda a Percy, asegurándole que era justo lo que necesitaba para burlar cualquier corriente de aire que osara rondar sus partes bajas. La tercera la vertió en un amplio platillo sobre el suelo.

—Toma, Freddy, muchacho. También te sentará bien.

El viejo sabueso movió la cola desde su lecho de mantas en el rincón. Freddy había perdido brío en los últimos meses. Aún podía perseguir algún conejo de forma ocasional, pero, por lo general, prefería que su cena le ofreciera menos resistencia. Su plato predilecto seguía siendo el pudin de pan y mantequilla de la señora Tomlinson. Se bebió el *brandy* en un santiamén y regresó a su cesta con aire satisfecho; se acurrucó y cerró los ojos tras un suspiro complacido.

—A ver si lo he entendido —dijo el reverendo mientras observaba a su coadjutor, que ahora movía las rodillas con nerviosismo—. ¿Tu inquietud tiene que ver con tu exceso —o defecto— de ropa interior, y nada con el hecho de que aún no hayas presentado a Lizzy a tu madre?

Como de costumbre, Augustus Shackleford había ido directo al centro del problema.

Durante unos segundos, Percy guardó silencio; luego, con un leve gemido, apuró el resto de su *brandy*.

—No comprendo por qué estás tan alterado —comentó el reverendo, sirviendo dos copas más—. Quiero decir, la vieja Lizzy puede ser un buen partido, ya que heredó las ganancias ilícitas de su hermano, pero no es que sea una gran dama. Su primer marido huyó y murió siendo un borracho. Cualquiera es mejor que eso.

Percy frunció el ceño. No podía evitar pensar que la idea que el reverendo tenía del consuelo emocional no había mejorado con los años. Suspiró y dio un sorbo a su copa.

—Y, en cualquier caso —prosiguió el reverendo—, Mary es una mujer respetable, ahora que regenta el Lobster Pot en Salcombe. Estoy convencido de que no se le ocurrirá avergonzarte con una conducta impropia.

Ambos hombres se volvieron al oír un estruendo repentino en la escalera. Unos segundos después, Mary Noon irrumpió tambaleándose en la estancia, ataviada con un vestido lila con el que parecía haberse paseado por una mina de estaño.

—Maldita sea, esas escaleras acabarán conmigo —anunció—. Bueno, Percy, muchacho, ¿dónde está el *grog*? Estoy más seca que los sesos de un difunto.

Prudence tardó menos de diez minutos en alcanzar la casa del duque. Se dirigió sin vacilar a la puerta lateral que Anthony y Peter utilizaban cuando deseaban entrar o salir sin llamar la atención. Con el mayor sigilo posible, cruzó el cuarto de las botas y penetró en la casa principal.

La cocina estaba desierta. Prudence se preguntó dónde estaría la señora Higgins. Se sentía como una ladrona —lo cual resultaba absurdo—, porque sabía que Grace le habría dado flores de buen grado para el ramo si se las hubiera pedido. De hecho, la duquesa ya había proporcionado las flores que adornaban la iglesia. Había sido idea de Prudence buscar flores silvestres para el ramillete de la novia.

Haciendo una mueca, empujó la puerta del gran comedor. Toda aquella maldita farsa respondía a su deseo de evitar una conversación tediosa. Si su padre hubiera descubierto lo que tramaba, probablemente le habría dicho que el Todopoderoso se estaba riendo a su costa.

Aunque quizá no...

En el centro de la gran mesa se alzaba un arreglo floral de tamaño considerable. Prudence soltó un suspiro de alivio. Miró hacia atrás, se subió a una silla y, con cautela, se sentó en la mesa junto al jarrón.

Tras cerciorarse de nuevo de que la puerta seguía cerrada, comenzó a seleccionar las flores que parecían haber crecido en un seto. Debía darse prisa. No deseaba ofrecer explicaciones si la sorprendían encaramada a la mesa del duque de Blackmore, extrayendo flores de un jarrón de valor incalculable. Aunque, pensándolo bien, quizá creerían que se había vuelto loca, cosa que la mayoría ya daba por supuesto.

Cinco minutos después, contaba con suficientes flores para componer un buen ramillete. Bajó de su improvisado asiento, con cuidado de no dejar cercos de agua en la mesa del comedor de su cuñado. Se detuvo en la puerta. ¿Cuál era la mejor salida? Cruzar directamente por la cocina y atravesar el huerto sería lo más rápido y, aunque no sabía la hora exacta que era, tenía claro que el tiempo se le acababa.

Esforzándose por aparentar que era lo más natural del mundo deambular por la casa de su hermana, dejando caer gotas de agua con las mejores flores de su jardín, regresó a la cocina. Estaba a punto de abrir la puerta cuando oyó voces al otro lado.

Diablos...

Era demasiado optimista al pensar que entraría y saldría de la casa sin que nadie lo notara. Se lo echaría en cara toda la vida. Y que

Dios la ayudara si Anthony se enteraba.

De pronto, oyó que pronunciaban su nombre.

—Me pregunto qué diantres van a hacer con ella. Prudence es una chica encantadora, pero tiene más de veinte años y sigue vagando por el campo... Bueno, dígamelo usted.

Prudence casi podía imaginar a la señora Higgins meneando la cabeza con desaprobación.

—Sé que eso le quita el sueño a la duquesa. —La voz se suavizó—. Y bastante tiene ya como para además ver siempre a su hermana correteando detrás del pequeño Nicholas. El niño es el vivo retrato de su padre. No me extraña que tenga a todo el mundo comiendo de su mano.

—Estoy seguro de que la señorita Prudence encontrará un buen partido —replicó Huntley, el mayordomo, cuya voz rezumaba censura hacia el chismorreo—, al igual que sus hermanas.

—Sí, me atrevería a decir que tiene usted razón —respondió la señora Higgins. Se oyó el arrastre de una silla—. Pero, con ese caballero... ¿cómo se llama?

—Lord Melbury —intervino otra voz, que Prudence no reconoció. ¿Quién demonios era lord Melbury?

—Ese mismo. Anda husmeando por aquí. Supongo que Su Excelencia podría sentirse tentada a tenerlo en consideración. No es que el caballero sea tacaño.

—Tenga la bondad de explicarnos cómo conoce usted su situación financiera —preguntó con rigidez el ama de llaves, la señora Tenner —, o cuáles son sus intenciones.

—Bueno, si no viene por la señorita Prudence, ¿por qué aparece por aquí tan a menudo? Actúa como si tuviera los bolsillos llenos, pero, aunque no fuera así, los mendigos no pueden elegir, y a sus casi veintitrés años, a la muchacha se le agota el tiempo.

—Pero él parece un sapo —interrumpió la voz desconocida.

Prudence tragó saliva. ¿Había un caballero rico, con aspecto de sapo, interesado en ella?

—Antes me casaría con una chica vivaracha que desperdiciar lo que me queda de juventud persiguiendo a Agnes Shackleford, tratando de evitar que esa cabeza hueca se envenene a sí misma. No le desearía eso a nadie.

Prudence no pudo menos que estar de acuerdo.

—Le ruego que se abstenga de referirse a la madrastra de la duquesa en esos términos —espetó Huntley.

Prudence hizo una mueca, aunque no dejó de advertir que él no había cuestionado lo de «cabeza hueca».

—Si no recuerdo mal —añadió con frialdad la señora Tenner—, Su Excelencia estaba a punto de cumplir veinticinco años cuando contrajo matrimonio.

Prudence frunció el ceño y asintió en dirección al ama de llaves.

—Sí, y ella le hizo pasar lo suyo al duque —rio la señora Higgins. Se oyó un golpe seco al dejar algo pesado sobre la mesa—. Pero la duquesa poseía el ingenio y la belleza necesarios para atrapar a un hombre. No como la señorita Prudence. La mayor parte del tiempo, la muchacha parece haber estado masticando una avispa, y dudo que tenga una pizca de ingenio. Al menos, jamás la he oído decir nada divertido.

Prudence se tensó, indignada. ¡Qué disparate! Ella podía ser tan ingeniosa como cualquiera. De hecho, hacía reír a Anthony constantemente.

Se oyó otro golpe seco, y luego:

—Recuérdenlo bien: se comprometerá con lord Melbury antes de que termine el verano.

CAPÍTULO 2



Si a Lizzy Fletcher le sorprendió la exótica naturaleza de las flores silvestres de su ramo, no lo demostró. Se limitó a darle las gracias a Prudence con toda sinceridad y a colocarlas con cuidado en una jarra con agua hasta el momento de dejar la casita.

Como Prudence había pasado la mañana entera recorriendo el campo con el único propósito de no tener que mantener ni una sola conversación cortés, no tardó en despedirse del grupo de mujeres parlanchinas reunidas en la cocina de la novia. En aquella ocasión contaba, además, con una excusa de lo más legítima, pues faltaba menos de una hora para el comienzo de la ceremonia.

En conjunto, lo había planeado todo a la perfección y habría estado de un humor magnífico si no hubiera escuchado por casualidad la charla en la cocina de Grace. Pero, tal y como estaban las cosas, su mente no dejaba de dar vueltas mientras regresaba a toda prisa a la vicaría. ¿Quién demonios era lord Melbury? Que ella supiera, nadie había mencionado su nombre jamás; al menos, no delante de ella. Aunque, bien mirado, podían haberle hablado desde sus rentas anuales hasta la talla de sus zapatos sin que ella se enterara de nada, pues había perfeccionado el arte de aparentar que escuchaba con atención cuando en realidad no oía una palabra.

Ella no se parecía a su hermana Patience. A Prudence, en realidad, le gustaba conversar con la gente que le caía bien sobre asuntos que le interesaban. Por desgracia, eran muy pocos los que entraban en esa categoría y, por tanto, casi nunca podía permitirse hablar de nada que la divirtiera de verdad. De modo que resultaba muy posible que el tema de lord Melbury se hubiera tratado a fondo en su presencia sin que ella hubiera estado atenta. Un pensamiento horroroso la asaltó de pronto. ¿Y si había accedido a casarse con aquel caballero sin darse cuenta siquiera?

Al abrir la verja de la vicaría, Prudence rebuscó frenéticamente en su memoria cualquier conversación que hubiera mantenido con Grace, con Nicholas, con ambos o, peor aún, con su padre... Entonces se relajó, aliviada. La última vez que había mantenido una verdadera conversación con el reverendo fue hacía más de seis meses. De hecho, sobre la posibilidad de que ella se casara. Más tranquila, Prudence recordó que él había expresado sus dudas de que existiera en el mundo un hombre lo bastante zoquete como para cargar con ella. En realidad, se había sentido un poco ofendida en ese momento, hasta que recordó que su padre había dicho lo mismo de todas y cada una de sus hijas, aunque quizá no con tanta vehemencia.

Evitando la puerta principal, Prudence se coló por la parte de atrás y entró en la cocina con la intención de coger un trozo de pan y quizá un poco de queso para aguantar durante la ceremonia. Le sorprendió ver, al acercarse a las caballerizas, un coche de cuatro caballos que no reconocía, pero dio por hecho que pertenecía a alguno de los invitados a la boda y no le dio más importancia.

Por suerte, la cocina estaba desierta, salvo por Freddy, que vigilaba feliz la mesa ya dispuesta para el desayuno nupcial. Tras dedicarle unas caricias rápidas, Prudence le dio un trozo de queso y se llevó sus provisiones robadas al vestíbulo. Estaba a punto de subir las escaleras cuando oyó un murmullo de voces procedente del salón. Maldición... Había creído que todo el mundo estaría ya en la iglesia. Entonces hizo una mueca al pensar que tal vez una de aquellas

voces fuese la de Mary Noon. Si Prudence se enorgullecía de su amplio repertorio de palabrotas, no podía competir al respecto con la madre de Percy. De hecho, a Prudence le sorprendía que la boda siguiera adelante, y sospechaba que quizá se debía a que la futura novia aún no había conocido a la que estaba a punto de convertirse en su suegra.

Prudence esperaba de todo corazón que semejante descuido no se corrigiera hasta después de la ceremonia.

Se quedó inmóvil, a la escucha, tratando de distinguir el tono estridente de Mary Noon, pero las voces le sonaron demasiado graves. Picada por la curiosidad, se acercó a la puerta justo cuando esta se abrió de golpe y apareció su hermana mayor.

Sobresaltada, Prudence dio un paso atrás y miró por encima del hombro de Grace hacia el interior de la sala, donde distinguió a Nicholas y a otro hombre que no conocía. Sin duda, el dueño del coche que había visto antes. El corazón le empezó a golpear con fuerza en el pecho.

—¡Pru! —la reprendió Grace—. ¿Por qué no estás en la iglesia?

—¿Y por qué no lo estás tú? —replicó Prudence, a la vez que Nicholas daba un paso al frente para decirle, con suavidad, que estaban a punto de salir. El duque hizo luego un gesto hacia el desconocido, que lo había seguido hasta la puerta del salón.

—Permíteme presentarte al barón Melbury.

Prudence no oyó el resto de la presentación. Se limitó a mirar fijamente el rostro de lord Melbury. Era cierto. Se parecía a un sapo. Y no solo por su cara, sino también por su complexión. Ella se giró espantada hacia su cuñado, que la observaba con el ceño ligeramente fruncido.

Demasiado tarde, Prudence escondió el pan y el queso detrás de su espalda e hizo una rápida reverencia.

—Un placer conocerle, milord —masculló, antes de clavar la vista en el suelo.

Horrorizada, notó que él cogía su mano. La tenía húmeda y pegajosa. Prudence tragó saliva y alzó la cabeza cuando el barón posó los dedos de ella sobre sus labios gruesos y mojados. Los ojos del hombre la recorrían con una avidez que le revolvió el estómago.

—Qué encantadora... —murmuró el noble.

¿Le había rozado la piel con su lengua, o se lo había imaginado? Luchando contra el impulso de vomitar, Prudence retiró la mano en cuanto él la soltó, y se la limpió a hurtadillas en la parte de atrás del vestido.

—El barón se marchaba ya —declaró Grace, sin duda consciente de la incomodidad de su hermana—. Te esperaremos aquí mientras te cambias de ropa. Iremos caminando juntas a la iglesia, ya que nuestro carruaje está reservado para la novia.

Prudence volvió a tragar saliva, asintió y, tras otra reverencia fugaz, salió disparada escaleras arriba. Una vez dentro de su habitación, lanzó el pan y el queso sobre la cama, hundió ambas manos en la jofaina que la doncella había dejado preparada, y se frotó con furia la mano que el barón le había baboseado.

Puede que su cuñado fuera un duque muy poderoso, pero si él o Grace pensaban casarla con un individuo tan repugnante, no tardarían en descubrir que estaban muy equivocados...

Si Prudence hubiese sido una sentimental, habría admitido que la boda de Percy y Lizzy resultaba de lo más conmovedora. Incluso su padre tenía los ojos húmedos cuando los declaró marido y mujer, aunque ella sospechaba que se debía más bien al temor de que Percy dejara de estar a su completa disposición. Desde luego, la iglesia estaba a rebosar, lo cual, bien pensado, tenía algo de extraño. Por lo general, los feligreses de Blackmore hacían todo lo posible por no coincidir en el templo con su coadjutor. Prudence, que había

soportado muchos de los sermones de fuego y condenación de Percy, los comprendía perfectamente.

Pero aquel día el pueblo entero había asistido a su boda. De hecho, una buena parte de los presentes lloraba abiertamente. Prudence frunció el ceño y echó una ojeada alrededor. Su madrastra sollozaba con estrépito mientras agitaba las sales bajo la nariz de todo aquel que se encontrara a menos de dos pasos. Prudence arqueó las cejas. Que ella supiera, Agnes Shackleford toleraba a Percy, como mucho. Pero tal vez se trataba simplemente de la extraña mezcla de emociones que suelen despertar las bodas.

En realidad, casi todas sus hermanas andaban sorbiéndose los mocos tras el pañuelo. Y no tenía nada de raro, porque todas habían hecho el esfuerzo de acudir a la boda de Percy. El larguirucho coadjutor había formado parte de sus vidas durante años —en el caso de Pru, de manera bastante literal—. El único hermano ausente era Anthony, que estaba a punto de empezar su último curso en Eton.

Por suerte, también faltaban los innumerables hijos de sus hermanas, que se habían quedado en Blackmore con sus niñeras. Desde la boda de Chastity, seis años atrás, daba la impresión de que sus hermanas habían estado trayendo niños al mundo con la misma facilidad con que la señora Tomlinson desgranaba guisantes.

Mientras Prudence veía a su padre subir al púlpito para pronunciar su discurso, se preguntó si lo habría escrito él mismo. Si era así, sin duda sería la primera vez. Aunque, por otra parte, la amenaza de condenación eterna no parecía precisamente un tema inspirador para un enlace matrimonial.

Prudence dejó que la voz atronadora del reverendo la envolviera mientras pensaba en el detestable lord Melbury. Él apenas le había dirigido unas cuantas palabras, pero, aun así, no le quedaba duda de la clase de pensamientos lascivos que ella le inspiraba. ¿De veras su cuñado estaba considerando un matrimonio entre ambos? Su padre no había estado presente y, desde luego, resultaba extrañísimo que

un posible pretendiente se presentara sin previo aviso. Aunque, bien mirado, lord Melbury había acudido a la vicaría, así que quizá su intención había sido hablar con el reverendo. Prudence hizo una mueca. Dos horas antes ni siquiera sabía que aquel hombre existiese.

No es que ella rehusara casarse. Desde luego, no había planeado seguir soltera a la venerable edad de veintidós años. Pero, siendo sinceros, los candidatos aceptables no habían hecho cola precisamente en la puerta de la vicaría para pedir su mano, y los pocos pretendientes que había tenido eran, sin excepción, aburridos, feos o ambas cosas a la vez.

Eso sí, no habían faltado algunos títulos. Hombres que ansiaban congraciarse con el influyente duque de Blackmore. Aunque, cuando Nicholas le sugirió tener una Temporada en Londres, ella le había respondido muy alegremente que prefería que le sacaran las uñas de los pies con una cuchara, después de haber crecido viendo a tres de sus hermanas navegar por las traicioneras aguas del mercado matrimonial.

El año anterior, Prudence se había planteado por un instante aceptar la oferta de un vizconde arruinado que, después de varios intentos inútiles por atrapar a una rica heredera, había decidido que Nicholas Sinclair era la solución ideal para rellenar las arcas familiares. En honor a la verdad, el hombre no era desagradable a la vista, y puede que ella lo hubiera encontrado incluso un tanto entrañable, si sus intereses hubieran ido más allá de unas acuarelas mediocres y unos versos espantosos. Por descontado, él no había mostrado la menor curiosidad por las aficiones de Prudence. Y, bien mirado, era lo más conveniente, ya que estas se inclinaban hacia todo lo espeluznante.

Prudence sacudió la cabeza y empezó a mordisquearse una uña. Quizá había sido demasiado rápida al rechazar aquella propuesta y, pensándolo mejor, su padre se había mostrado sorprendentemente sereno ante su negativa. Ella recordó entonces lo que dijo la señora Higgins sobre la posibilidad de que Prudence pasara el resto de sus

días corrigiendo los pasos de su madrastra. Tal vez el reverendo había llegado a la misma conclusión, porque desde entonces nadie había retomado el tema de una posible boda.

Hasta ahora. Prudence continuó con la siguiente uña. No existía ninguna prueba real de que Nicholas estuviera considerando a lord Melbury como pretendiente, aparte de los comentarios de la señora Higgins, y la cocinera podía haberse equivocado de medio a medio. Claro que estaba la naturaleza clandestina del encuentro. Pero, por otro lado, el duque no solía recurrir a maniobras encubiertas cuando se trataba de casar a sus cuñadas. Y, si lo analizaba con frialdad, Prudence sabía que Grace jamás permitiría verla encadenada en un matrimonio contra su voluntad. Aunque, quizá su hermana no compartiera del todo su forma de verlo.

Pero si el matrimonio no era el motivo de la visita del barón, ¿qué hacía lord Melbury en la vicaría? Prudence resopló, deseando haber podido pegar la oreja a la puerta, antes de que Grace la abriera en sus narices. Entonces se le ocurrió algo. Su hermana había estado presente en la conversación entre su marido y lord Melbury, así que... ¿por qué no preguntárselo directamente?

Sus cavilaciones se interrumpieron en seco cuando Prudence se dio cuenta de que su padre había terminado el discurso y de que los recién casados se disponían a emprender el camino de vuelta por el pasillo. Miró a Lizzy a la cara y sintió una punzada en el corazón. La nueva señora Noon tenía un aspecto radiante. El vestido, aunque sobrio como correspondía a una viuda, le sentaba de maravilla y Prudence no pudo evitar una risita al comprender que, sin proponérselo, había elegido las flores perfectas.

CAPÍTULO 3



El reverendo Augustus Shackleford estaba desolado. No, más que desolado: se hallaba consumido por la pena. Percy llevaba cinco días encadenado al sagrado yugo del matrimonio y, en todo ese tiempo, el coadjutor no había puesto un solo pie en el Red Lion.

El reverendo dio un sorbo lúgubre a su jarra. No cabía duda: lo habían abandonado, descartado, arrojado al cubo de los desechos como si fuera unas simples sobras. Debió haber sabido que animar a su coadjutor a deslizarse por la resbaladiza pendiente del matrimonio tendría funestas consecuencias. Bajó la mirada hacia Freddy, tumbado a sus pies.

—El problema, hijo mío, es que soy excesivamente desinteresado —murmuró.

El sabueso se incorporó y apoyó la cabeza en la rodilla de su amo. Se quedaron mirando un segundo; luego, Augustus Shackleford suspiró y bebió otro trago antes de añadir:

—Es endiabladamente triste que un hombre acabe reducido a conversar con su perro.

Claro que siempre podía charlar un poco con el Altísimo, pero Augustus sospechaba que, en esta ocasión, recibiría una tunda celestial. El reverendo había comprobado, una y otra vez, que Dios

mostraba una inquietante tendencia a ayudar a quienes se ayudaban a sí mismos. Los propensos a quejarse, según su experiencia, solían acabar con algo aún peor de lo que se lamentaban.

Y el reverendo siempre había sido un entusiasta partidario de ayudarse a sí mismo. No era, sin embargo, un hombre egoísta. Le daría a Percy dos días más de dicha nupcial —aunque no comprendía cómo el coadjutor lograba alcanzar cualquier atisbo de dicha con su madre alojada en la casa— y después se ocuparía de poner remedio a la situación...

Jamie Fitzroy se irguió con una mueca. Llevaba casi cuatro horas agazapado y sentía como si un coche de caballos le hubiese pasado por encima. Amaba su labor como agente de Bow Street, pero gran parte de su trabajo consistía en recabar información; o, dicho de otro modo, en pasarse horas sentado sobre su trasero observando las idas y venidas de un sospechoso.

Tras casi cinco años en el cuerpo, sus éxitos resolviendo delitos —desde simples hurtos a asesinatos— lo habían convertido casi en una leyenda entre sus compañeros. Por desgracia, eso no significaba que tuviera que estar sentado menos tiempo que sus colegas, y en ese momento no sabía qué era peor: el hilo constante de agua que le chorreaba por el cuello debido al repentino chaparrón, o el hambre que le recordaba lo insensato que había sido al rechazar las anguilas en gelatina que su casera le había ofrecido antes de salir por la mañana. Le gustaban bastante las anguilas en gelatina, sí, pero no le entusiasmaba tanto el método de pago. Aunque su casera consideraba que el dinero en efectivo era perfectamente aceptable por su diminuta habitación en el ático, prefería un pago más «práctico» por cualquier extra que le proporcionara. No era que sus generosas curvas no le resultaran atractivas, pero Jamie no podía quitarse de la cabeza la idea de que aceptar sus insinuaciones sería aprovecharse de la viuda.

En consecuencia, no solo se estaba muriendo de hambre, sino que llevaba meses sin darse un buen revolcón. Suspiró y volvió a centrar la atención en su tarea. La casa que vigilaba era una destartalada vivienda adosada, igual de roñosa que las colindantes, en las afueras de Londres. Tenía una sola entrada y salida. El parque abandonado donde él se ocultaba le ofrecía buena vista de la puerta principal, y estaba seguro de que su sospechoso —Dereck Grimble—, no había abandonado la casa en todo el día; de hecho, llevaba casi una semana sin hacerlo. Montaban guardia sin descanso, incluso de madrugada. ¿Qué demonios tramaba aquel granuja? Fuera lo que fuese, necesitaban que saliera para poder entrar.

Su turno no terminaba hasta el anochecer, y faltaban al menos cinco horas más. Con un gruñido, Jamie flexionó la espalda. No se atrevía a ponerse en pie: los arbustos que lo escondían solo le alcanzaban la cintura, y quedaría a la vista de cualquiera que saliese. Si es que Grimble salía. ¿A qué diablos esperaba ese cabrón? ¿O a quién? Dentro no debía de quedar mucha comida. Claro que el tipo también podía haberse ido al otro barrio, pero según Hopkins, la noche anterior lo habían visto moviéndose cerca de la ventana del primer piso.

Malditas conspiraciones... Desde Waterloo, todo el mundo se creía capaz de atacar el Parlamento. Londres no veía tanta agitación desde que Guy Fawkes intentara volar la Cámara. Ni siquiera el ahorcamiento y la decapitación de la banda de Cato Street —culpables de planear el asesinato del Primer Ministro— hacía poco más de un año, habían disuadido a los conspiradores: si acaso, habían avivado el entusiasmo. Era casi un juego.

Jamie suspiró. A diferencia de muchos de sus camaradas, no estaba en contra de la reforma; Dios sabía que el país atravesaba apuros económicos y que la mayoría no tenía ni un mísero orinal en el que mear. Pero no era un traidor, y no tenía tiempo para aquellos que pensaban que el derramamiento de sangre era la forma de cambiar las cosas.

Ahora, con la coronación de Jorge IV prevista en pocas semanas —un espectáculo fastuoso que, según todos los indicios costaría miles de libras al erario público—, el malestar general había alcanzado su punto álgido.

Al igual que los moratones de su trasero.

—De verdad, Pru, podrías hacer un esfuerzo mínimo por vestir con un ápice de estilo.

—¿Para qué? —preguntó Prudence sin rodeos—. No voy a ver a nadie más que a ti.

Grace suspiró, frustrada.

—Lo sé, querida, pero, por mucho que decidas ignorarlas, hay normas que debemos cumplir.

—Que tú debes cumplir —replicó Prudence—. A nadie le importa un comino cómo me vista yo.

—Eso no es cierto. Nunca se sabe con quién puedes encontrarte. El hombre de tus sueños podría llamar a nuestra puerta en cualquier momento.

Prudence soltó un resoplido.

—Lo dudo mucho. Lo que de verdad quieres decir es que recuerde a todas horas que mi hermana es duquesa de Blackmore y que me comporte en consecuencia. ¿Cuándo te volviste tan estirada, Grace? —preguntó, mientras se servía una galleta.

Grace suspiró, exasperada. A pesar de sus consejos, su hermana menor seguía pareciendo como si la hubieran arrastrado por un pajar. Incluso con sus mejores galas, el pelo se le escapaba de las horquillas o llevaba los guantes equivocados. Era como mirarse a sí misma quince años atrás.

—Además —continuó Prudence, encogiéndose de hombros—, nadie importante va a venir sin invitación. Y si esperases a alguien, me habrías llevado a tu dormitorio a cambiarme en cuanto llegué. —Sonrió—. Por cierto, ¿dónde está Nicholas?

Grace se rindió.

—Se marchó a Londres justo después de la boda de Percy. Con la coronación tan cerca, quería asegurarse de que todo estuviera a punto en la casa de la ciudad.

—¿Y por qué el rey va a coronarse ahora? —preguntó Prudence, confundida—. Pensaba que llevaba años en el trono.

Grace apretó los dientes.

—El viejo rey murió hace más de un año, Prudence; lo sabrías si escucharas de vez en cuando.

Prudence arqueó las cejas y cogió otra galleta.

—Qué horror... —murmuró, soltando unas migas—. Así que os han invitado a la coronación del nuevo monarca.

Grace asintió y dio un sorbo de té.

—Y, por desgracia, debemos alojar al príncipe heredero de Boldova; de ahí la preocupación de Nicholas por que todo esté listo con antelación.

—Válgame Dios, no te envidio —se estremeció Prudence—. Menos mal que no tengo que mantener una conversación anodina con gente aburrida que no conozco.

Grace carraspeó:

—Por eso te he llamado a tomar el té, Pru. Nicholas ha sugerido que nos acompañes a Londres. Cree que te hará bien.

Prudence abrió los ojos, horrorizada.

—¿Quieres que vaya a la coronación?

—No, no, querida, por supuesto que no. —Grace levantó una mano tranquilizadora antes de continuar—. Es solo que vamos a organizar varias veladas y cenas. Nicholas cree... y, por supuesto, yo opino lo mismo... —Su tono desmentía sus palabras, así que las repitió, esta vez con una convicción encomiable—. Creemos que esto te proporcionará la entrada en sociedad que necesitas. —Hizo un gesto de dolor ante el silencio atónito de Prudence, y luego añadió con urgencia—: Y quién sabe, quizá conozcas a un... un... caballero de buena posición que no te desagrade.

Grace aguardó, casi convencida de que Prudence saldría huyendo de la habitación, a juzgar por el pánico que se dibujaba en su rostro. Consciente de haber conducido la conversación de forma poco delicada, estaba a punto de añadir alguna palabra de consuelo cuando, para su sorpresa, la expresión de su hermana se relajó ligeramente.

—Entonces, no pretendéis casarme con lord Melbury.

Grace parpadeó, desconcertada:

—¿Lord Melbury? ¿Por qué piensas eso?

Prudence no quería confesar que había estado escuchando a escondidas:

—Me preguntaba qué hacía él en la vicaría minutos antes de la boda de Percy —murmuró.

Grace soltó una risita:

—No, querida. De hecho, no le desearía ese depravado a nadie, y mucho menos a mi hermana. El barón traía un mensaje del lord Gran Chambelán[1] sobre la coronación. Al llegar le dijeron que probablemente estaríamos en la vicaría, y, como debía entregar la carta al duque en persona, fue allí a buscarnos.

Prudence se recostó, aliviada.

—Tenía los dedos sudorosos y juraría que me lamió el dorso de la mano —declaró, reprimiendo otro escalofrío.

Su hermana hizo una mueca de complicidad.

—Realmente es un hombre odioso —coincidió—. Por desgracia, hemos tenido que aguantar su presencia de vez en cuando desde la muerte del viejo rey. Dios sabrá cómo se ha ganado el favor del lord Gran Chambelán. Estoy segura de que Nicholas ha estado tentado de sacarle los ojos en más de una ocasión. —Grace frunció el ceño, preocupada—. Será mejor que te mantengas alejada de él.

—Es poco probable que vuelva a verlo —se burló Prudence, antes de recordar de repente su posible visita a Londres. Se inclinó hacia delante y miró a su hermana con seriedad—. Querida Grace, debes saber que para mí has sido más una madre que una hermana. Desde niña he prestado atención a cada una de tus palabras, he valorado tu opinión por encima de cualquier otra... —Prudence se dio cuenta de que estaba exagerando cuando su hermana arqueó una ceja—. Bueno, al menos te he escuchado —concluyó con un suspiro—. El problema es, Grace, que sabes que no estoy hecha para el mercado matrimonial, igual que Patience tampoco lo estaba. Solo conseguiré avergonzar a Nicholas.

—¿Te refieres a como lo hice yo, Temperance, Patience y Chastity? —replicó Grace con sequedad—. Por no hablar de nuestro padre, en numerosas ocasiones. De veras, Pru, creo que mi marido ya está acostumbrado. No creo que parpadee siquiera, haga lo que haga. Él simplemente quiere que seas feliz. —Le tendió la mano y la estrechó con fuerza—. Y yo también.

—¿Y qué hará padre, solo con Agnes y Freddy? —preguntó Prudence, con un inesperado nudo en la garganta. Recordó los comentarios de la señora Higgins—. Quizá él quiera que me quede en la vicaría para cuidar de nuestra madrastra.

—¡¿Tú, cuidar de Agnes?! —Grace estalló en carcajadas.

—No veo qué tiene eso de gracioso —murmuró Prudence, inexplicablemente molesta. Sus habilidades como cuidadora no eran tan malas.

—Por favor, no te lo tomes a mal, querida, pero estoy totalmente convencida de que acabarías siendo deportada si te obligaran a cuidar de nuestra madrastra. —Grace sacudió la cabeza con una sonrisa, antes de añadir—: Creo que padre quiere que te cases. —Hizo una pausa y se rio entre dientes—. De hecho, estoy segura de que él estará encantado de deshacerse de ti. —Le apretó la mano de nuevo—. Por favor, ven a Londres, Pru. Al menos, quizá puedas ver al rey. Quiero decir, en serio, querida, ¿qué podría salir mal?

Cuando la puerta principal se abrió de repente, Jamie pensó por un segundo que estaba viendo visiones. Echó un vistazo al final de la terraza, donde un individuo anodino se agachó con brusquedad para atarse los cordones de los zapatos. Convencido de que seguirían a Grimble, Jamie esperó hasta que el hombre dobló al fin la esquina, y luego se levantó despacio, gimiendo para sus adentros. Maldición, le dolían todos los huesos.

Jamie apartó con cuidado los arbustos y echó un rápido vistazo a izquierda y derecha antes de salir de su escondite. La calle estaba desierta y, a decir verdad, en este barrio, si alguien lo hubiera visto salir de entre los setos, habría desviado la mirada hacia otro lado.

Como si tuviera todo el derecho a estar allí, Jamie cruzó con paso decidido la calle de adoquines irregulares hasta alcanzar el sendero cubierto de maleza que llevaba a la puerta principal.

Aunque sabían lo suficiente sobre las actividades sediciosas de Dereck Grimble como para llevarlo a Bow Street para interrogarlo, no sabían exactamente qué estaba planeando ni quién más estaba involucrado. E incluso si lograban que condenaran a Grimble, eso no detendría a los reformistas con los que trabajaba. El resto

simplemente pasaría a la clandestinidad por un tiempo. Tenían que acabar con todos de una vez.

Llamó a la puerta con un golpe seco y esperó. Al cabo de un minuto más o menos, volvió a llamar. Al no obtener respuesta, sacó sus ganzúas con rapidez y abrió la cerradura en un santiamén.

El interior de la casa estaba oscuro y húmedo. Había un olor a moho que parecía haberse filtrado hasta las propias paredes. Con una mueca, Jamie se arrastró hacia la parte trasera de la casa, donde supuso que estaría la cocina. Sería esperar demasiado encontrar pruebas incriminatorias tiradas sobre la mesa de la cocina, pero había ocurrido más de una vez.

El olor a moho dio paso a un tufo de grasa rancia y Jamie sintió náuseas. Solo Dios sabía cómo se las había apañado Grimble para cocinar algo allí dentro. Jamie tragó saliva con dificultad y cruzó el umbral. Sobre la mesa había un gran cuenco con agua salobre y unos cubiertos limpios, pero la pila de platos y cuencos sucios daba a entender que los cubiertos eran lo único que se habían molestado en limpiar. En realidad, había más platos de los que habría esperado encontrar para un solo hombre. ¿Había estado Grimble compartiendo la casa con alguien más? Jamie estaba seguro de que había estado solo durante la última semana, como mínimo.

Frunciendo el ceño, se apartó y volvió sobre sus pasos. Aparte de la cocina, había otras dos habitaciones en la planta baja. La que estaba al fondo parecía haber sido un comedor en su día, pero ahora todo estaba lleno de un polvo espeso. Era evidente que la habitación llevaba años sin utilizarse.

Jamie se dirigió con rapidez a la otra habitación de la planta baja. La puerta estaba cerrada, y se detuvo un segundo antes de agarrar con firmeza el pomo y empujar para abrirla. Había un ligero olor a queso viejo. Al mirar a su alrededor vio indicios de uso reciente. Al entrar en lo que probablemente había sido un salón, lo primero que vio sobre una mesita fue un periódico con fecha del uno de mayo. El aniversario de la ejecución de los conspiradores de Cato Street. En

efecto, la portada mostraba la espantosa muerte de su líder, Arthur Thistlewood. Sin duda, a Grimble le habría parecido una lectura interesante.

Jamie dejó el periódico donde estaba y miró hacia la ventana. Las cortinas de encaje estaban cubiertas de mugre, lo que garantizaba que nadie que mirase desde fuera pudiera ver el interior de la habitación. Había una silla colocada justo en el centro de la estancia, orientada hacia el pequeño y descuidado jardín delantero y, desde allí, hacia la estrecha calle. Quizá, los moradores originales disfrutaban viendo a la gente seguir con sus vidas. ¿Había pasado Grimble el tiempo sentado aquí mientras esperaba a alguien?

Jamie rodeó el respaldo de la silla y se dirigió a un pequeño escritorio situado en un hueco junto a la ventana. Había un tintero y una pluma, también usados recientemente, pero un rápido examen de los cajones reveló que estaban vacíos. Con un suspiro, se dio la vuelta y se dejó caer sobre la cómoda, en estado de shock.

Sentado en la silla yacían los restos momificados de lo que parecía ser un anciano.

---

1 Nota de la traductora: Cargo ceremonial hereditario encargado de los actos solemnes de la monarquía británica.

CAPÍTULO 4



Para deleite de Prudence, Felicity Beaumont, la amiga más íntima de su hermana, los acompañaría a Londres. Aunque, sin duda, Grace lo había planteado como un aliciente, la matrona era una de las pocas personas —aparte de sus hermanas— cuya compañía Prudence disfrutaba de veras. La señorita Beaumont poseía un ingenioso sentido del humor que, en ocasiones, rozaba lo malicioso, y ninguna cena familiar estaba completa sin sus chanzas, a menudo picantes.

Con la idea de aplazar su regreso a la vicaría hasta casi la hora de la cena, Prudence decidió volver a casa a pie, atravesando el huerto del duque y la duquesa. Se recostó a la sombra de un árbol y evocó la última vez que había visto a Felicity: un domingo de Pascua que resultó de lo más ajetreado —por no decir entretenido—, gracias a que el inicio de la primavera había sido inusualmente seco, haciendo que las carreteras fueran transitables y toda la familia pudiera reunirse.

La señorita Beaumont eligió el plato de pescado para declarar que había decidido entregarse en cuerpo y alma a su nueva devoción.

—¿A qué? —preguntó Hope, intrigada—. ¿A la música, a la poesía, tal vez?

—No «a qué» —la corrigió alegremente la señorita Beaumont—, sino «a quién».

Prudence soltó una risita al recordar el silencio sepulcral que siguió a la noticia y cómo todas las miradas se clavaron en Malcolm Mackenzie, sentado enfrente de Felicity con rostro imperturbable. Hacía tiempo que la familia sabía que el poco ortodoxo ayuda de cámara de Nicholas estaba enamorado de la vivaz matrona, pero —que Prudence supiera— él nunca había dado un paso al respecto.

—¿Es prudente, querida? —se aventuró Grace, cauta.

—Oh, llevo demasiado tiempo mareando la perdiz con cierto caballero, así que me he propuesto convertirlo en un hombre deshonesto.

—¿Se puede saber el nombre del caballero al que piensa... eh... declararse? —preguntó Nicholas con suavidad.

Con un gruñido, Malcolm arrojó la servilleta sobre la mesa y empezó a levantarse.

—Tal vez quieras oír el nombre antes de huir —le dijo Felicity con ternura. El escocés se detuvo y la miró—. No puedo casarme contigo, mi amor —murmuró ella—. El escándalo perjudicaría a quienes apreciamos. Tendríamos que fugarnos y, después, escondernos incluso de nuestros amigos más cercanos. —Felicity barrió la mesa con la mirada y volvió a fijarla en él—. Naturalmente, no pienso pregonar mi deshonra, pero dudo que alguien aquí desapruebe que busquemos la felicidad que podamos obtener. Puede que no estemos juntos siempre, pero cuando lo estemos, quiero que sea de verdad. Te amo, Malcolm Mackenzie.

Todas las cabezas se giraron hacia el aludido. Pasaron unos segundos eternos hasta que, sorprendentemente, Malcolm rio y negó con la cabeza.

—Y tú sabes que te amo más que a mi vida, Felicity Beaumont. Te aceptaré de la forma que sea —afirmó, y dirigió una mirada

desafiante al resto—. Así que serás mi amante y, si a alguien le ofende, no quiero oírlo.

Se impuso de nuevo el silencio, esta vez de estupefacción.

—No tenemos ninguna objeción —dijo por fin Grace, posando la mano en el brazo del ayuda de cámara—. Me alegra que mi querida amiga haya tenido valor para abrir su corazón. —Sonrió a los demás —. Y estoy segura de que ninguno de nosotros está en disposición de juzgar. —Después se giró hacia Felicity—. Todos te apreciamos mucho, querida.

A Felicity se le humedecieron los ojos, pero antes de que pudiera responder, el reverendo carraspeó. De inmediato, todos los presentes lo miraron, alarmados.

—Augustus Shackleford, si pronuncias una sola palabra de desaprobación... —dijo Agnes con inusitada firmeza— empezaré a enumerar tus defectos uno a uno. Y la lista es larguísima.

El reverendo frunció el ceño y abrió la boca..., solo para soltar un suspiro resignado.

—Tienes razón, palomita. Mis defectos nos llevarían hasta el postre y más allá. Pero me juzgas mal. —Negó con la cabeza—. Desde que mi hija Grace se casó con Nicholas, he abierto los ojos más de lo que imaginas; incluso el mero hecho de compartir mesa con todos vosotros me sigue maravillando. —Observó la curiosa reunión y se centró en la pareja—. Si os amáis, no veo por qué habríais de vivir en pecado. Pero, sin licencia, un enlace no sería legal. Ahora bien, al Todopoderoso no le preocupan esas menudencias: si deseáis casaros, será un honor que oficie la ceremonia.

Y así fue. Felicity y Malcolm se casaron a la mañana siguiente en la misma capilla privada donde Grace y Nicholas lo habían hecho quince años atrás. Como era tradición que los sirvientes de Blackmore visitaran a sus familias el lunes de Pascua, el banquete se redujo a las sobras que la señora Higgins había dejado y a media

docena de botellas de exquisito champán que habían dormido el sueño de los justos en la bodega ducal desde antes de la guerra en Europa.

Desde entonces, nada parecía haber cambiado y, sin embargo, quienes conocían a Felicity notaban que pasaba mucho tiempo con su gran amiga, la duquesa, tanto, que llevaba tres meses gestionando la venta de su casa de Bath.

Ahora, apoyada en el tronco de un árbol, Prudence mordisqueaba una manzana y pensaba en el inminente viaje a Londres. Pese al optimismo de Grace, le parecía muy improbable encontrar un caballero adecuado, sobre todo, con la ciudad abarrotada de visitantes que habían acudido para la coronación.

¿Ella quería en realidad conocer a alguien? Recordó su antigua fascinación por lo macabro y sonrió al evocar la vez que propuso a Rory Barnes embalsamarlo como una momia egipcia: él huyó despavorido. Con razón los niños del pueblo la apodaban «Potty Prudence»[1]. Aún hoy sentía debilidad por lo siniestro; poseía una colección clandestina de novelas góticas que a su padre le provocarían una apoplejía, la más reciente era un ejemplar de *Frankenstein*.

Su obra favorita, *Los misterios de Udolpho*, la llevó a devorar todo lo escrito por Ann Radcliffe e incluso a atreverse a crear sus propias historias. ¿Soportaría un marido esa pasión lectora y, peor aún, su afán por escribir relatos lúgubres? En el mejor de los casos, la consideraría una excéntrica; en el peor, una lunática, y podría terminar encerrada en un lugar horrible como le ocurrió a Patience.

Prudence se incorporó y se abrazó las rodillas, temblando. Tal vez fuera mejor seguir bajo el techo paterno antes que perder la libertad a manos de un charlatán de mente estrecha o de un lascivo arrogante.

Además, tampoco era imposible que algún día publicase sus historias...

Arrojó el corazón de la manzana y se incorporó: se iría a Londres. Al menos, Nicholas podría llevarla al Museo Británico; lo cual le vendría de perlas para su nueva novela.

Superada la conmoción inicial, Jamie Fitzroy se acercó a los restos momificados y se agachó. A juzgar por el estado del cuerpo, calculó que llevaba allí al menos seis meses. El cojín que había debajo estaba ennegrecido por fluidos resecos, lo que indicaba que el hombre había muerto en la silla. Examinó el cadáver en busca de la posible causa de la muerte, y no encontró ninguna herida evidente. Jamie se irguió, pensativo: debía informar de su hallazgo, pero, de momento, aquel infortunado seguiría donde estaba. Lo que más le helaba la sangre era la indiferencia con que Dereck Grimble convivía con el cadáver, a escasos metros de su escritorio.

Tras un vistazo a la puerta principal, Jamie subió las escaleras, cada vez más nervioso: llevaba ya demasiado tiempo dentro y corría el riesgo de que lo sorprendieran. El rellano, estrecho y oscuro, tenía tres puertas cerradas. Abrió la más alejada y retrocedió en el acto, maldiciendo ante el hedor: Grimble había usado la estancia como retrete, y no parecía haberla limpiado nunca.

Jamie se tapó la nariz, cerró la puerta y probó con la segunda. En el interior había dos catres. Examinó la ropa de cama y estaba sucia, pero no había polvo. Era obvio que alguien había dormido allí, aunque no necesariamente al mismo tiempo que su sospechoso.

Ansioso por escapar del aire fétido que impregnaba la casa, entró en la última habitación y suspiró aliviado: era el cuartel general de Grimble. Contra una pared había otro catre plegable y, junto a este, una gran mesa cubierta de todo tipo de papeles. Si lograba descubrir algo útil, sería allí.

Jamie comenzó a revisar las hojas que yacían desordenadas sobre la mesa. Aunque Grimble no parecía tener ningún sistema de archivo, Jamie tuvo cuidado de devolver cada papel a su lugar. A medida que leía, comenzó a ver un patrón: casi todo giraba en torno a la

próxima coronación, lo que no le sorprendió en absoluto. Un evento tan destacado, al que asistirían multitudes —además de la élite de Inglaterra— proporcionaría un escenario sin igual para un atentado masivo. ¿Iban a por el rey? Seguramente no. Eso sería un maldito suicidio. Nunca se acercarían a él lo suficiente.

Cogió un gran cuaderno negro. En su interior había una lista de nombres que ocupaba varias páginas. La mayoría eran miembros de la nobleza y otros tantos de la realeza extranjera. Jamie se dio cuenta de que probablemente se trataba de los invitados a la coronación. Frunciendo el ceño, fue pasando las páginas hasta que, al fin, al llegar a la quinta, vio el nombre del príncipe Federico de Boldova, junto al que aparecían las siglas «DOB». ¿Por qué demonios les interesaría la fecha de nacimiento de un príncipe?[2], pensó Jamie con rapidez. No tenía constancia de ninguna relación especial entre el príncipe y el rey. Pero, de haberla, era poco probable que él lo supiera. ¿Acaso Grimble y sus secuaces pretendían asesinar al príncipe? Y si así era, ¿por qué? Aparte de aguar un poco la fiesta, claro está.

Jamie soltó una risa amarga al llegar a la última entrada y dejó el libro en su sitio. A su derecha había un mapa de Londres. Concretamente, de Westminster. Había un círculo dibujado alrededor de una casa en una hilera de adosados al borde de una gran plaza. Las siglas DOB estaban garabateadas de nuevo en la parte superior del círculo. Con los ojos entrecerrados, Jamie dio la vuelta al mapa para ver la dirección de la casa marcada. Le llevó unos segundos leer la letra minúscula, pero, cuando lo hizo, de repente todo encajó: Grosvenor Square. Y la propiedad señalada con un círculo era la casa de DOB[3], el duque de Blackmore.

---

1 «Prudence la chiflada».

2 Nota de la traductora: Las siglas representan la expresión en inglés *Date Of Birth*, «Fecha de Nacimiento».

3 Nota de la traductora: En este caso, las siglas representan la abreviatura de *Duke of Blackmore*, «Duque de Blackmore».

CAPÍTULO 5



—Muy bien, Freddy —declaró el reverendo mientras untaba mantequilla en su quinta tostada—. Soy de la opinión de que hoy es el día. Le he concedido a Percy casi una semana completa. Más que generoso por mi parte, pero te aseguro que no pienso escribir el sermón de este domingo. Ha llegado la hora de hacer una visita a los recién casados. ¿Qué me dices?

El sabueso agitó la cola con entusiasmo, quizá al oír mencionar a su segundo humano favorito, aunque resultaba más probable que lo hiciera ante la perspectiva de recibir otro trozo de tostada.

Al final, eran casi las cuatro de la tarde cuando el reverendo Shackleford terminó de visitar a sus feligreses. Por alguna razón, todos parecían haberse vuelto piadosos en extremo, y más de la mitad habían querido rezar con él. De hecho, el reverendo no se sentía las piernas, y no pudo evitar preguntarse si el sofocante calor no habría influido en su rebaño. No había nada como una temperatura extrema para llevar a una persona a reconsiderar sus decisiones vitales, sobre todo, cuando uno pensaba en lo mucho que podía subir el mercurio si acababa en el lado equivocado de las Puertas del Cielo.

El propio reverendo estaba igual de acalorado y sudoroso bajo su hábito clerical, y llegó incluso a plantearse si Percy no tendría algo

de razón al llevar solo los calzones debajo. Aun así, quitarse los pantalones en mitad de la calle no era una opción, y menos con la anciana señora Higgins observando desde la ventana. A sus ochenta y cinco años, era poco probable que la buena mujer sobreviviera al espectáculo si lo veía levantarse la sotana.

Mientras el reverendo aguardaba frente a la puerta de Percy y Lizzy, ensayó con exactitud lo que iba a decir. Empezaría con un tono considerado y comprensivo, para pasar de inmediato a sus sentimientos de abandono y desatención, lo que, con suerte, conduciría a la culpa y el remordimiento pertinentes. Después, él y Percy irían juntos al Red Lion para hablar del sermón del domingo.

Augustus miró al sabueso, que, en justicia, había sobrellevado la jornada bastante mejor que su amo, pues había pasado la mayor parte del día dormitando sobre las frescas losas, y comiendo cortezas de queso sobrantes.

—Recuerda, Freddy —le indicó el reverendo—, eres una parte crucial del plan. Muéstrale cuánto lo has echado de menos.

Augustus Shackleford estaba a punto de llamar a la puerta cuando esta se abrió de golpe. Percy apareció en el umbral, con los ojos desorbitados, mientras murmuraba:

—Por todos los demonios, ¿por qué ha tardado tanto?

Prudence alzó la vista hacia el reloj de pared. Según sus cálculos, aún tenía una hora antes de que su madrastra despertara de su acostumbrada siesta vespertina. El tiempo justo para terminar el capítulo en el que estaba trabajando.

Por lo general, Prudence prefería escribir en la intimidad de su dormitorio, pero, con este calor, la habitación pequeña parecía un horno, y como su padre tampoco estaba en casa —sin duda, haciendo sus rondas parroquiales, y con pocas probabilidades de regresar antes de tomarse una rápida jarra de cerveza en el Red Lion—, ella había escogido el salón, un poco más fresco gracias a la

sombra que proyectaban en esa época del año sobre la fachada las hojas de un roble enorme.

Frustrada, Prudence se llevó el extremo de la pluma a los dientes y miró su letra menuda. ¿A quién pretendía engañar? ¿Otro capítulo? Había necesitado casi toda la tarde para escribir una sola página. El problema no era tanto el calor como el próximo viaje. La mera idea de un Londres abrasador, abarrotado de miles de personas, bastaba para bloquear a cualquiera.

Prudence no había vuelto a ver a Grace desde que tomaron el té hacía ya tres días y, por lo que sabía, el duque aún no había pedido permiso al reverendo para que ella los acompañara. Pero, en realidad, había más posibilidades de que el infierno se helara antes de que su padre se negase. Prudence hizo una mueca al recordar aquella breve y equivocada idea de que él tal vez quisiera que ella se quedara como dama de compañía no remunerada de su madrastra.

No pudo evitar una risita. La señora Higgins se había equivocado de medio a medio. Además de que Prudence no estaba a punto de comprometerse con lord Melbury, su madrastra había dejado claro durante la cena de la noche anterior que esperaba nada menos que una doncella personal que hiciera también las veces de dama de compañía en cuanto Prudence acabara encadenada al matrimonio. Agnes había llegado incluso a elegir una candidata para el puesto. Naturalmente, el reverendo había accedido, como habría hecho con cualquier petición que implicara pasar menos tiempo con su esposa. De hecho, Prudence estaba convencida de que, si hacía falta, él mismo la llevaría en coche a Londres.

—Entonces, ¿qué sabemos en realidad? No hablo de conjeturas, sino de hechos. —El inspector Bastable se inclinó sobre su escritorio y juntó las yemas de los dedos.

Además del inspector, había seis hombres en la sala: dos agentes principales —Jamie Fitzroy y Robert Hopkins— y cuatro alguaciles.

—Sabemos que Dereck Grimble estuvo en Peterloo, donde su hermano Terence perdió una pierna por cortesía de un soldado demasiado entusiasta —informó Hopkins—. Por desgracia, la herida se infectó y, un mes después, Terence estaba muerto. Tras enterrar a su hermano en una fosa para pobres, Grimble decidió, en su infinita sabiduría, que iba a presentar una petición al rey. Se puso camino a Londres y se lo contó a cualquiera que quisiera escucharlo, borracho y soltando bravatas. Al llegar a Oxford se le perdió la pista, hasta que apareció en Londres hace seis meses. —Hopkins sacudió la cabeza—. Según todos los testimonios, ahora es otro hombre. Ya no prueba el alcohol y cuida mucho de con quién habla.

Hopkins se volvió hacia Jamie, quien retomó el relato.

—Lo habían visto en compañía de Jack Bowlin, conocido asociado de Arthur Thistlewood. Hasta hace seis semanas, Grimble se hospedaba en el Rose and Crown, cerca de la explanada de la Guardia a Caballo. Un establecimiento así estaría muy por encima de sus posibilidades, así que alguien pagaría su alojamiento. Creemos que era Bowlin, pero, hasta donde sabemos, no tiene ni un penique, por lo que debió de recibir el dinero de otra persona. —Jamie hizo una pausa y torció el gesto—. Grimble nos sorprendió con la guardia baja al marcharse de improviso y desaparecer sin más. No volvimos a localizarlo hasta hace dos semanas, cuando lo vieron en un café con Bowlin y otro hombre. —Jamie miró al alguacil Fox para pasarle la palabra.

—Nunca llegué a verle la cara al caballero —dijo el alguacil—. Estuvo todo el tiempo sentado de espaldas a la puerta y, cuando los otros dos se marcharon, él se quedó allí. Pero era un tipo estirado, eso seguro. Se sentaba con afectación, como si llevara un atizador metido en el culo. Tenía consigo un perrito marrón y blanco. Parecía de esos que las damas se ponen en el regazo. Recuerdo que el peludo llevaba alrededor del cuello un lazo rojo enorme. El pobre bichejo parecía aterrado.

—¿Adónde fue el caballero? —preguntó el inspector.

Fox se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Mis instrucciones eran seguir a Grimble, así que eso fue lo que hice. Hasta aquel tugurio de Saffron Hill.

—Desde entonces hemos mantenido la casa vigilada —intervino Jamie—, pero Grimble no dejó el inmueble ni recibió visitas hasta ayer por la tarde, cuando salió por la puerta principal alrededor de las dos.

—Lo seguí hasta el Black Bull, en Lambeth —continuó Hopkins—. Se sentó en un rincón al fondo con otros tres hombres. Uno de ellos era Bowlin. Al otro tipo no lo reconocí. Bien vestido, como ha dicho Fox. Y tenía un perro. Una cosilla pequeña y flaca.

—Mientras Grimble estaba fuera —prosiguió Jamie—, conseguí entrar en la casa. Por dentro estaba asquerosamente sucia. ¿Pueden creer que había un cadáver momificado, sentado junto a la ventana? —Sonrió al ver la expresión estupefacta de los presentes—. Es casi seguro que murió por causas naturales, probablemente en esa misma silla. Podía llevar allí hasta un año. Supongo que sería el propietario original. Por supuesto, no moví el cuerpo. —Soltó una risa sombría—. Pensé que Grimble podría notarlo.

—Hay que ser un cabrón muy duro para dejar un cadáver ahí sentado.

—¿Encontró algo en la casa? —preguntó Bastable.

—Aunque estoy casi convencido de que Grimble estuvo solo en la casa durante toda nuestra vigilancia, había indicios de que quizá tuvo compañía en algún momento. Dos catres adicionales y demasiada vajilla. —Jamie se encogió de hombros—. No creo que haya forma de saber si esos ocupantes estuvieron allí al mismo tiempo que nuestro hombre, o antes de que él se instalara. Uno de ellos pudo ser Bowlin, supongo. La única habitación que el propio Grimble parecía usar era el dormitorio delantero.

»Encontré un cuaderno grande con una lista de nombres. No los reconocí todos, pero los que sí reconocí tenían título y, desde luego, los bolsillos bien llenos. Creo que son los nombres de los invitados a la ceremonia de la coronación. Junto al príncipe heredero de Boldova y su esposa aparecían las letras DOB. Al principio pensé que se referían a la fecha de nacimiento del príncipe. Debajo del libro había un mapa de Westminster.

—¿Qué podrían ganar asesinando al puñetero príncipe heredero de Boldova? —preguntó Bastable—. Al fin y al cabo, Boldova no es más que un principado menor. —Frunció el ceño—. ¿Y por qué les iba a interesar su fecha de nacimiento?

—No les interesaba —respondió Jamie—. Por ahora, no tengo ni idea de qué interés puede tener para ellos el príncipe heredero, pero también había una casa señalada con un círculo en Grosvenor Square. Las letras DOB aparecían escritas otra vez. No era la fecha de nacimiento del príncipe, como pensé al principio. Esa casa en concreto pertenece al duque de Blackmore.

El reverendo y Percy estaban sentados en un rincón apartado del Red Lion.

—Usted sabe cuánto temía que Lizzy conociera a mi madre, pero ni siquiera en mis peores pesadillas se me ocurrió que pudiera ser tan malo. —Percy miró a su superior con gesto suplicante—. Mi madre tiene un descaro sin límites incluso en sus mejores momentos, como usted bien sabe, señor. Cualquier indirecta que Lizzy o yo le lancemos le resbala por completo. Empiezo a pensar que no se va a marchar nunca.

Su voz había adquirido un matiz desesperado, lo que obligó al reverendo Shackleford a tragarse una mueca y hablar con severidad a su abatido coadjutor.

—Contrólate, Percy. Quiero decir, es poco probable que tu señora madre se quede para siempre. Tiene una taberna que atender.

—Ahí está la cuestión, señor. Cada vez que menciono el Lobster Pot, ella hace un aspaviento con la mano para quitarle importancia y cambia de tema. —Negó con la cabeza, al borde de las lágrimas—. Lizzy y yo... Bueno, no hemos tenido ni un momento para nosotros desde que ella apareció con sus maletas justo después de la boda. —Percy cogió su jarra de cerveza y le dio un buen trago. Ya iba por la segunda pinta y, a ese ritmo, el reverendo temía que pronto acabara borracho como una cuba.

—Calma, muchacho —le aconsejó—. No pienso mandarte de vuelta con tu esposa hecho un guiñapo. Arreglaremos todo este enredo. Solo tenemos que trazar un plan. —El reverendo guardó silencio un instante antes de añadir—: Déjame que le dé unas vueltas, Percy, y se me ocurrirá algo que obstaculice cualquier idea que ella pueda tener de instalarse de forma permanente. —Levantó la jarra vacía para pedir otra—. Mientras tanto, ¿has tenido ocasión de escribir ya mi sermón del domingo?

Como sería casi imposible encontrar una modista de renombre tan cerca de la fecha de la ceremonia de coronación, Grace le había informado a Prudence de que tendría que arreglárselas con vestidos del propio guardarropa de la duquesa, a los que la costurera local haría los ajustes necesarios.

Prudence observaba con perplejidad cómo su hermana arrojaba vestido tras vestido sobre la cama, y dio gracias para sus adentros por no tener que permanecer horas de pie como un alfiletero humano cuando por fin llegara a Londres. Cada vez que Grace sostenía una prenda contra ella, miraba a Felicity en busca de su aprobación. Ni esta ni Grace le pedía a Prudence su opinión, lo cual resultaba un poco exasperante, pero, en general, Pru se conformaba con quedarse sentada y mirar. Y mirar... y mirar. ¿De veras necesitaba un traje de montar, si nunca se había subido a un caballo?

Al cabo de un rato, Prudence carraspeó con fuerza.

—¿Cuánto tiempo exactamente voy a quedarme en Londres? —preguntó, señalando el montón de ropa que cubría ya la cama por completo—. Quiero decir, aquí hay prendas suficientes para que me duren hasta Navidad.

—Tonterías —replicó Grace—. Lo que tenemos aquí apenas te alcanzará para dos semanas. Una vez termine la coronación...

—Una vez termine la coronación, volveré a casa —la interrumpió Prudence con firmeza—. A menos, claro, que hayas agitado una varita mágica y me hayas conjurado mi propio príncipe encantado.

—Creo que los príncipes encantados escasean bastante —comentó Felicity con sequedad.

—Muy bien —suspiró Prudence con dramatismo—. Si tengo que rebajar un poco mis expectativas, me conformaré con un lord encantado.

Grace soltó una risita mientras cerraba por fin la puerta del armario.

—Creo que la mayoría de las jóvenes agradecen casarse con un hombre que conserve todo el pelo y todos sus dientes —observó.

—Lo dice la duquesa cuyo esposo sigue haciendo suspirar a las mujeres, aunque ya sea viejo —replicó Prudence entre risas.

—No dejes que Nicholas te oiga decir semejante cosa —rio Grace—. Se ha vuelto muy sensible con el retroceso del cabello en su frente.

—La verdad es que todas tus hermanas han tenido mucha suerte al casarse con hombres apuestos —comentó Felicity—, pero, más aún, sus esposos son todos extraordinariamente tolerantes. —Arqueó una ceja al mirar a Prudence y añadió con ironía—: ¿Puedo sugerirte que tengas en cuenta lo segundo, antes que lo primero?

—Me parece que todo el proceso da demasiados quebraderos de cabeza —suspiró Prudence, mientras se ponía en pie—. Buscaré a un caballero que se conforme con que yo permanezca en el campo mientras él pasa el tiempo en la ciudad. Estoy convencida de que

puedo llevarme bien con cualquier hombre, siempre que haya más de diez millas entre nosotros.

CAPÍTULO 6



—Dios Santo, todo esto se está convirtiendo en un circo.

Nicholas negó con la cabeza, agotado, mientras aceptaba el *brandy* que Huntley le ofrecía, para dejarse caer después en la silla más cercana. Hizo un esfuerzo por sonreír a Grace, que lo observaba con preocupación. Ella se volvió hacia el anciano mayordomo, a punto de cerrar la puerta de la sala.

—Huntley —le dijo a este—, ¿sería tan amable de disponer que preparen un baño en la alcoba de Su Excelencia?

El mayordomo asintió en señal de conformidad, hizo una reverencia y se retiró, dejando solos al duque y la duquesa por primera vez en una semana. Grace se levantó, cruzó la estancia y, de una forma muy poco propia de una duquesa, se recogió las faldas y se sentó en el regazo de su marido.

—Uf —se quejó Nicholas con una sonrisa—. ¿Ha engordado por casualidad, señora mía?

Grace arqueó las cejas; después soltó una risa baja y traviesa, y empezó a deslizar un dedo por el pecho de él. La inspiración brusca de Nicholas demostró que el fino lino de la camisa no suponía barrera alguna para aquella exploración. Grace se removió en su

regazo y se inclinó hacia delante, dejando besos leves como aleteos en su cuello y en la línea de su mandíbula.

—Vaya, Su Excelencia —ronroneó ella—, parece que cierta zona de su anatomía no tiene ningún problema con el peso que se le ha echado encima.

Con un gemido ahogado, Nicholas la rodeó con los brazos y buscó su boca en un beso desesperado y abrasador. Grace tiró febrilmente de la camisa de él hasta dejarle el pecho al descubierto, mientras Nicholas, con igual impaciencia, le alzaba las faldas en busca de esa parte de ella que ardía por sentir sus caricias...

Hasta que una tos discreta los hizo separarse de golpe como adolescentes culpables.

—Su baño estará listo dentro de un momento, Su Excelencia.

Huntley no dio señal alguna de haber presenciado su falta de decoro, aunque Grace habría jurado que el mayordomo luchaba por contener una sonrisa.

—Gracias, Huntley —respondió ella en tono remilgado, sin atreverse a moverse.

Si intentaba levantarse de la silla, había muchas probabilidades de que el mayordomo advirtiera su estado de desaliño. De hecho, Grace se mordió el labio y tuvo que ahogar un jadeo cuando Nicholas la acarició con ánimo provocador. En cuanto el mayordomo salió de la sala, el duque se inclinó hacia delante y hundió el rostro en el cuello de ella.

—¿Qué te parece si compartes mi baño? —murmuró él, mientras trazaba un sendero de besos suaves hacia su hombro.

No fue ninguna sorpresa que su esposa pareciera haber perdido la voz, pues su única respuesta fue un asentimiento enfático.

Una hora más tarde, tendidos en la cama, con sus cuerpos enlazados después de haber hecho el amor, Grace sacó a colación el

tema de Prudence.

—¿Puedes creer que mi hermana pensaba que lord Melbury había venido para pedir su mano? —Soltó una risita contra el pecho de su esposo, sin ver la mirada incrédula que este dirigió a su coronilla.

—¿Qué demonios le hizo pensar semejante cosa?

—Al parecer, oyó a la señora Higgins cotilleando en la cocina. Nuestra cocinera había reparado en la presencia constante del barón y sumó dos y dos para obtener cinco.

Nicholas soltó una risa baja.

—No se me ocurre un emparejamiento peor —murmuró—. Ni siquiera le daría la hora a ese sapo zalamero si no me viera obligado.

—Sí, se parece a un sapo —convino Grace—. Puedes estar tranquilo: saqué a Pru de ese error de inmediato. —Hizo una pausa, levantó la cabeza y rio antes de añadir—: Creo que se sintió tan agradecida al descubrir que no intentábamos unirla a una criatura tan odiosa, que aceptó mi invitación a acompañarnos a Londres casi con elegancia.

Nicholas suspiró con pesar.

—Estoy completamente seguro de que odiará cada minuto de su estancia en la ciudad. No solo tendremos que alojar al príncipe heredero Federico de Boldova, sino también a su esposa y a todo su séquito. En resumen: la casa estará a reventar.

—¿Bailey podrá con todo? —preguntó Grace, con evidente preocupación.

—Sinceramente, no lo creo —respondió Nicholas con otro suspiro—. He dado instrucciones a la señora Jenks para que haga averiguaciones discretas. De momento, el puesto será solo temporal. Alguien que ayude a Bailey mientras tengamos tantos invitados. Cuando termine la coronación, buscaremos un sustituto más permanente.

—Bailey se quedará destrozado —predijo Grace con tristeza.

—No tengo intención de prescindir de él —aclaró Nicholas—. Como dices, eso lo destrozaría. Quien ocupe el nuevo puesto será submayordomo mientras Bailey pueda mantenerse en pie.

Grace le dio un beso rápido y aprobador en el pecho.

—¿Y qué hay de los preparativos de la coronación? —preguntó.

Más que verla, Grace notó la mueca de su marido.

—El rey se ha superado a sí mismo esta vez —gruñó Nicholas—. La construcción de una pasarela cubierta desde Westminster Hall hasta la abadía es la menor de sus extravagancias. Según dicen, tendrá unos siete metros y medio de ancho y se elevará casi un metro del suelo. Todo estará cubierto por una alfombra azul. —Bajó la mirada hacia el rostro incrédulo de Grace—. Y eso significa casi ochocientos metros de recorrido.

—¿Y la abadía?

—Me han informado que instalarán gradas para sentar a cuatro mil quinientas personas. Tras la ceremonia, el rey piensa ofrecer un banquete en Westminster Hall. —Nicholas hizo una pausa y rio de nuevo—. Te alegrará saber que hemos recibido una invitación. Sin embargo, Su Majestad ha decretado que la comida se servirá únicamente a los caballeros, mientras que las damas quedarán relegadas a contemplar el acto desde una galería superior.

La risa de Nicholas se convirtió en una carcajada plena ante el gesto perplejo de Grace.

—No importa, querida; el ayuno te ayudará, sin duda, a perder algo de peso.

Como estaría en Londres para la coronación, Prudence había empezado a leer los papeles de cotilleos de su madrastra, con el único propósito de prepararse para la ordalía que se avecinaba...

Bueno, al menos eso se decía a sí misma. En realidad, aquellos numerosos rumores y las descripciones detalladas de diversos escándalos le parecían una lectura fascinante, sobre todo, porque la identidad de los implicados solía aparecer disfrazada con tan poco esmero que apenas costaba reconocerlos.

Ahora, cuando faltaban solo dos semanas para el viaje, Prudence no podía evitar sentir un pequeño estremecimiento de emoción. No sería su primera visita a Londres, ni mucho menos. En el pasado, sin embargo, siempre había detestado el bullicio de la ciudad, pues la consideraba maloliente y atestada. Nada había cambiado; de hecho, en esta ocasión, probablemente sería muchísimo peor. Pero era la primera vez que estaría presente en la capital durante un acontecimiento histórico de tal magnitud, y la perspectiva se volvía aún más emocionante gracias a los chismes escabrosos que las hojas de cotilleos de Agnes revelaban con tanto colorido.

El último número había llegado el día anterior. Prudence no dejó de merodear por la vicaría, impaciente por hacerse con él, pero su madrastra no terminó de leerlo hasta bien entrada la tarde. Por fortuna, aún quedaban dos horas para la cena, así que, como la vicaría estaba insoportablemente calurosa y sofocante, Prudence decidió llevarse el cuadernillo y disfrutarlo en algún lugar más fresco. Incluso convenció a la señora Tomlinson para que le preparara un pequeño tentempié que la sostuviera hasta la cena.

Estaba a punto de escapar por la puerta de la cocina cuando Freddy apareció de pronto, mirándola con ojos suplicantes. Prudence le hizo unas rápidas carantoñas mientras, a escondidas, le deslizaba una galleta recién salida del horno. Entonces, por impulso, regresó deprisa al vestíbulo principal y se acercó al estudio de su padre.

—¡Voy a sacar a Freddy a pasear! —gritó a través de la puerta, y decidió interpretar el gruñido que sonó al otro lado como una respuesta afirmativa.

Dos minutos después, ambos caminaban por el sendero en dirección al pueblo. Por muchas ganas que Prudence tuviera de leer los

últimos cotilleos, disfrutaba del paseo sin prisa, agradecida por el aire más fresco del principio de la tarde, después del calor abrasador del día.

Justo antes de llegar a la nueva casa de Percy, se desvió por un camino cubierto de maleza, el cual llevaba a un bosquecillo umbrío por el que corría un pequeño arroyo. Un lugar perfecto para un picnic y quizá incluso para remojarse los pies. Prudence tomó una manzana de la cesta que le había preparado la señora Tomlinson y avanzó con tranquilidad, absorta en sus pensamientos, mientras Freddy caminaba a su lado y se detenía de vez en cuando para olisquear y levantar la pata.

Al cabo de unos quince minutos, llegaron a la sombra de los primeros árboles. Mientras Prudence buscaba el mejor sitio para sentarse, Freddy alzó de pronto la cabeza y dejó escapar un gruñido bajo de advertencia.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó ella, al cobrar conciencia de golpe de lo aislados que estaban.

Con el corazón desbocado, Prudence sujetó al perro por el collar y rodeó con cautela el árbol enorme que le cerraba el paso. En el claro había un caballo, que agitaba la cola con placidez mientras bebía del arroyo. A su lado había un hombre.

Tras calcular que no debía de estar a más de cinco kilómetros de Blackmore, Jamie Fitzroy aminoró por fin la marcha de su caballo para permitir que el semental se recuperara del ritmo brutal que le había impuesto desde que dejaron atrás la última posta. Decidido a llegar a su destino antes de que oscureciera, Jamie había espoleado con dureza al animal, pero, cuando la tarde empezó a ceder paso al anochecer, comenzó a buscar un arroyo donde el caballo pudiera beber el agua que se había ganado con creces.

Llevaba casi tres días de viaje y, a decir verdad, estaba tan cansado como su montura. Hacía mucho que no se alejaba tanto de Londres,

pues el inspector prefería dirigir el talento investigador de su mejor agente hacia la cloaca perpetua de los barrios bajos. Pero, con la coronación en ciernes, Bastable comenzaba a ponerse nervioso.

Jamie había protestado con vehemencia ante la decisión de su superior de enviar a un agente a hablar con el duque de Blackmore, argumentando que, dada la situación, convenía concentrar sus efectivos en Londres, donde probablemente tendría lugar cualquier intento de atentado. Que se hubiera mencionado al duque de Blackmore no significaba, en opinión de Jamie, que Su Excelencia estuviera implicado en conspiración alguna, sino más bien que podía ser un objetivo.

Por desgracia, Bastable no había estado de acuerdo.

«Dudo mucho que Blackmore sea un objetivo, no más que el maldito príncipe heredero de Boldova», había replicado el inspector. «Su muerte, aunque triste, difícilmente cambiaría el curso de la historia británica. Pero, aunque admito que la posibilidad de que el duque esté implicado en una conspiración contra la Corona es igual de pequeña, de un modo u otro necesitamos averiguar qué sabe. Y, sobre todo, cuál es su relación con el príncipe heredero».

«Si es que sabe algo», había insistido Jamie. «Señor, creo que debemos concentrar nuestros esfuerzos aquí, en la ciudad. Seguir a Grimble terminará por llevarnos al fondo de la conspiración. Si nos dispersamos tanto, podríamos pasar por alto algo vital».

Al final, fue su firme desacuerdo con la decisión del inspector de interrogar a Blackmore, lo que llevó a un Bastable exasperado a escoger al propio Jamie como enviado para tal misión.

Así que allí estaba, en pleno campo de Devonshire, a kilómetros de distancia de la verdadera acción, y Jamie sabía que solo podía culparse a sí mismo. ¿Cuándo demonios aprendería a cerrar la boca? El hecho de que él siguiera creyendo que tenía razón resultaba irrelevante. El inspector Bastable había decidido castigarlo por discutir, convirtiéndolo así en un ejemplo para los demás.

Con solo tres semanas por delante hasta la coronación, se quedaban sin tiempo. Quizá el duque tuviera alguna información, pero a Jamie no le apetecía nada la entrevista que lo aguardaba. Apretó los dientes y obligó a sus pensamientos a regresar al presente, guiando al caballo exhausto hacia un pequeño bosquecillo y la sombra agradecida que ofrecían los árboles. Al cabo de unos segundos, vio un arroyo, desmontó y llevó a su montura hasta el agua. Mientras el semental bebía hasta saciarse, Jamie se acuclilló y empapó el pañuelo en el agua fresca con la intención de limpiarse el sudor de la cara. Un gruñido bajo le hizo alzar la cabeza, y se puso en estado de alerta. Que él supiera, los únicos animales salvajes de aquella parte de Inglaterra eran los ciervos.

Sin moverse, recorrió con la mirada la zona al otro lado del arroyo hasta que sus ojos se encontraron con los de una mujer de cabello castaño que le resultaba vagamente familiar. Ella sujetaba a un perro que agitaba la cola con frenesí.

—Jimmy Fowler, pensábamos que te habías marchado para siempre. ¿Qué demonios hace tu culo embustero y taimado de vuelta en Blackmore?

CAPÍTULO 7



Sin apartar la mirada de la mujer, Jamie se puso en pie despacio. El perro que ella sujetaba a su lado seguía agitando la cola con entusiasmo.

—Ahora soy Jamie Fitzroy —comentó él con voz serena.

—Sí, claro. Dile eso a tu madre —replicó ella con mordacidad.

Jamie apretó la mandíbula, consciente de que merecía de sobra aquel reproche. ¿Quién demonios era ella? El perro que sujetaba pertenecía, a todas luces, al reverendo Shackleford, así que debía de ser una de sus hijas. Pero, por más que lo intentaba, Jamie no lograba recordar cuál. Y, desde luego, no le parecía posible haber olvidado con tanta facilidad una cascada de cabello del color de la caoba pulida.

Ella resopló y soltó al perro, que cruzó el claro como una exhalación y se lanzó al arroyo con un chapoteo que empapó los pantalones de Jamie. Este masculló una maldición y retrocedió, pero el sabueso se le echó encima y le dejó la camisa cubierta de huellas embarradas.

—Abajo, Freddy —gruñó Jamie, recordando de golpe el nombre del animal.

Tras darle un último lametón, el perro se sentó sobre sus cuartos traseros y jadeó, feliz. Jamie alzó la vista y se dio cuenta de que la mujer se había acercado al arroyo. Ahora apenas los separaban unos metros, y lo observaba con recelo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella de nuevo.

De forma inexplicable, Jamie sintió que la ira empezaba a crecer en su interior.

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó con frialdad—. Mi asunto es con el duque.

Muy a su pesar, reparó en que ella tenía los ojos grises, del color de un cielo nublado, enmarcados por unas pestañas negras como el hollín que no parecían deber nada al artificio. Tenía las mejillas encendidas, cubiertas por una fina película de sudor. Jamie la vio morderse el labio inferior y, para su incredulidad, notó cómo su cuerpo reaccionaba ante aquel gesto. Mierda. ¿Qué demonios le pasaba?

Jamie se dio cuenta de que ella le habló de nuevo, con una voz más suave que antes, pero igual de distante.

—Tengas o no asuntos con él, no estoy nada segura de que Nicholas acceda siquiera a recibirte.

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría, y Jamie sintió como si le hubieran asestado un golpe.

Ese era, entonces, el verdadero motivo por el que él se había opuesto con tanta vehemencia a ir a Blackmore. Llevaba casi seis años fuera. Seis años empeñado en labrarse su propio camino y en romper aquella dependencia poco sana que había desarrollado hacia Nicholas Sinclair. Pero, a decir verdad, nunca había logrado escapar del todo, y no pasaba un solo día sin que pensara en el hombre que se había convertido para él en una especie de padre. Sí, había triunfado en su carrera como agente de Bow Street, y se sentía orgulloso de haberlo hecho según sus propias condiciones. Pero la

ausencia del duque había sido como una herida que nunca terminaba de cerrarse.

—¿Sabes si mi madre está bien? —preguntó Jamie con voz ronca por la emoción contenida.

No mencionó que él le enviaba dinero todos los meses desde el día en que se marchó. No le había escrito ninguna carta porque su madre no sabía leer, pero esperaba que ella hubiera sabido de dónde venía el dinero. En cualquier caso, pronto lo averiguaría.

La mujer frente a él abrió la boca, sin duda, con intención de soltarle otra reprimenda, pero la cerró de pronto y respiró hondo.

—Por lo que sé, tu madre está bien. Tanto Nicholas como mi padre se han asegurado de que no le falte el sustento.

Así que era una de las hermanas Shackleford.

—Te lo agradezco —dijo él con voz áspera.

—No me des las gracias —respondió ella con aspereza—. Yo no he hecho nada. —Se giró hacia el sabueso, que en aquel momento andaba husmeando entre la hojarasca—. Ven, Freddy. Es hora de volver a casa.

Cuando ella se volvió de nuevo hacia él, su mirada resultaba indescifrable.

—Espero que tu asunto con el duque sea satisfactorio —concluyó, aunque su tono indicaba que no esperaba nada semejante—. No creo que volvamos a vernos.

Luego dio media vuelta y se alejó, dejando a Jamie allí plantado, mirándola como un imbécil.

El reverendo Shackleford iba por su segunda jarra de cerveza, pero seguía sin tener ni la más remota idea de cómo librar a Percy de su huésped indeseada. Había pensado que pasar un par de horas antes

de la cena en la relativa tranquilidad del Red Lion quizá le proporcionaría alguna inspiración. El problema era que Mary Noon tenía la piel más dura que el cuero y, en realidad, él dudaba que algo menos contundente que arrojar a aquella mujer de cabeza a la calle fuera a surtir efecto. Con un suspiro, se preguntó si una empanada de cordero junto con la pinta ayudaría a poner en marcha su inventiva.

Lo que necesitaba era una razón válida para que Percy le dijera a su madre que se marchara. No servía de nada aconsejarle al zopenco de su coadjutor que le ordenara irse, a menos que tuviera una buena excusa para hacerlo. Era una lástima que Percy y Lizzy no pudieran emprender un viaje a algún sitio. Quizá una luna de miel retrasada... El reverendo frunció el ceño. Pero ¿adónde podían ir? No es que anduvieran sobrados de dinero para ausentarse más de unos días y, si escogían un lugar como Torquay, lo más probable era que Mary hiciera las maletas y se fuera con ellos.

Hizo una seña al tabernero y pidió una empanada de cordero y otra pinta.

—Buenas tardes, reverendo.

Augustus Shackleford dio un respingo al oír aquella voz inesperada junto a su oído y, al volver la cabeza, se le cayó el alma a los pies al ver al viejo Willy sonriendo de oreja a oreja. Puede que el hombre fuera una leyenda en el pueblo, pero eso no hacía que oliera mejor. Con los ojos llorosos, el reverendo intentó respirar por la boca, lo cual resultaba particularmente difícil cuando, a todas luces, se esperaba que dijera algo.

—¿Te encuentras bien, hijo mío? —consiguió articular.

—¿Le pasa algo en la voz, reverendo? —respondió Willy con alegría.

Sin duda, Willy había perdido el olfato hacía años, junto con la costumbre de lavar su ropa interior. Para consternación del reverendo, el anciano se sentó a su lado.

—Hacía una eternidad que no lo veía por aquí —observó Willy, inclinándose hacia delante. Tenía un aliento tan espantoso que el reverendo Shackleford temió que tuviera algo muerto dentro de la boca.

El vicario dio un trago desesperado de su jarra y se obligó a recomponerse. Su labor no consistía en escoger cuándo concedía su tiempo ni a quién, y el Todopoderoso, casi con toda seguridad, tendría algo que decir si él ignoraba a los miembros menos agradables de su parroquia. Willy volvió a sonreír y obsequió al reverendo con otra bocanada de aire fétido. El reverendo pudo ver con claridad que al viejo le faltaban algunos dientes más desde la última vez que se habían encontrado. Quizá había sido mucho antes de lo que creía. La culpa lo inundó.

—¿Puedo invitarte a una bebida, Willy? —preguntó, haciendo todo lo posible por meter la nariz dentro de la jarra.

—Pues sería muy amable por su parte, reverendo. —Fue la previsible respuesta.

El reverendo Shackleford hizo una seña desesperada al tabernero, decidido a mantener la jarra a la altura de sus fosas nasales. No pudo evitar advertir que los demás parroquianos les concedían un amplio espacio de seguridad.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte, Willy? —preguntó dentro de la jarra.

—No, a mí no —rio Willy—. Yo no necesito rezos. El de ahí arriba y yo tenemos un acuerdo. Mientras tenga comida en la panza y una pinta en la mano, yo me quedaré por aquí abajo.

El reverendo esperó, por el bien del Todopoderoso, que cuando llegara aquel triste día, le dieran al anciano un buen baño antes de meterlo en el ataúd.

Por fortuna, la muchacha que servía en la taberna los interrumpió al traer dos jarras de cerveza y una empanada de cordero. Por

desgracia, no se quedó.

—¿Va a ir a Londres, reverendo? —preguntó Willy, con la mirada fija en la empanada—. Ya sabe, por eso de la coronación y todo lo demás.

El reverendo Shackleford frunció el ceño, ocupado en decidir cómo iba a comerse la empanada sin que la mayor parte acabara dentro de su jarra. Al fin, suspiró y empujó el pastel de carne hacia su acompañante.

—Toma, Willy. Acabo de recordar que cenaremos cordero.

El viejo sonrió y se tocó la gorra en señal de agradecimiento, antes de dar rápida cuenta de la empanada. El reverendo no pudo evitar preguntarse si aquel había sido su plan desde el principio.

—Entonces, ¿va a llevar a la señora Shackleford a la coronación? —repitió Willy, echándose hacia atrás con un sonoro eructo.

—Por desgracia, no, yo...

El reverendo se interrumpió, pues una idea repentina le llegó como un relámpago. Asintió despacio antes de apurar el resto de la cerveza de un solo trago.

—Sí, Willy, desde luego que sí —declaró con énfasis, dejando la jarra sobre la mesa con un golpe—. De hecho, voy a llevar a Percy y a Lizzy de luna de miel atrasada.

De camino a casa, Prudence no pensó en la hoja de cotilleos que llevaba en el ridículo y que aún no había podido leer, ni en el picnic que permanecía intacto. En cambio, le consumía la curiosidad por la repentina reaparición de Jimmy Fowler, o Jamie, como al parecer se hacía llamar ahora. ¿Qué asunto tendría que tratar con el duque? Debía de ser importante para que se presentara así de pronto, sin avisar. Sin duda, él no imaginaría que Nicholas iba a recibirlo con los brazos abiertos.

Prudence sacudió la cabeza y pensó cuánto había cambiado él. Cuando vivía en Blackmore, era simplemente Jimmy, el... bueno, ayudante personal del duque de Blackmore, por falta de una mejor descripción. A decir verdad, ella no le había prestado demasiada atención. Recordaba su mata de pelo, del color del oro viejo, pero no recordaba que tuviera los ojos tan azules ni los labios tan atractivamente llenos. Y qué alto era. El corazón le dio un vuelco incómodo. No se podía negar que Jimmy Fowler era el hombre más apuesto que había conocido jamás. ¿Estaría casado?

Sus pensamientos se detuvieron en seco. ¿Qué demonios importaba que lo estuviera? Jimmy, se llamara como se llamara ahora, no le agradaba, a pesar de que probablemente no había cumplido ni los treinta. Era evidente que la lealtad ocupaba un puesto muy bajo en su lista de atributos esenciales, dado que había abandonado al único hombre que se había preocupado por él.

Pero era algo más que eso.

Prudence recordaba a Jimmy Fowler como un muchacho alegre y despreocupado, siempre metido en algo, que seguía al duque a todas partes como un cachorro.

Este Jamie no se parecía en nada a aquel chico. Había dureza en sus ojos de color cobalto, y el rostro había perdido por completo toda huella de juventud. Prudence no tenía ni idea de dónde había estado ni de qué había hecho durante esos seis años de ausencia, pero estaba plenamente convencida de una cosa.

Jamie Fitzroy era peligroso.

Jamie permaneció lo que le pareció una eternidad frente a la pequeña casa de su madre. A todas luces, la muchacha Shackleford había dicho la verdad. La vivienda estaba en excelente estado, y la pequeña parcela de jardín rebosaba de verduras y hierbas aromáticas. Había cortinas en las ventanas pequeñas y, a través del

impecable cristal, pudo ver un par de faisanes colgados en la diminuta cocina.

¿Hacía bien al ir a verla, o habría sido mejor no remover nada? Ella sabía que estaba vivo. Quizá eso bastara. Si además conociera su profesión... Jamie cerró los ojos y sacudió la cabeza. ¿No estaría condenándola a más dolor y preocupación?

—¿Jimmy...?

Él abrió los ojos de golpe al oír aquella voz vacilante. Al volverse, vio la figura menuda de su madre junto a la verja.

—¿Eres tú, Jimmy?

Ella dio un paso adelante, escudriñándolo bajo la tenue luz del atardecer.

—Hola, mamá.

La voz de Jamie se quebró y tragó con esfuerzo, con la garganta cerrada por completo.

Ella dio otro paso hacia él.

—Eres tú.

Entonces, la anciana se recogió las faldas y corrió por el sendero hacia él. Jamie dejó que las lágrimas cayeran por su rostro. Abrió los brazos, la envolvió en ellos y la alzó en volandas, haciéndola girar.

—¡Jimmy! —sollozó ella cuando él por fin la dejó en el suelo—. Ay, hijo mío, no puedo creer que seas tú. —Se apartó un poco, sujetándolo con los brazos extendidos—. Mírate, estás aún más alto, y... y... —dijo entre sollozos. Con una maldición, Jamie la abrazó con fuerza mientras ella lloraba. Al cabo de un rato, los sollozos dieron paso a hipidos temblorosos hasta que, por fin, su madre levantó la cabeza y susurró—: Ay, Jimmy, ¿dónde has estado?

—Por mucho que me encantaría alojarlos a Agnes y a usted, padre...

—Y a Percy y a Lizzy.

—Y a Percy y a Lizzy —repitió Grace, exasperada—, sencillamente no es posible. Seguro que lo entiende. Tendremos como huésped al príncipe heredero de... —Hizo una pausa y frunció el ceño—. De algún lugar de Europa. No habrá ni una alcoba libre en toda la casa.

—¿Temperance estará en Londres? —preguntó el reverendo, imperturbable.

—Bueno, sí..., pero estoy segura de que Adam y ella estarán exactamente en la misma situación.

—¿Por qué? ¿Cuántos príncipes herederos van a venir?

—No me refiero a... —Grace dio una patada en el suelo, frustrada—. Sabe muy bien lo que quiero decir, padre. Hacerse el obtuso no va a cambiar nada. En esta ocasión no se va a salir con la suya.

—¿Y Patience? —exigió saber el reverendo, como si su hija no hubiera dicho una sola palabra—. No imagino al rey arriesgándose a nombrarla anfitriona de nadie. Con toda seguridad, provocaría un incidente internacional.

Grace miró a su obstinado progenitor durante un segundo y después sacudió la cabeza, cansada.

—No sé si ella y Max tendrán invitados —concedió—, pero estoy convencida de que, como ahijado de la reina Carlota, el marqués de Guildford tendrá algún papel oficial en algún punto de las celebraciones.

—Bueno, no será un punto muy importante, puesto que la reina lleva tres años criando malvas, y estoy seguro de que Patience estará encantada de alojarnos —decidió el reverendo con alegría—. Le escribiré una carta ahora mismo. Vamos, Freddy.

Grace contempló a su padre, perpleja, mientras este se dirigía a la puerta de la sala.

—¡Ya salgo yo solo! —gritó él, y cerró con un portazo.

¿Para qué se molestaba siquiera?, pensó Grace. Decirle que no a su padre era un ejercicio inútil. A sus casi cuarenta años, ella ya tendría que saberlo. Dejó escapar un suspiro y se preguntó si debería escribir una nota para avisar a su hermana. De lo contrario, era muy probable que él se presentara sin más en la puerta del marqués.

Grace se acercó a su pequeño escritorio, se sentó y sacó del cajón una hoja de papel. Luego mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir: «Queridísima hermana», pero se detuvo de golpe y se echó a reír. De hecho, se rio con tanta fuerza que varias gotas de tinta salpicaron el papel y los ojos comenzaron a llorarle.

Lo que daría por ver la cara de Patience cuando recibiera la carta de su padre...

CAPÍTULO 8



Cuando Prudence despertó a la mañana siguiente, le irritó descubrir que su primer pensamiento había sido para Jamie Fitzroy. ¿Dónde estaría? ¿Habría ido a ver a su madre? Tal vez la señora Fowler fuera, en realidad, la única persona que se alegraría de verlo.

Prudence entrecerró los ojos al mirar por la ventana y advirtió que aún faltaba una hora para el desayuno, de modo que se volvió a la cama con decisión. Hasta que otro pensamiento la asaltó. ¿Sabría el duque que Jamie iba a presentarse allí? Se incorporó de golpe. Demonios, ¿y si Jamie lo tomaba desprevenido? Aunque quizá Nicholas siguiera en Londres y la visita de aquel granuja resultara inútil. Prudence volvió a tumbarse. Pero Grace sí estaba allí. ¿Qué pensaría su hermana mayor, si el antiguo Jimmy Fowler aparecía de la nada? Como mínimo, Grace le echaría una buena reprimenda.

Con un suspiro, Prudence volvió a incorporarse. En conciencia, no podía dejar que Nicholas y Grace ignoraran la presencia de Jamie en Blackmore. Tenía que advertirles de sus intenciones. Si aquel par de ojos azules no le hubiera trastornado la cabeza como a una necia, ya les habría escrito una nota el día anterior.

Salió de la cama, se lavó deprisa las manos y la cara en la jofaina de la cómoda, y fue a ponerse el vestido. Cuando hizo ademán de pasárselo por la cabeza, frunció el ceño y bajó la mirada. Era el

mismo que había llevado el día anterior. ¿Y qué? No acostumbraba a cambiarse de ropa todos los días. Pero ¿y si se encontraba con Jamie mientras ella visitaba a su hermana? No querría que él la tomara por una dejada. Masculló una maldición, arrojó el vestido sobre la cama y empezó a revolver en el armario, sin que se le ocurriera ni por un instante que, la última vez que había ido ver a su hermana, le había importado un comino llevar el mismo vestido de toda la semana.

Media hora después, estaba lista. Mientras se calzaba las botas, no pudo evitar pensar que solo había tardado tanto en arreglarse cuando se celebró la boda de Chastity. Pero, a fin de cuentas, no iba a permitir que alguien como Jimmy Fowler la mirase por encima del hombro. Con un resoplido decidido, bajó a la cocina, donde podría conseguir algo de comer.

La estancia olía ya de forma deliciosa a pan recién hecho, y Prudence convenció a la señora Tomlinson para que le diera una gruesa rebanada de pan bien untada con mantequilla. Le dio un buen mordisco y gimió de placer, justo antes de ver a Freddy tumbado en su cesta, observándola con atención.

—Glotón —gruñó ella, mientras partía un trozo para él.

El perro salió de la cesta, se estiró y, por fin, aceptó el bocado.

—Tómate tu tiempo —murmuró Prudence, sacudiendo la cabeza antes de encaminarse hacia la puerta abierta.

Freddy la siguió, con la clara esperanza de obtener una segunda ración, y, para cuando llegaron a la verja, Prudence cedió y le entregó el resto del pan. Si no se entretenía, probablemente obtendría en la casa un desayuno mucho más abundante. Freddy, por lo visto, opinaba lo mismo, porque en lugar de regresar a la cocina la siguió hasta el camino.

—No eres ningún tonto, ¿verdad, muchacho? —le dijo ella, sonriendo al viejo sabueso.

Prudence caminó a buen ritmo y llegó a la cocina de la señora Higgins en menos de veinte minutos. Al entrar en la estancia bulliciosa, saludó al personal y, al ver que la cocinera estaba de espaldas junto al fogón, se sirvió a escondidas un trozo de jamón mientras pasaba como una ráfaga, con Freddy pegado a sus talones.

Si Huntley se sorprendió al verla, no lo demostró. Se limitó a inclinar la cabeza y a preguntarle si había venido a desayunar. Ante el entusiasta asentimiento de Prudence, el mayordomo le informó de que Sus Excelencias se encontraban en la salita matinal.

Grace, en cambio, no logró ocultar su sorpresa al ver a su hermana menor de visita a una hora tan temprana y... ¿con una cinta en el cabello?

Con las cejas arqueadas, la duquesa se puso en pie y abrazó a Prudence.

—Supongo que has venido a desayunar —comentó aquella con sequedad.

—¡Tía Pru! ¡Freddy! —gritó Jennifer, poniéndose en pie de un salto.

A pesar de tener ya casi once años, Jennifer, como todas las mujeres Shackleford, la compostura no formaba parte de sus grandes virtudes. El pequeño Nicholas se limitó a sonreírle a Prudence desde el otro lado de la mesa, con la camisa manchada de yema de huevo. A punto de cumplir seis años, era la viva imagen de su padre. Peter, en cambio, se parecía a su madre. Aunque bastante callado, tenía una inclinación traviesa que Anthony había cultivado con esmero a lo largo de los años.

—¿Cómo está, tía Pru? —preguntó Peter con formalidad, mientras se ponía en pie y ejecutaba una pequeña reverencia.

—Muy impresionante —comentó Prudence con un guiño—. ¿Has tenido noticias de mi hermano?

—Una carta la semana pasada —respondió Peter con una sonrisa, volviendo a sentarse—. Debo decir que estoy deseando reunirme con él en septiembre.

—Le doy las gracias a Dios todos los días porque solo coincidirán en la escuela durante un año —comentó su padre con sequedad, dejando el periódico.

El duque sonrió a Prudence con calidez y le señaló el suntuoso festín dispuesto sobre el aparador, antes de hacerle unas carantoñas al sabueso. Después de que el perro obsequiara a Jennifer con un lametón entusiasta, Freddy trotó sin demora hasta la cabecera de la mesa y apoyó la cabeza en el regazo del duque. Estaba claro que sabía muy bien quién era el humano más importante de los presentes.

—Será mejor prepararle un plato a este anciano —dijo Nicholas, acariciando la cabeza de Freddy.

—No hable de sí mismo de esa forma —respondió Prudence con desparpajo, arrancándole una risita a Peter.

Nicholas arqueó las cejas y después suspiró con dramatismo.

—Burlas en mi propio salón antes de las diez. Está claro que todo se va al diablo.

—Lo siento, no he podido resistirme —se disculpó Prudence, dejando el plato en la mesa antes de sentarse—. Seguro que no es tan viejo.

Grace dejó la taza de té en el platillo con un tintineo al soltar una carcajada.

—Lo siento, querido —se disculpó al ver la expresión herida de su marido—. Desde luego, no aparentas ni un día más de treinta y ocho...

—...Y aquí es donde daremos por concluida esta conversación —declaró el duque con una sonrisa. —Se volvió hacia Prudence—. Aunque tu presencia siempre es un deleite —dijo con fingida

gravedad—, no solemos verte por aquí a la hora del desayuno. ¿Hay algún motivo concreto para tu visita, o te has despertado esta mañana y has pensado: «Hoy iré a insultar a mi cuñado»?

Prudence le devolvió la sonrisa antes de ponerse seria.

—Tengo noticias —confesó, y respiró hondo antes de añadir—: Ayer vi a Jimmy Fowler.

Nicholas se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido.

—¿Dónde? —gruñó.

—Aquí, en Blackmore —respondió Prudence—. Debería haberlo informado ayer, pero..., bueno, me sorprendió tanto que no pensé con claridad. —Hizo una pausa antes de continuar con cautela—. Ha venido a verle.

Durante un segundo, el duque guardó silencio; solo su mandíbula tensa revelaba la hondura de sus emociones.

—¿Te dijo por qué? —preguntó al fin, con voz inexpresiva.

Prudence negó con la cabeza.

—Pero, al parecer, ahora se hace llamar Jamie Fitzroy.

—¿Está usando el apellido de soltera de su madre? Bueno, supongo que suena más sofisticado que Jimmy Fowler. —La suavidad de las palabras del duque no engañó ni a Grace ni a Prudence.

—No dijo dónde ha estado ni qué ha estado haciendo —añadió Prudence con una mueca.

—Sé exactamente dónde ha estado y qué ha estado haciendo —comentó Nicholas con calma.

Prudence lo miró, sorprendida.

—¿Lo sabe? Entonces ya sabía que había cambiado de nombre. ¿Por qué no lo trajo de vuelta?

—¿A rastras y a gritos? —respondió el duque con sequedad—. Estaba claro que Jamie quería labrarse su propio camino, y yo no tenía derecho a interferir en eso. —Hizo una pausa antes de añadir en voz baja—: No soy su padre.

—Dijiste que se había unido a los agentes de Bow Street —intervino Grace, dejando claro que ella también conocía el paradero de Jimmy —. ¿Podría haber venido aquí por un asunto oficial?

—Eso sospecho —respondió Nicholas, y se dirigió a Prudence—. ¿Tenía buen aspecto? —Esta vez, el duque no intentó mantener un tono indiferente.

De forma inexplicable, Prudence se sonrojó.

—Desde luego, su aspecto ha cambiado —murmuró.

De pronto, Grace comprendió el motivo de los esfuerzos de Pru en mejorar su apariencia. Arqueó las cejas y preguntó:

—¿En qué sentido?

Prudence lanzó a su hermana una mirada contrariada y tiró del escote de su vestido con gesto incómodo.

—Parecía mucho más alto —declaró en voz alta— y, desde luego no daba impresión de estar desnutrido.

—Hasta donde yo sé —prosiguió Nicholas, ajeno a la mirada sagaz de su esposa—, Jimmy nunca ha revelado sus vínculos con Blackmore. —Hizo otra pausa y no intentó ocultar la aprobación en sus siguientes palabras—. A decir verdad, estoy seguro de que todos sus éxitos los ha logrado únicamente por sus propios méritos, y tengo entendido que sus superiores lo consideran uno de sus mejores detectives.

—No me sorprende en absoluto —intervino Peter con entusiasmo—. Jimmy siempre sabía lo que hacía. Nos enseñó a Anthony y a mí a rastrear conejos. ¿Cree que ha vuelto para quedarse, padre?

Nicholas sonrió con tristeza a su hijo y heredero.

—Lo dudo mucho, Peter. Su vida ha seguido adelante lejos de Blackmore. Sospecho que ha venido a hablar con nosotros de algún caso en el que está trabajando.

Grace frunció el ceño.

—No imagino qué podría tener que hablar con nosotros. Al fin y al cabo, nuestra vida es bastante tranquila.

Nicholas le dirigió una mirada incrédula.

—¿Tranquila? Me temo que Jimmy sabe perfectamente que nuestras vidas han sido cualquier cosa menos eso. Estoy seguro de que no necesito recordarte, amor mío, que los cortejos de tus hermanas han sido una aventura aterradora detrás de otra. —Levantó los dedos uno a uno para enumerarlas—. Temperance: un intento de asesinato. Faith: el descubrimiento de restos momificados y un intento de asesinato. Hope: un secuestro y otro intento de asesinato. Patience: allanamiento de morada, secuestro y otro intento de asesinato. Charity: contrabando y un intento de asesinato. Y, por último, Chastity: peleas clandestinas... —Reflexionó un instante de rematar con teatralidad—: Ah, y dos intentos de asesinatos más. Naturalmente, por el camino hubo también varios asesinatos consumados.

Grace miró a su marido y después resopló.

—Bueno, al menos no podrás negar que, desde que Jimmy se marchó, las cosas han sido un poco aburridas.

Jamie despertó con el delicioso aroma del pan en el horno y, durante unos breves segundos, fue como si nunca se hubiera marchado. Entonces la realidad se abatió sobre él y se volvió bocarriba, mirando el techo bajo. ¿Qué diría el duque cuando solicitara verlo? ¿Aceptaría siquiera Su Excelencia hablar con él? Jamie sintió que el estómago se le encogía, pero enseguida se relajó. Nicholas Sinclair

no le negaría una audiencia. Seguro que el duque al menos escucharía lo que tenía que decirle y, una vez entendiera la gravedad de la situación...

Los sentimientos personales no tenían cabida cuando había una posible traición de por medio, y Jamie estaba convencido de que su antiguo mentor le ofrecería toda la ayuda posible, aunque el encuentro no resultara sencillo.

Sintiendo que su ánimo mejoraba de forma considerable, Jamie se levantó de la cama y se puso los pantalones. Al mirar la camisa cubierta de huellas de barro, sus pensamientos regresaron sin remedio a la joven que había conocido el día anterior. Sacó una camisa limpia de la bolsa e intentó recordar su nombre.

El día que él se marchó de Blackmore había sido el de la boda de Chastity Shackleford. Dados los acontecimientos que condujeron al enlace, aquello no lo había olvidado. Según recordaba, quedaba una hermana en casa. La menor. Su memoria evocó a una cría flacucha y desaliñada, con una mata de pelo castaño y un carácter extraño.

Frunció el ceño, esforzándose al máximo por hacer memoria. ¿Qué era lo que esa muchacha solía decir cuando alguien tenía mal aspecto? Absorto en sus cavilaciones, se puso las botas. Entonces soltó una risa lenta al recordarlo por fin: «Parece un desenterrado».

Eso era. Su frase favorita. Prudence Shackleford. ¿Cómo había podido olvidarla? Aunque, para ser justos, ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha, con sus correspondientes curvas. Recordó cómo había reaccionado su cuerpo al verla y sacudió la cabeza. Estaba claro que había respondido a la primera mujer atractiva con la que se cruzaba en mucho tiempo. Se encogió de hombros, se puso la camisa y la apartó de su mente.

La noche anterior, su madre y él habían estado hablando hasta muy tarde. Naturalmente, ella había querido saberlo todo. Jamie había procurado restar importancia a su papel como agente de Bow Street, insinuando que su trabajo se parecía más al de un escribano y, en

general, había conseguido esquivar las preguntas más concretas de su madre. Al final, ella pareció bastante satisfecha. No sabía por qué él estaba allí, aparte de que esperaba ver al duque.

Jamie agachó la cabeza y bajó con cuidado por la estrecha escalera. La casita era diminuta, con dos dormitorios pequeños en el piso superior y una cocina y una sala aún más pequeñas abajo. Al mirar el espacio reducido, limpio hasta el último rincón, pensó en su cuartucho de Londres e hizo una mueca. Tendría suerte si, a su regreso, no lo encontraba infestado de cucarachas. Pero, en realidad, apenas pasaba tiempo allí. No era un hogar, solo un sitio donde dormir.

Mientras observaba a su madre levantar la cabeza y sonreír, lo invadió un anhelo tan poderoso que estuvo a punto de trastabillar. ¿Qué se sentiría al tener un hogar propio? ¿Una esposa esperándolo con una sonrisa así en el rostro y amor en la mirada? Jamie tomó el cuenco de leche que su madre le tendía e hizo un esfuerzo por devolverle la sonrisa, decidido a empujar aquel anhelo absurdo a un rincón tan profundo que pudiera olvidar que había existido alguna vez.

CAPÍTULO 9



El reverendo Shackleford estaba deseando comunicarle a Percy que había encontrado la respuesta a su desesperado dilema. Ya había escrito la nota para Patience, en la que le anunciaba su intención de visitarla, pero aquello no lo preocupaba demasiado. Lo más probable era que llegaran a la casa del marqués en Londres antes que la carta, y no le cabía duda de que su aparición sería una sorpresa deliciosa.

Ya había hablado con Agnes al respecto, dado que ella llevaba con cara de Viernes Santo desde que Percy se había encadenado al matrimonio; aunque el reverendo no tenía ni idea de por qué, puesto que su querida esposa no había dejado de quejarse del coadjutor mientras este había vivido en la vicaría. Pero Agnes y Lizzy se llevaban de maravilla, así que era poco probable que un viaje de tres días en carruaje terminara con ambas matándose. Ah, aquello le recordaba que tendría que hablar con Nicholas. Sin duda, el duque no consentiría que su suegro viajara a Londres en un coche de postas.

Satisfecho al comprobar que su plan avanzaba por buen camino, Augustus Shackleford se sirvió pan y confitura. Al mirar alrededor, se preguntó dónde estaría Freddy. No era propio del perro perderse el desayuno. En fin, estaba seguro de que el sabueso aparecería en algún momento durante las rondas parroquiales, pues nada excepto

la muerte le haría perderse las cortezas de beicon de la señora Gibbons.

Mientras untaba el pan, el reverendo volvió a pensar en el inminente viaje y se preguntó si podría evitar comprarle a Agnes un nuevo vestuario. Con ese fin, cuanto antes partieran, mejor. Naturalmente, aquello también serviría de incentivo para que Percy mandara a su madre de vuelta a casa. Si todo sucedía deprisa, Mary Noon tendría menos tiempo para inventar objeciones.

Por supuesto, tendría que encontrar a alguien que se ocupara de los oficios dominicales mientras estuvieran fuera, lo cual suponía cierto desafío, dado que el viejo señor Cobbins había estirado la pata hacía casi dos años. Aun así, el reverendo estaba convencido de que encontraría un sustituto dispuesto si contaba con un poco de tiempo y la ayuda del Todopoderoso.

De hecho, el reverendo Shackleford solo podía concluir que el Todopoderoso aprobaba por completo su plan, pues aquella misma mañana había recibido una misiva de Nicholas en la que le pedía que Prudence los acompañara a él y a Grace a Londres. El reverendo había experimentado una preocupación momentánea ante la posibilidad de que su yerno hubiera perdido la chaveta de pronto, pero no podía negarse que el duque había resuelto el problema de qué hacer con la problemática muchacha durante su ausencia, sin que al reverendo se le hubiera pasado por la cabeza viajar con su hija menor a la misma ciudad.

Tras dar un bocado satisfecho al pan recién horneado de la señora Tomlinson, Augustus Shackleford quedó convencido de que había considerado todas las eventualidades, y que lo único que faltaba era darle a Percy la buena noticia. Como era probable que el coadjutor pasara encerrado en la sacristía casi todo el día, redactando el sermón de aquel domingo, el reverendo decidió que iría a ponerlo al tanto del plan en cuanto terminara de hacer sus rondas.

Por desgracia, el reverendo no había previsto que, al contarle a Agnes sus intenciones, la noticia de su visita improvisada a Londres

llegaría a oídos indeseados mucho más deprisa de lo que habría imaginado jamás.

Después del desayuno, Prudence se encontró ofreciéndose a llevar a Jennifer a dar un paseo hasta el pueblo.

—¿Qué? —exigió saber con brusquedad cuando Grace la miró como si le hubiera salido otra cabeza.

Por suerte para Prudence, su hermana decidió no indagar en aquel repentino cambio de personalidad, sobre todo, porque Jennifer tenía una edad en la que lo escuchaba todo.

—Será agradable —dijo la duquesa al fin, con cautela—. Así la institutriz tendrá un rato para ella.

—¿Por qué quiere estar sola la señorita Staveley? —preguntó Jennifer cuando su emoción por aquel cambio de rutina se hubo calmado un poco—. Podría venir con nosotras.

—Estoy segura de que agradecerá un ratito de descanso —comentó Grace con una sonrisa dirigida a su hija. La mirada que lanzó a Prudence, sin embargo, decía algo muy distinto.

—Es una Shackleford —dijo Prudence, encogiéndose de hombros, como si aquella frase lo explicara todo.

Por desgracia, la duquesa solo pudo estar de acuerdo.

Veinte minutos después, Prudence y Jennifer caminaban por el campo en dirección al pueblo de Blackmore. Entre una carrera y otra, la niña se entretenía lanzándole palos a Freddy, que estaba más que dispuesto a traerlos. Puede que el sabueso hubiera perdido un poco de brío, pero no su capacidad para divertirse.

Al acercarse al pueblo, Prudence volvió a recogerse el pelo y se alisó el vestido. Naturalmente, sus gestos no pasaron inadvertidos para su sobrina.

—¿Tienes un amante, tía Pru? —preguntó Jennifer de repente.

Prudence estuvo a punto de tropezar y bajó la vista hacia ella, incrédula. ¿De dónde demonios había aprendido esa palabra?

—Oí a la señora Higgins decirle a la doncella que lamentaría el día en que tomó un amante —continuó Jennifer, que ahora daba saltitos hacia delante y hacia atrás sobre una sola pierna—. La doncella se llama Eliza. Creo que la señora Higgins la hizo llorar. —Se detuvo y alzó la mirada hacia Prudence con el ceño fruncido—. La señora Higgins la llamó ligera de faldas. ¿Eso significa que sus vestidos pesan poco?

Prudence se quedó mirando a su sobrina con la boca abierta, hasta que la niña sonrió de pronto.

—Parece que estés cazando moscas —observó Jennifer—. La señorita Staveley lo hace mucho cuando me mira.

—A saber por qué... —murmuró Prudence, antes de decir en voz alta —: Jenny, no debes preguntar a la gente si tiene un amante, y en ninguna circunstancia debes llamar a nadie «ligera de faldas». De verdad, la señora Higgins debería saber que no se habla así delante de una niña.

—Oh, ella no sabía que yo estaba allí —respondió Jennifer con alegría.

Prudence abrió la boca otra vez, luego la cerró y sacudió la cabeza. ¿Qué podía decir? Escuchar a escondidas era lo menos que ella y sus hermanas habían hecho a lo largo de los años.

—No, no tengo ningún amante —declaró Prudence en cambio, con tono remilgado—. Y tampoco tengo intención de tenerlo. Las damas bien educadas no se entregan a semejantes...

Se quedó en blanco, buscando una palabra que no empeorara las cosas. Oh, y todo porque se había vuelto a poner una cinta en el pelo.

Pero lo cierto era que lo había hecho por vanidad. Por si se cruzaba con Jamie Fitzroy. De hecho, la maldita razón de ir caminando hasta Blackmore era la posibilidad de encontrarse con él. Maldición. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Había perdido el juicio por completo?

Tomó la mano de Jennifer y echó a andar a buen paso hacia el carro del buhonero, instalado en el borde de la pequeña plaza.

—¿No es ese el abuelo? —preguntó Jennifer, señalando la puerta abierta de una casita junto a la carnicería.

Freddy ladró con júbilo y salió disparado hacia el reverendo, mientras a Prudence se le caía el alma a los pies. ¿Podían empeorar más las cosas?

—Vamos, tía Pru. —Jennifer tiró de ella tras el sabueso, que ya brincaba alrededor de su adorado amo. El reverendo las miró con los ojos entornados mientras acariciaba al perro.

—i¿Qué diabluras andas tramando, Prudence Shackleford?! —bramó su padre al cabo de un segundo.

Mientras Jennifer tiraba de ella, Prudence pensó, irritada, que no hacía falta que él gritara; apenas estaban a unos metros.

—Espero que no estés llevando a mi nieta por el mismo mal camino que tú has seguido... —El reverendo se calló cuando una gran sombra le tapó la luz del sol—. ¡Rayos y centellas! —declaró, atónito —. Jimmy Fowler, si no me engañan los ojos.

Prudence deseó que la tierra la tragara. Casi con toda seguridad, Jamie había oído las palabras de su padre. De hecho, era muy probable que las hubiera oído todo el pueblo. Por desgracia, ya había pasado el punto en que podría haberse desviado y fingido no haberlo visto, pero Jennifer aferraba su mano y la arrastraba sin piedad hacia la humillación absoluta.

Cuando se acercaron, Jamie levantó la vista. ¿Era alivio lo que había en su mirada?

—Señorita Shackleford —la saludó con una leve inclinación de cabeza—. Me alegro de volver a verla.

Prudence miró de reojo a su padre. Por fortuna, él creyó que Jamie se refería a seis años atrás, no al día anterior. De pronto, Prudence comprendió la posición comprometida en que la había dejado su encuentro en el bosquecillo. Sin poder evitarlo, sintió que se sonrojaba al ver la curva apenas insinuada en los labios de Jamie, muy consciente de su incomodidad.

Él volvió a dirigirse a su padre, que por una vez parecía haberse quedado sin palabras.

—He venido a reunirme con el duque —explicó Jamie con suavidad —, así que, si me disculpan, debo retirarme. —Hizo otra reverencia antes de alejarse.

—¿Es él tu amante, tía Pru? —preguntó Jennifer con una voz tan potente como la que su abuelo habría utilizado desde el púlpito.

Jamie llevaba casi una hora cruzado de brazos en una salita minúscula cuya existencia ni siquiera conocía. Nicholas Sinclair podía ser altruista, pero, desde luego, no estaba por encima de dejar clara una postura cuando la ocasión lo requería.

Jamie supuso que el duque sabía que él iba a presentarse. Aunque Prudence no lo había mencionado durante su breve encuentro de aquella mañana, Jamie no imaginaba que ella se guardaría para sí una noticia tan jugosa. Aunque, por otra parte, la expresión atónita del reverendo indicaba que desde luego no había informado a su padre. Jamie reprimió una risa al recordar el gesto casi aterrorizado de ella cuando comprendió de pronto que, por haberse quedado a solas con él el día anterior, bien podía haber caído en la misma trampa que varias de sus hermanas mayores. Solo que mucho, muchísimo peor, dado que él no tenía ni un triste penique.

Supuso que la niña que la acompañaba era Jennifer Sinclair. La pequeña tenía la edad adecuada para ser la hija de la duquesa y el

mismo aire. De hecho, era sin duda hija de su madre, a juzgar por el comentario que le lanzó a su tía. Jamie se descubrió riendo en voz baja al recordar el jadeo indignado de Prudence Shackleford que él oyó a sus espaldas.

—Su Excelencia lo recibirá ahora.

Sobresaltado por la brusca aparición del mayordomo, Jamie perdió su buen humor. Se puso en pie y, con el corazón acelerado por la expectación, salió al pasillo y siguió a Huntley por el corredor tenuemente iluminado hacia el estudio del duque. Todo pensamiento sobre Prudence Shackleford se desvaneció mientras Jamie se preguntaba, por milésima vez, qué iba a decir exactamente. Aunque habría puesto su vida en manos de Nicholas Sinclair sin vacilar, Jamie sabía que el inspector Bastable no estaba tan convencido de que el duque de Blackmore fuera del todo incorruptible. Eso significaba que el inspector esperaría que Jamie revelara a su antiguo mentor la menor información posible.

Pero Jamie no tenía intención alguna de adoptar esa estrategia. La experiencia le había enseñado que el intelecto y la intuición del duque no tenían rival, y él había aprendido que el consejo de Nicholas Sinclair era demasiado valioso para ignorarlo. De hecho, ahora que se encontraba allí, Jamie tenía plena intención de pedir ayuda a Su Excelencia.

Mary Noon era muy consciente de que su hijo la quería en cualquier lugar del mundo menos en su casa. Y también sabía que Percy tenía buenos motivos para ello. Ella había abusado de sobra de su hospitalidad, pero, a decir verdad, no tenía intención alguna de regresar a Salcombe ni al Lobster Pot. Simplemente, aún no se lo había comunicado a Percy.

Aunque la muerte de George Barnet seis años antes había frenado durante un tiempo las actividades de contrabando en Salcombe y sus alrededores, los traficantes no habían tardado en reagruparse, aunque, cierto era, de forma menos brutal. El Lobster Pot siempre se

había utilizado para esconder mercancía de contrabando antes de enviarla a otros destinos, pero, en el último año, Mary Noon había terminado de perderle el gusto al asunto. Cada vez resultaba más difícil esquivar a los hombres de Aduanas. En los años transcurridos desde que colgaron a Barnet en la muralla de Falmouth, los hombres del rey se habían vuelto más organizados y mucho más decididos. Mary sabía que, si no se marchaba, solo sería cuestión de tiempo que acabara en la horca.

Sacudió la cabeza y suspiró mientras se encaminaba al Red Lion. Un trago de *brandy* y una jarra de cerveza la ayudarían a pensar con claridad. Empujó la puerta y se detuvo unos segundos para que los ojos se le acostumbraran al interior oscuro y cargado de humo, antes de dirigirse a una mesita en un rincón.

—¿Qué tal le van las cosas, Mary? —El tabernero era una mole de hombre que siempre empuñaba un trapo. Ahora lo llevaba bajo el brazo mientras plantaba una jarra de cerveza y una copa de *brandy* delante de ella—. No hemos visto mucho a su Percy desde que se casó —continuó, sacándose el paño de la axila para secar la cerveza derramada sobre la mesa—. Aunque, claro, lleva casado apenas un par de semanas. Apuesto a que la vieja Lizzy lo tiene entretenido. —Soltó una risa picante mientras volvía a meterse el trapo bajo el brazo y recogía la moneda de Mary—. Eso sí, vino aquí hace unos días con muy mala cara. Estuvo sentado con el reverendo más de una hora. Puede que nuestro coadjutor recibiera su primera reprimenda conyugal. —Le guiñó un ojo y soltó otra carcajada—. ¿Tiene algo que contarnos, Mary?

Mary Noon se bebió el *brandy* de un trago y se obligó a reír.

—Creo que podrías tener razón, Harry —anunció una voz desde la barra—. Agnes Shackleford le contó a la parienta de Barney que iban a Londres.

—Bueno, eso no aliviará el ataque de melancolía del pobre Percy, si tiene que subir al púlpito mientras Su Reverencia está fuera —dijo Harry con una mueca—. Y a los demás tampoco nos va a ayudar,

porque tendremos que tragarnos una hora más de sermón mientras el hombre habla y habla. —Bajó la vista hacia Mary—. Yo quiero al muchacho, no digo que no. Pero, maldita sea, no hay quien le corte el hilo.

—*Aye*, es un parlanchín, eso hay que reconocerlo —terció otra voz.

—No, lo habéis entendido mal —declaró la primera voz—. Agnes le dijo a la parienta de Barney que Percy y Lizzy van con ella y el reverendo a Londres. Una luna de miel tardía y todo eso. Creo que el viejo Percy intenta camelarse a Lizzy. ¿Qué opina usted, señora Noon?

Todas las miradas se volvieron hacia Mary Noon, claramente ansiosas por comprobar si estaba al tanto de aquel inesperado giro de los acontecimientos.

Mary, que por supuesto ignoraba por completo semejante plan, tosió y dio un sorbo a la cerveza mientras pensaba deprisa. Dejó la jarra sobre la mesa y asintió con decisión.

—*Aye*, más o menos así son las cosas —confirmó—. Y yo voy con ellos.

CAPÍTULO 10



Jamie se detuvo en el umbral del estudio de Nicholas Sinclair, recordando la última vez que había estado en aquella estancia. Cuando Huntley se hizo a un lado, Jamie miró a los ojos de su mentor por primera vez en seis años. El duque le devolvió la mirada con expresión impasible, y Jamie se apresuró a hacer una reverencia.

—Su Excelencia —murmuró, de pronto incapaz de articular palabra.

¿Cómo había podido olvidar la presencia arrolladora del duque de Blackmore? Cuando Nicholas Sinclair hablaba, la gente escuchaba. Una mirada fría y evaluadora solía bastar para sofocar un desacuerdo o para animar a cualquiera a pensar muy bien sus siguientes palabras.

Y ahora, esa misma mirada desapasionada estaba fija en él.

—Me alegro de verte..., Jamie.

Así que el duque sabía que había empezado a usar otra versión de su nombre. Prudence Shackleford otra vez, sin duda.

—Yo también me alegro de verlo, Su Excelencia —respondió, aliviado de que la voz le sonara serena, pese al golpeteo de su corazón—. Gracias por recibirme.

—¿Esperabas que ignorara tu petición? —preguntó Nicholas con sequedad mientras se dirigía al escritorio—. Siéntate, por favor.

Era evidente que el duque pensaba mantener la reunión en un tono formal. Jamie contuvo la decepción. ¿Qué demonios esperaba?

—Bien, ¿qué puedo hacer por ti?

Breve y directo. Ahora que estaba allí, Jamie se descubrió de pronto titubeante, con la mente en blanco. Durante unos segundos, se limitó a mirar al duque.

—Supongo que tu visita tiene que ver con tus investigaciones —lo animó Nicholas.

Así que lo sabía. El duque no se había limitado a aceptar que Jimmy Fowler, antiguo candidato a acabar en el patíbulo, se hubiera esfumado de la faz de la tierra. Nicholas Sinclair siempre había sabido dónde estaba y qué hacía. Y, sin más, los nervios de Jamie desaparecieron; casi sin darse cuenta, empezó a contarle a su antiguo mentor todo lo sucedido durante los últimos doce meses.

Tardó casi una hora en revelar cada detalle de la investigación de los agentes de Bow Street sobre Dereck Grimble, sobre todo, porque Nicholas hacía preguntas y aportaba observaciones a medida que hablaban. Cuando Jamie terminó por fin de poner al duque al corriente de todo lo ocurrido hasta el momento, no pudo evitar estremecerse por dentro al imaginar qué diría Bastable cuando descubriera cuánto había revelado su subordinado sobre la investigación.

—Entonces, ¿cuál es exactamente la relación entre usted y el príncipe heredero de Boldova? —concluyó.

—Nos han pedido, y uso ese término con mucha generosidad —dijo el duque—, que alojemos al príncipe y a su séquito durante su visita a Londres por la coronación. —Nicholas se encogió de hombros—. Aparte de eso, no tenemos relación alguna. A menos que cuentes las cinco visitas que hemos recibido de un odioso barón llamado

Melbury para tratar los pormenores de hospedar a la realeza. ¿Consideras que el príncipe Federico podría ser el objetivo?

Le tocó a Jamie encogerse de hombros.

—No presumo de saber gran cosa de política internacional, así que no puedo decir cuáles serían las repercusiones de un acto semejante. —Hizo una pausa y frunció el ceño antes de añadir—: Pero no imagino que asesinar al príncipe de un pequeño país provocara la clase de reacción que los reformistas de este país pretenderían conseguir.

Durante unos segundos, Nicholas no dijo nada. Se limitó a juntar las yemas de los dedos y a mirar al vacío; luego volvió a centrar la atención en Jamie y preguntó de forma inesperada:

—¿Cuándo empezaste a usar el apellido de tu madre?

Jamie parpadeó un instante y luego suspiró.

—Mi padre, según todos los testimonios, era un borracho y un mentiroso que golpeaba a mi madre por diversión. Ya no quería verme asociado a un hombre así, de modo que empecé a usar el apellido Fitzroy cuando ingresé en Bow Street.

El duque asintió. Al parecer, satisfecho.

—Entonces, la única razón por la que tu inspector cree que yo podría tener alguna relación con esta trama es que alguien tuvo ocasión de escribir mis iniciales en dos documentos distintos —observó Nicholas, volviendo al asunto que los ocupaba.

—No exactamente —respondió Jamie—. Usted es conocido por sus obras de caridad, Su Excelencia. Emplea a antiguos marineros mutilados, a personas que han vivido en la calle... No resulta difícil imaginar que pueda tener inclinaciones reformistas.

—Cualquiera con la más mínima compasión y una pizca de sentido común sabe que las cosas no seguirán así. Es más: no deberían seguir así —comentó Nicholas—. Pero jamás defendería la violencia

para impulsar un cambio... —Hizo una pausa antes de añadir con ironía—: Y regalar todo mi dinero a los pobres solo añadiría otro desgraciado a las masas empobrecidas. Así que procuro ayudar donde puedo y trabajar para promover cambios, usando la influencia que poseo. No guardo secretos.

Jamie asintió. El duque no le había dicho nada que él no supiera ya.

—A Su Excelencia le llaman el duque de Darby[1] —comentó.

Nicholas arqueó las cejas, consciente de que aquel título oficioso aludía a su disposición a dar dinero.

—Ah, ¿sí? Por Dios... —Soltó una risa y sacudió la cabeza—. Bueno, sin duda me habrán llamado cosas peores. —Se produjo un breve silencio. Luego Nicholas suspiró—. ¿Aceptarías un *brandy*? —preguntó con serenidad.

Jamie comprendió que era una rama de olivo y asintió, sin confiar en su voz.

Nicholas se levantó y fue a servir dos copas.

—¿Habéis intentado infiltraros en ese grupo? —preguntó mientras entregaba una a Jamie.

—Sí —asintió este—, pero están en guardia después de lo de Cato Street, por lo que hasta ahora no hemos tenido suerte. —Hizo una mueca y bebió un sorbo de *brandy*—. No necesito decirle que se nos acaba el tiempo. Lo que sea que estén planeando sucederá durante la coronación; eso parece claro. Así que tenemos menos de un mes para impedirlo.

Nicholas volvió a sentarse y bebió un sorbo, pensativo.

—Entonces, han escrito mis iniciales. Una vez junto al nombre del príncipe heredero de Boldova, y otra junto a mi casa. Es evidente que saben que alojaré al príncipe durante su visita a Londres.

—Puede que pretendan utilizarlo a usted sin su conocimiento —respondió Jamie—. Por desgracia, hasta que reunamos más pruebas, Bastable no está tan seguro de lo último.

—No puedo negar que grupos radicales se han acercado a mí en secreto en el pasado, pero, como siempre he revelado sus nombres a las autoridades, imagino que quienes buscan el cambio por medios violentos me considerarán incorruptible. —Nicholas calló un segundo, antes de añadir—: Es posible que tu inspector no esté al tanto de ese hecho, puesto que la información que proporcioné fue entregada directamente a la Corona.

Jamie se irguió y frunció el ceño.

—¿De modo que ha revelado antes detalles de tramas sediciosas? —preguntó, incrédulo—. ¿Por qué no se nos informó de ello?

—Nunca se acercó a mí nadie que hubiera llegado tan lejos como para tener un plan concreto —explicó Nicholas—. Por lo general, solo era una vaga propuesta de violencia. Siempre procuraban no revelar sus identidades. Por desgracia para ellos, no contaban con Malcolm.

—¿Cuántas veces ocurrió?

Nicholas pensó un momento.

—Tres —respondió al fin—. La primera, no mucho después de que te marcharas, y la última fue hace dos años.

—¿Y proporcionó nombres?

El duque asintió.

—No tengo ni idea de si los tomaron en serio, pero supongo que se adoptaron las medidas apropiadas. Siempre me mandaban con bastante firmeza a ocuparme de mis asuntos cada vez que intentaba averiguar qué acciones habían tomado, Y créeme, no tenía el más mínimo interés en verme atrapado como espía de la maldita Corona.

Jamie se dejó caer contra el respaldo de la silla y sacudió la cabeza.

—Deberíamos haberlo sabido. Bastable debería haberlo sabido. —Miró al duque con el ceño fruncido—. Son tres posibles conspiraciones cortadas de raíz. ¿Conserva aún los nombres?

El duque soltó una risa breve.

—Naturalmente, me ordenaron destruir cualquier prueba que tuviese, pero creo que Malcolm me habría disparado él mismo si yo hubiera intentado hacerlo.

Nicholas se puso de nuevo en pie y fue hacia una librería. Sacó un grueso volumen de poesía, metió la mano en el hueco del estante que había quedado al descubierto, y extrajo una pequeña llave.

—Los cajones de mi escritorio no son inviolables, ni mucho menos —comentó con una risa baja, alzando la llave—, pero pondrían alguna piedra en el camino de la mayoría de los ladrones.

Unos segundos después, sacó del cajón una carpeta y la deslizó sobre el escritorio.

Jamie la abrió y hojeó el contenido. Al cabo de medio minuto, soltó una maldición y levantó la vista.

—John Royston —dijo entre dientes.

—¿Lo conoces? —preguntó Nicholas.

—Oh, sí —declaró Jamie con pesar—. Lo conozco bien. John Royston es magistrado.

Decir que Percy se mostró exultante ante el plan del reverendo habría sido quedarse muy corto. De hecho, sus tartamudeos de agradecimiento fueron tan efusivos que Augustus Shackleford empezó a preocuparse por si Dios lo tachaba de vanidoso. Por fortuna, el reverendo conocía bien los métodos del Todopoderoso para tratar con aquellos miembros de su rebaño con demasiadas ínfulas, pues había experimentado en sus propias carnes algunas de

las muchas formas en que las cosas podían irse al infierno en un periquete.

Como lo último que deseaba era empezar el viaje a Londres con mal pie, se acercó al santuario de la iglesia para mantener una charla privada con el Altísimo y prometerle que volvería de su viaje con unos sermones dominicales de primera sobre la codicia, la gula y los excesos en general. Como era evidente, no le iba a faltar material de inspiración, y estaba firmemente convencido de que Percy se movería en su elemento.

Así que, como nunca había sido de los que dejan crecer la hierba bajo los zapatos, el reverendo decidió enviar una nota al duque al día siguiente y solicitar el uso de dos carruajes de Su Excelencia. Uno para llevarlos a los cuatro a Londres —preferiblemente, el de los asientos más mullidos—, y otro para devolver a Mary Noon a su taberna de Salcombe.

Tal como le dijo a Percy, no tenía sentido demorarse. A cada día que pasaba, su madre se instalaba con más comodidad en la casa. De hecho, según le explicó el reverendo al coadjutor, solo su rapidez mental estaba frustrando el astuto plan de Mary Noon para convertirse en un elemento permanente del hogar de Percy.

Por supuesto, el reverendo Shackleford no se detuvo a pensar que, tal vez, felicitarse por su rapidez mental no era sino una forma de darse ínfulas.

Prudence era incapaz de concentrarse. Y no por el calor. Al menos, no por el que hacía fuera. Por alguna razón, desde que se había encontrado de nuevo con el antiguo Jimmy Fowler, la invadía una inquietud extrañísima. Era una sensación que jamás había experimentado. Por lo general, cuando escribía, lograba apartarse del mundo, pero desde aquel primer encuentro inesperado parecía incapaz de permanecer quieta. Su mente repetía sin cesar el instante en que él alzó la vista y la vio al otro lado del arroyo. Aún le costaba

reconciliar a ese nuevo Jamie con el Jimmy junto al que había crecido. Incluso hablaba de forma distinta.

Pero ella nunca había buscado excusas para ver al antiguo Jimmy. De hecho, apenas pensaba en él. En cambio, Jamie Fitzroy se le había metido bajo la piel de algún modo. El mero recuerdo de sus grandes manos al calmar al caballo le encendía el rostro y le provocaba una agitación extraña en su interior. Y luego estaba aquel repentino deseo de estar guapa. Guapa..., por todos los demonios. ¿Desde cuándo le había importado a ella estar guapa? En los últimos días había pasado más tiempo con la cabeza metida dentro del armario que en los últimos quince años. De hecho, de pronto conocía con íntima precisión la pobreza de su guardarropa. Incluso se había cepillado el pelo. Todas las malditas mañanas.

Maldición... Cuanto antes viajara a Londres con el duque y la duquesa, mucho mejor. Entonces se descubrió preguntándose si él también volvería allí. ¿Vivía siquiera en Londres? Si era así, ¿lo vería? ¿Qué hacía en Blackmore, para empezar? ¿Por qué quería ver a Nicholas...? Sus pensamientos giraban en su mente sin descanso.

—¡Basta! —dijo en voz alta, apartando la silla.

Cualquier asunto que Jamie Fitzroy tuviera con el duque no tenía nada que ver con ella. Y, desde luego, ella no iba a seguir vagando por el pueblo como una especie de espectro con la esperanza de cruzarse con él. De hecho, si el encuentro de aquella mañana servía de indicio, sin duda él la consideraría una cabeza de chorlito.

Saldría a pasear. En dirección contraria al pueblo. Aún no había leído la hoja de cotilleos de su madrastra y todavía faltaban un par de horas para la cena. Encontraría un lugar tranquilo donde sentarse y perderse en los últimos escándalos de la alta sociedad.

—¿Un magistrado? —repitió Nicholas, arqueando las cejas.

Jamie asintió y arrojó la carpeta de vuelta sobre el escritorio, asqueado.

—¿Cómo demonios ha conseguido colocarse en un puesto así, siendo un conocido radical? —preguntó el duque.

—Pero no lo es, ¿verdad? —escupió Jamie—. Nosotros no lo sabíamos y, créame, los archivos de Bow Street no tienen rival.

—Crees que alguien de más arriba lo está protegiendo —declaró Nicholas con voz llana.

—Tiene que ser así. Pero no tenemos nada que sugiera una conexión entre John Royston y Dereck Grimble, y mucho menos a alguien moviendo los hilos desde arriba. Podría ser que Grimble actuara solo. —La frustración de Jamie resultaba evidente.

—Según lo que me has contado, Dereck Grimble no tiene ni seis peniques en el bolsillo —replicó el duque—. Así que el dinero lo recibe de algún sitio.

—Pero ni siquiera sabemos con certeza que exista una conspiración —dijo Jamie entre dientes—, y mucho menos tenemos pruebas de que alguien importante sea un traidor. Y sin pruebas sólidas, tenemos las manos atadas.

—¿Qué te dice tu instinto? —Nicholas observó a Jamie con atención.

—Que algo muy grande y muy malo va a ocurrir durante la coronación si no lo impedimos —respondió Jamie sin vacilar.

—Entonces necesitas a alguien dentro —afirmó el duque con naturalidad, y se recostó en la silla—. Royston sabrá que fui yo quien lo denunció hace tres años, y no creo que ese conocimiento lo haya inclinado a apreciarme. De hecho, si está implicado, quizá esa sea precisamente la razón por la que mi nombre aparecía señalado en la lista que encontraste. Puede que el príncipe Federico no tenga nada que ver con el asunto, salvo por el hecho de que será mi invitado. Al fin y al cabo, no hay nada como un poco de traición con guarnición de venganza. —Reflexionó un instante, absorto en sus pensamientos —. ¿Qué te parece si tú y yo tenemos una pelea muy pública? —dijo al fin—. Viajaremos a Londres, tú me acompañarás como Jimmy

Fowler, todavía a mi servicio. Quizá aún no sepamos qué papel desempeño yo en todo esto, pero al menos podemos estar seguros de que me vigilarán. Dijiste que hay una taberna donde se reúnen Dereck Grimble y ese Jack Bowlin, ¿no?

Jamie asintió, inclinándose hacia delante con una súbita expectación.

—Si creen que estamos enfrentados, quizá intenten reclutarme para su causa.

—Exacto —asintió Nicholas—. Aunque, a decir verdad, tal vez ya sea demasiado tarde, si sus planes están muy avanzados.

—Aun así, podríamos averiguar algo, y ahora mismo estoy dispuesto a intentar cualquier cosa —replicó Jamie.

—Tenía intención de partir hacia Londres dentro de dos semanas —prosiguió el duque—, pero, si queremos que esto tenga alguna posibilidad de funcionar, debemos marcharnos lo antes posible. ¿Puedes estar preparado para mañana?

—Costará lo suyo, pero creo que sí.

La nueva voz sonó brusca y práctica. Nicholas arqueó las cejas con una maldición entre dientes y se volvió hacia la puerta, ahora abierta. No necesitó preguntar si su esposa había escuchado la conversación; la postura desafiante de Grace lo decía todo.

—No creo que sea necesario que cambies tus planes, querida —dijo Nicholas con cautela.

—Tonterías —respondió Grace con viveza—. Parecerá sospechoso que vuelvas a presentarte en Londres sin mí.

Nicholas suspiró.

—Podría ser peligroso —explicó con paciencia, como si hablara con una niña.

Grace arqueó las cejas.

—No te estoy pidiendo permiso, Nicholas. Por si lo has olvidado, no soy una señorita remilgada a la que puedas dar órdenes. —Entró en la habitación y cerró la puerta—. Buenas tardes, Jamie. Me alegro de volver a verte, aunque habría preferido que nos visitaras por placer, y no por asuntos de trabajo.

Jamie se sonrojó y se puso en pie de un salto, sintiéndose otra vez como un muchacho inexperto. Hizo una reverencia torpe y apresurada, pero, antes de que pudiera hablar, la duquesa volvió a dirigirse a su marido y siguió adelante sin detenerse.

—Supongo que llevarás a Malcolm contigo, y eso significa que Felicity también nos acompañará. Ya habíamos decidido que los niños se quedaran aquí, así que solo tendré que informar a Prudence del cambio de situación. No creo que se le rompa el corazón por quedarse.

Jamie volvió a sentarse, sorprendido por la intensa decepción que sintió al saber que la menor de las Shackleford no iría a Londres, cuando hacía diez segundos ni siquiera había considerado esa posibilidad.

Durante la diatriba de su esposa, Nicholas había permanecido sentado en silencio, observándola con una exasperación divertida.

—¿Has terminado? —preguntó con suavidad cuando ella por fin se calló.

Grace se tocó la barbilla con aire pensativo durante un segundo, antes de asentir con altivez, aunque el gesto quedó arruinado por la ligera curva de sus labios.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —continuó el duque con sequedad—. Como has insinuado, tienes que hacer preparativos. Saldremos a las siete en punto de la mañana... —Hizo una pausa antes de añadir—: No esperaré.

Esta vez, su tono no admitía discusión.

Sabiendo que había llevado a su marido tan lejos como podía atreverse, Grace se limitó a dedicarle una sonrisa, inclinó la cabeza hacia Jamie y salió de la estancia con paso majestuoso.

---

1 Nota de la traductora: *Darby*: término coloquial para «dinero disponible»; aquí alude a la generosidad del duque.

CAPÍTULO 11



Entonces, ¿por qué, si estaba decidida a ir en dirección contraria, Prudence se encontró menos de media hora después sentada bajo un árbol del huerto del duque, con un ojo puesto en el libro y el otro en la casa señorial que se alzaba a lo lejos?

Se dijo a sí misma que solo era el mejor sitio para leer sin interrupciones; que Jamie Fitzroy difícilmente tomaría un atajo por los huertos de Su Excelencia para regresar al pueblo; que lo más probable era que hubiera concluido su reunión con el duque hacía ya un rato; que incluso en ese mismo momento podía estar de camino a Londres y que, aunque él pasara por allí por casualidad, ella se limitaría a sonreír y a saludarlo con cortesía.

En ninguna circunstancia ella le preguntaría por la reunión.

Todo pensamiento racional la abandonó cuando, diez minutos más tarde, vio una figura alta abrirse paso por el jardín de hierbas y dirigirse hacia el huerto. Hacia ella.

Prudence tragó saliva y bajó la vista con determinación al cuadernillo, con el corazón desbocado en el pecho. ¿Qué demonios tenía aquel maldito hombre para causarle tal efecto?

Tras una eternidad de agonía, una sombra bloqueó por fin el sol de última hora de la tarde.

—Señorita Shackleford.

Al oír su voz grave sintió un escalofrío por la espalda. Fingiendo sorpresa, ella levantó la vista y se protegió los ojos.

—¡Señor Fitzroy! —respondió, satisfecha al comprobar que había logrado infundir al menos una pizca de asombro.

La luz del sol le rodeaba la cabeza como un halo y apenas dejaba ver una silueta imprecisa. El corazón de Prudence dio un vuelco incómodo al percibir que él la miraba desde arriba. Justo cuando ella se devanaba los sesos en busca de algo ingenioso que decir, él habló, con una voz cortés y horriblemente desinteresada.

—Es evidente que está disfrutando de un momento de soledad, señorita Shackleford. No deseo interrumpir su lectura, así que le deseo un buen día.

Prudence se puso en pie a toda prisa justo cuando él intentaba rodearla y, para horror de ella, chocaron. Con una maldición ahogada, Jamie se apartó a un lado para poner distancia entre ambos. Por desgracia, ella intentó hacer lo mismo y, de pronto, se encontró pegada a él. Prudence alzó los ojos hacia los suyos. Con la sombra del árbol bloqueando ya buena parte del sol, pudo ver con claridad aquellas pupilas de un azul sorprendente. Jamie tenía el rostro bronceado, el cabello recogido con descuido en una coleta, y un rato de sol lo convertía en oro fundido. Al mirarla desde arriba, le recordó a una pintura renacentista. El momento se alargó, y él no hizo ademán de moverse. El corazón de Prudence empezó a martillearle en el pecho mientras veía cómo él recorría con la mirada la forma de sus labios.

El repentino aleteo de las fosas nasales fue la única advertencia que tuvo de sus intenciones, pero ella no retrocedió cuando Jamie inclinó la cabeza hacia ella. En cuanto sus labios rozaron los de Prudence, apenas un susurro, ella sintió un impacto súbito de sensaciones justo entre las piernas. Incapaz de contenerse, dejó escapar un leve

gemido. Aquello bastó. Con un jadeo, Jamie la atrajo contra su pecho y cubrió su boca con la suya.

Era el primer beso de Prudence. Oh, había leído muchos libros que describían el acto de besar con una prosa florida, pero nada podía haberla preparado para la realidad. La boca de él era de un cálido satén y sabía a *brandy*. Separar los labios, abrirse a él, le pareció lo más natural del mundo, y cuando la lengua de Jamie tocó la suya por primera vez, Prudence dejó escapar otro gemido tenue y, por puro instinto, alzó los brazos para rodearle el cuello y atraerlo hacia sí. Cada roce de sus lenguas la acercaba a algo, y ella, con un descaro que habría debido escandalizarla, se apretó contra la dureza que notaba entre las piernas...

Hasta que, de pronto, con otro gemido, él puso fin al beso y la apartó de sí con suavidad, pero con firmeza. Prudence lo miró, muda. Los ojos de Jamie brillaban bajo la luz menguante, y el pecho se le movía como si acabara de terminar una carrera.

—Eso ha sido imperdonable, señorita Shackleford, pero aun así debo pedirle perdón.

La voz de él sonó cortante, aunque teñida de una ronquera subyacente. La mirada de Prudence permaneció prendida de la suya. Vio la blancura que le rodeaba los labios y comprendió que estaba furioso. ¿Pensaría que ella era una fulana por haber cedido a sus caricias? La mortificación la invadió, hasta que se dio cuenta de que aquella ira no iba dirigida contra ella, sino contra él mismo.

—No le dé importancia —murmuró, y al instante habría querido cortarse la lengua.

«¿No le dé importancia?». ¿Acaso quería que él la creyera ligera de cascos? Y encima, después de que él probablemente hubiese oído el necio comentario de Jennifer sobre sus amantes.

¿Por qué demonios no había allí un precipicio al que arrojarse?

Jamie permaneció inmóvil un par de segundos más; luego, de forma increíble, empezó a reír por lo bajo. Segundos después, aquella risa se convirtió en carcajadas. Prudence lo miró indignada durante otro instante, hasta que, de pronto, notó que los labios se le curvaban en una pequeña sonrisa. A decir verdad, toda la situación tenía su gracia.

—Lo siento muchísimo —dijo él entre risas—. Su cara cuando ha dicho... cuando ha dicho...

Se interrumpió, incapaz de continuar. Para asombro de Prudence, unos segundos después, ella se encontró riendo con él.

—Dios, de veras que lo siento —volvió a decir Jamie, cuando por fin se recompuso—. Por todo. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Cuando volvió a abrirlos, su mirada ya no tenía nada de divertida. Era... Prudence sintió que de pronto le faltaba el aire, y no por la risa—. ¿Podríamos sentarnos un momento? —preguntó él al cabo, con un suspiro.

Aún aturdida por la multitud de emociones que él había provocado desde su llegada, Prudence asintió, y una timidez inesperada se sumó al desconcierto.

—Me gustaría que supiera que no tengo por costumbre besar a todas las mujeres con las que me cruzo —murmuró Jamie al cabo—. A decir verdad, no sé qué me ha pasado.

—¿Habrá sido por el libro? —bromeó ella—. He oído que los caballeros se sienten amenazados cuando ven leer a una mujer. Tal vez su instinto haya sido impedir que otra fémina iniciara una inquietante caída hacia la ilustración.

Jamie soltó una risa suave.

—No soy ningún caballero —le recordó—, así que puedo admitir sin reparos que me siento un poco inferior, dado que usted lee seguramente con más soltura que yo.

—¿Cuándo aprendió a leer? —preguntó Prudence, curiosa.

Él la miró, pero no dijo nada durante unos segundos. Tenía el rostro inexpresivo, aunque Prudence percibió bajo aquella máscara una extraña clase de dolor.

—Su Excelencia se aseguró de que aprendiera a leer y escribir con soltura... —Jamie hizo una pausa y arrancó unas hebras de hierba antes de añadir con voz ronca—: Me abrió al mundo.

—A mí también —convino ella con un suspiro—. No puedo imaginar cómo sería la vida sin la emoción de un libro capaz de atraparte.

—Jamás la habría tomado por una intelectual —la provocó él.

Prudence soltó un resoplido poco elegante.

—Nada de eso —murmuró—. A decir verdad, no me atrevo a compartir mis lecturas con mi familia. Mi padre, en especial, quedaría horrorizado.

Jamie arqueó las cejas.

—¿Me atrevo a preguntar qué clase de libros le gusta leer?

Prudence rio.

—Oh, nada de naturaleza erótica, se lo aseguro.

—Me horroriza que una joven como usted conozca siquiera esa palabra —dijo él, arrastrando la voz.

—Pero, claro, yo no soy ninguna dama —repitió ella con una sonrisa.

—Entonces, si no es erotismo...

—Me encantan las novelas góticas —admitió Prudence.

Ella frunció el ceño cuando Jamie soltó una carcajada.

—Claro que sí —dijo él con una sonrisa—. Recuerdo a la Prudence Shackleford de antaño, informando con toda solemnidad a la señora

Parsons, la del pueblo, de que parecía recién desenterrada.

Prudence notó que el rostro se le encendía.

—Si no recuerdo mal, la señora Parsons rozaba los ochenta —dijo—, y creo que, en realidad, fui amable. La verdad es que tenía mucho peor aspecto.

—Creo que poco faltó para que la matara del susto —rio Jamie—. Aunque quizá sus palabras la animaran a levantarse de la cama. Si no recuerdo mal, vivió otros tres años.

Prudence rio en voz baja.

—La mayoría piensa que me falta un tornillo —confesó—. Pero, en realidad, me gusta pasar miedo. Con palabras escritas en una página, claro. —Le dirigió una mirada de soslayo antes de concluir—: La novela que estoy leyendo ahora es especialmente terrorífica. Confieso que me ha costado más de una noche en vela.

Él frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué leerla?

—Oh, es maravillosa —dijo Prudence, entusiasmada—. Se titula *Frankenstein*, aunque el autor es anónimo.

Jamie sacudió la cabeza, desconcertado.

—Confieso que mis gustos se inclinan más hacia las novelas que describen crímenes reales, que, a decir verdad, pueden ser igual de espantosos.

—Supongo que eso le ayuda en su trabajo —observó Prudence.

Él asintió, pero no dio más explicaciones.

Durante unos segundos, ambos permanecieron callados. De un modo extraño, casi resultaba... cómodo. Prudence le robó una mirada. Jamie estaba sentado con un brazo apoyado sobre las rodillas y el rostro serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella con cautela.

Él la miró, esta vez con una expresión cerrada.

—Regreso a Londres mañana —murmuró.

Prudence combatió una decepción irracional y se reprendió en silencio. Era una suerte, desde luego, que él se marchara; si se quedaba más tiempo, quién demonios sabía qué podía ocurrir. Hacía mucho que Prudence no se abría de verdad a otra persona. Y jamás se había sentido tentada de besar a un hombre, antes de Jamie Fitzroy.

Sabía de sobra que sus hermanas habían sido bastante menos castas a lo largo de los años, pero, hasta hacía diez minutos, Prudence se había creído por encima de tales inclinaciones carnales. Estaba claro que se había equivocado, y decidió en ese preciso instante imponerse a aquellas tentaciones terrenales.

A pesar de su reprimenda interior, se oyó decir:

—¿Londres es ahora su hogar? Tal vez tengamos ocasión de vernos cuando yo vaya con el duque y la duquesa para la coronación. Viajamos dentro de dos semanas. —Prudence se mordió el labio y bajó la vista al suelo. Maldita sea, había sonado desesperada.

—El duque y la duquesa parten mañana —respondió Jamie.

Sobresaltada, Prudence se volvió hacia él.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó con el ceño fruncido—. A mí no me han informado de ningún cambio. La verdad, no estoy segura de poder prepararme a tiempo. —Sacudió la cabeza y se sujetó la falda con intención de ponerse en pie.

—No creo que tengan intención de que usted los acompañe, señorita Shackleford.

Las palabras de él la detuvieron en seco, y ella lo miró, desconcertada.

—Mi reunión con Su Excelencia ha tratado de asuntos de seguridad nacional —aclaró Jamie, al darse cuenta de que ella esperaba una explicación—. No tengo libertad para decir nada más, pero el duque ha ofrecido su ayuda. —Hizo una pausa antes de añadir con cautela —: Creo que quizá esté preocupado por posibles amenazas y no desea poner en peligro a sus seres queridos.

—Y, aun así, Grace lo acompañará —declaró Prudence, entornando los ojos—. ¿Y Felicity? No creo que permita que Malcolm se vea envuelto en asuntos de seguridad nacional, mientras ella se queda atrás, a más de trescientos kilómetros.

Jamie se encogió de hombros, incómodo y sorprendido por su vehemencia. A decir verdad, le convenía mucho más que Prudence Shackleford no los acompañara a Londres. Su propia estupidez al dejarse llevar solo había complicado las cosas.

Con determinación, Prudence sofocó la vocecilla interior que cuestionaba su motivo para mencionar aquellos cambios, pues sabía de sobra que, si ella hubiera mantenido la boca cerrada, no habría descubierto que la habían dejado al margen hasta que ya fuera demasiado tarde.

Ignorando por completo que, apenas una semana atrás, habría dado saltos de alegría al descubrir que después de todo no iría a Londres, Prudence se puso en pie con un revuelo de faldas indignadas.

—Si me disculpa, iré a ocuparme de mi equipaje. —Se alisó el vestido y avanzó unos pasos antes de volverse—. Le quedaría muy agradecida, señor Fitzroy, si informara al duque de que mañana estaré preparada al amanecer. Ah, y que si a Su Excelencia se le ocurre marcharse sin mí, me limitaré a seguirlos. Que tenga buen día, señor.

Maldición... Jamie la vio alejarse y se preguntó en qué demonios había estado pensando. No le cabía duda de que Prudence Shackleford formaría parte del grupo que viajaría a Londres al día siguiente, y sintió de pronto una oleada sincera de compasión por

Nicholas Sinclair. De verdad, era un milagro que el duque no estuviera ya calvo por completo.

A aquella reflexión la siguió otra mucho más inquietante: quizá, sin quererlo, acababa de permitir que su polla pusiera en peligro el futuro de Inglaterra.

—Tu padre ha solicitado dos carruajes para mañana a primera hora: uno para llevarlo a Londres, y otro para llevar a la madre de Percy de vuelta a Salcombe —anunció Nicholas, incrédulo, mientras entraba con paso firme en el dormitorio de su esposa—. ¿Acaso estabas al tanto de su última ocurrencia descabellada?

—No estoy al tanto de todas las ocurrencias descabelladas que se le ocurren a mi padre —respondió Grace indignada. Y era cierto, no lo estaba.

—Y, naturalmente, a tu padre no se le ocurre nada mejor que informarme también de su medio de transporte preferido —continuó el duque, dejándose caer en una silla—. Exige el carruaje de los cojines más mullidos.

Nicholas sacudió la cabeza y solo entonces reparó en que casi cada palmo de la alcoba de Grace estaba cubierto de prendas. Incluida la silla en la que acababa de sentarse. Metió la mano bajo el trasero y extrajo una interesante combinación de seda y encaje. La sostuvo en alto para que ella la viera, con las cejas alzadas y una sonrisa lobuna, mientras la osadía de su suegro quedaba olvidada por completo durante unos instantes.

—Como Dorcas volverá de un momento a otro —respondió su esposa, arrebatándole la prenda interior de la mano con una risita—, te sugiero que vuelvas a ocuparte de la última ocurrencia descabellada de mi padre. —Grace se sentó en el borde de la cama con un suspiro—. Creo que pretende visitar a Patience. Por desgracia, ella aún no sabe la suerte que le espera, aunque ya le he enviado una carta para advertirla.

Nicholas frunció el ceño.

—¿Y por qué demonios quiere tu padre marcharse mañana?

—¿Por qué hace mi padre cualquier cosa? —Grace se encogió de hombros.

El duque sacudió la cabeza y se puso en pie.

—Bueno, sea cual sea el motivo, él no viajará a Londres mañana. Y Mary Noon tendrá que quedarse en Blackmore otra semana. Necesitaremos los tres carruajes. Además, mi trasero será el que se siente sobre los cojines más mullidos.

—Oh, no, querido —respondió su esposa con dulzura—. Creo que descubrirás que serán el mío y el de Felicity. Dorcas tampoco es una jovencita, y sin duda agradecerá algo más de acolchado bajo las posaderas. —Grace se levantó, se acercó a su marido y, alzándose de puntillas, le dio un beso suave en los labios—. Ahora vete, querido —murmuró—, o quizá termines haciendo todo el viaje dentro de un baúl.

—Rayos y centellas... —murmuró el reverendo Shackleford al leer la misiva enviada por su yerno.

El contenido le revolvió el estómago de un modo muy desagradable. Tragó saliva, inquieto, y se preguntó si la segunda porción de pudin de pan y mantequilla de la señora Tomlinson no habría sido una imprudencia.

Nicholas le informaba de que los carruajes no estarían disponibles hasta dentro de una semana.

Cuando le comunicara la noticia a Agnes, después de que esta se hubiese pasado el día entero preparando el equipaje, ella probablemente lo enviaría a dormir a la sacristía. Y el reverendo prefería no detenerse a pensar en lo que ocurriría cuando Percy se lo dijera a Lizzy. El matrimonio de su coadjutor podría acabar antes de lo que ambos habían tardado en pronunciar el «sí, quiero».

Con un fuerte gemido, el reverendo se llevó las manos a la cabeza. Estaba en un buen aprieto, de eso no cabía duda. Tenía entendido que el duque no viajaría a Londres hasta dentro de dos semanas.

—Sí, ya lo sé —murmuró, alzando los ojos al cielo—. Ya sé lo que dices de las malditas suposiciones...

Un golpe repentino, acompañado de un chillido de «¡Maisie, ¿dónde has puesto mis sales!», lo hizo ponerse en pie a toda prisa. Tal vez un *brandy* le proporcionara algo de inspiración. Se sirvió una medida generosa sin perder tiempo y no olvidó añadir un chorrito al platillo de Freddy.

Con los lametones del sabueso como único ruido de fondo, por fortuna, el reverendo se dejó caer en su sillón y tomó un sorbo, inquieto. En realidad, lo único que necesitaba era un medio de transporte. Tenía un caballo; no había motivo para que Lucifer no pudiera salir de su retiro durante un breve período. De hecho, estaba convencido de que el semental quizá disfrutaría incluso con un cambio de aires. El reverendo tomó otro sorbo, esta vez más pensativo. En circunstancias normales tardarían unos tres días en llegar a Londres, pero eso requería caballos frescos cada jornada. Y, desde luego, no podía dejar a Lucifer en una posada. Con aquel carácter, era poco probable que el animal sobreviviera a la noche, así que tendrían que emprender el viaje con mucha más calma.

Bebió de nuevo, ahora más optimista.

El reverendo Shackleford no veía mayor problema en ello. Si el tiempo acompañaba, incluso resultaría agradable alojarse en algunos de los buenos establecimientos del camino. Siempre había comprobado que dejar caer el nombre del duque de Blackmore en una conversación bastaba para conseguir una habitación decente y el pago a cuenta. A cuenta de Su Excelencia, naturalmente.

Dio otro sorbo, más confiado...

Pero eso ocurría cuando viajaba en uno de los carruajes del duque, con el escudo bien visible en la portezuela. No creía que fuera a tener el mismo éxito con un caballo y una carreta.

Sobre todo, porque su carreta languidecía en ese momento en la cuadra, sin una rueda trasera.

¿Y a quién pretendía engañar? Tampoco tenía un maldito caballo. Al menos, no uno capaz de tirar del peso de todos hasta Londres. Lucifer era un viejo jamelgo malvado y de pésimo carácter, y la última vez que lo engancharon a un carro, la bestia se negó en redondo a avanzar más allá del Red Lion.

—Rayos y centellas... —murmuró Augustus Shackleford, apurando el *brandy* en un último sorbo abatido.

Era evidente que se había acostumbrado a que otros le organizaran las cosas. En algún punto entre el duque y el segundo conde, había perdido la imaginación. Con un suspiro desesperado, se recostó y acarició con aire distraído la cabeza de Freddy, apoyada en su rodilla.

De pronto, recordó la última vez que Agnes y él habían visitado a Faith y Roan en Torquay. Nicholas les había cedido su coche de viaje. Augustus Shackleford se incorporó. Puede que el pecho coche estuviera diseñado solo para dos personas, pero estaba bien equipado para las largas distancias y, si no recordaba mal, tenía un asiento exterior en la parte trasera. En medio de su entusiasmo, apenas prestó atención a un fuerte estrépito procedente del piso superior, seguido de un grito.

¿Quedaría algún caballo en las cuadras de Su Excelencia para tirar del coche? ¿O algún postillón que los guiara? El reverendo frunció el ceño. A decir verdad, no estaba del todo seguro de que el duque tuviera postillones a su servicio. Lo más probable era que los contratara cuando los necesitaba.

Pero ¿para qué necesitaba un postillón, si tenía a Percy?

El reverendo Shackleford sintió como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Después de todo, no había perdido por completo su legendario ingenio. Naturalmente, el plan requería algunos retoques, pero tendría tiempo de trabajar en los detalles después de la cena, ya que no podría ponerlo en marcha hasta que el duque partiera hacia Londres.

En Mary Noon no pensó en absoluto.

CAPÍTULO 12



Despedirse de su madre fue mucho más difícil de lo que Jamie había imaginado. La había sentido tan pequeña entre sus brazos... ¿Cuándo se había vuelto tan frágil?

El sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte cuando por fin logró desprenderse de aquel abrazo empapado en lágrimas. Tras prometerle que volvería en cuanto pudiera, Jamie montó a caballo y se alejó, sintiéndose el mayor canalla que había pisado la tierra.

Mientras orientaba al semental hacia la finca del duque, se preguntó por el rumbo que había tomado su vida. Había abandonado Blackmore porque sabía que el duque se había vuelto demasiado importante para él. Muchísimo. Eso era cierto.

Pero se había mentido a sí mismo al decirse que necesitaba ser libre, que no podía ser amigo y compañero de un duque tan alto y poderoso. La verdad desnuda era que Nicholas Sinclair estaba convirtiéndose en el padre que él nunca había tenido. El padre que siempre había deseado. Y, Dios santo, cuánto lo había deseado. De niño solía fantasear con que, de algún modo, él era en realidad el hijo bastardo del duque. Imaginaba que Nicholas lo recibía con los brazos abiertos y le decía: «Siempre supe que eras hijo mío». Jamie soltó una risa amarga. Una estupidez absoluta.

Luego se había labrado un futuro como agente en Bow Street. Una nueva vida en la que lo respetaban, incluso lo admiraban. Y lo había conseguido sin la ayuda de nadie. Sin embargo, allí estaba, de vuelta justo donde había empezado. Nada había cambiado. Cuando había visto admiración en los ojos de Nicholas Sinclair, aquello lo había significado todo para él.

Y, para complicar aún más toda aquella maldita situación, había besado a Prudence Shackleford. Él podía ser muchas cosas, pero no un maldito canalla. Aprovecharse de una muchacha inocente... ¿Qué demonios se había apoderado de él? Cierto, hacía mucho que no estaba con una mujer, pero sabía que no había sido eso. Bueno, no del todo. Su polla no se había puesto así de firme con ninguna mujer; desde luego, no sin provocación.

Y, sin embargo, la conocía casi de toda la vida. Siendo un muchacho, era uno de los que creían que estaba un poco chiflada, con todas sus horribles fantasías. Y como adulto, seis años atrás, no había pensado en ella en absoluto; ni de forma carnal ni de ninguna otra. Pero esta vez, incluso antes de saber quién era ella, su cuerpo había reaccionado a su presencia. Jamie sacudió la cabeza ante lo extraño de todo aquello. Dios sabía que jamás debería haber cedido a la tentación. Lo único que había conseguido era complicar las cosas diez veces más.

Y lo peor de todo era que no sabía si ella habría interpretado aquel beso como algo más que un impulso de deseo. Si era así... Apretó los dientes. Prudence Shackleford no era para alguien como él. Fantasías macabras aparte, ella jamás podría adaptarse a la clase de vida que él llevaba. De hecho, él no le pediría a ninguna mujer que lo hiciese. Hacía mucho que había decidido que nunca se encadenaría al matrimonio.

Y ahora tenía que confesarle al duque que se le había escapado decirle a la señorita Shackleford que partirían antes de lo previsto, y cómo había reaccionado ella ante la noticia. Desde luego, no era una charla que él esperara con ilusión.

Mientras trotaba por el camino de entrada hacia la casa, Jamie pensó en las pruebas que lo aguardaban, y prefirió ignorar una vez más la pregunta de por qué diantres había decidido poner a Prudence Shackleford al corriente del cambio de planes, si aquello no había sido más que un impulso de deseo, sin significado alguno.

Prudence estaba sumamente agradecida de que su cuñado no compartiera carruaje con ellas. La cara que el duque había puesto al verla sentada sobre el baúl junto a la verja de la vicaría, indicaba que estaba muy irritado.

—¿Acostumbras a no leer las cartas dirigidas a ti? —le espetó él, mientras indicaba a uno de los lacayos que subiera el baúl al carruaje.

—¿Me envió una carta? —respondió ella con una considerable dosis de aplomo—. La verdad, eso me deja mucho más tranquila, Su Excelencia. Tenía la impresión de que quería dejarme atrás a propósito. Ni siquiera sabría decirle lo devastada que me sentí al pensar semejante cosa.

El duque alzó las cejas y la miró con expresión impasible durante unos segundos eternos e incómodos. Prudence combatió el impulso de retorcerse bajo aquella mirada y se la sostuvo con serenidad, mientras pensaba para sus adentros que era una suerte que él no pudiera ver el sudor que le resbalaba por la espalda a causa de los nervios.

—Que hayas podido pensar algo así me hiere profundamente —comentó él al fin con sequedad, mientras abría la puerta del carruaje central.

—Estaba segura de que debía de estar equivocada —murmuró Prudence con dulzura, antes de subir al coche y sentarse con recato junto a su hermana.

Un instante después, se pusieron en marcha.

—Bien, querida —dijo Grace—, tal vez puedas ilustrarnos sobre cómo te informó exactamente el señor Jamie Fitzroy de que hoy partíamos hacia Londres. Felicity y yo somos todo oídos.

El duque había ordenado que Malcolm y Jamie compartieran su carruaje, con la intención de aprovechar al máximo los tres días de viaje para asegurarse de estar debidamente preparados al llegar a Londres. En cuanto dejaron Blackmore atrás, Jamie no perdió tiempo y puso a ambos hombres al corriente con todo detalle.

—En cuanto estemos en la ciudad —dijo—, mantendré una reunión privada con el inspector Bastable para averiguar si ha habido algún avance.

—¿Aprobará mi participación? —preguntó Nicholas—. Teniendo en cuenta que no confía en mi lealtad a la Corona...

Jamie se encogió de hombros.

—No creo que tenga otra alternativa. A menos que haya habido novedades importantes durante la semana que he pasado fuera, no tenemos nada.

—No puedo decir que haya tenido ocasión de visitar la taberna donde vieron por última vez a ese hombre —comentó Malcolm—. ¿El Black Bull, dices?

Jamie asintió.

—¿Es la clase de sitio que un duque podría querer visitar, si le diera el capricho? —preguntó el escocés—. Es fundamental que vuestra pelea resulte convincente. No tenemos tiempo para equivocarnos.

—Está al sur del río, en Lambeth —precisó Jamie—. Suele estar lleno de artesanos y comerciantes, así que, a decir verdad, no es precisamente el tipo de establecimiento que frecuentaría el duque de Blackmore, pero sí podría ser un lugar al que acudiría un empleado resentido del duque para ahogar sus penas.

—Entonces, suponiendo que me estén vigilando —dijo Nicholas—, nuestra discusión tendrá que producirse en algún sitio público.

—A mi parecer, sería mejor que ocurriera dentro de la casa —aconsejó Malcolm—. No me cabe duda de que podremos persuadir al menos a uno de los criados para que sea un bocazas.

Nicholas asintió antes de añadir con sequedad:

—Entonces, ¿cuál debería ser el motivo de nuestra pelea?

—Pero, señor, Su Excelencia no me dio instrucciones de proporcionarles a usted ni a nadie un coche de viaje ni los caballos correspondientes. —Huntley se retorcía las manos, preso de una indecisión agónica.

—No se aflija, buen hombre —respondió el reverendo Shackleford con alegría—. Quizá Su Excelencia olvidó decirle que Agnes y yo viajábamos a Londres... —Algo perfectamente posible...—. No iremos muy lejos hoy. —Era cierto, no lo harían—. Y me aseguraré de que le traigan el coche de vuelta en cuanto hayamos terminado. —Sin duda, lo haría.

Al final, Huntley no pudo hacer frente al reverendo y, media hora más tarde, uno de los mozos de cuadra estaba enjaezando tres caballos.

—Solo tenemos estos, y no creo que basten para llevarlos hasta Londres —dijo el muchacho.

—No te preocupes, hijo mío. Tengo otro caballo.

Era verdad: lo tenía.

—Bueno, tendrán que ir despacio. Estos animales ya no son tan jóvenes, y me atrevo a decir que Su Excelencia no querrá que los dejen tirados por el camino.

—No tenemos prisa —le aseguró el reverendo Shackleford—, y puedes dormir tranquilo, muchacho, porque cuidaremos de las bestias como si fueran nuestros propios hijos.

El mozo parpadeó ante aquella afirmación y, durante unos segundos, el reverendo pensó que quizá se había pasado un poco de la raya.

—¿Dónde está su postillón? —preguntó el muchacho, mirando a su alrededor.

—Oh, llegará más tarde —declaró Augustus Shackleford con ligereza. Era cierto. El reverendo había acordado reunirse con Percy y Lizzy en la vicaría, justo después del almuerzo—. Bien, muchacho, te dejo al cargo. Ten el coche listo en una hora. —Dicho eso, el reverendo se alejó con rapidez, antes de que el mozo pudiera plantear más objeciones.

Tal y como el vicario esperaba, una hora más tarde apareció el coche de viaje, con el mozo de cuadra del duque montado en el caballo delantero. Con una súbita sensación de inquietud, el reverendo observó cómo el muchacho desmontaba. ¿Por qué no iba sentado en el pescante? Tragándose su desasosiego, le indicó que condujera los caballos al patio y luego lo despidió.

Seth, el único mozo de cuadra de la vicaría, había ido a buscar a Lucifer al prado. Sin duda, aquella era la parte más delicada del plan, puesto que el reverendo había decidido antes no utilizar al semental, de pésimo carácter. Pero, a veces, un hombre debía depositar su confianza en el Todopoderoso y esperar que las cosas salieran bien. Y aunque contar con Lucifer para que tirase de cualquier cosa era, como poco, una apuesta arriesgada, en esta ocasión no pasarían por delante del Red Lion y, quién sabía, quizá el animal disfrutara de algo de compañía para variar.

—Simplemente me lo encontré mientras leía —explicó Prudence con vaguedad.

—¿Dónde? —La pregunta de Grace fue tajante, y Prudence miró a su hermana con irritación.

—Estaba disfrutando de la sombra en tu huerto —murmuró Prudence al fin.

—Entonces estabais solos.

—Por el amor de Dios, Grace. Sí, estábamos solos. Durante unos cinco minutos. Me habló del cambio de planes y luego siguió su camino.

—Desde luego, él ha cambiado —comentó Felicity con suavidad.

—Sí, siempre fue un muchacho apuesto, pero ahora dudo que haya una sola criada en un radio de veinte kilómetros que se salve de sus artimañas y de su bonito rostro —dijo Dorcas con un resoplido de desaprobación.

—Os aseguro que no hubo artimañas —declaró Prudence—, y no he prestado demasiada atención a su aspecto. —Hizo una mueca al oír lo remilgada que le había salido la voz y al ver las miradas escépticas de las tres mujeres—. Puede que él haya cambiado de nombre —continuó, esta vez con condescendencia—, pero sigue siendo Jimmy Fowler. Y no es un buen partido, precisamente.

—¿Para la hija de un vicario, quieres decir? —La reprimenda de Felicity fue suave, pero firme.

Prudence abrió la boca para hablar, luego suspiró y se hundió contra respaldo del asiento.

—Tienes razón, por supuesto, Felicity —dijo al fin—. Y, a decir verdad, no abrigo ninguna idea ridícula de esperar un título ni nada por el estilo, solo porque mis hermanas hayan hecho buenos matrimonios. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Negar que es guapo ha sido una tontería. Cualquier mujer con ojos en la cara lo encontraría atractivo, y no dudo que él está acostumbrado a fascinar a muchas mujeres. Pero, dejando eso aparte, Jamie Fitzroy y yo no

encajaríamos. Y no porque él sea de baja cuna, como yo. Hasta donde sé, no tiene intención alguna de casarse. ¿Por qué iba a tenerla? Aún no ha cumplido los treinta... —Luego añadió con cautela—: No me interesa casarme por una cara bonita. Quiero conocer a un hombre que se conforme con dejarme a mi aire y... — Se calló de pronto, al recordar la sensación de los labios de Jamie sobre los suyos. ¿Cómo podía explicar que aquel único beso le había revelado que Jamie Fitzroy nunca aceptaría el tipo de matrimonio que ella imaginaba?

Al contrario de lo que el reverendo había imaginado con demasiado optimismo, Lucifer no parecía ansioso por tener compañía equina, y el vicario empezaba a experimentar sus primeras dudas serias sobre el plan.

—No estoy seguro de que este lo lleve hasta Totnes, y mucho menos hasta Londres —había murmurado Seth después de luchar durante diez minutos para enganchar al semental.

Pero ¿qué podía hacer? El mozo de cuadra del duque había dicho con claridad que tres caballos no bastarían para tirar del coche durante todo el trayecto. Y el muchacho trabajaba bajo la idea equivocada de que solo viajarían dos personas y un postillón.

El reverendo dejó escapar un leve gemido. En su empeño por sonar convincente, se le había pasado por alto que el coche de viaje no contaba con pescante para que se sentara el cochero. Solo cuando el mozo de cuadra del duque llegó montado a caballo, el reverendo recordó que la costumbre era que un postillón cabalgara sobre el caballo delantero y dirigiera el coche desde allí. Le gustaría ver al postillón más experto intentar montar a Lucifer, por no hablar de Percy. Ahora parecía que se había metido en un buen lío.

—¡Augustus!

El chillido de Agnes no hizo nada por aliviar sus malos presagios. A todas luces, su esposa acababa de ver el coche de viaje. No era la

primera vez que un escalofrío mortal recorría al reverendo Shackleford mientras se apresuraba a regresar a la vicaría.

—Por favor, dime que no has conseguido ese cochecito de ahí fuera para llevar a cuatro adultos hasta Londres. —La voz de ella sonaba desde el rellano, altísima y, por desgracia, furiosa.

El reverendo se aclaró la garganta mientras veía a su esposa bajar las escaleras como un ejército en marcha.

—Querida... —murmuró él cuando Agnes alcanzó el último escalón.

—No me vengas con «querida», tú... tú... remedo imbécil de esposo.

El reverendo alzó las cejas. De verdad, no sabía que Agnes dominara con tanto colorido la lengua inglesa. Tomó nota mental de la expresión para más adelante.

—¿Cómo demonios propones llevarnos a ti, a mí, a Percy y a Lizzy hasta Londres en un coche que no es más grande que un ataúd? —Agnes hinchó el generoso pecho antes de añadir—: Y ni se te ocurra venir a contarme cuentos chinos, Augustus, o quizá acabes metido en uno de verdad. —Se inclinó hacia delante y le clavó al reverendo un dedo en la barriga—. Y, lo que es aún más importante, ¿quién va a conducirlo?

Ella lo fulminó con la mirada mientras aguardaba, con el pie derecho golpeando el suelo con furia. La señora Tomlinson, Maisie y Seth lo observaban todo con interés desde la puerta de la cocina. La cocinera estaba especialmente fascinada, puesto que había apostado diez contra uno a que la señora Shackleford usaría una aguja de hacer punto...

El reverendo intentó aflojarse un poco el lazo del cuello, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Yo... —dijo, con una voz tan aguda que parecía que alguien le hubiera introducido un palo bien grande por el trasero.

—Menos mal que decidí ir con vosotros, Augustus Shackleford —lo interrumpió una voz potente desde la puerta principal abierta—. Porque no parece que nadie más vaya a llevar a cuatro malditos zoquetes hasta Londres, ¿verdad?

CAPÍTULO 13



La primera posada de postas era pequeña, pero cómoda. Aunque el posadero pareció un tanto azorado al encontrarse con un duque en el umbral, su esposa fue la eficiencia personificada y, en muy poco tiempo, todos quedaron instalados en cuatro alcobas acogedoras. Por desgracia para Prudence, aquello significaba compartir habitación con Dorcas. Ya había tenido ocasión de dormir una vez en la misma alcoba con la doncella personal de Grace, y recordaba con nitidez sus ronquidos.

La comida les fue servida en un salón privado al fondo de la posada, y resultó sencilla, pero sustanciosa. Aunque Grace y Felicity conocían perfectamente la razón de aquella partida apresurada, Prudence había permanecido casi por completo a oscuras, ya que el duque había esperado que ella se quedara sana y salva en Blackmore. Ahora, sin embargo, Nicholas se apresuró a ponerla al tanto del motivo por el que habían adelantado el viaje a Londres.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Prudence, sintiendo un estremecimiento innegable de emoción al formar parte de un plan tan audaz.

—Puedes ayudar no haciendo absolutamente nada —intervino Grace con firmeza—. Si me llega siquiera el más mínimo rumor de alguna

imprudencia por tu parte, querida hermana, no dudaré en enviarte a casa.

—No podremos interpretar nuestros papeles —afirmó Nicholas—, si tememos por tu seguridad, querida —le dijo a Prudence, y luego sonrió—. Y sería muy fácil provocarle una apoplejía a un hombre de mi avanzada edad.

A su pesar, Prudence soltó una risita, y su indignación por quedar excluida se atenuó un poco.

—Avisaremos a todos con antelación cuando Jamie y Nicholas vayan a escenificar su pelea —declaró Malcolm—. No tenemos mucho tiempo, así que no lo perderemos. Dicho esto, de nada sirve tener una discusión pública si no hay nadie que se entere. Tendremos que darles a esos canallas tiempo suficiente para saber que el duque de Blackmore se encuentra en la casa.

—Y para que yo pase al menos un tiempo en la taberna Black Bull —añadió Jamie.

—Así que todos seguiréis con vuestras ocupaciones como si no ocurriera nada fuera de lo normal —ordenó el duque—. Dorcas, tú serás nuestros ojos y oídos entre el servicio, junto con Jamie. —Le lanzó a este una mirada pesarosa antes de añadir—: Me temo que, cuando lleguemos a Londres, volverás a ser Jimmy Fowler.

Jamie se encogió de hombros.

—Puede llamarme como demonios quiera, Su Excelencia, siempre que atrapemos a esos malditos traidores a tiempo.

Un golpe en la puerta puso fin a la conversación, y Nicholas desvió hábilmente el tema hacia asuntos más triviales, mientras el posadero entraba con el oporto. Entre el murmullo de los presentes, Prudence dirigió una mirada furtiva al apuesto agente de Bow Street. Habían hablado muy poco desde que llegaron a la posada, y ella temía mucho que él estuviera haciéndole el vacío. Debería sentirse aliviada, desde luego, sobre todo, después de lo que ella había

declarado en el carruaje. Entonces, ¿por qué se sentía tan abandonada?

«Probablemente por el beso», decidió Prudence. Incluso ahora, el simple hecho de pensarlo le provocaba aquella misma extraña e inquieta... sensación. ¿Sentiría ella el mismo hormigueo entre las piernas cuando la besara su esposo? Desde luego, él esperaría que cumpliera con sus deberes conyugales, aunque vivieran separados. Prudence no tenía del todo claro qué implicaban esos deberes, pero sabía que no tendría hijos si su marido no se acostaba con ella. Aunque, pensándolo bien, ¿quería tenerlos?

Bebió un sorbo de vino. Le arrebatarían esa elección. Su esposo necesitaría un heredero; eso si no tenía ya uno, quizá de un matrimonio anterior. Si se casaba con un hombre mayor, tal vez viudo, seguramente se esperaría menos de ella, aunque también podía resultar más desagradable.

Todas sus hermanas habían tenido la suerte de casarse por amor, y daban toda la impresión de disfrutar del aspecto íntimo de sus matrimonios. Prudence era lo bastante pragmática para saber que ella no era, precisamente, una persona fácil de querer. Uno de sus pretendientes había declarado que ella tenía un paso extraño al trotar. Y aquello lo resumía a la perfección. Un matrimonio de conveniencia le iría bien, siempre que le permitieran dedicarse a sus propios intereses con plena libertad. Si no encontraba a un hombre así, se quedaría soltera sin más, y su madrastra tendría que aceptarlo. En cualquier caso, dudaba que su padre la pusiera de patitas en la calle.

Satisfecha con la solidez de su razonamiento, sus pensamientos volvieron sin remedio al beso y, sin poder evitarlo, Prudence se descubrió imaginando qué habría ocurrido si Jamie no se hubiera detenido cuando lo hizo. De pronto, los pezones se le endurecieron, y Prudence bajó la vista hacia su corpiño, sorprendida al ver cómo se marcaban contra el tejido. Inspiró, y la tela rozó aquellos puntos

sensibles, lo que desató de nuevo el hormigueo entre sus piernas. Se mordió el labio y se removió, incómoda.

—¿Vienes con nosotras, Prudence?

Oyó la voz como si le hubiesen echado un cubo de agua fría sobre la cabeza. Al alzar la vista, Prudence se dio cuenta de que su hermana, Felicity y Dorcas se habían levantado de la mesa con intención de retirarse a sus alcobas. Con el rostro encendido bajo la luz de las velas, Prudence se puso en pie a toda prisa y siguió a las otras tres mujeres hacia la puerta. Les dio las buenas noches con un murmullo y la mirada clavada en el suelo. De hecho, no se atrevió a levantar los ojos hacia Jamie, por miedo a lo que él pudiera ver en ellos.

El reverendo Shackleford no sabía si sentirse ofendido o aliviado por haber sido relegado, junto con Percy, al asiento exterior de la parte trasera del coche de viaje. Sin duda, su trasero se sentía muy maltratado, pero al menos no tenía que ver a la madre de Percy, sentada a horcajadas sobre el caballo delantero, con las enaguas flotando cerca del ombligo.

Horas antes, Augustus Shackleford había temido que el sobresalto de ver aparecer a Mary Noon en la puerta principal de la vicaría pudiera quitarle diez años de vida. Y la expresión de Percy parecía la de alguien que acababa de tragarse una de las pociones de Agnes. El reverendo no había sabido si compadecerse de su coadjutor, o pegarle un tiro sin más para poner fin a su sufrimiento. Sospechaba que habría escogido lo segundo de no haber sido un hombre de Iglesia.

Aun así, pese a todo, ahora que estaban en camino avanzaban a buen ritmo. La carretera estaba seca como un hueso y desierta, lo cual era especialmente afortunado, ya que el único sonido que se oía era Mary Noon gritando:

—¡Moved el culo, malditos cabrones peludos!

El reverendo no pudo evitar advertir que ni siquiera Lucifer ofrecía demasiada resistencia. Freddy también parecía disfrutar de la libertad del camino abierto y pasaba la mayor parte del tiempo investigando los arbustos que bordeaban el sendero.

La otra ventaja de ir mirando hacia atrás, aparte de aquella magnífica puesta de sol que dibujaba las colinas de Devonshire con un resplandor anaranjado, era que ni él ni Percy podían ver qué hacían Agnes y Lizzy, a menos que se retorcieran para mirar por la ventanilla.

Naturalmente, el reverendo no tenía deseo alguno de hacerlo y, como los exabruptos alentadores de Mary hacia los caballos eran tan sonoros, no podía oír si las damas hablaban. Sospechaba que cualquier conversación entre ellas tendría que ver, probablemente, con las bondades de la viudez. De hecho, no estaba seguro de que Agnes volviera a dirigirle la palabra jamás, y aquello le recordó que no hay mal que por bien no venga. Sobre todo, ahora que la vicaría tenía un par de habitaciones libres en las que podría dormir. Siempre que regresara de Londres con vida, claro.

Después de pasar dos horas intentando dormir en el diminuto desván que le habían asignado, Jamie terminó por rendirse. Bajo las vigas hacía un calor tan sofocante que sentía todo el cuerpo cubierto por una película de sudor. Mientras daba vueltas en el catre, se debatía entre la ansiedad y la expectación por el plan para desenmascarar a los traidores, y la impaciencia por el tiempo que tardarían en llegar a Londres le despertaba unas ganas terribles de golpear la almohada por pura frustración.

Pero no era solo el deseo de terminar el trabajo lo que lo mantenía despierto. Sus pensamientos sobre Prudence Shackleford se negaban, sencillamente, a desaparecer.

Y recordó su encuentro en el huerto.

El beso que tan él había definido tan alegremente como un impulso de deseo, lo perseguía en cada instante de vigilia. Aún podía sentir la dulce incertidumbre de los labios de ella contra los suyos. El sonido casi imperceptible que ella había emitido antes de abrirse a la búsqueda de su lengua, saqueándole la boca mientras él saqueaba la suya. La forma en que Prudence se había apretado por instinto contra su erección.

Y sus ojos cuando él por fin se obligó a apartarse. El hambre que había visto en ellos casi lo había hecho caer de rodillas.

Pero no era solo eso. Prudence Shackleford no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido. Era divertida y vivaz, incluso excéntrica. No le cabía duda de que la duquesa había intentado moldearla según lo que la sociedad esperaba de ella, pero estaba igual de seguro de que Prudence se había negado a obedecer. Para él, aquello solo la volvía aún más fascinante.

Durante la cena, Jamie se había descubierto mirándola una y otra vez. Prudence había perfeccionado, sin duda, el arte de parecer que escuchaba la conversación a su alrededor, mientras permanecía por completo en su propio mundo. Jamie habría dado su brazo derecho por saber qué pensaba.

Y cuando ella alzó la mano para tocarse los labios, la polla se le endureció al instante. No tenía ni la más remota idea de qué poseía aquella mujer para hacer que su cuerpo reaccionara así. Era atractiva, desde luego, pero no de una belleza deslumbrante como algunas de las mujeres con las que él se había acostado. Sin embargo, al observarla a escondidas, cada movimiento de Prudence parecía un acto de erotismo. Los pechos tensándose contra su vestido al inspirar, la forma en que se mordía el labio inferior, los dedos que recogían un rizo rebelde detrás de la oreja. Dios Santo, no deseaba otra cosa que cargarla en sus brazos hasta su buhardilla, desnudarla y mostrarle esta vez adónde podía conducir un beso exactamente.

Jamie apartó la sábana de una patada. Sintió la tentación de aliviarse con la mano. Con un gemido bajo, empezó a acariciarse el miembro cuando, de pronto, oyó un ruido. Frunció el ceño, se detuvo y escuchó. El ruido volvió a sonar. Había alguien en la escalera. Se levantó del catre, se puso una camisa por la cabeza y luego se puso los pantalones. Si quien rondaba por allí pretendía robarles, aquel cabrón iba a llevarse una decepción.

Avanzó deprisa hasta la puerta y logró abrirla sin apenas un chirrido. Una vez en el diminuto rellano, Jamie se detuvo para que los ojos se le acostumbraran a una negrura casi total, y después bajó con cuidado las escaleras hasta el primer piso. Justo al llegar al rellano principal, oyó una maldición entre dientes. Asomó la cabeza por la esquina y abrió los ojos de par en par al ver al objeto de su fantasía anterior en lo alto de la escalera, chupándose un dedo. Además, estaba empapada.

Prudence yacía en la cama, completamente despierta, escuchando los ronquidos de Dorcas. Calculó que debía de ser más de medianoche, lo que significaba que la doncella continuaría su recital nasal durante al menos seis horas más. Los ronquidos no eran constantes. De hecho, durante las fases de silencio, Prudence tenía que resistirse al impulso de pinchar a su compañera para comprobar que no estaba muerta. Pero Dorcas volvía a lanzar un sonoro bufido. Además, hacía un calor insoportable. Prudence había empujado las mantas hasta sus pies y yacía solo con la camisa de dormir. No tenía ni idea de cómo la doncella podía dormir envuelta en tantas capas.

Mientras miraba el techo invisible, sus pensamientos volvieron sin remedio a Jamie. Aquel beso no había significado nada para él, eso estaba claro. Sin duda, Jamie lamentaba su necio impulso, y ahora mantenía las distancias. Sin poder evitarlo, Prudence evocó la sensación de los labios de él contra los suyos. La forma en que él la había atraído hacia sí, como si quisiera meterla a ella dentro de su piel. Recordó la dureza de su cuerpo, que le presionaba entre las piernas. Prudence no era tan inocente como para ignorar lo que

aquello significaba. Él también la había deseado. Tanto como ella a él. Pero aquello había quedado atrás.

Ahora, era como si esa intimidad nunca hubiera sucedido.

Con un suspiro, Prudence le dio la espalda a Dorcas y golpeó la almohada, lo que levantó una nube de polvo. Cubriéndose la cara con el dorso de la mano, luchó contra las ganas de toser. Maldita sea, había olvidado pedir agua antes de subir a acostarse. Con un jadeo ahogado, Prudence se levantó de la cama. No había otro remedio: tendría que ir a buscar agua antes de morir asfixiada.

No tenía tiempo para encender una vela ni ponerse la bata. Con los ojos llorosos, salió deprisa de la habitación vestida solo con la camisa de dormir. A una hora tan intempestiva, seguro que podría llegar hasta el fregadero, servirse un vaso de agua y volver a la cama sin que nadie se enterara.

Casi lo consiguió. De hecho, lo habría logrado si no se hubiera golpeado el dedo del pie contra el último escalón. Hizo una mueca de dolor, levantó el pie para examinarlo bajo la escasa luz que entraba por una estrecha ventana, y estuvo a punto de perder el equilibrio. El vaso se inclinó y el agua helada se derramó. Entonces se le escapó de los dedos y lo vio caer al suelo con horror. Por fortuna, el vaso solo se rompió en un par de pedazos y, jurando entre dientes, se agachó a recogerlos.

Y, por supuesto, se cortó en un dedo.

—¿Qué demonios está haciendo?

Prudence levantó la cabeza de golpe al oír aquella voz baja emerger de la oscuridad, y el corazón le dio un vuelco angustioso cuando una figura apareció ante ella: Jamie. Por instinto, abrió la boca para gritar, pero la cerró de inmediato. Lo último que deseaba era que la encontraran en el rellano, en camisa de dormir, con un hombre que se hallaba a medio vestir.

—¿Qué hace usted? —siseó ella, con una ira poco razonable.

El dedo le palpitaba, recordándole que probablemente goteaba sangre sobre la alfombra. Se lo llevó deprisa de nuevo a la boca y, al bajar la vista, estuvo a punto de desmayarse. Era como si estuviera desnuda. El agua había pegado la fina muselina a sus pechos, dejándolos claramente visibles en la penumbra. Para añadir humillación a la ofensa, sus pezones eran dos puntas erguidas, resaltadas con esmero bajo la camisa de dormir.

Con un gemido, Prudence usó la mano libre para proteger su pudor. Por desgracia, una sola mano bastaba para cubrir un pecho, lo que dejaba el otro orgullosamente expuesto. Alzó la cabeza y lanzó a Jamie una mirada aterrada. Él parecía clavado en el sitio. La elección de Prudence era sencilla: quedarse con el pecho derecho a la vista o usar la mano herida para cubrirse, mientras la sangre le manchaba la camisa de dormir. Cualquiera que los encontrara así, asumiría de inmediato que la estaban apuñalando hasta la muerte, al estilo de las mejores novelas góticas que tanto le gustaban.

CAPÍTULO 14



Durante lo que pareció una eternidad, Jamie permaneció incapaz de moverse, hasta que, con una maldición en voz baja, cerró los ojos con retraso y, sacando un pañuelo del bolsillo de sus pantalones, se lo tendió. Mucho se temía que la visión de los pechos de Prudence, apenas ocultos, se le quedaría grabada en la memoria para el resto de su vida, pero fue el simple roce de sus dedos al tomar el pañuelo de su mano lo que estuvo a punto de deshacerlo. Bastó aquella sensación, los dedos de ella tocando los suyos, para dejarlo al borde del abismo, y apenas logró tragarse un jadeo.

Furioso consigo mismo por reaccionar de una forma tan ridículamente adolescente ante el leve contacto, se sacó la camisa por la cabeza, con los ojos aún cerrados.

—Si se pone esto, cubrirá su pudor —consiguió susurrar con voz ronca.

Volvió a sentir la mano de ella cuando Prudence tomó la camisa, y oyó el ligero murmullo de la tela al pasársela por la cabeza.

—Ya puede abrir los ojos —susurró ella con timidez.

Jamie abrió los suyos y contuvo una sonrisa al ver cómo la camisa la engullía. Aquel pensamiento vino seguido de otro: cuánto le gustaba verla vestida con una prenda suya.

—¿Cómo está su dedo? —murmuró él, decidido a apartar a un lado aquella idea absurda.

Como respuesta, ella alzó la mano. Tenía el dedo envuelto en el pañuelo.

Mientras Prudence lo miraba, Jamie tomó conciencia de su propia desnudez. A pesar del bochorno, ella no apartó la vista de su pecho descubierto. De hecho, su mirada descendió sin pudor hasta sus pantalones, abotonados solo a medias. Con otra maldición suave, él se puso a trastear con los cierres justo cuando Prudence daba un paso adelante, alejándose del borde de la escalera.

—¿Me ayudará a buscar los cristales rotos? —le preguntó ella con cautela.

Jamie asintió con rapidez, ansioso ya por escapar de las emociones contradictorias que lo recorrían. Con cuidado, se agachó, recogió deprisa los restos del vaso roto y los dejó sobre una mesita cercana.

—¿Es muy profundo? —preguntó en voz baja, señalando con la cabeza el dedo vendado de Prudence.

Ella dio otro paso hacia él y le tendió la mano. El corazón de Jamie se aceleró al percibir su aroma. Apenas un soplo de madreselva y almendras dulces. Notó que la polla volvía a endurecérsele y permaneció inmóvil durante un segundo, en un intento por calmarse. Desenvolvió el pañuelo despacio hasta dejar al descubierto el pequeño corte en la punta del dedo corazón.

—No creo que necesite puntos —susurró Jamie—. Tengo un ungüento en mi habitación que le quitará el escozor.

Ella alzó la mirada hacia él, con los ojos enormes, pero cuando Jamie añadió en voz baja, «espere aquí», habría jurado que Prudence parecía casi decepcionada. Sin embargo, ella asintió con un gesto brusco, y él regresó en silencio hacia su dormitorio, diciéndose a sí mismo que lo había imaginado.

No tardó en encontrar el ungüento, pero, aun así, al volver le sorprendió verla en el mismo sitio. Cuando las nubes se apartaron y permitieron que una franja de luz de luna entrara por la ventana, Jamie pensó, de forma disparatada, que parecía una estatua griega, con la tela blanca drapeada a su alrededor y la humedad empezando a traspasar la camisa que él le había dado. Maldita sea, ¿de dónde había salido aquello? Luchando contra el impulso insensato de atraerla a sus brazos, tomó con delicadeza el dedo de Prudence, extendió la pomada sobre el corte y volvió a atarle el pañuelo.

—El pañuelo está limpio —dijo él con dificultad—, así que déjeselo puesto. —Luego le entregó el pequeño tarro de ungüento—. Úselo durante el día de mañana y la herida sanará deprisa.

Prudence asintió de nuevo y alzó despacio los ojos hacia los suyos.

—Necesitará que le devuelva su camisa —susurró.

—Quédese con ella.

La respuesta de Jamie fue baja y áspera; su instinto de supervivencia había entrado en acción. No estaba seguro de que pudiera soportar ver sus pechos de nuevo. No sin hundir la cabeza entre ellos.

—No creo que sea aconsejable —respondió ella con una risita suave que Jamie sintió como una caricia—. Mi baúl no está tan lleno como para que una camisa de hombre pasara inadvertida.

Antes de que él pudiera responder, Prudence agarró el bajo de la camisa y se la quitó de un tirón por la cabeza. Luego, ella se inclinó hacia delante y le puso la prenda en las manos, regalándole una sensación dolorosamente breve de suavidad contra el pecho; acto seguido, Prudence lo rodeó y huyó hacia su habitación.

El reverendo Shackleford consideró la posibilidad de que los ronquidos de Mary Noon fueran lo bastante violentos para hacer

añicos los cristales de la única ventana de la habitación. Freddy se había refugiado debajo de la cama.

—Todo esto es culpa tuya, Augustus Shackleford. —Agnes no se molestó en bajar la voz. Nada que no fuera un terremoto despertaría a la madre de Percy.

—Vamos, vamos —dijo el reverendo—. No creo que esto sea...

—No es todo culpa suya —lo interrumpió Lizzy—. Si Percy no hubiera sido tan zoquete, no estaríamos en esta situación.

El reverendo soltó un sonoro suspiro, a modo de queja por la injusticia sufrida.

—Llevo años diciéndoselo.

—Solo puedo dis... —Percy se vio obligado a cortar su disculpa servil cuando el ronquido de su madre alcanzó un crescendo— ...culparme —concluyó, con la voz al borde de las lágrimas.

Al ser los últimos huéspedes en llegar a aquella posada destartalada, les habían dado la única habitación que quedaba libre.

«No se preocupen», les había asegurado la esposa del posadero. «No hay ningún bicho peligroso en el desván; al menos, que yo haya visto. Y la habitación es bastante grande para todos. Creo que quizá haya un orinal debajo de una de las camas».

Por supuesto, aquella descripción no inspiraba mucha confianza, pero, fiel a su palabra, la estancia resultó lo bastante grande como para alojar a un pequeño ejército. Aunque no lo dijo en voz alta, el reverendo pensó que probablemente también alojaba a un regimiento de pequeños roedores, a juzgar por los débiles chillidos que los rodeaban. Por tanto, consideró mejor no buscar el orinal.

Había dos camas dobles, cuyas sábanas parecían no haberse cambiado desde la última coronación, y un viejo sofá que Mary Noon se apropió de buen grado. Lo probó con un rebote experimental antes de tumbarse vestida, botas incluidas, detalle por el que todos

se sintieron agradecidos. La mujer soltó un eructo satisfecho y, segundos después, estaba roncando.

De eso hacía tres horas.

—Demasiado blando para tu propio bien, Percy Noon —añadió Lizzy.

Agnes resopló.

—Esto no se parece en nada a la posada donde nos alojamos la última vez que fuimos a Londres —se quejó—. Allí tenían sábanas de algodón sin un solo agujero. —Dirigió aquellas palabras a Lizzy, que respondió con el grado adecuado de asombro.

—Aunque son un fastidio para remendar —añadió esta un segundo después—. Percy solo llevaba unos minutos en la cama cuando le hizo un agujero con el dedo gordo a mi mejor juego de lencería.

Agnes tosió, a todas luces incómoda al oír hablar de cualquier parte de la anatomía de Percy que pudiera estar en contacto íntimo con unas sábanas.

—Bueno, palomita —declaró el reverendo al ver una oportunidad de recuperar el favor de su esposa—, quizá podamos alojarnos en esa misma posada en esta ocasión.

Siempre que la comitiva de su yerno no estuviera allí al mismo tiempo...

—¿Cómo demonios vamos a llevar a Mary a un lugar semejante? —preguntó Agnes, mientras el silbido procedente del sofá continuaba sin tregua—. No es que esté lanzando insinuaciones sobre su madre, Percy —añadió deprisa.

—Dudo que mi madre se inmutara, aunque alguien le arrojara un baúl entero de insinuaciones —respondió el coadjutor con un suspiro —. De hecho, estoy bastante seguro de que monta escándalo solo para ver cómo reacciono.

—Bueno, si yo puedo cuidar mis modales, estoy segura de que Mary también puede —comentó Lizzy con firmeza.

—Y, si no, dormirá con los malditos caballos —añadió el reverendo, preguntándose si aquella sugerencia impulsiva acababa de empeorar las cosas.

Sintió un presentimiento momentáneo. En verdad, era demasiado bondadoso...

Grace dirigió una mirada preocupada a Prudence, cuando su hermana menor no respondió, por cuarta vez, a una pregunta directa.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Grace al fin.

Prudence miró a la duquesa con sorpresa.

—Perfectamente, gracias —dijo con el mismo tono distraído que había usado desde el desayuno.

A decir verdad, no estaba nada bien. Su encuentro accidental con Jamie Fitzroy la había dejado por completo fuera de sí. De hecho, después de volver a meterse en la cama junto a una Dorcas ajena a todo, sus pensamientos se habían consumido en poco más que la visión de la desnudez de Jamie. Cuando él la había besado —¿había sido solo dos días antes?—, Prudence se había visto apretada contra la dureza de su pecho, pero verlo de verdad... No tenía ni idea de lo fascinante que podía resultar el cuerpo de un hombre. Volvió a imaginar los músculos lisos y firmes, el vello oscuro y rizado, el vientre tenso y la curva gloriosa de aquellos hombros enormes. Y, por último, la breve sensación de su roce cuando ella le entregó la camisa. El calor abrumador de él...

—Estoy segura de que disfrutarás especialmente de la posada donde nos alojaremos esta noche —dijo Grace—. Debo confesar que es mi favorita. El posadero y su esposa son anfitriones perfectos. La comida es divina, los colchones son esponjosos como una nube, las

sábanas están limpísimas y hasta tienen un entretenimiento nocturno bastante digno. —Suspiró antes de añadir—: A decir verdad, ojalá pudiéramos quedarnos allí hasta después de la coronación. Confieso que no tengo ningunas ganas de llegar a Londres.

La declaración de su hermana devolvió a Prudence al presente. De pronto, reparó en la palidez de Grace.

—¿Crees que Nicholas, Malcolm y Jamie podrían estar en peligro? —preguntó, mientras la asaltaba una sensación inesperada de pavor.

La importancia de lo que los hombres pretendían hacer, pareció de pronto demasiado real.

Grace apretó los labios y miró a Felicity. Durante un segundo, Prudence temió que su hermana fuera a echarse a llorar. El estómago le dio un vuelco. Nunca había visto a Grace quedarse sin respuesta.

Felicity alargó la mano para tomar la de la duquesa.

—No sé qué ocurrirá —admitió con un suspiro—. Pero sí sé que los tres poseen un saludable instinto de supervivencia. De hecho, les ha sido muy útil en numerosas ocasiones.

—Pero esto es lo más peligroso que han emprendido jamás —soltó Grace en un arrebato muy impropio de ella.

Felicity apretó más la mano de su amiga y asintió.

—Es probable que también sea lo más importante —añadió la matrona—. Si nuestras sospechas son correctas, y existe una trama para asesinar al rey... —Sacudió la cabeza antes de continuar con firmeza—. No se puede permitir que triunfen. Sean cuales sean las ideas privadas de cada cual sobre la reforma, un acto tan atroz solo puede empeorar las cosas de forma incalculable.

Grace asintió brevemente. Con una sonrisa agradecida hacia Felicity, retiró la mano y enderezó la espalda.

—Debemos mantenernos fuertes. Nuestros hombres no pueden sumar la preocupación por nosotras a los problemas con los que tendrán que lidiar. —Inspiró hondo—. Así que disfrutemos de la velada. Esta noche les daremos la espalda a nuestros temores.

«Nuestros hombres». El corazón de Prudence palpitó con fuerza. ¿Llegaría Jamie Fitzroy a ser alguna vez su hombre?

Llegaron a la posada George poco después de las cuatro de la tarde. Grace tenía toda la razón: era, en verdad, un establecimiento maravilloso. Cuando acompañaron a Prudence hasta su habitación, su primer pensamiento, abrumador, fue que pasaría toda la noche sin oír más ronquidos. La alcoba tenía un fuego alegre en la chimenea, pese al tiempo cálido y, frente a él, un sillón lo bastante grande para perderse dentro.

Prudence miró con deleite a su alrededor. Reconoció que el mobiliario era de excelente calidad, y se preguntó qué historia habría detrás de un posadero capaz de amueblar su establecimiento con tales lujos. Aun así, supuso que a Nicholas le costaría una pequeña fortuna alojarse allí. La cama con dosel era lo bastante grande para tres personas y, al dejarse caer de espaldas contra las almohadas de plumas, vio que el cielo estaba bordado con estrellas.

El colchón era tan cómodo que sintió la tentación de quedarse donde estaba, pero Grace había dicho expresamente que, cuando todos se hubieran refrescado, se reunirían en el salón para tomar té y pasteles. Y, a decir verdad, Prudence estaba hambrienta.

Se levantó de la cama y se salpicó la cara con el agua todavía tibia de la jofaina. ¿Tomaría Jamie el té de la tarde con ellos? Volvió a recogerse el pelo con rapidez, ignorando la vocecilla que le decía que, como él ya la había visto en su peor momento, arreglarse el cabello era como cerrar la puerta de la cuadra después de que el caballo hubiera escapado.

El salón de los huéspedes estaba lleno de cómodos sofás y sillones, además de varias mesitas colocadas con estrategia para dejar sobre

ellas una taza de té o un platito con pastel. Grace y Nicholas ya estaban cómodamente sentados, y su hermana sostenía la tetera, lista para servir. Prudence advirtió con retraso que había otra persona presente. Un hombre que le daba la espalda. Frunció el ceño al percibir una ligera familiaridad en aquella chaqueta color marrón, tensa sobre una espalda amplia.

—Ah, Prudence —murmuró Grace al levantar la vista.

Su voz sonaba sorprendentemente contenida, y, segundos después, Prudence comprendió por qué. El desconocido se puso en pie con esfuerzo y se volvió con una amplia sonrisa. La sonrisa cortés de Prudence vaciló al mirar los ojillos menudos y duros de lord Melbury.

CAPÍTULO 15



Debido a la inesperada presencia del barón, resultaba a todas luces imposible que aquella fuera la velada agradable que todos habían esperado disfrutar. Al calibrar la situación en cuanto cruzaron la puerta, tanto Malcolm como Jamie, bajo su apariencia de empleados, respondieron con expresiones neutras a las órdenes secas del duque, antes de retirarse con una reverencia. Por fortuna, Dorcas ya había decidido pasar la noche remendando un rasgón en la enagua de la duquesa.

Aunque Prudence no había podido negarse a ofrecerle la mano, pensaba sentarse lo más lejos posible del lascivo barón. No fue demasiado difícil. Grace y Felicity fueron enseguida a buscar sus bordados, y Prudence trajo la hoja de cotilleos que aún no había tenido ocasión de leer. Las tres mujeres se instalaron en los acogedores asientos junto a las ventanas, a buena distancia de su indeseado acompañante.

—Con un poco de suerte habrá más huéspedes para la cena —murmuró Grace—. No sé qué hará Nicholas, si se ve obligado a pasar toda la velada con un hombre tan desagradable y aburrido.

—¿Qué hace aquí exactamente? —preguntó Prudence en voz baja, con un estremecimiento.

—Quizá visitar otros hogares desdichados por encargo del lord Gran Chambelán.

Nicholas dio un sorbo de su té y, como si hubiese oído a su cuñada, se dirigió al barón.

—Así que, Melbury, ¿va de camino a Londres? —le preguntó con cortesía.

—Mañana o pasado —respondió el barón, sirviéndose más pastel—. Estoy esperando a que mi hombre me alcance. Debo decir, Blackmore, que me sorprende verlo dirigirse a la ciudad cuando aún faltan dos semanas para el comienzo de las celebraciones. Como en nuestra última reunión me aseguró que todo estaba dispuesto en su casa de Londres, tenía la impresión de que pensaba esperar hasta el último momento antes de enfrentarse a la locura de la coronación.

—Pensé que sería toda una experiencia para mi cuñada presenciar los preparativos de un acontecimiento tan trascendental —respondió Nicholas con ligereza.

—Sin duda, será un espectáculo imposible de olvidar —convino el barón—. Aunque confieso que me alivia saber que mis obligaciones terminarán pronto.

—Puedo imaginar lo agotador que debe de ser viajar de una finca aristocrática a otra —respondió el duque con fingida compasión.

Grace, Felicity y Prudence escuchaban la conversación con avidez, y la duquesa hizo una mueca ante el sarcasmo de su marido, aunque lord Melbury no pareció advertirlo.

—¿Qué le parece un *brandy* y una partida de ajedrez, Blackmore? La cena no se servirá hasta dentro de dos horas.

El duque tardó tanto en responder que Grace lo miró con una ligera alarma. Incluso la legendaria paciencia de Nicholas tenía límites, y ella sabía que detestaba al barón. Al fin, respiró aliviada cuando él respondió con su habitual voz arrastrada:

—¿Por qué no? He oído que aquí sirven un *brandy* excelente.

Grace miró a Felicity y Prudence y aprovechó la oportunidad para escapar. Se puso en pie con la excusa de que las damas emplearían aquel rato antes de la cena en pedir que les subieran baños a sus habitaciones. Luego, con una última mirada compasiva hacia su marido, sacó de la sala a Felicity y a Prudence, tan aliviadas como ella.

Al final, la cena resultó bastante entretenida. Había diez huéspedes en total y, como par de más alto rango, el duque de Blackmore pudo escoger mesa. Como era de esperar, eligió una mesa acogedora en una deliciosa alcoba, bien lejos de lord Melbury. Prudence no pudo evitar mirar con compasión a la desafortunada mesa de seis personas a la que el barón decidió unirse.

Después de una cena más que aceptable, dos jóvenes damas amenizaron la velada: una tocaba el clavicordio con extraordinaria destreza, y la otra poseía una voz muy melodiosa. Prudence supuso que serían las hijas del posadero. Interpretaron varias canciones entre aplausos entusiastas.

De hecho, Prudence habría disfrutado muchísimo de la velada si Malcolm y Jamie hubieran podido acompañarlos. Por la mirada nostálgica de Felicity, se notaba que la ausencia de su esposo le pesaba.

Y, por mucho que se reprendiera por su necedad, Prudence no lograba librarse de la decepción de que Jamie no hubiera tenido oportunidad de verla vestida con algo distinto de su atuendo habitual. El vestido era de un verde musgo suave que atenuaba el exceso de sol en su rostro y, cuando Dorcas terminó de recogerle el cabello, Prudence apenas había sido capaz de reconocerse en el espejo de la alcoba. A decir verdad, durante un instante se sintió incluso inquieta. Fuera quien fuese la persona que le devolvía la mirada desde el azogue, desde luego no parecía Prudence Shackleford. ¿Estaba perdiendo de algún modo su identidad? A la

antigua Prudence le habría importado un comino lo que cualquiera pensara de ella.

Cuando terminó el recital, el duque declinó unirse a los otros caballeros en la sala de fumar, alegando que partirían temprano a la mañana siguiente. Mientras se despedían de los demás huéspedes, Prudence advirtió con alegría que lord Melbury ya se había retirado. La idea de sentir su lengua en el dorso de la mano por segunda vez en un mismo día bastaba para provocarle pesadillas.

Jamie y Malcolm cenaron en una pequeña estancia reservada para los criados de los huéspedes. Por fortuna, eran los únicos presentes, de modo que dedicaron la comida a repasar los planes antes de que llegaran a Londres. Para Jamie resultó agridulce, casi como si nunca se hubiera marchado. Siempre le había caído bien aquel escocés brusco, pero, comprendió por primera vez que el sentimiento era mutuo. De hecho, una vez terminada la cena, Malcolm no perdió tiempo en declararlo un completo cabeza hueca por haberse ido de Blackmore como lo hizo.

—Entiendo que quisieras demostrar tu valía —lo reprendió el escocés —, pero ¿por qué tuviste que desaparecer en mitad de la maldita noche como un fugitivo condenado?

¿Cómo podía explicarle Jamie sus absurdas fantasías? ¿Cómo demonios podía admitir que había deseado algo que jamás podría tener? Sonaba a una completa locura. Era una completa locura.

Sin embargo, Malcolm leyó la verdad a través de sus excusas manidas, y la voz del escocés se suavizó.

—Él nunca te habría abandonado, muchacho —murmuró mientras se ponía en pie—. Lo sabías, ¿verdad?

A Jamie se le formó un nudo en la garganta. Se descubrió incapaz de hablar. Apartó la vista de la mirada compasiva del ayuda de cámara y la clavó en su jarra de cerveza.

Al cabo, Malcolm sacudió la cabeza y suspiró antes de darle las buenas noches en voz baja, para retirarse a esperar a su esposa encubierta en la alcoba de ambos.

Jamie permaneció donde estaba, mirando las profundidades ambarinas de la cerveza como si de algún modo contuvieran las respuestas que llevaba tanto tiempo buscando. Había hecho un maldito desastre de todo. ¿Por qué demonios no se había conformado con lo que tenía? Con una leve mueca, apuró su cerveza y apartó la silla. A decir verdad, no sabía si su relación con el duque llegaría a recuperarse alguna vez. Desde luego, nunca volvería a ser como antes de que él se marchara. Y ahora, para empeorar las cosas, creía que quizá se estaba enamorando de Prudence Shackleford. ¿No era aquello una sangrante ironía?

De vuelta en su habitación, Prudence estaba a punto de quitarse el vestido cuando recordó de pronto su necesidad de agua de la noche anterior. Lo último que deseaba era que la descubrieran vagando por la posada en ropa de dormir. Miró la cuerda de la campanilla. Podía, por supuesto, pedirle a una criada que le subiera agua, pero, aunque sus hermanas estaban sin duda acostumbradas a que las sirvieran, Prudence seguía siendo, al fin y al cabo, la hija de un vicario rural, y no se sentía cómoda pidiendo a otros que hicieran lo que ella podía hacer por sí misma.

Si bajaba ahora, la posada aún estaría razonablemente concurrida y habría bastante personal encantado de traerle un vaso de agua.

Se echó el chal sobre los hombros y miró hacia la ventana. Aún había luz suficiente para encontrar las escaleras sin necesidad de una vela. Tomada la decisión, abrió la puerta de la alcoba y se dirigió deprisa hacia la escalera.

Por desgracia, el alivio que había sentido al comprobar la ausencia del barón Melbury en su mesa durante la cena se transformó de pronto en alarma al verlo avanzar hacia ella. Prudence dio un paso

atrás, preguntándose si tendría tiempo de regresar a su habitación antes de que él la viera. Entonces el barón levantó la vista.

Maldita sea, Prudence no tenía más opción que seguir adelante.

—Señorita Shackleford —declaró él con una amplia sonrisa—. Qué deliciosa sorpresa. Creí que se había retirado.

Ella continuó caminando hacia él a regañadientes.

—Ya sabe que cruzarse en las escaleras trae mala suerte —río el barón, acelerando el paso—. Tal vez, si me espera en el rellano, no nos arriesguemos a ofender a los dioses.

Prudence retrocedió un poco y luchó contra un estremecimiento ante la idea de esperar a un individuo tan desagradable en cualquier sitio.

Mientras lo veía subir hacia ella, resoplando y jadeando, sintió la tentación de mandar la etiqueta al diablo y huir a su cuarto, pero vaciló demasiado y el barón la alcanzó.

—¿Le he dicho lo encantadora que está esta noche, querida mía? —jadeó él.

Por más que lo intentó, Prudence no pudo responder. La visión de aquel rostro rojo y brillante de sudor, a menos de un palmo del suyo, le arrebató cualquier pensamiento coherente que no fuera escapar de allí, y comenzó a retroceder.

—De hecho, saber que viaja usted a Londres me ha mareado un poco —jadeó él, igualando cada uno de sus pasos—. Tal vez podamos arreglar un encuentro... en algún lugar acogedor y apartado. ¿Qué le parece?

La espalda de Prudence chocó con la pared. Giró la cabeza con desesperación. Había calculado mal la posición de su puerta al menos en tres metros. Volvió a mirar el rostro del barón, ahora a escasos centímetros del suyo. Una bocanada de aire fétido le golpeó la nariz.

—Yo... —empezó a decir ella, sin tener la menor idea de qué palabra pronunciaría a continuación.

Por supuesto, podía gritar, pero Dios sabía a qué conduciría eso; probablemente, a otro encuentro al amanecer, pero con dos pistolas.

—Le sugiero que se aparte de la dama de inmediato.

Las palabras corteses contrastaban con el tono amenazador de quien las pronunciaba.

Melbury se volvió de golpe y miró con furia la figura que se alzaba en lo alto de la escalera. Al ver que el barón se balanceaba de forma precaria, Prudence comprendió con retraso que estaba como una cuba. Prudence se puso de puntillas para mirar por encima de su hombro, y el corazón le dio un salto al ver a Jamie. Sintió ganas de llorar de alivio. Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de ver a nadie.

Sin más dilación, ella salió de su prisión y se apresuró hacia Jamie, que no había apartado los ojos del barón.

—Creo que lord Melbury tenía la impresión de que yo había olvidado el camino a mi alcoba —murmuró Prudence por lo bajo.

—¿Cómo se atreve a hablarle a su superior en ese tono? —escupió el barón—. Haré que lo azoten por su insolencia.

—Eso será si sobrevive el tiempo suficiente para hacerlo. —La voz de Jamie se volvió aún más grave, pero, estando tan cerca, Prudence pudo sentir cada músculo preparado para la violencia. Era como una cuerda tensada, y a ella se le revolvió el estómago. Si Jamie se veía envuelto en una pelea física con un par del reino, incluso con un simple barón, bien podía acabar colgado por su impertinencia.

Con urgencia, Prudence le apretó el brazo, mientras un miedo de otra clase la inundaba de pronto.

—Estoy bien —susurró ella con apremio—. Estoy segura de que lord Melbury solo estaba preocupado por mi bienestar.

Jamie apartó los ojos del barón para mirarla con incredulidad.

—Quizá sería tan amable de conseguirme un vaso de agua para mi habitación, señor Fitzroy —continuó Prudence con voz serena, decidida a rebajar la tensión.

La comprensión prendió en los ojos de Jamie y, tras unos segundos que pusieron los nervios de Prudence a prueba, él asintió de forma brusca.

—Será un placer, señorita Shackleford —gruñó—, en cuanto la haya acompañado hasta su habitación. — Jamie dirigió otra mirada dura a lord Melbury, que parecía indeciso sobre qué hacer a continuación. Prudence asintió con entusiasmo, tomó el brazo de Jamie, aunque él aún no se lo hubiera ofrecido, y prácticamente lo arrastró hasta la puerta de su alcoba.

—Buenas noches, Su Señoría —dijo mientras fingía buscar la llave con torpeza—. Muchísimas gracias por su ayuda. Por favor, no permita que lo entretenga y le impida descansar.

Jamie la observó, divertido ya, mientras ella hacía todo un espectáculo al dejar caer el ridículo, esperando a que el detestable barón avanzara tambaleándose por el pasillo hacia su habitación. Cuando Melbury desapareció, Prudence suspiró aliviada y recuperó la llave.

—Iré a buscarle agua —anunció Jamie mientras ella introducía la llave en la cerradura.

Tras lanzarle una rápida mirada de soslayo, Prudence asintió y abrió la puerta.

—Llamaré una vez, con fuerza, cuando vuelva —añadió Jamie con viveza al empezar a bajar las escaleras—. Así sabrá que puede abrir con seguridad.

«¿Seguridad para quién?», pensó Prudence mientras cerraba la puerta con cuidado.

Cansada, se sentó en la cama. No podía negar su alegría al ver a Jamie en lo alto de las escaleras, pero, por otra parte, convertir a lord Melbury en enemigo no era en modo alguno prudente. Y aunque era desagradable, ella no creía de verdad que él hubiera intentado ultrajarla en un lugar tan público. Sus intenciones futuras, sin embargo...

Un fuerte golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones. Con el corazón de pronto acelerado, se puso en pie y fue a abrir.

Jamie esperaba al otro lado, y Prudence se estremeció cuando él le entregó un vaso lleno de agua.

—Procure no derramarlo esta vez —ordenó él con sequedad.

Ella lo miró, completamente incapaz de encontrar una réplica ingeniosa. Tenía el estómago hecho un nudo; al parecer, una dolencia permanente desde aquel beso.

—No... no lo haré —murmuró al fin, alargando la mano hacia el vaso.

—No le ha hecho daño, ¿verdad? —preguntó Jamie, mirándola con intensidad.

Prudence negó con la cabeza.

—A decir verdad, creo que estaba más que un poco achispado.

—Ese hombre es un sátiro —replicó él.

—No creo que sea alguien a quien convenga ofender —comentó Prudence con cautela—. Me han dicho que es muy influyente.

—Un poco tarde para preocuparse por eso —rio Jamie—. Yo también tengo amigos en las alturas.

—¿Tiene muchos duques en el bolsillo, entonces? —bromeó Prudence.

—Oh, al menos media docena —respondió él con ligereza. Luego la miró desde su altura y su sonrisa fue desapareciendo poco a poco—. Pero solo hay uno cuya cuñada aparece en mis sueños cada noche.

CAPÍTULO 16



El corazón de Prudence dio un salto en su pecho. Sin decir palabra, ella lo miró a los ojos mientras Jamie cerraba la puerta y avanzaba un paso, deteniéndose tan cerca que Prudence podía sentir su calor a través del fino algodón de la camisa. Permanecieron inmóviles, mientras la mente de ella clamaba una advertencia y la respiración de él rozaba apenas su boca. De pronto, Prudence deseó tocarlo más de lo que deseaba respirar. Como en trance, alzó la mano y la apoyó en el torso de Jamie. Bajo la palma, el pezón de él se endureció. Por instinto, Prudence rozó aquella punta firme con el pulgar, y Jamie inspiró con brusquedad. Sin apartar los ojos de los de ella, Jamie levantó la mano, la deslizó hasta la nuca de Prudence y hundió los dedos en su cabello. Sin prestar atención a las horquillas que caían al suelo, Prudence lo miró, hipnotizada, mientras él bajaba la cabeza hasta que sus alientos se fundieron.

Entonces Jamie la besó. Con un leve gemido, Prudence le rodeó el cuello, y con la otra mano se aferró a su hombro, dándole libertad para inclinarle la cabeza hacia atrás y conquistar su boca.

Sus lenguas se desafiaron y se provocaron, el deseo en lucha con la necesidad, hasta que Prudence pensó que moriría si él no hacía algo. Febril, se apretó contra él y dejó escapar un pequeño jadeo cuando Jamie bajó las manos para tomarle las nalgas y alzarla contra su erección. Prudence le rodeó la cintura con las piernas

mientras él le recorría con la boca la mandíbula hasta la garganta. Punzadas ardientes de placer le atravesaron las venas cuando Jamie descendió hasta la parte superior de los pechos.

Él la sentó en el borde de la cama, con las piernas de ella todavía envueltas sin pudor alrededor de su cintura, y sus manos siguieron el camino de sus labios. Tiró con urgencia del corpiño hasta liberarle los pechos, que quedaron desnudos ante su mirada ardiente.

—Cristo... —murmuró Jamie. Acto seguido los tomó entre sus manos, rozándole con los pulgares los pezones erguidos al mismo tiempo que inclinaba la cabeza y pasaba la lengua primero por uno y luego por el otro, hasta que Prudence se retorció en sus brazos, buscando mantener la boca de él en su piel, suplicándole que succionara con más fuerza.

Jamie la tendió de espaldas y siguió atormentándola con sus manos y su boca.

—Por favor —suplicó Prudence, sin saber con exactitud qué le estaba pidiendo.

Pero Jamie sí lo sabía. Durante un segundo se quedó inmóvil; luego, mientras renovaba la tortura con la lengua, buscó bajo sus faldas con la mano y la deslizó entre sus muslos para llegar a esa parte de ella que necesitaba... Allí hundió sus dedos. Estaba tan caliente y húmeda... Dios Santo, podía tomarla en ese mismo instante. Ella se abriría para él como una flor. La sangre le rugió en los oídos, y Jamie estuvo a punto de perder el control. Jadeante, ralentizó el ritmo e inclinó la cabeza para tomar un pezón en su boca y luego el otro, mientras sus dedos la acariciaban con pericia, deprisa y con firmeza, hasta que ella se arqueó bajo su cuerpo. Jamie acalló el grito de Prudence con su boca y sintió cómo ella se tensaba contra sus dedos, saboreando cada pulso y cada estremecimiento como si fueran propios.

Y entonces terminó. Prudence lo miró, aturdida. Jamie tenía los ojos ardientes y oscuros, y respiraba con fuerza. Con delicadeza, retiró

los dedos de ella y le alisó el vestido. Acarició sus pechos desnudos casi con reverencia antes de subirle el corpiño. Después, le tomó las manos y la incorporó despacio, atrayéndola hacia sí. Jamie seguía de pie entre sus piernas, y Prudence podía sentir su dureza, una promesa de que apenas había rozado la superficie del placer que él podía darle.

—Cuando todo esto termine —le susurró él al oído—, ¿me darás permiso para hablar con tu padre?

Jamie sintió el brusco asentimiento de ella, y el alivio lo inundó. Con un último beso en la frente, la soltó y retrocedió.

A Prudence se le cortó la respiración al ver la expresión de su rostro, porque comprendió lo cerca que él había estado de mandar al diablo la prudencia. De hacerla suya por completo.

—Por favor —susurró ella, con la respiración más parecida a un jadeo—, no tardes demasiado.

Jamie rio en voz baja; la dureza desapareció de pronto de su hermoso rostro.

—A decir verdad, no estoy seguro de cuánto tiempo seré capaz de esperar.

—Sé que Nick siempre ha visto al muchacho como una especie de hijo —le dijo Malcolm a Felicity mientras le desabrochaba el vestido —. Aunque moriría antes que admitirlo, creo que Jimmy lo ayudó a superar la pérdida de su hijo en Trafalgar.

—Sabía que Nicholas había tenido un hijo ilegítimo —respondió Felicity mientras se ponía la bata—, pero nunca supe bien qué le ocurrió. —Se sentó ante el tocador, se quitó las horquillas del cabello y le entregó el cepillo a su marido.

—*Aye*, se llamaba John —suspiró Malcolm mientras le deshacía los enredos con cuidado—. Tenía diez años, si no recuerdo mal. Nick

hizo que lo embarcaran como grumete. —Hizo una pausa y suspiró antes de añadir—: La bala de cañón que estuvo a punto de acabar con la vida de Nick le arrancó las dos piernas al chico. El muchacho murió en brazos de su padre, sin llegar a saber nunca quién era él.

Felicity sacudió la cabeza al sentir el súbito escozor de las lágrimas.

—Lo ignoraba por completo —susurró—. Nicholas nunca habló de ello. ¿Grace lo sabe?

—*Aye* —respondió Malcolm—. Ella impidió que se volviera loco cuando se casaron, como bien sabes.

—Pensaba que lo atormentaban pesadillas sobre la batalla. —Felicity se volvió en su asiento—. ¿Por qué nunca me lo contaste?

—No me correspondía a mí hacerlo —respondió su marido, inclinándose para darle un beso rápido—, y Nicholas siempre ha sido el hombre más reservado del mundo. —Hizo una pausa; luego suspiró y empezó a desabrocharse la camisa—. Cuando Jimmy desapareció, Nick no descansó hasta localizarlo y asegurarse de que estaba a salvo. Pero ahora ha vuelto, y ya no es el muchacho inexperto que era cuando se marchó. Ha cambiado de nombre y se ha hecho una vida, y yo he observado la cara de Nick. No podría sentirse más orgulloso, aunque el chico fuera de su propia sangre. Puede que Jimmy empezara como sustituto del hijo que Nick perdió, pero, con los años, se ha convertido en mucho más que eso.

—¿Sabes cómo se siente Grace al respecto? —preguntó Felicity, preocupada de que su amiga hubiera sufrido en silencio todos aquellos años.

—*Aye*, lo sé —respondió Malcolm, dejando la camisa sobre el respaldo de una silla—. Quiere a Nick con una fuerza feroz y, más que eso, lo entiende. Sabe lo importante que Jimmy ha sido siempre para su marido y por qué. Ella misma le tiene cariño al muchacho, y me ha dicho con toda claridad que jamás intentaría interponerse entre ellos.

—¿Jamie sabe lo que Nicholas siente por él? —preguntó Felicity mientras se metía en la cama junto a su marido—. Como dices, ya no es el muchacho que pensaba que el sol salía por el culo de Su Excelencia.

Malcolm se rio de su grosería y la atrajo hacia sus brazos.

—Es cierto. Pero el corazón del muchacho no ha cambiado. Sigue venerando el suelo que pisa Nick. Aunque ya no a ciegas. Y eso solo puede ser algo bueno.

—¿Y Prudence? —preguntó Felicity, acurrucándose feliz entre los brazos de él—. ¿Crees que encajan de algún modo? Dada la situación, harían buena pareja. Y sé que ella lo encuentra apuesto.

Malcolm hizo una mueca.

—¿Jamie y Prudence? No, mujer, quizá resulte conveniente, pero, a decir verdad, no se me ocurren dos personas menos adecuadas para estar juntas.

—Si crees que volveré a escuchar alguna vez cualquier cuento chino que salga de tu boca, Augustus Shackleford, eres más cabeza hueca de lo que jamás había supuesto.

El reverendo hizo una mueca ante las palabras de su esposa, percibiendo en ellas un matiz de histeria mayor del que Agnes había mostrado hasta entonces durante el viaje.

—No es tan malo —intervino la madre de Percy, añadiendo leña al fuego—. Creo que el seto será bastante acogedor si nos apretujamos todos juntos.

—Si cree usted que tengo la menor intención de salir de este coche, por cualquier motivo que no sea darle una buena bofetada al idiota de mi marido, se equivoca de medio a medio —replicó Agnes, y resopló antes de añadir—: Sé muy bien que me consideras demasiado indulgente para mi propio bien, Augustus... —Hizo una

pausa para dirigir una mirada venenosa a Mary, cuando esta soltó una carcajada, y luego continuó—. Sin embargo, desde este momento puedo asegurarte que mi tolerancia se ha terminado. No pienso pasar la noche durmiendo bajo un seto.

Pronunció la palabra «seto» dos octavas más alta que el resto de la frase, y el reverendo Shackleford empezó por fin a advertir la gravedad de la situación.

—Podemos dormir aquí dentro, Agnes. Estaremos como reyes y calentitos —dijo Lizzy, pero, por desgracia, su intento de apaciguamiento cayó en saco roto, pues Agnes se inclinó hacia delante hasta dejar la nariz a escasos centímetros del rostro del reverendo.

—¿Dónde está la posada que me prometiste?

—Querida —empezó a decir el reverendo, que ya sudaba a mares.

—No me vengas con «querida», tú... tú... saco de viento con cerebro de corcho.

—¿Sería posible que bajara un poco la voz, señora Shackleford? —dijo Percy con cautela, mirando a su alrededor con nerviosismo—. Quiero decir, no queremos llamar la atención de rufianes ni maleantes.

—Si hay algún rufián o maleante en un radio de treinta kilómetros de esta nada en la que nos encontramos, yo soy un maldito lord —anunció Agnes, provocando otra risita de Mary, por fortuna, esta vez medio ahogada.

El reverendo Shackleford miró a su alrededor con desesperación, como si esperara que una posada brotara de golpe ante sus ojos.

—Quizá Freddy podría ir a cazar algo de cena —sugirió al fin, desesperado.

—Oh, no estoy seguro de que sea buena idea —protestó Percy, ganándose una mirada malévola.

Fue en ese preciso instante cuando el reverendo Shackleford se quedó sin recursos. Encontrar un lado positivo a quedarse varados en la oscuridad, en medio de ninguna parte y sin nada que comer, salvo media docena de caramelos de limón, cubiertos de pelusa que languidecían en el ridículo de Agnes desde la boda de Chastity, superaba incluso su legendario ingenio.

—Estaba seguro de que la posada estaba por aquí cerca. —Fue lo único que se le ocurrió decir. —Naturalmente, aquello no provocó ni la más mínima respuesta favorable. Al cabo de unos segundos, aún más desesperado, añadió—. Por supuesto, Percy y yo ni siquiera podríamos concebir la idea de que dos... —Hizo una pausa y miró a Mary, que en ese momento se limpiaba los dientes con una ramita—. Quiero decir, tres damas de tan delicada sensibilidad duerman bajo un seto. Los dos iremos ahora mismo a localizar la posada desaparecida.

Ya en marcha, el reverendo Shackleford ignoró la expresión horrorizada de Percy.

—Vamos, Percy; vamos, Freddy. Vayamos a conseguirles a estas gentiles damas una cama blanda para pasar la noche. —Agarró a Percy del brazo y le dio un empujón alentador—. Volveremos en breve, queridas damas.

—No os caigáis al maldito río —cacareó Mary a sus espaldas.

Lizzy bajó la vista hacia el sabueso, que seguía roncando feliz en el suelo del coche de viaje.

—¡Freddy!

El bramido del reverendo fue lo bastante sonoro para despertar a los muertos. A regañadientes, el sabueso levantó la cabeza, se estiró, se tiró un pedo y saltó al suelo para seguir a su amo.

—¿Qué río? —preguntó Percy mientras desaparecían en la penumbra.

—No estoy del todo seguro de que la posada esté por estos alrededores, señor —declaró Percy después de que llevaran unos veinte minutos caminando—. Quiero decir, este camino no parece precisamente muy transitado. Creo que debemos de haber tomado un desvío equivocado.

—Rayos y centellas, Percy, ¿dónde está tu fe en el Todopoderoso? Si Él logró salir del desierto, creo que nosotros podemos encontrar una maldita posada.

—Él no tenía a mi madre de postillón —murmuró el coadjutor con sombría amargura.

El reverendo Shackleford refunfuñó, irritado, y miró hacia atrás. No había ni rastro de Freddy.

—¿Dónde se ha metido ahora ese maldito perro? —masculló, observando los arbustos a ambos lados del camino.

—¿Qué es aquello de allí, señor? —Percy se detuvo y señaló hacia el extremo lejano de un campo que bordeaba la senda.

El reverendo entrecerró los ojos y distinguió con claridad dos luces que avanzaban alegremente una hacia la otra.

—Bien visto, Percy —declaró Augustus Shackleford—. Quizá quienquiera que esté ahí pueda indicarnos la dirección correcta.

El reverendo se apresuró hacia un hueco entre el seto, pero, justo cuando estaba a punto de colarse por él, Freddy eligió ese momento para reaparecer, con todo el cuerpo cubierto de un lodo maloliente.

—Rayos y centellas, chucho mugriento —gimió el reverendo—, hueles peor que una maldita letrina.

El sabueso agitó la cola, a todas luces muy satisfecho consigo mismo.

—¿Cómo puede estar seguro de que no son vagabundos de la peor especie? —aventuró Percy, apresurándose tras él para agarrarlo del

brazo.

El reverendo se detuvo a medio cruzar la abertura y miró al coadjutor con irritación.

—Si esperamos demasiado, quienquiera que sea podría desaparecer, ¿y entonces qué estaremos? —siseó, señalando las luces en movimiento.

—Bueno, al menos no acabaremos acostados en un agujero en el suelo y arropados con una pala —replicó Percy, en una muestra de audacia impropia de él—. Sean quienes sean, podrían estar metidos en algún asunto turbio. ¿Por qué si no iban a andar por ahí en mitad de la noche?

—¿Como nosotros, quieres decir? —gruñó el reverendo Shackleford.

Aun así, en lugar de cruzar el campo a grandes zancadas, el reverendo se mantuvo junto al borde del camino, mientras avanzaba con cuidado hacia el resplandor, procurando hacer el menor ruido posible.

Cuando estuvieron a unos veinte metros, las luces revelaron a dos hombres que sostenían lámparas de aceite. Uno era corpulento e iba vestido como un caballero; el otro parecía no haberse lavado desde hacía un siglo. El reverendo Shackleford tomó con cautela el collar de Freddy, y él y Percy se refugiaron detrás de un gran arbusto.

Evidentemente, el caballero no apreciaba la falta de higiene de su acompañante.

—Que el diablo te lleve, William —murmuró aquel, llevándose un pañuelo a la nariz—. ¿De veras tienes que oler tan condenadamente mal? ¿Nunca has oído hablar del jabón?

—No soy yo —masculló el tal William.

Con una mueca, el reverendo miró a Percy y señaló a Freddy, que, desde luego, olía como si se hubiera revolcado en una pocilga.

Para entonces, ambos habían llegado a la conclusión de que aquellos dos hombres no tramaban nada bueno.

—¿Qué hacemos, señor? —susurró Percy.

—No podemos volver atrás —siseó el reverendo—. Si nos movemos, seguro que nos verán. Tendremos que esperar a que se vayan.

—¿Has recibido noticias? —preguntó el caballero.

—*Aye*, llega con la próxima marea.

Su compañero asintió y le entregó algo.

Sin más, los dos hombres se separaron y tomaron direcciones opuestas, exactamente por donde habían llegado.

El reverendo Shackleford sujetó bien la correa de Freddy.

—Si seguimos al tipo vestido de caballero, al menos encontraremos algún sitio donde alojarnos —le susurró a Percy.

—Y si el tipo está metido en algo turbio, quizá no salgamos de allí jamás —siseó Percy.

—No veo qué otra opción tenemos —arguyó el reverendo—. ¿Quieres volver con Agnes, sin haber conseguido un lugar en el que pasar la noche que no sea un maldito seto?

El coadjutor apretó los labios y, al final, negó con la cabeza a regañadientes. En silencio y con cautela, salieron de detrás del arbusto y se apresuraron hacia la luz oscilante, que se desvanecía con rapidez. Por fortuna, William había desaparecido a la misma velocidad en dirección contraria.

—Tienes razón en que todo esto es demasiado turbio, Percy. No se ve a menudo a un caballero teniendo una maldita reunión en mitad de un campo pasada la medianoche.

—Si es que es un caballero —gruñó Percy, apresurándose a alcanzar a su superior—. Que vista como tal no significa que lo sea.

—Es un buen argumento —jadeó el reverendo.

Aminaron el paso cuando su presa salió del campo y llegó a una carretera desierta. Unos segundos después, ellos se colaron por el seto justo a tiempo para ver cómo la silueta del caballero desaparecía tras una curva del camino.

El reverendo asomó la cabeza con cuidado y casi se desplomó de alivio al ver luces a lo lejos.

—Es una posada —dijo, emocionado—. Veo el letrero.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Percy—. ¿Vamos a ver si tienen habitaciones?

—No mientras Freddy huela como un animal muerto —refunfuñó el reverendo Shackleford—. Tendremos que encontrar algún sitio para lavarlo.

—Es medianoche, señor —razonó Percy—. ¿Dónde vamos a encontrar agua?

—Rayos y centellas, Percy, a veces pienso que vas por el mundo con los malditos ojos cerrados. —El reverendo sacudió la cabeza—. Hemos pasado junto a un estanque a menos de cincuenta metros. Vamos, con un poco de suerte podríamos estar de vuelta en el coche en menos de una hora.

Tirando del reacio sabueso, Augustus Shackleford se apresuró a regresar por donde habían venido y volvió a colarse por el seto. Percy dirigió una última mirada anhelante hacia las luces lejanas, y lo siguió a regañadientes.

CAPÍTULO 17



Pese a lo avanzado de la hora, a Prudence le resultó imposible dormir. Sentía como si le hubieran dado un cuerpo nuevo por completo. El camisón le acariciaba la piel febril y, aun así, le parecía demasiado burdo. Bastaba pensar en lo que Jamie le había hecho para que aquellas partes que él había tocado palpitaran con el recuerdo.

Él no la había forzado. Ella habría podido apartarse en cualquier momento; de eso no tenía duda alguna. La verdad era que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Ella misma había participado con más que buena disposición.

Pero Jamie quería casarse con ella. De veras quería casarse con ella. El corazón de Prudence dio una voltereta y ella sonrió en la oscuridad, inundada de una emoción radiante. Todas sus consideraciones anteriores sobre el matrimonio salieron volando por la ventana. No podía imaginar nada mejor que pasar cada noche en brazos de Jamie.

Se había enamorado de Jimmy Fowler. Prudence rompió a reír, incrédula. Jamás lo habría imaginado, ni en sus sueños más descabellados. Se volvió de lado y se abrazó a sí misma, llena de felicidad. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza dónde vivirían.

Jamie también yacía despierto, aunque, por desgracia, sus pensamientos eran algo más prácticos. No había esperado enamorarse de Prudence Shackleford. Pedir permiso para hablar con su padre estaba muy bien, pero la primera pregunta del reverendo sería cómo pensaba mantener a una esposa con el sueldo de un agente de Bow Street. Y lo cierto era que Jamie no tenía ni idea.

¿Dónde demonios estaba su sentido común? Desde luego, no en sus malditos pantalones. Si ella hubiera sido un simple revolcón, no habría importado, pero, en algún momento entre su primer y segundo beso, Prudence se había convertido en mucho más.

Vaya momento para descubrirlo... Y, en realidad, nada había cambiado. Él seguía llevando una vida de la que ninguna mujer sensata querría formar parte y, aunque no amara su trabajo, no le quedaba más remedio que continuar si quería comer. No podía mantener a una esposa.

Pero, por debajo de toda aquella ansiedad, estaba el miedo más grande de todos. ¿Qué pensaría el duque de Blackmore de su impertinencia?

Jimmy Fowler no solo era de baja cuna: había nacido en la calle, y cambiar de nombre no alteraba ese hecho. De no haber sido por la caridad de Nicholas Sinclair, hacía tiempo que habría acabado colgado.

Puede que el duque no mandara azotarlo por su insolencia, pero Jamie tampoco podía imaginarlo exultante ante la idea de semejante unión. La verdad era que, como cuñada no de uno, sino de cinco nobles, según su último recuento, Prudence Shackleford estaba demasiado por encima de alguien como él. Incluso aunque tuviera los bolsillos llenos.

Jamás le permitirían casarse con Prudence Shackleford, y desafiar a la familia de ella fugándose a Escocia lo convertiría muy probablemente en enemigo del único hombre por el que había sentido verdadero afecto.

Y aunque él pudiera soportar algo así, ¿cómo podría hacerle eso a la mujer a la que decía amar?

—Muy bien, Percy, adentro.

—¿Por qué tengo que ser yo quien se meta en el agua con él, señor? —protestó Percy.

El reverendo suspiró.

—Porque yo llevo mi mejor sotana y tú no llevas pantalones —explicó con paciencia.

—¿Cómo sabe que no los llevo? —replicó Percy, mirando con desesperación el agua negra como la tinta que tenían a menos de dos metros—. Y, además —añadió, con un súbito alivio en la voz—, usted sabe que no sé nadar.

—Esto no puede tener más de medio metro de profundidad —replicó el reverendo, acercándose con cautela a la orilla.

—Pero, si entro en pánico, tal vez tenga que darme el beso de la vida —remató Percy, triunfal.

Augustus Shackleford abrió la boca para discutir, pero soltó otro suspiro de disgusto. El maldito hombre aún no llevaba ni un mes casado, y ya mostraba preocupantes señales de rebelión.

—Entonces, encárgate de vigilar —masculló el reverendo, mientras se ataba la sotana a la cintura y se desabrochaba los pantalones—. Si me sale un divieso, será culpa tuya.

Dando saltitos, consiguió quitarse primero una pernera y luego la otra. Después se metió la sotana con firmeza por dentro de los calzones y hundió un dedo del pie en el agua.

—Rayos y centellas, está fría —refunfuñó, mientras avanzaba un poco más—. Bien, pásame la correa de Freddy.

Con rapidez, Percy desató la correa del perro del árbol al que estaba sujeta, pero lograr que Freddy diera un solo paso hacia el estanque resultó ser otra cuestión muy distinta.

—No creo que quiera meterse, señor —jadeó el coadjutor, intentando arrastrar al reticente sabueso hacia su amo.

—Rayos y centellas, Percy —masculló el reverendo en tono sombrío; luego suavizó la voz—. Ven aquí, muchacho. Ven, Freddy.

El coadjutor sujetó con más fuerza el extremo de la correa y dio un tirón alentador. Era como intentar mover una gran roca.

Exasperado, el reverendo Shackleford alzó un trozo ya empapado de pudin de pan y mantequilla que había guardado antes en el bolsillo de su sotana.

—¿Qué te parece un poco de pudin de pan y mantequilla? —arrulló a Freddy, sosteniendo el bulto mojado por encima de la cabeza.

Ninguno de los dos hombres estaba preparado para lo que ocurrió a continuación. Aquellas cinco palabras eran el santo grial de Freddy.

El perro agitó la cola y se lanzó hacia su amo con un ladrido jubiloso. Por desgracia, para hacer más fuerza, Percy se había enrollado el asa de la correa alrededor de los dedos, y el repentino salto de Freddy no le dio tiempo a liberar la mano. Con un chillido sorprendido, Percy se vio de pronto en el aire. Alcanzó a ver de pasada el rostro horrorizado del reverendo antes de que Freddy volara por encima de la cabeza del vicario, se hiciera con el pan empapado de un solo bocado, y Percy chocara contra su superior con un «uf» amortiguado, aunque breve, mientras ambos hombres se hundían bajo el agua.

Percy salió primero a la superficie.

—¡Veo la luz! —gritó.

Detrás de él, el reverendo Shackleford emergió entre toses y aspavientos, justo cuando una lámpara de aceite les iluminaba el

rostro. A continuación, oyeron una sonora carcajada.

—Un poco oscuro para celebrar un bautizo, ¿no? —preguntó Mary Noon con una ceja alzada.

El desayuno de la mañana siguiente transcurrió en un clima apagado. Llegarían a Londres aquel día y, aunque los hombres estaban deseosos de poner su plan en marcha, las mujeres sentían un temor igual de intenso ante lo que estaba por venir.

De hecho, Prudence sintió por primera vez esa misma aprensión. Mientras estaba en la cama, embriagada aún por las caricias de Jamie, había sido fácil fantasear con una vida juntos, pero la luz del día traía consigo la sombría certeza de que él podía resultar herido o incluso morir, antes de que terminara el mes.

Nicholas había pedido que se levantaran temprano para no encontrar demasiado carruajes en su camino hacia Londres, de modo que nadie del grupo parecía inclinado a demorarse.

Al terminar el desayuno, Prudence vio a Jamie hablando con Malcolm. Resultaba difícil reconciliar al amante apasionado de la noche anterior con el semblante duro y decidido que él tenía esa mañana. De hecho, cuando Jamie la vio, se limitó a ofrecerle una sonrisa tensa, y Prudence comprendió que él la había relegado a un rincón distante de su mente mientras se ocupaba de lo que estuviera por venir.

Por fortuna, lord Melbury no aparecía por ninguna parte, pero justo cuando Prudence estaba a punto de subir al carruaje, sintió de pronto un tirón en las faldas. Al bajar la vista, le sorprendió ver a un perro dándole con la patita. Pequeño y flaco, con un incongruente lazo rojo en el cuello, el animalito parecía intentar trepar hasta sus brazos. Prudence se agachó y le acarició con suavidad el pelaje.

—¿Cómo te llamas? —murmuró cuando el perrito se tumbó boca arriba.

—Flossy, ven aquí ahora mismo.

A Prudence se le encogió el estómago cuando la voz sonora del barón Melbury resonó en el patio de las caballerizas.

—Oh, no, pequeña —susurró ella al ver que el animal se encogía contra el suelo—. Por favor, dime que no es tu amo.

—¡Flossy!

La perrita le dio un último lametón y luego corrió, pegada al suelo, de vuelta hacia su dueño. Prudence se incorporó y miró al barón. Con expresión impenetrable, él se agachó y agarró al animal por el collar. Después, sin decir palabra, se volvió y regresó al interior de la posada.

—¿Qué has hecho para disgustar a lord Melbury? —preguntó Nicholas con suavidad al situarse junto a ella.

—Nada —murmuró Prudence con un encogimiento de hombros—. Quizá al barón no le guste madrugar.

Era evidente que a Nicholas le importaba bien poco si ella había ofendido al barón, pero, al subir al carruaje, Prudence no pudo quitarse de la cabeza la actitud aterrada de la perrita.

A medida que se acercaban a la capital, el camino se volvía cada vez más concurrido. Era evidente que los temores del duque estaban bien fundados. Aquel era un Londres que Prudence no había experimentado jamás. Con la coronación tan próxima, la carretera bullía de vendedores ambulantes, tratantes de animales, cerveceros, toda clase de comerciantes y caballos que tiraban de carruajes, mientras todos intentaban atravesar montañas de inmundicia y enormes montones de estiércol abandonados allí para pudrirse. Con el calor, el hedor era atroz, y todas las damas se llevaron a la nariz pañuelos perfumados con lavanda para bloquearlo.

Al final, sin embargo, el olor disminuyó cuando la suciedad dio paso a los barrios más elegantes a los que Prudence estaba

acostumbrada, y llegaron por fin a la casa de Grosvenor Square, justo a tiempo para el té de la tarde.

En contra del optimismo anterior del reverendo, Percy y él pasaron lo que quedaba de noche temblando en ropa interior al borde del camino. Habían extendido las prendas empapadas sobre el techo del coche de viaje para que se secaran, y ninguna de las damas se mostró inclinada a compartir sus mantas. Incluso Mary Noon había resoplado con disgusto y declarado que olían como si se hubieran metido un pescado podrido dentro de los pantalones.

Naturalmente, todos estaban despiertos con el alba y, mientras Mary se ocupaba de los caballos, el reverendo y Percy se pusieron a toda prisa sotanas limpias. Nadie habló.

Aunque estaban lo bastante cerca de Londres como para llegar quizá antes del anochecer, Augustus Shackleford consideró prudente no mencionárselo a Agnes. Sobre todo, por puro instinto de supervivencia, ya que temía de verdad no salir vivo de aquella conversación.

En consecuencia, se detuvieron por fin ante la posada George apenas hora y media después de que el séquito del duque la hubiera abandonado. Desde luego, al posadero le sorprendió ver otro vehículo perteneciente al duque de Blackmore, y preguntó por qué Su Excelencia no había considerado oportuno mencionar que iban a llegar otros viajeros. Sin embargo, el reverendo alivió sus inquietudes explicando con desenvoltura que habían avanzado mucho más deprisa de lo que su yerno había previsto. Por fortuna, el posadero no hizo mención alguna al tufo que emanaba de la sotana del reverendo.

Después de un baño caliente y una abundante comida, las cosas empezaban sin duda a mejorar. Incluso Freddy había hecho uso de la bañera. Por desgracia, no hubo forma de convencer a nadie de que Mary guardaba parentesco alguno con el duque de Blackmore, así que fue relegada a las cuadras junto con los caballos. A la madre

de Percy no le molestó; declaró que, mientras tuviera una jarra de cerveza y un estofado de cordero, estaba más feliz que un cerdo en el barro.

Hasta el momento, durante el viaje no habían mencionado la partida de Mary Noon de Blackmore, pero, ahora que las dos parejas estaban por fin fuera del alcance de los oídos de la mujer, podían hablar libremente del dilema.

—No es que sea mala compañía exactamente —ofreció Lizzy con incomodidad—. Pero tiene un pequeño problema con el cuchillo y el tenedor.

—Eso es porque no los usa —aclaró Percy con un suspiro—. Y no le da ninguna importancia a dejar los calcetines secándose junto al fuego. No sería tan malo si de vez en cuando los lavara. Después de una semana, el olor era tan espantoso que tuve que prohibirle entrar en el salón.

—No me atrevo a invitar a nadie —se lamentó Lizzy—. La última vez que la señora Smith pasó por casa, Mary la llamó «gorda necia con cabeza de escarabajo». A la cara. Creo que nunca conseguiremos superarlo. —Luchando contra las lágrimas, la nueva esposa del coadjutor buscó un pañuelo a tientas—. Y ahora estamos en una situación aún peor.

—De veras, estamos desesperados —añadió Percy, dándole a Lizzy unas torpes palmaditas en el hombro.

Por desgracia, ni siquiera el reverendo tenía una respuesta preparada.

—Tal vez decida quedarse en Londres —sugirió Agnes.

Lizzy la miró con esperanza.

—Si lo hace, probablemente acabe en la horca una mañana —predijo el reverendo Shackleford con tono lúgubre.

Lizzy volvió a buscar el pañuelo.

—Sé que es una arpía —suspiró Percy—, pero no podría dejarla aquí con la conciencia tranquila. Tiene razón, señor. Las posibilidades de que se mantenga alejada de los problemas son escasas, por no decir inexistentes. —Sacudió la cabeza, tan cerca de las lágrimas como su esposa.

Poco inclinado a discutir por primera vez, el reverendo miró por encima de la cabeza de Percy cuando otro huésped entró en el comedor. Con un jadeo ahogado, se inclinó hacia delante, de pronto excitado.

—No miréis ahora, pero ese maldito barrigón al que seguimos anoche acaba de entrar —siseó.

Naturalmente, los otros tres se volvieron de inmediato, y el reverendo tuvo que luchar contra un impulso inusual de darles a todos una patada bajo la mesa. Rayos y centellas, bastante malo era ya cuando solo estaba Percy. Pero tres... El reverendo se sintió invadido por una súbita sensación de fatalidad.

—¿Quién es? —susurró Agnes.

El susurro fue lo bastante alto para oírse en la habitación contigua, aunque, por fortuna, una carcajada en la mesa de al lado casi lo ahogó. El reverendo la fulminó con la mirada antes de volver a observar a su caballero misterioso, que en ese momento se dirigía directo hacia ellos.

—¡Barón Melbury, a su servicio! —declaró este, jovial, cuando por fin llegó a la mesa.

El reverendo y Percy intercambiaron una mirada triunfal. Estaba claro que era un caballero, y con título, además.

Augustus Shackleford se puso en pie y ejecutó una reverencia teatral antes de hacer las presentaciones. No le hacía ascos a un poco de adulación cuando era necesario.

—Quizá me equivoque —prosiguió el barón después de inclinar la cabeza ante las damas—, pero no he podido evitar reparar en que su coche luce el escudo del duque de Blackmore.

—Tengo la fortuna de contar con Su Excelencia como yerno —respondió el reverendo con pomposidad, antes de sobresaltarse ante la risita repentina de Agnes.

—La verdad —declaró ella en voz alta—, pueden ser parientes políticos, pero mi marido es casi un padre para el duque, de lo unidos que están. ¿No es cierto, Augustus?

El reverendo Shackleford la miró alarmado, advirtiendo de pronto que se había tomado dos copas de *brandy*.

—Desde luego, palomita —murmuró, dándole una patada bajo la mesa. Por desgracia, su pie golpeó a Lizzy, que soltó un gruñido de dolor.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó lord Melbury cuando Lizzy adquirió una interesante tonalidad púrpura.

—Es solo un escalofrío —rio Agnes, dándole una patada a Lizzy en el otro pie—. Dígame, milord, ¿está en Londres por la coronación?

El barón se hinchó ante la pregunta.

—En efecto, mi buena señora. Soy escudero del lord Gran Chambelán y he pasado estos últimos meses cumpliendo sus órdenes para preparar el trascendental acontecimiento de la ascensión oficial al trono de nuestro rey.

El reverendo y Percy intercambiaron una mirada. ¿Qué hacía un escudero del lord Gran Chambelán celebrando reuniones clandestinas en mitad de la noche? ¿En un campo...?

—¿Viaja usted a Londres para las celebraciones?

—En efecto —dijo el barón—. Por eso supe que el escudo pertenecía al duque de Blackmore. He tenido ocasión de visitar a Su Excelencia

para hablar de su papel en las celebraciones. ¿Viajan ustedes a Londres también por la coronación?

Más tarde, el reverendo Shackleford no habría sabido decir qué lo llevó a negar con la cabeza antes de que Agnes tuviera oportunidad de meter baza.

—Por desgracia, no, Su Señoría —dijo con pesar, ignorando los tres ceños fruncidos que se clavaron en ella—. Por mucho que todos daríamos el brazo derecho por estar presentes en un momento tan histórico, tendremos que conformarnos con que nos lo cuenten.

No estaba mintiendo, exactamente. En realidad, habían viajado a Londres para escapar de la madre de Percy, y había más posibilidades de que Agnes se convirtiera en reina de Inglaterra que de que ellos estuvieran a quinientos metros de la abadía de Westminster el día de la coronación.

—Tengo entendido que Sus Excelencias alojarán al príncipe heredero de Boldova —continuó el reverendo, cambiando de tema a toda prisa.

Por desgracia, recordó demasiado tarde que no había revelado ese pequeño detalle a su esposa, y esta le regaló una mirada fulminante y una fuerte patada bajo la mesa que le hizo saltar las lágrimas.

—Se les ha concedido ese honor, sí —convino lord Melbury—. De hecho, esa es precisamente la razón por la que sigo en esta posada, en lugar de apresurarme a regresar a la capital y a mis obligaciones allí. Es la primera visita del príncipe a Inglaterra, y se espera que desembarque en Portsmouth dentro de una hora, desde donde viajará hasta aquí con su séquito para reunirse conmigo.

—¿El príncipe va a venir aquí? —repitió Agnes con otra risita emocionada—. Qué afortunada casualidad que vayamos a pasar aquí la noche...

—¿Sabe el duque de Blackmore que el príncipe va a llegar? —añadió el reverendo Shackleford, justo cuando el barón se disponía a

marcharse—. Es solo que Su Excelencia me dio a entender que no esperaba la llegada del príncipe hasta dentro de una semana.

Hubo una breve pausa mientras lord Melbury se enrojecía ligeramente.

—Tengo entendido que la esposa del príncipe Federico, la princesa Elena, no se ha encontrado bien desde el nacimiento de su primer hijo, y él pensó en llevarla a un lugar tranquilo durante unos días para que descansara y se recuperara antes de las festividades en Londres. Naturalmente, ha decidido viajar de incógnito. —El rollizo barón tiró de su pañuelo de cuello con incomodidad y carraspeó antes de añadir—: Sé que puedo confiar en que alguien tan estimado por Su Excelencia,el duque de Blackmore, se abstendrá de divulgar una información tan íntima.

—No tema, milord —le aseguró el reverendo—. Nuestros labios están sellados.

—Estoy en deuda con usted, señor —respondió lord Melbury—. Ahora, si me disculpan, tengo mil y una cosas que atender.

Tras hacer otra pequeña reverencia, se apresuró hacia la puerta.

CAPÍTULO 18



La cena de aquella primera noche transcurrió en un ambiente tranquilo, mientras todos se instalaban y se preparaban para las dificultades de los días venideros.

Su primer cometido era asegurarse de que la presencia del duque y la duquesa de Blackmore en Londres se supiera cuanto antes. Con ese fin, Grace sugirió que al día siguiente salieran en el faetón descubierto por Hyde Park.

—Dos vueltas por Rotten Row deberían bastar —propuso—. Espero que la noticia llegue a quienes perseguimos antes de que termine el día. —Hizo una pausa—. Eso si esos canallas no están vigilando ya la casa.

—¿Crees que es probable? —preguntó Prudence, mirando alrededor del comedor, como si pudiera haber un par de conspiradores escondidos detrás del aparador.

Nicholas soltó una risa sombría.

—No lo descartaría —respondió—. ¿Jamie dijo cuándo volvería?

Malcolm negó con la cabeza.

—El muchacho tiene mucho que hablar con su inspector. Dijo que no lo esperáramos hasta tarde.

Nicholas hizo una mueca; su frustración por la espera resultaba evidente.

—Después de cenar, pensaba pasar una hora en White's —dijo—. Si la excursión de Grace no da resultado, estoy seguro de que al menos una persona comentará haberme visto esta noche. Espero que Adam y Max estén allí, si ya se encuentran en Londres. Creo que podrían sernos de gran ayuda.

—Enviaré recado a Tempy y a Patience —añadió Grace—, aunque me parece que en esta ocasión será mejor mantenerlas al margen.

Esto último lo dijo con sequedad, y Nicholas asintió con una breve risa.

—No me cabe duda de que ambos caballeros opinarán exactamente lo mismo.

—Sé que tanto Ravenstone como Guildford son buenos hombres —reconoció Malcolm—, pero eso no significa que debamos involucrarlos en esto.

—Max tiene influencia sobre el rey —respondió Nicholas—. Puede que no se tengan demasiado aprecio, pero, si consideramos necesario hacer llegar un aviso urgente a Su Majestad, él podrá saltarse la burocracia. —Se encogió ligeramente de hombros—. En cuanto a Adam, me ha cubierto las espaldas en más ocasiones de las que puedo recordar. Me sentiré mucho más tranquilo sabiendo que está con nosotros.

Malcolm asintió y dejó ahí el asunto.

—Me quedaré despierto hasta que regreses —declaró.

—Pues yo, desde luego que no —afirmó Grace—. A decir verdad, estoy rendida hasta los huesos y deseando meterme en la cama. —Se inclinó para darle un rápido beso a su marido—. Procura no volver demasiado tarde, querido. —Luego se puso en pie y añadió—:

Os dejaremos con el oporto, caballeros. Felicity, Prudence, ¿qué os parece una rápida partida de *whist* con el café?

Tras perder tres veces de forma rotunda, Prudence arrojó las cartas con disgusto.

—Me temo que tengo la cabeza hecha un lío.

Grace le tocó la mano con afectuosa comprensión.

—Intentamos dejarte atrás —le recordó la duquesa con dulzura—. De verdad, querida, esto no era lo que yo había imaginado para tu primera presentación en sociedad en Londres.

Prudence esbozó una sonrisa a regañadientes.

—Lo sé —admitió—, y es culpa mía estar aquí. —La sonrisa se convirtió en una baja risa—. A decir verdad, no entiendo qué me pasó.

Grace y Felicity rieron.

—Tal vez fue por el apuesto agente de Bow Street —comentó Felicity con malicia.

Prudence notó que el rostro se le encendía.

Grace arqueó las cejas.

—¿Te has enamorado de Jamie? —preguntó con cautela.

Durante toda su vida, Prudence se había acostumbrado a mantener a buen recaudo sus emociones más íntimas. Como menor de ocho hermanas, nunca había tenido a nadie en quien confiar de verdad, y sus hermanas mayores la habían considerado casi siempre una fastidiosa molestia. En justicia, Prudence tenía que admitir que, en la mayoría de los casos, les había dado motivos sobrados. De hecho, siempre se había enorgullecido de su infalible habilidad para incomodar, frustrar planes o, en general, sembrar el caos.

La pregunta directa de Grace cambiaba por completo las tornas, y Prudence no tenía ni idea de cómo responder. Al fin, en lugar de confesar lo que sentía por Jamie, soltó una incómoda risa y apartó la silla.

—Creo recordar que ya hemos tenido esta conversación —bromeó—, y estoy demasiado agotada para repetirla desde el principio. Así que, si me disculpáis, os deseo buenas noches a las dos.

—Imagínate, Augustus, un príncipe y una princesa alojados en el mismo establecimiento que nosotros. Es casi tan emocionante como cuando la reina Carlota asistió a la boda de Hope.

—Bueno, espero que esto no termine igual de mal —murmuró el reverendo mientras se metía en la cama—. Y, de todos modos, aún no han llegado. El viejo Melbury se paseaba por la sala como si llevara un atizador metido en el trasero. No habría podido estar más tenso de habérselo propuesto.

—Tal vez el barco se haya retrasado —sugirió Agnes, recogiéndose el pelo dentro del gorro de dormir—. Estoy segura de que llegará mañana. ¿Crees que deberíamos quedarnos aquí un poco más?

El reverendo Shackleford frunció el ceño.

—Bueno, a los caballos les vendría bien descansar un poco, supongo, y mientras Mary duerma en el establo, es poco probable que Lucifer llegue a matar a alguno de los otros caballos.

—¿Crees que Mary estará bien allí?

—Cuando Percy le llevó la cena, estaba jugando a los dados con los mozos de cuadra. Creo que ya los había desplumado, pobres bobos. Me atrevo a decir que se pelearán por recuperar el dinero...

—Qué insensatos... —resopló Agnes, ordenando sus pociones sobre el tocador, de una forma que el reverendo esperaba que no respondiera al grado de letalidad—. Quizá debería ofrecerle uno de

mis remedios a la princesa cuando llegue —reflexionó ella, tomando un frasco que parecía contener alquitrán—. La pobre estará agotada con tanto viaje.

—¡Desde luego que no! —tronó el reverendo—. Agnes Shackleford, bajo ninguna circunstancia le darás a nadie de este establecimiento nada que salga de esos frascos.

Su esposa apretó los labios, pero, de forma asombrosa, no dijo nada. A decir verdad, de vez en cuando le gustaba bastante que él se mostrara un poco firme...

El día siguiente amaneció nublado y bochornoso. Prudence despertó con la cabeza pesada, invadida por una sensación de mal agüero que no lograba sacudirse. Para cuando bajó a desayunar, la salita de la mañana estaba vacía, y pasó media hora picoteando sin ganas una tostada. No había rastro de Jamie, y supuso que habría entrado y salido ya. El corazón se le encogió al pensar en el peligro que él corría. En el peligro que corrían todos. Prudence nunca se había sentido tan innecesaria. De todos los presentes, ella era la única persona prescindible por completo. Reconocía que su insistencia en venir había sido un acto egoísta, pero, por una vez en su vida, estaba decidida a obedecer órdenes. Procuraría volverse lo más invisible posible y quizá, si mantenía los ojos y los oídos abiertos, pudiera aportar algo digno de mención.

Con un suspiro, se puso en pie y fue en busca de Grace y Felicity. Las encontró en la acogedora salita de Grace, en el primer piso. La duquesa la miró con aprobación cuando Prudence entró, y, en efecto, ella se había esmerado con su arreglo, probablemente por primera vez en su vida.

—¿Quién eres tú y qué demonios has hecho con Prudence? —bromeó Felicity con una maliciosa sonrisa.

—Hasta yo sé cuándo me han vencido —replicó Prudence, sentándose con una ejemplar gracia y compostura.

El rostro de Grace se iluminó con una sonrisa, y la duquesa aplaudió con entusiasmo antes de alzar en su mano un puñado de tarjetas y un pequeño cuaderno.

—Ahora que de algún modo has conseguido localizar tu lado culto y elegante —declaró Grace con una risita—, sin duda estás preparada para dedicarte a actividades más propias de una dama.

Prudence arqueó las cejas y tomó las tarjetas mientras Grace continuaba:

—Por si lo ignoras, «propias de una dama» también significa «tediosamente aburridas».

—...O capaces de dormir la mente —remató Felicity.

Ambas mujeres rieron ante la contrariada expresión de Prudence.

—Hay una pluma sobre el escritorio —añadió Grace, servicial—. Solo tienes que escribir mi nombre en un lado y el del destinatario en el otro.

De un modo extraño, Prudence disfrutó de la doméstica calma de las dos horas siguientes. Grace y Felicity eran una compañía excelente, y se encontró riendo en voz alta en varias ocasiones.

Pero nada la preparó para su primera salida oficial aquella tarde. Rotten Row hervía con lo más selecto de Inglaterra, todos ansiosos por ver y ser vistos. Por lo general, en esa época del año, gran parte de la alta sociedad se retiraba a sus fincas rurales para escapar del polvo y del calor cargado de humo de Londres durante el verano. Naturalmente, ese año, con la coronación tan próxima, la gran mayoría permanecía en la ciudad. Prudence calculó que tardaron casi dos horas en avanzar menos de ochocientos metros y, al final, tenía la boca como si se le hubiera llenado de arena.

—Dios Santo —murmuró a Grace cuando el faetón por fin giró para regresar a casa—. ¿Cómo soportas hacer esto de forma habitual?

—Práctica —respondió la duquesa con sencillez—, y la capacidad de prestar solo media atención a la conversación. —Se volvió hacia Prudence con una pequeña sonrisa—. Para ti debería ser pan comido, querida.

—Pero todos son tan...

—Aburridos —remató Felicity.

—Iba a decir superficiales —replicó Prudence, riendo—, pero aburridos sirve igual.

—Bueno, al menos hemos cumplido nuestro propósito —comentó Grace cuando el carruaje se detuvo ante la casa—. Estoy plenamente convencida de que todo Londres sabe ya que estamos instalados aquí.

—Creo que el príncipe y la princesa llegaron de madrugada —susurró Agnes con emoción a Lizzy durante el desayuno—. Al menos, hubo bastante alboroto hacia las dos. Freddy insistía muchísimo en salir. Al final, Augustus tuvo que bajarlo para que hiciera sus necesidades.

—No creo que pudieran ser ellos —respondió el reverendo, para decepción de las damas—. Para cuando conseguí sacar al sabueso, el lugar estaba desierto. —Tomó una tostada y empezó a untarla con mantequilla—. Aunque Freddy hizo algo un tanto extraño al subir de nuevo. Pasó de largo nuestra alcoba y corrió a arañar una puerta al final del pasillo. Para cuando llegué hasta él, estaba frenético.

—¿Salió alguien? —preguntó Percy, dando buena cuenta de los huevos.

El reverendo negó con la cabeza.

—No podía haber nadie ahí dentro. A menos que quien estuviera hubiera estirado la pata. Freddy rascaba la puerta haciendo tanto ruido que habría despertado a los muertos. Pero justo cuando

conseguí apartarlo de allí, se oyó un gañido al otro lado, así que hay algún huésped aquí con un perro.

—¿Y por qué no me contaste eso cuando volviste? —exigió Agnes.

—Porque ya estabas roncando —se defendió el reverendo. Hizo una pausa para masticar la tostada antes de añadir—: Eso sí, creo que quizá convendría mencionárselo al posadero. Si alguien ha pasado a mejor vida, pronto empezará a oler peor que Mary. Sin ánimo de ofender, Percy. Sobre todo, con este calor.

—¿Y ese pobre animal, encerrado en la habitación con un cadáver? —murmuró Lizzy, horrorizada.

—Bueno, Augustus ha aceptado que nos quedemos otra noche —le informó Agnes—, así que, si de verdad hay un pobre perro encerrado con un cadáver, nos enteraremos.

—¿Y mi madre? —preguntó Percy, alarmado.

—Bueno, la última vez que miré, no la habían enviado con el Creador —rio el reverendo—, aunque, sin duda, los mozos de cuadra se habrán sentido tentados de hacerlo.

—No debería animarla a jugar, señor —respondió Percy, rígido.

—Bueno, tú conoces a tu madre mejor que yo, muchacho, pero desde que yo la conozco, si hay algo que nunca ha necesitado es que la animen.

—Creo que deberíamos hablar con el posadero nada más terminar el desayuno —declaró Lizzy, todavía angustiada por el destino del perro desconocido.

—Iremos ahora mismo —le aseguró Agnes, poniéndose en pie—. Vamos, Augustus.

—Todavía no he terminado de desayunar —protestó el reverendo.

—Has comido tres lonchas de beicon, dos huevos con mantequilla y cinco tostadas. Creo que eso es suficiente para saciar incluso tu

apetito hasta la próxima comida.

Refunfuñando, el reverendo se levantó. Sabía que era mejor no discutir con Agnes cuando tenía una misión entre manos.

Justo al entrar en el amplio vestíbulo, el barón Melbury entraba en la posada. Detrás de él venía un perrito.

—¡Oh, problema resuelto! —exclamó Lizzy, apresurándose hacia el pequeño animal, que se encogía junto a la puerta. Cuando ella se acercó, el perrito movió la cola con timidez—. Ay, pero qué cosita más bonita eres —lo arrulló, agachándose para acariciarle la suave barriga.

—Pensé que había estirado la pata, Melbury —comentó el reverendo con jovialidad—. Aunque supongo que solo dormía como un tronco. —El reverendo se rio de su propio chiste.

—¿Han llegado sus... visitantes? —preguntó Agnes con entusiasmo, mirando hacia la puerta abierta.

—Como puede ver, señora, no han llegado —respondió el barón, agachándose para arrebatarle a Lizzy el perrito, y este empezó a temblar.

—¿Cómo se llama? —preguntó Lizzy, de pronto envalentonada.

Lord Melbury la miró con disgusto y, durante un segundo, pareció que no iba a responder.

—Flossy —masculló al fin entre dientes. —El afable y cortés caballero del día anterior parecía haberse desvanecido.

—No me preocuparía demasiado, milord —dijo el reverendo Shackleford, al suponer que el mal humor del barón se debía al retraso del séquito del príncipe—. Estoy seguro de que aparecerá hoy, a menos, claro, que haya decidido ir directamente a Londres.

Una fugaz expresión de terror cruzó el rostro del barón.

—Como usted dice, reverendo, estoy seguro de que llegará hoy. —Hizo una pequeña reverencia—. Ahora, si me disculpan.

Los cuatro lo observaron apresurarse hacia las escaleras.

—¿Ha visto su cara, señor? —preguntó Percy.

El reverendo asintió, pensativo.

—Yo diría que aquí hay algo más en juego de lo que el buen barón nos cuenta —respondió al cabo—. Quiero decir, ¿dónde estaba anoche?

—¿Cree que no estaba en su habitación?

—No podía estar. Freddy armaba demasiado escándalo. Y luego empezó a gruñir a su perro. —El reverendo sacudió la cabeza—. Bueno, fuera lo que fuese lo que lord Melbury estuviera haciendo, no imagino que esperara encontrar al príncipe, a quien debía recibir, vagando por el campo a las dos de la mañana. —Miró al coadjutor con los ojos entornados, pensativo. A Percy se le cayó el alma a los pies—. Algo no encaja aquí, muchacho. Solo espero que tengamos tiempo suficiente para averiguar qué es.

CAPÍTULO 19



Ahora que Jamie había vuelto a ser el recadero del duque, naturalmente no estaba presente en la mesa aquella noche. De hecho, Prudence no lo había visto desde que llegaron a Londres. Poco a poco, la euforia provocada por el asombroso placer que él le había dado con sus manos, empezaba a verse sustituida por una creciente incertidumbre.

¿Qué sabía de él en realidad? Jamie la había tocado en lugares que ella jamás habría imaginado, y la había llevado a una cima de placer cuya existencia ni siquiera había soñado. La atracción entre ambos había sido instantánea y feroz desde el primer momento de su regreso a Blackmore. En apenas una semana, Prudence ya no podía imaginar su vida sin él.

Jamie había insinuado que quería casarse con ella. Pero ¿había sido obligado por las libertades que él se había tomado? ¿O tal vez por deseo? La verdad era que Prudence no tenía ni idea.

La cercanía que había existido entre ellos empezaba a parecer una fantasía. Prudence necesitaba verlo, pero sabía que no debía apartar de su mente la tarea que tenía entre manos.

Comió sin ganas, sin saborear un solo bocado. Fingió interés por la conversación sin oír una palabra, hasta que escuchó mencionar el

nombre de Jamie.

—Mañana tendremos nuestra pelea —dijo Nicholas—. No nos atrevemos a esperar más. Jamie vendrá a verme después del desayuno. Agradecería que estuvierais todos presentes. Cuantos más testigos, mejor.

—¿Dónde está Jamie ahora? —Prudence no pudo contenerse.

—El muchacho ha vuelto a la taberna Black Bull —respondió Malcolm —. También fue allí anoche, después de terminar con el inspector Bastable. Él y un agente... Hopkins, creo que dijo Jamie que se llamaba.

—¿Estará a salvo? —preguntó Prudence con un hilo de voz.

—*Aye*, muchacha —respondió el escocés con amabilidad—. De momento, solo se están dejando ver. No creo que ocurra nada hasta después de mañana.

Prudence tragó saliva y asintió, deseando de pronto con toda el alma haberse quedado en Blackmore.

—¿Hay alguna señal del perro? —preguntó Jamie mientras dejaba una jarra de cerveza delante de su compañero.

Hopkins negó con la cabeza.

—El tipo era un ricachón, y dudo que a alguien de su clase venga aquí por la noche.

—Entonces debía de tener una maldita buena razón para estar aquí la última vez que lo viste —comentó Jamie, haciendo una mueca al sentarse en el duro taburete.

Los dos hombres se habían refugiado en una mesita del rincón, un sitio ideal para observar las entradas y salidas de los clientes de la taberna y hablar sin que los oyeran.

—*Aye*, eso lo vuelve aún más preocupante. Llevamos viniendo dos noches seguidas, y probablemente sea la taberna más aburrida que he pisado nunca. Ni siquiera ha habido una maldita pelea.

Jamie soltó una risa baja.

—No es el tipo de lugar donde uno esperaría encontrar a una banda de insurrectos, ¿verdad? —Bebió un sorbo de cerveza—. Aunque tal vez ese sea el atractivo. No dudo que nos estén observando ahora mismo. Con un poco de suerte, mi pelea pública con el duque precederá a nuestra visita de mañana.

—¿Crees que morderán el anzuelo? —preguntó Hopkins.

Jamie se encogió de hombros.

—Sinceramente, no tengo ni idea, pero, dado que Dereck Grimble vuelve a estar encerrado en su cloaca, y que desde entonces no ha habido ni rastro de contacto entre él y Bowlin o Royston, no tenemos nada más. —Se pasó las manos por el cabello con cansancio—. Una parte de mí se pregunta si de verdad existe una conspiración, o si a todos se nos ha ido la maldita cabeza.

—¿Y ese tipo de buena familia? —replicó Hopkins—. ¿Reuniéndose con Bowlin y Grimble en un sitio como este? Algo está pasando, Fitzroy. Todos lo notamos.

Jamie suspiró y asintió.

—Sí, tienes razón. En lo más hondo sé que están planeando algo grande para la coronación. El problema es que casi no nos queda tiempo para impedirlo...

Aquella noche, lord Melbury ni siquiera bajó a cenar.

—Algo lo inquieta —predijo el reverendo, dándose unos golpecitos en un lado de la nariz.

—Bueno, para ser justos, si yo estuviera esperando la llegada de un miembro de una familia real, sobre todo, de uno que lleva dos días de retraso, creo que también estaría inquieto —comentó Percy.

—Pues desde luego no trata a esa perrita como debería —declaró Lizzy—. La pobrecilla le tiene pánico.

—Freddy no ha parado quieto en todo el día —añadió el reverendo —. Ni siquiera he conseguido sacarlo a dar un maldito paseo. — Sacudió la cabeza y cortó su filete—. A decir verdad, creo que el viejo Melbury está metido en algo muy turbio, y nada me gustaría más que ponerle una piedra en el camino, sea lo que sea lo que trama... —Hizo una pausa y soltó un frustrado suspiro—. Pero, en conciencia, no puedo quedarme un tercer día a crédito de Nicholas. Eso sería abusar descaradamente de él. Así que, aparezcan o no el príncipe y la princesa, tendremos que marcharnos mañana.

Agnes hizo un mohín de decepción, pero no discutió. Era muy consciente de que las vidas de toda la familia Shackleford se habían transformado mucho más de lo que habrían podido esperar desde que el duque de Blackmore se casó con Grace.

—No estoy... —empezó Percy, pero un repentino alboroto al otro lado de la ventana atrajo su atención.

Para emoción de las dos damas, un gran carruaje se detuvo frente a la posada. Todos observaron, cautivados, cómo el posadero abría la portezuela con continuas reverencias serviles. Dos personas ricamente vestidas descendieron con cuidado del coche justo cuando lord Melbury bajaba corriendo las escaleras y salía por la puerta principal, lleno de una alegría casi indecorosa.

La llegada de Jamie a la mesa del desayuno a la mañana siguiente solo reforzó el anhelo impotente de Prudence. Si había esperado que verlo de nuevo atenuara su atracción, quedó profundamente decepcionada. Al pasar junto a ella para colocarse con deferencia delante del duque, Jamie apenas le dirigió una mirada, pero, cuando

se detuvo de espaldas a Prudence, ella se descubrió bebiéndose con los ojos sus anchos hombros y su cabello dorado por el sol.

El súbito y atronador ataque del duque resultó aún más impactante porque Nicholas casi nunca alzaba la voz, ni siquiera cuando estaba furioso. Prudence se juró no ponerse jamás en contra de su cuñado, aunque sabía que él estaba fingiendo. Al mirar a Grace, advirtió que incluso su hermana hacía muecas ante aquel mordaz ataque. Si se lo hubieran preguntado, Prudence no habría sido capaz de recordar las palabras exactas del duque; bastaba el tono con que las pronunció, sencillamente aterrador.

Jamie habló muy poco durante la diatriba, pero su palidez lo decía todo, y, cuando terminó, salió de la habitación con tanta prisa como pudo. Toda la escena había resultado demasiado real, y Prudence tuvo que luchar contra el impulso de levantarse de un salto y correr tras él.

Cuando Jamie cerró la puerta de golpe a su espalda, un completo silencio se apoderó de la mesa, hasta que Malcolm habló por fin.

—Bueno, estoy seguro de que ha surtido efecto —comentó, sin dirigirse a nadie en particular.

Jamie fue directamente al Black Bull. Aunque era temprano, necesitaba una jarra de cerveza. Pese a saber que la reprimenda de Su Excelencia iba dirigida a otros oídos, había recibido cada palabra como un golpe físico, y, sentado en un rincón de la taberna, no creía haberse sentido nunca tan solo. ¿Sería esa la respuesta del duque, si él se atrevía a pedir la mano de Prudence? Que el diablo se lo llevara, cuánto deseaba haberse mantenido alejado de ella. Terminó la primera pinta y pidió otra, inclinando la cabeza con angustia.

Tres horas y cuatro jarras de cerveza después, no se había movido de su asiento. Paradójicamente, fue su verdadera desesperación lo que acabó convenciendo a quienes lo observaban de que tenían delante a un alma torturada, digna de ser reclutada.

Para decepción de Agnes y Lizzy, ni el príncipe ni la princesa se entretuvieron a hablar con nadie. De hecho, el barón los condujo con tal rapidez a sus aposentos que fue un milagro que llegaran a rozar el suelo con los pies. Por supuesto, a las damas les quedaba el consuelo de ser las únicas huéspedes que conocían la verdadera identidad de la pareja, así que Agnes, al menos, pudo disfrutar de su último desayuno con una satisfecha sensación de superioridad.

—¿Cómo se portó Freddy anoche? —preguntó Percy.

—Subiendo y bajando toda la maldita noche —respondió el reverendo con sequedad—. Y cada vez que lo sacaba, intentaba ir en busca del condenado perrito faldero del barón.

—No me siento nada cómoda dejando al animalito con ese hombre —declaró Lizzy, y luego miró a Agnes—. ¿Cree que podríamos convencerlo de que nos lo vendiera?

—Oh, no creo que sea una buena idea —protestó Percy—. Difícilmente podemos presentarnos con otro perro en la residencia del marqués de Guildford.

—No creo que al marqués le importe un comino si aparecemos con diez perros —replicó el reverendo Shackleford—. Pero no creo que el barón acepte venderlo. Quizá esté ladrando al árbol equivocado, si me perdonáis el juego de palabras, pero tengo la impresión de que lord Melbury disfruta atormentando a criaturas más pequeñas que él.

—Entonces, ¡¿cómo vamos a dejarlo aquí?! —exclamó Lizzy.

—Augustus hablará con él, ¿verdad, querido? —El tono de Agnes no dejaba margen para el desacuerdo, y el reverendo no pudo evitar sentirse un poco preocupado al advertir que ella se estaba volviendo decididamente más... insistente. De hecho, no la había visto usar las sales ni una sola vez desde que salieron de Blackmore.

Reprimió una súbita sensación de inquietud. ¿Acaso el Todopoderoso esperaba que él tuviera que lidiar de pronto con un coadjutor y una

esposa rebeldes al mismo tiempo?

—Intentaré hablar con Su Señoría antes de que partamos —masculló, mientras una sensación de fatalidad se deslizaba sobre él. —Se puso en pie y cambió de tema con decisión—. ¿Has hablado con tu madre esta mañana, Percy?

—Está ensillando los caballos en este preciso momento —respondió el coadjutor—. Calcula que estaremos listos para marcharnos en una hora.

—Vaya —comentó Agnes—. No esperaba que fuera tan... organizada.

—Sin duda, se habrá ganado unos cuantos enemigos con sus trampas —murmuró el reverendo Shackleford—. Cuando saqué a Freddy anoche, ella había terminado durmiendo con Lucifer.

Percy soltó un pequeño gemido, pero no dijo nada.

—Muy bien —continuó el reverendo Shackleford—. Es hora de ponernos en marcha. Iré a buscar a Freddy.

Diez minutos después, las damas estaban sentadas dentro del coche de viaje. No había ni rastro del barón, y Lizzy empezaba a ponerse histérica. Freddy también tiraba de su correa, mirando hacia la posada como si no pudiera soportar marcharse. De pronto, una pequeña bola de pelo apareció en la puerta, vio al jadeante sabueso y se lanzó hacia él como si le fuera la vida en ello. Detrás de ella se oía a lord Melbury mientras bajaba trabajosamente las escaleras, ordenándole a la perrita que volviera de inmediato.

Tras evaluar la situación en apenas unos segundos, el reverendo sostuvo más tarde que había oído con claridad al Todopoderoso ordenarle que recogiera a la fugitiva y la arrojara dentro del coche de viaje. Lizzy se alzó las faldas y, sin la menor vacilación, la perrita se escondió bajo ellas.

—A decir verdad, no me dijeron nada —dijo Jamie con voz cansada —. Se limitaron a escuchar mientras yo desahogaba mi frustración por la supuesta reprimenda. Créame, fui convincente.

—No lo dudo —respondió Nicholas con sequedad—. Yo también.

Jamie le dirigió al duque una sonrisa pesarosa.

—Naturalmente —dijo—, permití que mi diatriba abarcara la injusticia de la sociedad en general y mi particular antipatía por la realeza. Justo antes de marcharme, me dieron una dirección en Lambeth. Dijeron que, si de verdad quería formar parte de la coronación, debía acudir allí mañana a las diez de la noche.

—¿Irás? —preguntó Malcolm.

Jamie se encogió de hombros.

—No tengo elección. Si pretender incitar disturbios durante la coronación, bastará para detener a los cabecillas, aunque dudo que nadie de las altas esferas esté presente. Mi instinto me dice que esos serán agitadores destinados a desviar la atención de su verdadero objetivo.

—Si los arrestan demasiado pronto, quizá quienes de verdad queremos atrapar se oculten bajo tierra —dijo Nicholas entre dientes.

Jamie asintió.

—Hablaré con Bastable hoy. Mi consejo será que tomen nota de los que gritan más fuerte, pero que, por ahora, los dejen en paz. — Jamie apretó los dientes—. Tenemos hombres vigilando a Royston, Bowlin y Grimble. Hasta ahora, no hemos descubierto nada.

Los tres estaban sentados en el estudio del duque, y la frustración de Jamie estalló cuando dio un puñetazo sobre el escritorio.

—Sabemos que hay alguien de más arriba moviendo los hilos —le recordó Malcolm—. A ese es a quien buscamos.

—Y quedan menos de dos semanas —replicó Jamie con ira—. Ese cabrón no es más que una sombra. ¿Cómo demonios vamos a hacerlo salir de su escondrijo a tiempo?

—Repasemos lo que ya sabemos de esa sombra —sugirió Nicholas, recostándose en su asiento—. Creemos que tiene un perro. Eso ya nos da una idea más concreta, sobre todo porque Hopkins lo describió como un perro faldero.

—Si es que el animal era suyo —comentó Malcolm.

—Bueno, lo han visto dos veces con el perro, lo que indicaría que sí le pertenece —concluyó Jamie antes de reflexionar un instante—. En ambas ocasiones, la pobre criatura parecía aterrada. Tanto Fox como Hopkins lo dijeron. Sea quien sea ese hombre, es evidente que disfruta infundiendo miedo. —Miró al duque—. ¿Conoce a alguien de su círculo que tenga fama de ser cruel con los animales?

—No se me ocurre nadie —respondió Nicholas—. Haré unas discretas averiguaciones esta noche en White's.

—Así que creemos que nuestro hombre tiene un perro —resumió Malcolm—, pero no es amante de los perros. Puede que ahí haya una historia. ¿Alguien a quien le hayan encasquetado un perro?

—Pero si ese hombre es de buena cuna, podría entregárselo sin más a un criado para que se ocupara de él. El animal podría vivir en su casa el resto de sus días sin que él tuviera que verlo jamás. Y desde luego, no lo llevaría consigo cuando sale.

Jamie frunció el ceño.

—Creo que eso puede tener cierta importancia. —Con un suspiro, se puso en pie—. Tengo que informar a Bastable.

—¿Volverás antes de esta noche? —preguntó Nicholas, observando a Jamie con preocupación.

Este asintió.

—Regresaré en cuanto pueda para ponerlo al corriente.

Dicho eso, hizo una rápida reverencia y se marchó.

—Estás preocupado por el muchacho.

No era una pregunta, y Nicholas miró a su ayuda de cámara con una mueca.

—¿Tanto se nota?

Malcolm sacudió la cabeza.

—No muchos te conocen como yo. Pero no puedes tenerlo entre algodones. Una cosa es vigilarlo de cerca, y otra olvidar que es un hombre hecho y derecho, y que tomará sus propias decisiones.

Se produjo un breve silencio, y el escocés esperó, sabiendo que el duque tenía algo más que decir.

—Cuando todo esto termine, estoy pensando en asignarle una renta anual —dijo Nicholas. —Miró a su viejo amigo—. ¿Crees que la aceptará?

—Depende de por qué lo hagas —respondió Malcolm con serenidad —. Sé que le tienes cariño, muchacho..., pero Jamie no es John —dijo con suavidad, pero con firmeza.

Nicholas abrió la boca, con las fosas nasales dilatadas por la ira, dispuesto a soltar una respuesta abrasadora, pero la cerró de golpe con un suspiro, y su furia se disipó.

—Sé que no lo es —dijo al fin, cansado—. Oh, no niego que al principio vi a John en él, pero... —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. El hecho de que yo empezara a pensar en él como si fuera mi hijo, no significa que Jamie me vea como a un padre.

—Bah, cualquiera con dos ojos en la cara sabe que el muchacho te venera. Pero ¿y Peter? —Malcolm observó al duque con atención.

Para sorpresa del escocés, Nicholas sonrió y el rostro se le iluminó.

—Peter no ha dejado de insistirme en que lo adopte. Desde que oyó llamar bastardo a Jamie y exigió que yo corrigiera la situación.

Malcolm respiró hondo, sorprendido.

—¿Y lo harás?

Nicholas negó con la cabeza.

—Eso... complicaría las cosas. Sabes que amo a todos mis hijos más que a mi propia vida. Peter es mi primogénito varón, y nada cambiará eso. Es mi heredero, y no pondré en peligro su futuro por un sentimiento mal encauzado. —Hizo una pausa antes de añadir—: Por lo mismo, no arriesgaré la herencia de ninguno de mis hijos, aunque de verdad no creo que Jamie tenga un solo hueso codicioso en el cuerpo.

Malcolm asintió despacio.

—¿Y Grace?

Nicholas sonrió.

—Ella fue quien sugirió que le asignara una renta a Jamie. A decir verdad, ella quiso que lo hiciera en cuanto descubrí que el muchacho estaba en Londres. —El duque suspiró—. No he llevado nada bien este asunto, amigo mío. Dejé que mi afecto por él enturbiara las cosas, hasta que el muchacho ya no sabía si estaba a pie o a caballo. —Nicholas sacudió la cabeza con una expresión de profundo pesar—. Sin querer, lo obligué a marcharse, a intentar darle algún sentido a su vida. A averiguar cuál era su lugar.

—*Aye*, y le hiciste un favor —declaró Malcolm con aspereza—. Míralo ahora. ¿Habrías preferido que siguiera agarrado a tus faldas, cada vez más resentido y amargado?

Nicholas frunció el ceño.

—Supongo que esa es otra forma de verlo. No puedo negar que estoy endiabladamente orgulloso de lo que ha conseguido.

—Y bien que debes estarlo —declaró Malcolm, poniéndose en pie—. Si quieres mi consejo, muchacho, hablarás con Jamie cuando todo esto termine. Le dirás lo que me has dicho a mí. Pero, hasta entonces, ocupémonos de que el maldito rey llegue de una pieza a su coronación.

CAPÍTULO 20



James Melbury estaba furioso. Flossy había desaparecido, y él sabía exactamente quién se la había llevado. Cerró los ojos y se clavó las uñas en las palmas para tragarse la ira. Debió haber librado a aquella maldita chucha de su miseria en cuanto murió su madre.

Y lo habría hecho si la estúpida zorra no hubiera convertido al animal en una condición de su testamento. Mientras él pudiera aportar pruebas de que la perra seguía viva y sana, el dinero continuaría llegando poco a poco. Soltó una amarga risa. Y eso que a ella ni siquiera le gustaba la maldita perra. Era solo su pequeña broma. Su forma de castigar al hijo bastardo de su esposo.

Para ella, él nunca había sido más que un maldito lacayo. Lo había convertido en un adulador servil, despreciado por todos. Si ella hubiera podido dejárselo todo a John, lo habría hecho. Pero John no era más que otro bastardo. Con la diferencia de que John sí era hijo de ella.

Por mucho que su madre lo hubiera deseado, no podía entregar a su preciado muchacho ni el título ni el dinero. No era que John lo quisiera, en cualquier caso. Cuanto más lo mimaba ella, más la despreciaba él. La acusaba de haberse vendido al mejor postor.

Melbury apretó los dientes, perdido en sus amargos recuerdos.

La zorra creía haber reído la última. No podía darle a su adorado John lo que había en las arcas de los Melbury, pero le había entregado el control sobre ello.

Y eso no seguiría así mucho más tiempo.

El barón respiró hondo y se serenó. Recuperaría a la perra, pero, de momento, tenía asuntos más importantes que atender. Y, mientras conservara la cabeza fría, dentro de dos semanas el dinero sería suyo. Todo.

Después, podría tomarse todo el tiempo que quisiera para retorcerle el cuello a la maldita chucha.

Y, después de eso, mataría a su hermanastro.

—¡¿Sigue ese pobre diablillo debajo de tus faldas, Lizzy?! —gritó el reverendo cuando llevaban veinte minutos de viaje.

—Le agradeceré que no hable de lo que puede o no tener una dama debajo de las faldas —respondió Agnes con remilgo.

El reverendo Shackleford apretó los dientes.

—Permíteme recordarte, palomita, que he sido yo quien ha llevado a cabo el secuestro de una propiedad ajena. Dado que podría acabar como huésped de Newgate[1] por robo, perdóname si deseo cerciorarme de que la propiedad sustraída sigue viva, no sea que termine en la horca.

—¡No digas tonterías, Augustus! —le gritó su esposa, aunque ahora su voz sonaba un poco menos segura. —Agnes miró a Lizzy, que empezó a rebuscar con urgencia bajo sus faldas. Al cabo, la joven asintió, aliviada, y aquel gesto fue seguido por un ronquido amortiguado. A todas luces, la perrita estaba sencillamente agotada.

—¡Flossy está bien! —gritó Lizzy.

—Me parece a mí que no habéis oído lo último de ese tipo al que se la birlasteis —predijo Mary desde la parte delantera.

Agnes y Lizzy se miraron con inquietud, pero ninguna respondió.

—¿Crees que deberíamos contarle a lord Guildford de dónde la hemos sacado? —susurró Lizzy a Agnes.

—Creo que deberíamos confiar en que lady Guildford lo haga por nosotras —decidió Agnes tras pensarlo un momento—. A Patience no le temblará el pulso a la hora de mandar a paseo a ese canalla, si viene a reclamar a su perrita.

A media tarde, Mary estaba generosamente cubierta de estiércol de caballo de la cadera a los pies, y tanto el reverendo como Percy tenían aspecto de haberse pasado el día dentro de una chimenea. Solo se habían detenido dos veces durante el trayecto para que los perros hicieran sus necesidades y, en ambas ocasiones, los cinco habían mirado con ansiedad hacia atrás, por donde habían venido, en busca de cualquier señal de persecución.

Al acercarse a las afueras de Londres, el reverendo dejó escapar un suspiro de alivio. A aquellas alturas, sentía el trasero como si se lo hubieran golpeado todo el día con una pala de lavar. De hecho, si se veía obligado a permanecer sentado mucho más tiempo, temía acabar con las pelotas a la altura del cuello.

Dicho eso, cuando por fin se detuvieron ante la casa del marqués de Guildford, cobró conciencia de pronto del pésimo aspecto que tenían todos. Los únicos remotamente presentables eran Agnes y Lizzy, pues habían pasado todo el viaje dentro del coche. Augustus Shackleford intentó recordar con exactitud qué había escrito en la misiva que le envió a Patience. ¿Le había dado una fecha aproximada de llegada? Y, si lo había hecho, ¿cuál era?

Justo cuando el reverendo sopesaba cuál sería su siguiente movimiento, un imponente carruaje giró hacia la entrada en forma de media luna y se detuvo directamente delante del coche de viaje.

Reprimiendo el impulso de tomar el nombre del Señor en vano, el reverendo descendió de su asiento tan rápido como se lo permitió el trasero, a la misma vez que un lacayo que había salido de la casa abría la portezuela del carruaje.

—Bi-bienvenido a casa, milord —tartamudeó el criado, con un ojo puesto en el peculiar individuo que avanzaba tambaleándose hacia ellos.

El marqués de Guildford bajó del carruaje y volvió la cabeza para seguir la alarmada mirada del lacayo, justo cuando el primero de sus invitados descendía detrás de él.

El extraño personaje, cubierto de mugre de la cabeza a los pies, esbozó una servil sonrisa y pareció a punto de hablar. Pero, antes de que pudiera emitir sonido alguno, casi lo derribó un torbellino de pelaje igual de mugriento, que se lanzó de inmediato sobre el marqués con alegre desenfreno.

—Oiga, yo que usted lo vigilaría, milord. Hace menos de media hora tenía la nariz hundida en un montón de mierda de caballo.

Los dos acompañantes del marqués se quedaron mirándolo en silencio, con una mezcla de horror y morbosa fascinación en sus rostros. Max notó que los labios se le curvaban y, luchando contra las ganas de reír, se volvió hacia sus alarmados invitados.

—Aunque un poco antes de lo previsto, permítanme presentarles al reverendo Augustus Shackleford, mi suegro...

—Pero ¿qué...? —Nicholas Sinclair miró con desconcierto la nota que acababan de entregarle.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó Grace, a punto de terminar una muy satisfactoria porción de tarta de chocolate.

Su marido alzó la vista.

—Acabo de recibir una nota de Max. Tu padre llegó hace menos de media hora.

Grace lo miró fijamente, con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Parece que tomó prestado el coche de viaje. Pero no ha venido solo; también ha traído a Agnes, Percy y Lizzy.

Sintiéndose de pronto mareada, Grace dejó el tenedor.

—Ah, y a Freddy, naturalmente —añadió su marido—, además de una perra desconocida que, según él ha asegurado a Max, su dueño no echará de menos.

Grace lo miró con desconcierto, sin saber muy bien qué pregunta formular primero.

—¿Quién demonios ha conducido el coche? —terminó por preguntar —. No tenemos postillones.

Nicholas bajó otra vez la vista a la nota y arqueó las cejas.

—Al parecer, los ha traído la madre de Percy.

Después del almuerzo, Prudence se había retirado a su alcoba, decidida a empezar el siguiente capítulo de su novela. Pero, tras leer la misma página por quinta vez, se rindió. Era inútil; sencillamente, no podía quedarse sentada sin hacer nada. Solo había visto a Jamie una vez desde que estaban en Londres, durante la falsa reprimenda de Nicholas. La incertidumbre de la situación la estaba consumiendo viva.

La parte sensata de Prudence sabía que distraer a Jamie de sus obligaciones era un acto de egoísmo extremo, pero quizá él tendría que haberlo pensado antes de besarla. En su alcoba de la posada George, el deber había sido lo último que él tenía en mente.

Prudence se puso en pie, se acercó a la ventana y miró la elegante plaza que se extendía abajo. Las verjas del gran jardín de enfrente estaban ya adornadas con banderines y, en un extremo de la plaza, donde esta se abría hacia Brook Street, había un hombre vendiendo enseñas. Todo Londres parecía contener el aliento, a la espera.

Quizá un paseo la ayudara a sacudirse aquel ataque de melancolía. Aunque Tempy y Adam aún no habían llegado, sabía que Patience y Max estaban instalados en la ciudad, y su casa no quedaba tan lejos. Por supuesto, existía una posibilidad de que Patience hubiera salido de visita, pero no importaba; simplemente dejaría una nota y, como mínimo, el cambio de aires le sentaría bien.

Con el ánimo un poco más ligero, se puso una pamela y cogió un chal. Mientras se dirigía hacia la escalera, oyó voces procedentes de la pequeña salita, y Prudence supuso que al menos una de ellas era de su hermana. Vaciló, preguntándose si debía informar a Grace de sus intenciones, pero al final decidió que bastaría con una nota. Al pie de la escalera, escribió deprisa su destino en una pequeña tarjeta y se la entregó a un lacayo. Cinco minutos después, estaba fuera.

No hizo esfuerzo alguno por acelerar el paso; se contentó con pasear sin prisa y observar la actividad que la rodeaba. Si se atenía a las normas de la sociedad, suponía que no debería caminar sola, pero era poco probable que a nadie le importara lo que hiciera la hija de un vicario a plena luz del día. Y, a decir verdad, había mucha gente alrededor por si se metía en algún lío.

Mientras caminaba, Prudence se preguntó cuánto tiempo permanecerían Patience y Max en la ciudad. Si conocía a su hermana, sería el mínimo posible. De todas ellas, Patience era quien más odiaba la locura de Londres. Decía que la hacía sentir como si estuviera enterrada. Pero, claro, Patience era de lo más peculiar. Prudence aminoró el paso al asaltarla un súbito pensamiento. Si alguien pudiera comprender su dilema, sería su excéntrica hermana.

La idea de poder hablar de Jamie con alguien que no la juzgara la impulsó a caminar de nuevo más deprisa.

Cinco minutos después, subía los escalones de la casa del marqués de Guildford. Prudence se quitó la pamela y alzó la mano para llamar. Cuando la campanilla resonó en el interior, le sorprendió oír un ladrido en respuesta. Prudence frunció el ceño y miró alrededor, preguntándose de dónde venía el ruido, sobre todo, cuando este fue seguido por un ladrido mucho más agudo.

Unos segundos después, abrió la puerta un lacayo de aspecto desquiciado.

—Estoy aquí para ver a mi... —empezó a decir Prudence, antes de que la distrajera la visión de... ¿era Freddy?... deslizándose y patinando hacia ella por el suelo de baldosas.

Aún más inesperado fue ver que, tras él, patinaba una pequeña perra marrón y blanca, que se aferraba con los dientes a la cola del sabueso.

Justo cuando Prudence pensó que quizá había perdido el juicio, oyó la voz de su padre.

—Rayos y centellas, Prudence, jamás pensé que llegaría el día en que me alegraría verte.

—No me gusta que vayas solo —declaró el inspector Bastable cuando Jamie terminó de informarle.

—No podemos dejar escapar una oportunidad como esta por el riesgo que corra una sola persona —replicó Jamie—. Quizá no tengamos otra.

—¿Y si vamos los dos? —intervino Hopkins—. Ya nos han visto juntos en el Bull. Dudo que hagan demasiadas preguntas.

Bastable los miró con severidad durante unos segundos y luego asintió.

—Hagáis lo que hagáis, no os separéis —advirtió—. Y mantened la maldita boca cerrada. Mirad y escuchad. Nada de heroicidades.

Los dos hombres asintieron y fueron a recoger las pistolas. Abrieron la puerta y estaban a punto de salir de la habitación cuando Bastable gritó a sus espaldas:

—¡Y quiero veros a los dos aquí a primera hora pasado mañana!

Jamie se volvió y sonrió.

—Puede que nos vea antes, señor.

—Mientras no sea dentro de una maldita caja de madera... —respondió Bastable con cansancio.

—¿Nos vemos en el puente? —preguntó Hopkins mientras avanzaban a grandes zancadas por Oxford Street.

Jamie asintió.

—Nos encontraremos a las ocho y pasaremos primero por el Black Bull —decidió—. Mantendremos la rutina.

Los dos hombres llegaron a la esquina de Regent Street, donde debían separarse. Jamie estaba a punto de despedirse de su compañero cuando un perro pequeño pasó corriendo junto a ellos. Para su asombro, en el otro extremo de la correa iba Prudence.

—Pero ¿qué...? —dijo Jamie, justo cuando Hopkins le agarró el brazo.

—Esa es la maldita perra —masculló aquel, echando a correr tras ella.

Jamie se quedó un segundo donde estaba, mirándolo desconcertado, hasta que Hopkins gritó por encima del hombro:

—¡Mueve el culo, Fitzroy! Es la misma perra que iba con aquel ricachón.

—¿Crees que esta perra pertenece a uno de los conspiradores? —Nicholas sonaba incrédulo—. ¿Cómo demonios puedes saberlo?

—Por sus manchas, Su Excelencia. Tiene una oreja marrón y otra blanca. Recuerdo que me pareció poco común cuando la vi con aquel ricachón... eh... caballero.

—¿Cómo diablos ha acabado en manos de tu padre, Pru?

Prudence suspiró.

—Al parecer, se detuvieron en la posada George. Sí, en esa misma —añadió, al ver las cejas alzadas de su cuñado.

—Sin duda, eso va a costarme un buen pico —murmuró el duque—. Perdóname, Prudence, continúa.

—Lizzy insistió en que su dueño maltrataba a la perra, así que simplemente se la llevaron al marcharse.

—Entonces solo tenemos que volver a la posada y averiguar quién es el dueño —declaró Jamie.

Prudence negó con la cabeza.

—Sé quién es. —Acarició el suave pelaje de la perrita—. Salió corriendo hacia mí justo cuando nos marchábamos. El hombre que vino a buscarla era lord Melbury.

Se produjo un silencio atónito.

—¿Cómo es posible? —preguntó Grace—. Ese hombre es un asno arrogante que cree que todo el mundo está por debajo de él. ¿Por qué diantres alguien como él iba a estar involucrado en una conspiración para acabar con el rey? No tiene sentido.

—Eso es porque aún no conocemos todos los hechos —comentó Malcolm—. ¿Cuánto tardas en tener listo el carruaje, Nick? Creo que tenemos que hacerle una visita al bueno del reverendo.

—¿Y cómo has acabado tú con la perrita, Pru? —preguntó Grace, desconcertada.

—Padre declaró que quedarse con ella tensaría su relación con su yerno. —Prudence soltó una pequeña risa antes de añadir—: Como si la repentina aparición de cinco adultos —uno de ellos con la lengua tan sucia como una letrina— y un gran sabueso, no fuera una imposición. —Hizo una pausa y bajó la vista hacia la perrita, enroscada en su regazo—. Se llama Flossy y, al parecer, siente debilidad por los conejos. Cuando el señor Hopkins nos vio, acababa de descubrir uno en Hanover Square.

El corazón de Jamie se retorció ante la hogareña estampa que ofrecía Prudence. La había visto muy poco desde que llegaron a Londres y, al contemplarla ahora, sintió la más peculiar sensación de regreso al hogar. Todo en ella lo cautivaba. No se trataba solo de que lo pusiera duro y dolorido al verla. Le encantaban su audacia y su extraño sentido del humor. Hablar con ella era como respirar aire puro.

En ese momento, Jamie se desprendió por fin de sus dudas, decidido de pronto a que nada lo separaría de ella. Ni el duque ni su padre y, desde luego, tampoco las anticuadas ideas de la sociedad sobre lo que constituía un partido adecuado. Él era el mejor partido posible. Para ella. Y, de algún modo, ganaría dinero suficiente para que pudieran estar juntos.

---

1 Nota de la traductora: Célebre prisión londinense, asociada a delitos graves y ejecuciones.

CAPÍTULO 21



—¿Por qué iba el príncipe heredero de Boldova a navegar hasta Inglaterra, para detenerse acto seguido en una posada pública a pocos kilómetros de Londres? —Nicholas sacudió la cabeza. Toda aquella historia se volvía más extraña por momentos—. ¿Y cómo demonios se las arregló el posadero para alojar a todo su séquito?

El reverendo Shackleford frunció el ceño.

—Ahora que lo menciona, Su Excelencia, no recuerdo que llevaran a nadie con ellos. —Se volvió hacia su esposa—. ¿Recuerdas haber visto algún séquito, palomita?

Agnes frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Tú viste algún séquito, Lizzy? —preguntó.

La nueva señora Noon negó también, muda en presencia de dos nobles de tan alto rango.

—Oí decir que los criados tuvieron que quedarse a bordo del barco porque les había entrado una cagalera —dijo Mary.

Mary no compartía, desde luego, la reverencia de su nuera por la aristocracia inglesa, aunque, por fortuna, aquel desdén no había llegado al extremo de rechazar un baño. De hecho, ahora apenas se la reconocía, salvo por la boca.

—Dice usted que Melbury estaba esperándolos —intervino Jamie—. ¿Lo había enviado el lord Gran Chambelán para recibir a Sus Altezas? —Frunció el ceño, tan perplejo como todos los demás.

Esta vez fue Percy quien respondió.

—No nos dijo quién lo había enviado. Pero debo decir que parecía alterado durante todo el tiempo que estuvimos allí.

El reverendo asintió.

—Y estaba metido en algo muy turbio, con todas esas idas y venidas en mitad de la noche. —Entornó los ojos—. ¿A qué viene ahora ese repentino interés por el barón Melbury? ¿Está involucrado en algún asunto sospechoso? Quiero decir, todo esto no es solo por su perrita, ¿verdad?

—¿Cuándo esperan que lleguen el príncipe y la princesa? —Jamie se dirigió a Grace, ignorando la pregunta del reverendo.

—Dentro de dos días —respondió la duquesa—. Nos han dicho que esperemos al menos una docena de criados.

—Bueno, tal vez Sus Altezas decidieran quedarse en la posada mientras aguardaban a que su séquito los alcanzara —sugirió Patience. Hizo una pausa—. Si los criados han sufrido algún tipo de indisposición estomacal, desde luego no querrían arriesgarse a contagiaros.

Grace se estremeció, imaginando con claridad a toda la casa vomitando —y cosas peores— en cubos, justo cuando la coronación estaba a punto de empezar.

—Desde luego, habría sido una grave falta de consideración por su parte —convino con una mueca.

—Quizá, con todo ese merodeo nocturno, Melbury solo pretendía evitar cualquier contagio —especuló Percy. Se volvió hacia el reverendo—. Quiero decir, mantuvo las distancias con ese tal William, que olía bastante fuerte.

—Yo pensé que Freddy era el origen de ese tufo —reflexionó Augustus Shackleford—. Aun así, fue una suerte que no nos acercáramos más, y tal vez nuestro improvisado baño en el estanque sirviera para algo, después de todo.

—No creo que Melbury compartiera tampoco ese jugoso detalle con el posadero —gruñó Malcolm.

—Si lo hubiera hecho, todos habrían acabado compartiendo las malditas cuadras conmigo —rio Mary.

—Creo que hemos conseguido despistar a mi padre por el momento —suspiró Grace, mientras Dorcas la vestía para la cena—. Aunque, sin duda, Max ha tenido que revelarle la verdad a mi hermana, dado que Jimmy Fowler ha aparecido de pronto después de seis años, y ahora es un agente de Bow Street llamado Jamie Fitzroy. —La duquesa soltó una risita—. Oh, qué enmarañada red hemos tejido.

—¿Cree que Su Excelencia verá oportuno poner al reverendo al corriente? —preguntó la doncella—. Sin ánimo de ofender, Su Excelencia, pero su padre tiene una terrible facilidad para meterse en el meollo de todo cuando se le deja a su aire.

Sus miradas se encontraron en el espejo, y la duquesa hizo una mueca.

—Creo que puedes tener razón, Dorcas. Dejar que mi padre saque sus propias conclusiones es siempre receta segura para el desastre. Hablaré con mi marido esta noche.

—Creo que será lo más sensato —convino Dorcas—. Al fin y al cabo, lo último que queremos es que alguien del servicio, en cualquiera de las dos casas, se entere de que Jimmy es un agente de Bow Street. —Le entregó los guantes a la duquesa—. Podríamos vernos en un buen aprieto si eso llegara a oídos equivocados.

Grace suspiró mientras se ponía los guantes.

—No pongo en duda su lealtad... ni la tuya —declaró con firmeza, tomándole la mano a la doncella—, pero, como siempre, has ido directa al corazón del asunto. Los secretos pueden dejar de serlo. Sobre todo, cuando mi padre está implicado.

—Me he adelantado a ti, amor —respondió Nicholas con sequedad media hora después—. Ya he enviado una misiva a tu padre para pedirle que venga a verme mañana a primera hora. Al menos, si se lo confesamos todo, tendremos una mínima posibilidad de controlar sus actos.

—Es que me parece que demasiada gente está viéndose involucrada —se angustió Grace.

—Pero dejar a padre a su aire, conociendo solo una parte de los hechos, es mucho más arriesgado —replicó Prudence.

La duquesa asintió y volvió a mirar a su marido.

—Sé que no te gusta estar en desacuerdo con mi padre, Nicholas, pero tendrás que ordenarle que se mantenga al margen de todo este asunto. Conoces su inclinación a entrometerse. Y esta vez podría costar la vida de incontables personas.

—Yo vigilaré al reverendo —prometió Malcolm—. No hace falta que se preocupe.

—Si lo deseáis, Malcolm y yo buscaremos alojamiento en otra parte —añadió Felicity—. Así él podrá instalarse aquí, bajo vuestro cuidado.

Nicholas negó con la cabeza.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no podemos alojar a los cinco, y estoy seguro de que Max y Patience jamás nos perdonarían que les dejáramos a Mary. —Alzó una ceja burlona y volvió a mirar a Grace —. Estoy de acuerdo en que caminamos por la cuerda floja, mi amor, pero preferiría no verme obligado a hacer malabarismos con dos

miembros de una familia real extranjera bajo el mismo techo que tu padre.

La duquesa le dedicó una pesarosa sonrisa y extendió la mano para cubrir la suya.

—De veras, no sé qué haríamos ninguno de nosotros sin ti —susurró con voz ronca.

—Yo seguramente viviría muchos más malditos años —masculló Malcolm con acritud.

—Sabía que aquel bribón escondía mucho más de lo que parecía —anunció el reverendo Shackleford al entrar deprisa en el Rose and Crown para reunirse con Agnes, Percy y Lizzy.

Los otros tres habían ido a hacer un poco de turismo mientras el reverendo soportaba una reprimenda del duque de Blackmore.

La citación había llegado la noche anterior, y el reverendo sabía que era mejor no ignorar una misiva de su yerno cuando venía estampada con un sello formal.

—¿Qué ha dicho Nicholas? —susurró Agnes, inquieta.

El reverendo tomó un sorbo de cerveza y luego examinó la concurrida taberna en busca de cualquiera que pudiera estar prestándoles demasiada atención. Al fin, seguro de que estaban lo bastante escondidos en un rincón como para que nadie oyera su conversación, Augustus Shackleford se inclinó hacia delante y les contó todo lo que el duque le había revelado.

A Jamie le dio un vuelco el corazón al ver la cantidad de gente reunida en la sala.

—Mierda... —masculló en un susurro que solo Hopkins pudo oír.

Los dos hombres estaban al fondo, con la cabeza baja, tal como Bastable les había ordenado. La única señal de su sorpresa cuando vieron aparecer a Bowlin y Grimble fue que ambos contuvieron la respiración. Ninguno de aquellos canallas debería haber podido cagar siquiera sin que los agentes lo supieran. ¿Cómo demonios habían llegado hasta allí?

Al cabo de dos horas, Jamie se sentía enfermo. El único propósito de Bowlin y Grimble era enardecer a la multitud. Estaba claro que pretendían organizar protestas violentas durante la coronación. Y aunque Jamie y Hopkins sabían que la violencia no era más que una distracción para desviar la atención del verdadero objetivo de aquellos malnacidos, eso no alteraba el hecho de que, en menos de una semana, muchos de los hombres presentes en aquella sala estarían muertos o en la cárcel.

La siguiente reunión estaba prevista para dos días antes de la coronación y, cuando todos fueron saliendo, tanto Jamie como Hopkins habían cambiado por completo de parecer. No podían permitirse esperar. Bowlin y Grimble tenían que ser detenidos antes de que tuvieran ocasión de convertir a una multitud, ya inquieta, en grupos de turbas violentas.

Pero había otro problema. Era una suerte que Bastable y Hopkins fueran los únicos al tanto de la actual labor encubierta de Jamie, porque todo indicaba que al menos uno de sus compañeros de Bow Street era un traidor.

Grace observaba con ansiedad la plaza desde la ventana de la pequeña salita. Todo estaba preparado para la llegada del príncipe heredero. Como no sabían si Sus Altezas llegarían acompañadas por el barón Melbury, Flossy había sido desterrada a la habitación de Prudence.

—¿Crees que preguntará de verdad qué ha hecho mi padre con su perra? —preguntó Grace, mordisqueándose una uña.

—Si lo hace, es probable que resulte endiabladamente incómodo —respondió Nicholas con una sonrisa torcida—. Sobre todo, si saca el tema delante del príncipe y la princesa.

—No, claro que no lo hará —dijo Grace con un suspiro—. Teniendo en cuenta lo que sospechamos de él, es poco probable que quiera llamar la atención de alguna manera.

—Creo que abandonará a sus protegidos en cuanto la cortesía se lo permita.

—Seguimos sin saber por qué los estaba esperando en la posada George —comentó Malcolm—. Quizá puedas sacar el tema antes de que salga corriendo.

—He pedido a Max que haga unas discretas averiguaciones para descubrir si Melbury tenía realmente instrucciones de esperar al príncipe heredero —respondió Nicholas—, o si en palacio sabían siquiera que el príncipe Federico había llegado algo antes de lo previsto.

—¿Ha vuelto a hablar con Jamie desde que se marchó anoche? —preguntó Prudence, incapaz de seguir callada.

Apenas había pegado ojo la noche anterior. A decir verdad, a las dos de la madrugada estaba sentada en la cama, leyendo *Frankenstein* a la luz de una vela. Por supuesto, no le había servido de ayuda.

El duque negó con la cabeza.

—Pero sin duda pasará por Bow Street antes de venir aquí. —Nicholas observó a su cuñada con mirada especulativa, aunque no comentó su inquietud.

—Espero que Jamie llegue antes que nuestros huéspedes —murmuró Grace—. Será muy difícil hablar con él en privado cuando la casa esté invadida.

—No hace falta que te quedes pegada a la ventana, amor —murmuró Nicholas—. Estoy seguro de que no llegarán hasta última

hora de la tarde, y Jamie ya nos habrá puesto al corriente para entonces.

Unos pasos sonaron en la escalera y, segundos después, llamaron con firmeza a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el duque.

La puerta se abrió y Jamie apareció en el umbral, más desaliñado de lo que jamás lo habían visto.

Prudence lo miró sin decir palabra, dividida entre el alivio por su regreso y la preocupación que le provocaba su aspecto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Nicholas con serenidad mientras Malcolm se ponía en pie y cerraba la puerta.

—Tenemos dos traidores en Bow Street —declaró Jamie sin preámbulos—, pero no sabemos quiénes son. A partir de ahora, estamos solos.

Al final, los príncipes de Boldova no llegaron hasta poco antes de la cena. Los acompañaban una doncella personal y otros tres criados, pero no lord Melbury.

—Tenía un compromiso urgente con el lord Gran Chambelán adjunto —explicó el príncipe heredero cuando se reunieron en el salón principal antes de cenar—. ¿Están ustedes al tanto de nuestras... dificultades durante la travesía?

—Lamentamos mucho saber que tantos miembros de su servicio enfermaron —murmuró la duquesa con cordial compasión.

El príncipe inclinó la cabeza en reconocimiento a aquella amabilidad.

—La mayoría está ya fuera de peligro —continuó—, pero, como es natural, no nos atrevimos a correr el riesgo de traer una terrible infección a su hermosa casa, de modo que mi esposa y yo vinimos

solo con aquellos miembros de nuestro séquito que sabíamos recuperados por completo.

—¿Se encuentra... bien Su Alteza? —preguntó Grace con cuidado, mirando hacia la puerta, por la que la princesa aún no había aparecido.

El príncipe Federico asintió.

—Creo que solo está agotada y que permanecerá en su alcoba.

—Muy comprensible —se solidarizó el duque—. ¿Se encontrará ella con fuerzas para disfrutar de los entretenimientos que hemos previsto para mañana?

—Creo que no —respondió el príncipe con tristeza—. Mi esposa ha sufrido problemas de salud desde el nacimiento de nuestro hijo y, a solo tres días de la coronación, cree que lo mejor será que permanezca en sus aposentos para conservar las fuerzas.

—¿Y usted, Alteza? —preguntó Grace.

—Oh, yo tengo la constitución de un buey —rio el príncipe Federico —, y me gustaría muchísimo ver tanto de Londres como pueda mientras estoy aquí. Es mi primera visita, y tengo entendido que es una ciudad espléndida.

—Desde luego es una ciudad muy animada —respondió Nicholas—. Y aún más con las próximas celebraciones. Será un honor mostrarle los lugares de interés, Alteza.

—Su inglés es muy bueno para ser esta su primera visita al Reino Unido —comentó Prudence con franqueza. Advirtió la leve mueca de Grace y comprendió que había metido la pata. Era la primera vez que hablaba desde que la habían presentado y, como de costumbre, había dicho lo que no debía—. Quiero decir... —balbuceó, hasta quedarse callada y mirar a Felicity en busca de ayuda.

—En efecto, Alteza, debo coincidir —intervino la matrona con suavidad—. Su acento es admirable.

El príncipe sonrió con condescendencia.

—No somos tan atrasados en mi país. Tuve una institutriz inglesa que se aseguró de que conversáramos en su lengua materna durante la mitad del día. Lo hice durante más de veinte años. —Bebió un sorbo de champán—. Me temo, sin embargo, que mi esposa no tiene tanta soltura, pues ha llevado una vida mucho más resguardada.

En ese momento, Bailey entró tambaleándose para anunciar que la cena estaba servida.

Decidida a no volver a decir una sola palabra, Prudence siguió a los otros cuatro al comedor. Iba a ser una noche muy larga.

CAPÍTULO 22



Cuando Prudence se metió por fin en la cama, agotada, hacía ya mucho que había pasado la medianoche. Abrazó a Flossy contra su pecho y estaba a punto de soplar la vela cuando llamaron con suavidad a la puerta.

Con el corazón en la garganta, volvió a posar los pies en el suelo, cruzó la habitación de puntillas y abrió con cuidado apenas un palmo.

—Jamie... —susurró, incapaz de contener la alegría de su voz.

Abrió la puerta deprisa y se hizo a un lado para dejarlo entrar. Flossy soltó un ladrido de bienvenida, moviendo la cola con alegría.

Jamie cruzó hasta la cama a grandes zancadas y acarició a la perrita, mientras Prudence permanecía junto a la puerta sin saber muy bien qué hacer. Al fin, él se volvió y la miró en silencio, con los ojos oscurecidos a la luz de la vela.

—No he venido a reclamarte nada más —suspiró él, después de lo que pareció una eternidad—. Dios sabe que ya he tomado más de lo que tenía derecho a tomar. —Se pasó una mano por el pelo antes de continuar, y Prudence comprendió de pronto que estaba nervioso—. Solo quiero que sepas... no, necesito que sepas... que te amo, Prudence Shackleford. —La voz de Jamie sonó ronca, incluso

temblorosa, pero sus pasos fueron decididos al ir hacia ella—. Cuando todo esto termine, quiero que seas mi esposa. —Prudence lo miró en silencio, parpadeando para contener unas lágrimas inesperadas—. No sabía si me había explicado con claridad...

Jamie hizo una pausa, y ella alzó la mano hasta su rostro, acunándole la mejilla.

—Me casaré contigo, Jamie Fitzroy, o Jimmy Fowler, o como decidas llamarte en el futuro —dijo con firmeza—. Pero, por ahora, mi amor, debes apartarme de tu mente. Dentro de tres días todo habrá terminado y seremos libres para decírselo al mundo.

Con un gemido, Jamie inclinó la cabeza y la besó. Esta vez fue un beso dolorosamente tierno, lleno de promesas.

—Yo también te amo —susurró Prudence cuando él levantó por fin la cabeza.

Jamie suspiró, la atrajo entre sus brazos y apoyó la frente sobre la coronilla de ella. Prudence notó su repentina sonrisa cuando él murmuró:

—¿Qué te parecería una boda en Navidad?

Eran las ocho de la mañana, y Nicholas estaba sentado en su estudio con Malcolm, Jamie, Max y Adam. El conde de Ravenstone había llegado a Londres apenas una hora antes, pero, atraído por la urgente nota de su mejor amigo, había dejado a Temperance supervisando los preparativos de la casa y se había apresurado a ir a Grosvenor Square.

Ahora miraba a los demás con incredulidad.

—¿Por qué no puedo dejaros solos ni cinco malditos minutos, sin que el mundo entero se vaya al infierno? —se quejó Adam. Luego se volvió hacia Jamie—. Fitzroy —dijo—. Te sienta bien. —Le tendió la mano—. Me alegra verte, Jamie.

—Al parecer, Melbury sí estaba autorizado para recibir al príncipe y a la princesa —anunció Max—. Así que por ahí no tenemos nada extraño.

—Dos días —dijo Nicholas entre dientes. —Se volvió hacia Jamie—. ¿Estás seguro de que detendrán a Bowlin y Grimble?

Jamie asintió.

—Hopkins se ocupa de ello. Y le confiaría mi vida tanto a él como a Bastable. Pase lo que pase, no habrá disturbios.

—¿Creéis que el príncipe heredero podría estar implicado? —preguntó Adam, escéptico—. Pero ¿qué demonios podría tener contra el rey? Quiero decir, la mayoría de quienes lo conocen han sentido la tentación de matar al idiota al menos una vez, pero estoy bastante seguro de que ellos dos ni siquiera se han visto nunca.

—Mi instinto me dice que está implicado de algún modo —gruñó Nicholas—. Es demasiado... pulido. Como si lo hubiera ensayado.

—¿Podría ser un impostor? —preguntó Malcolm—. Y si lo es, ¿qué diablos han hecho con el verdadero príncipe?

—¿Podríamos sacárselo a Melbury a la fuerza? —preguntó Max—. Si tan seguros estáis de que es un traidor...

—No tenemos pruebas para detenerlo —replicó Jamie, con una frustración evidente.

—No estaba pensando en hacerlo de forma oficial —comentó Max con sequedad.

—Pero ¿por qué? —murmuró Adam—. ¿Por qué iba un par del reino a implicarse en un complot para matar al rey? No tiene ningún maldito sentido.

Nicholas suspiró.

—Estamos tan desconcertados como tú. Y que Dios nos ayude si hemos seguido la pista equivocada.

—¿Y Royston? ¿Dónde demonios encaja en todo esto? —Adam sacudió la cabeza, perplejo—. Si él es quien mueve los hilos, entonces es a él a quien tenemos que derribar.

—Bastable interrogará a Bowlin y a Grimble en cuanto estén bajo custodia —añadió Jamie—. Aún hay tiempo para que hablen. Si tenemos suerte, tal vez entreguen a Melbury y a Royston.

—¿Podemos conseguir que pospongan la coronación? —preguntó Malcolm, con un tono que daba a entender que sería más fácil convencer al rey de coronar a su esposa repudiada.

Jamie soltó una breve risa y negó con la cabeza.

—No tenemos nada tangible —dijo—. E incluso si lo tuviéramos, no sabemos hasta dónde llega esta conspiración. No veo al Parlamento dispuesto a tirar todo el dinero que ya ha gastado solo por unos rumores. Antes dejarían que al rey le volaran la maldita cabeza.

—Entonces lo único que podemos hacer es mantener los ojos y los oídos bien abiertos —sugirió Malcolm con pragmatismo—. Como mínimo, se salvarán vidas cuando Grimble y Bowlin estén fuera de las calles. Y yo, por mi parte, lo considero una victoria.

—¿Has visto a tu madre desde que llegamos, Percy? —preguntó el reverendo Shackleford mientras repartía las cartas para la enésima partida de *whist*.

Aunque sentía una renuente sensación de responsabilidad hacia Mary Noon, dado que sin ella bien podrían haber acabado en Escocia, también quería preguntarle algo.

Percy frunció el ceño.

—Hablé con ella esta mañana. Dijo que iba a visitar a una vieja amiga.

—Y eso no suena nada sospechoso... —comentó el reverendo, exasperado—. ¿Qué posibilidades hay de que tu madre tenga alguna

maldita amiga en Londres?

El ceño fruncido de Percy se transformó en un gesto de alarma.

—No... no estoy seguro —tartamudeó.

A decir verdad, el coadjutor había estado tan agradecido por la ausencia de su madre que no se había preguntado qué estaría haciendo en realidad.

El reverendo Shackleford suspiró.

—Rayos y centellas, Percy. ¿Vas por ahí con una maldita cesta en la cabeza? Sea lo que sea que trama, desde luego no está visitando amigas.

—¿Crees que podría estar dedicándose a algo... inmoral? —Agnes pronunció la última palabra en un inquieto susurro.

—Bueno, no la oigo tocar el maldito piano.

—No sabía que supiera tocar el piano.

—No sabe.

—Entonces, ¿por qué lo has sugerido?

—Creo que sabe tocar *Greensleeves*.[1]

—¿Qué es *Greensleeves*?

—¡Basta!

Percy, Agnes y Lizzy miraron al reverendo con sorpresa.

—¿Qué demonios os pasa a todos? —exigió Augustus Shackleford, dando un golpe con la baraja en la mesa—. Agnes, ¿has vuelto a repartir tus pociones?

—Desde luego que no —respondió su esposa, indignada—. Y no se te ocurra echarnos la culpa a nosotras, Augustus Shackleford, solo

porque llevas de un humor de perros desde que Nicholas te prohibió involucrarte en sus intrigas.

—A decir verdad, señor, sí ha estado usted un poco alterado —añadió Percy.

El reverendo abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. Tenían razón. Llevaba con gesto sombrío desde que Nicholas le había ordenado mantenerse al margen de todo aquel turbio asunto.

—Estamos aquí para disfrutar —añadió Agnes—. Estoy segura de que Nicholas y ese apuesto joven se encargarán de que esos canallas no le abran un agujero a Su Majestad, porque eso arruinaría por completo el día. —Cogió las cartas—. Pero, si en el peor de los casos, consiguen despachar al rey, piensa una cosa, Augustus: podremos decir que estuvimos aquí cuando ocurrió. ¿Vas a repartir?

Mary Noon estaba sentada en un banco apartado, mirando la casa del duque de Blackmore en Grosvenor Square. Llevaba allí desde el desayuno, esperando vislumbrar al príncipe heredero y a la princesa.

Había algo en aquellos dos que la incomodaba.

Mordisqueó un mendrugo de pan mojado en *brandy* y reflexionó sobre aquella sensación de desasosiego. Su vejiga nunca se equivocaba, y había ido al maldito retrete cada hora en punto desde que llegó allí.

Su cabeza intentaba decirle algo. Algo que necesitaba recordar. Pensó en la noche en que los dos aparecieron en aquel elegante carruaje. Era el anochecer, y Mary estaba de pie en la puerta de la cuadra, a punto de terminar su última jarra de cerveza.

Lo vio en su mente. Habían bajado del carruaje y el barón Barrigón los había metido de inmediato en la posada. Mary apenas los había visto un instante, cuando el posadero alzó la lámpara de aceite, pero la luz había caído de lleno sobre los dos, como si fuera pleno día.

¿Qué demonios intentaba decirle su cabeza? Volvió a mojar el pan en el *brandy* y siguió mirando la casa. Estaba acostumbrada a esperar sentada. A veces había pasado días enteros así, aguardando la llegada de un barco.

Y sabía que la respuesta acabaría por llegar.

Tarde o temprano.

Lo peor era aquella sensación de impotencia. Y tener que seguir adelante como si nada ocurriera empezaba a pasarles factura a todos.

El príncipe heredero Federico resultó ser un cordial huésped que daba todas las señales de estar disfrutando muchísimo. Nicholas se aseguró de permanecer junto a Su Alteza casi cada instante del día, pero cada vez más tenía la impresión de que se habían equivocado por completo.

La princesa Elena permaneció la mayor parte del tiempo en su alcoba, atendida por una taciturna doncella personal. No obstante, bajó a tomar el té la tarde siguiente a su llegada.

Por desgracia, su inglés era casi inexistente, y no hizo intento alguno por comunicarse; parecía contentarse con permitir que su esposo conversara por ella. Tanto Grace como Nicholas estaban al límite de su paciencia cuando llegó el momento de cambiarse para la cena.

La única nota positiva llegó cuando Jamie informó de que tanto Grimble como Bowlin habían sido capturados. No tardaron en delatar a los dos agentes traidores, pero, más allá de eso, se negaron a implicar a nadie más.

Tanto Max como Malcolm tenían vigilado a lord Melbury, pero, hasta el momento, el barón solo cumplía con sus obligaciones con encomiable estoicismo.

No había surgido prueba alguna que implicara a Royston.

Y así, por fin, amaneció el día de la coronación.

Prudence había estado despierta durante casi toda la noche. Y los breves períodos en los que logró dormir estuvieron plagados de pesadillas. Cuando bajó a tomar un temprano desayuno, se sobresaltó al ver el demacrado rostro de su hermana mayor.

—No digas nada, por favor —le ordenó Grace, que empezaba a perder el control—. Creo que no he pegado ojo en tres días.

—¿Puedo decirte que pareces una desenterrada? —murmuró Prudence.

Impotente, La duquesa no pudo evitar echarse a reír.

—Tú sí que no te andas con rodeos —consiguió decir diez minutos después, tomando la mano de Prudence.

Las dos hermanas permanecieron sentadas una junto a la otra, en silencio, olvidándose del desayuno.

—Tengo tanto miedo, Pru... —susurró por fin la duquesa—. De verdad, jamás en mi vida había estado tan asustada.

Prudence tomó sus manos y las apretó. No tenía respuestas. ¿Cómo iba a decirle a Grace que no tuviera miedo, cuando ella misma estaba aterrada?

—Lo superarás —dijo al fin, acariciándole las manos heladas.

Unos segundos después, entró Nicholas.

—Sus Altezas han pedido que les sirvan el desayuno en sus habitaciones —declaró, con una voz cargada de profundo alivio.

Con determinación, Grace dio un último apretón a la mano de Prudence, retiró las suyas y las dejó con serenidad sobre el regazo. Nicholas la miró, sin dejarse engañar ni un solo segundo.

—Se nos ha acabado el tiempo, mi amor —declaró él con pesar—. A partir de ahora, solo podemos mantener nuestros papeles y esperar a ver qué nos depara el día.

Grace asintió, luchando por conservar la compostura. Nicholas nunca se había sentido más orgulloso de ella.

—Prudence, sé que tal vez quieras ver la comitiva —dijo el duque—. Si decides salir, por favor, lleva a un lacayo contigo y vigila bien tu bolso.

—¿Estará Jamie allí? —preguntó Prudence con voz temblorosa.

El duque asintió con gravedad.

—Los agentes estarán desplegados en masa. Jamie, Bastable y Hopkins se situarán lo más cerca posible de la abadía de Westminster. Sé que estarán alerta, y hasta el incidente más pequeño podría llevarlos a descubrir algo. —Hizo una pausa y tragó saliva antes de añadir con voz ronca—: No me atrevo a creer que sea demasiado tarde.

---

1 Nota de la traductora: Popular melodía inglesa tradicional, conocida desde el siglo XVI.

CAPÍTULO 23



La casa estaba en silencio y, aun así, Prudence creyó percibir un vago murmullo. Como si hubiera gente hablando en otra habitación; un rumor de fondo, pero no lo bastante alto para distinguir palabras. Se preguntó cuántos se habrían reunido ya. Grace y Nicholas, junto con sus reales huéspedes, habían salido temprano. Con aquellas multitudes, tardarían horas en llegar a sus asientos en la abadía.

Malcolm y Felicity también estaban ausentes. El escocés había conseguido semanas atrás asientos para él y Felicity con vistas a la extravagante pasarela elevada del rey, y Nicholas le había ordenado que no los desperdiciara. Cuando su ayuda de cámara protestó, Nicholas arqueó las cejas y le preguntó de qué otro modo pensaba acercarse lo suficiente para tener siquiera la más remota posibilidad de detener a un maldito asesino.

¿Y si el príncipe estaba involucrado en la conspiración? Parecía demasiado descabellado como para considerarlo siquiera. Prudence tomó la taza de té y bebió un sorbo sin ganas. Si tenía que quedarse todo el día en casa, con sus miedos como única compañía, temía acabar perdiendo la cabeza, pero no podía visitar a Tempy ni a Patience, pues ambas asistían a la ceremonia. ¿Se atrevería a salir sola? La posibilidad de acercarse a la procesión era escasísima y, pese a las instrucciones del duque, no se sentía cómoda con la idea de llevar una escolta.

Entonces se le ocurrió otra idea. ¿Y su padre? Prudence no lo había visto desde que le entregó a Flossy. ¿Tendría intención de ver el desfile? Prudence no imaginaba que Agnes estuviera dispuesta a perderse una ocasión tan memorable.

Quizá esa fuera la respuesta. Si conseguía llegar a casa del marqués antes de que la multitud se volviera demasiado densa, podría unirse al grupo del reverendo. Sin duda, eso garantizaría su seguridad. Ya decidida, sacó deprisa a Flossy para que hiciera sus necesidades y, tras dejar a la perrita en su alcoba, recogió su mejor capa y su bonete y se aventuró a salir a la calle.

Grosvenor Square parecía engañosamente tranquila y, por suerte, la residencia del marqués de Guildford quedaba en dirección contraria a la abadía de Westminster. Aun así, en el breve tiempo que tardó en llegar a la dirección de su hermana, el gentío pareció duplicarse. Acostumbrada a la vida en el campo, Prudence no tardó en sentirse abrumada por la enorme cantidad de personas que abarrotaban las calles. Aceleró el paso y, casi sin aliento, por fin llegó a la puerta de la casa de su cuñado. Después de llamar a la campanilla, Prudence se quitó el sombrero y lo agitó delante de su rostro sudoroso, deseando haberse acordado de meter un abanico en su ridículo.

La puerta se abrió unos segundos después y, al entregarle su capa al mayordomo, Prudence preguntó si su padre estaba en casa.

—Creo que está en la salita matinal, señorita Shackleford. —El anciano inclinó ligeramente la cabeza e hizo ademán de guiarla.

—No se moleste, Greaves —lo interrumpió Prudence—. Sé dónde está.

Antes de que el mayordomo tuviera ocasión de protestar, ella pasó junto a él y se apresuró hacia la puerta de la salita. A medida que se acercaba, oyó voces en tono elevado y se le encogió el corazón. Quizá habría sido mejor quedarse en casa con sus torturados pensamientos. Respiró hondo y empujó la puerta.

Cinco pares de ojos se volvieron de inmediato hacia ella.

—Rayos y centellas, Prudence, muchacha, esta es la segunda vez en menos de una semana que me alegro de verte —dijo el reverendo—. Puede que sea un maldito récord.

Mary Noon echó la cabeza hacia atrás y apuró el último trago de *brandy*. Aunque aún no había visto a la princesa, sí había visto al príncipe heredero entrar y salir al menos en dos ocasiones, pero no la había asaltado ninguna revelación repentina. Pese a haber tenido que orinar detrás de un oportuno arbusto al menos ocho veces, empezaba a pensar que su vejiga hiperactiva quizá se debiera por fin a la edad, y no a la intuición.

Y ahora, al fin, era el día de la coronación. Mary no tenía ningún interés en ver cómo le encasquetaban una corona en la cabeza a aquel viejo cabrón. Prefería pasar el día en una taberna brindando por el gordo trasero de Su Majestad hasta acabar borracha como una cuba.

Con un suspiro, empezó a ponerse en pie justo cuando se detuvo un gran carruaje. Todavía era temprano; según sus cálculos, no serían ni las siete. Se frotó deprisa sus doloridas posaderas y volvió a sentarse. El cochero iba vestido con una elegante librea, pero... Mary se inclinó hacia delante y soltó una incrédula risotada. Aquel maldito cochero solo tenía una pierna. ¿Quién había oído hablar de un cochero con una sola pierna? Le habían dicho más de una vez que el duque de Blackmore estaba un poco chiflado, pero ahora tenía la prueba. Sacudió la cabeza, deseando tener más *brandy*, justo cuando se abrió la puerta principal.

El primero en bajar deprisa los escalones fue un lacayo. Mary lo vio abrir la portezuela del carruaje y apartarse con aire marcial. Después aparecieron el duque y la duquesa. A Mary no le gustaba mucho la alta sociedad, con sus malditos aires de grandeza y sus exquisiteces, pero debía admitir que Blackmore y su esposa, con sus mejores galas, formaban una imponente pareja.

Volvió a inclinarse hacia delante cuando Sus Altezas descendieron lentamente los escalones. El príncipe sujetaba el brazo de su esposa, igual que cuando habían bajado del carruaje en la posada George. Era extraño. Por lo general, una mujer se aferraba al brazo de su marido si necesitaba ayuda. Pero el príncipe agarraba a su esposa con ambas manos, como si pensara que ella pudiera darse a la fuga.

Mary frunció el ceño, pensativa. ¿Por qué iba a querer hacerlo?

A menos que estuviera allí contra su voluntad...

Recordó su llegada a la posada. Él prácticamente había arrastrado a su esposa fuera del carruaje. Mary recordó haber pensado que la pobre desdichada parecía agotada. Pero ¿y si no era agotamiento? ¿Y si era miedo?

De pronto, su mente evocó lo que había estado buscando. Las palabras que él había murmurado al inclinarse hacia el rostro de su esposa, con todo el aspecto de un solícito marido. Pero una sola palabra acudió de golpe a su memoria. *Cully*. Había usado una palabra que pronunciaban los delincuentes comunes en todos los bajos fondos y puertos de Inglaterra.

Le había susurrado: «No seas *cully*.»

El príncipe heredero tenía de boldovano tanto como ella.

Le había dicho a su supuesta esposa que no fuera idiota.

—Os digo que, si ese es el príncipe heredero de Boldova, yo soy la maldita reina de Saba.

—¿Y la princesa? —preguntó el reverendo, dudoso.

—Yo diría que ella sí es la verdadera princesa. La pobre desgraciada está aterrada.

—¿Pero por qué? —preguntó Prudence—. ¿Y qué podrían haber hecho con el verdadero príncipe heredero?

—Probablemente le hayan atado un ladrillo al pie y lo hayan tirado al puerto de Portsmouth.

—¿Melbury mencionó que fueran a traer con ellos a su hijo pequeño? —Percy frunció el ceño, intentando recordar.

—Tal vez retengan al bebé como rehén —sugirió Lizzy—. Ya sabe, para obligar a la princesa a hacer lo que le digan. Si tienen a su hijo, ella haría cualquier cosa.

—Incluso matar al rey —dijo el reverendo en un susurro.

Los seis se miraron, horrorizados.

—Eso es un disparate, Augustus —dijo Agnes, la primera en hablar, con una voz aguda y chillona, y luego empezó a rebuscar las sales en el ridículo.

—Pero... pero... ¿cómo? —susurró Percy.

—El banquete —dijo Prudence. Se golpeó la frente con la mano—. Claro, tiene que ser eso. —Miró con impaciencia las desconcertadas expresiones que la rodeaban—. El rey celebrará un banquete en Westminster Hall después de la ceremonia —explicó—, pero solo ha invitado a los caballeros. Grace se quejaba de que obligarán a todas las damas a sentarse en galerías improvisadas y limitarse a mirar.

—¿Qué, sin comida? —comentó Mary, horrorizada.

—Casi con toda seguridad, la princesa estará sentada junto a Grace —continuó Prudence—. Podría llevar una pistola escondida con mucha facilidad. ¿Quién va a registrar los bolsillos de una princesa?

—Tendría que tener muy buena puntería —replicó Mary.

—Mientras sepa usar una pistola, bastará —repuso Prudence—. Y si nos equivocamos... —Se encogió de hombros—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—Bueno, en el mejor de los casos, acabaremos en la maldita Newgate por aguarle la fiesta al rey —resopló Mary—. ¿Y en el peor?

Eso lo dejo a vuestra imaginación.

—Entonces, ¡¿no hacemos nada?! —exclamó Prudence.

—No podemos quedarnos aquí sentados sin intentar detenerlo —declaró Percy—. Sería inmoral.

—¿Y cómo demonios vamos a acercarnos lo suficiente para avisarles? —replicó el reverendo.

—No tengo ni idea —respondió Prudence, esforzándose por ocultar el pánico en su voz—, pero tenemos que intentarlo.

—Muy bien —suspiró el reverendo—. Agnes, Lizzy, no tiene sentido que os arriesguéis a sufrir una maldita apoplejía. Quedaos aquí y, si alguien regresa, contadle lo que sospechamos. —Se volvió hacia la madre de Percy—. Mary, creo que será mejor que venga con nosotros.

Mary Noon no había visto tanta agitación desde que George Barnet había sido colgado en el muelle de Falmouth, y no tenía la menor intención de quedarse atrás.

—¿Pueden colgarte por traición cuando no es tu país? —preguntó, siguiéndolos mientras salían a toda prisa de la habitación.

Jamie nunca se había sentido tan impotente. Ni tan vulnerable. Era como estar dentro de una maldita pecera. Cualquiera podía estar observándolos. Llevaba desde antes del amanecer patrullando las calles de Westminster junto con Bastable, Hopkins y un ejército de agentes. Los carruajes habían estado llegando durante toda la noche y, a las seis de la mañana, las calles que rodeaban la abadía estaban colapsadas. Había tanta congestión que muchos invitados se vieron obligados a abandonar sus carruajes y caminar hasta la abadía entre la multitud. A cada minuto que pasaba, resultaba cada vez más imposible detectar cualquier cosa sospechosa.

Para colmo, la exesposa del rey, la princesa Carolina de Brunswick, había intentado entrar en la abadía, decidida a asistir a la coronación. Los soldados armados que custodiaban las puertas la habían obligado a retroceder, y una parte de la multitud, solidaria con ella, no tardó en ponerse inquieta, gritando obscenidades a los soldados que la habían rechazado.

Para cuando el rey Jorge entró por fin en la abadía, Jamie se sentía agotado por completo. Y todavía les quedaban horas por delante.

El duque y la duquesa de Blackmore, junto con el príncipe y la princesa de Boldova, habían llegado algunas horas antes a pie, después de que su carruaje hubiera sido uno de los obligados a retroceder por la multitud. Tanto Nicholas como Grace se mostraban pálidos, regios y decididos. Pese a las hordas de gente que los separaban, Nicholas había captado la mirada de Jamie y había asentido.

El príncipe heredero de Boldova, que caminaba junto a ellos, parecía fascinado por el espectáculo. La princesa Elena, envuelta con firmeza por los brazos de su esposo, se limitaba a poner un pie delante del otro.

Durante toda la ceremonia, un buen número de agentes de Bow Street se infiltró entre la multitud, mientras Jamie, Bastable y Hopkins mantenían la vigilancia alrededor de los muros exteriores de la abadía.

A medida que avanzaba el día, el calor se volvió casi insoportable, y Jamie solo podía preguntarse cómo estarían los de dentro. De hecho, cuando vio entrar al rey con las gruesas vestiduras de terciopelo para la coronación, su larga peluca rizada y el sombrero con penacho, Jamie casi deseó que el monarca muriera de una apoplejía y les ahorrara problemas a todos.

El final de la ceremonia resultó casi anticlimático, sin que ocurriera nada peor que un buen número de invitados desmayados por el calor.

Cuando el rey se retiró a una sala privada para descansar, Jamie se permitió por fin albergar la esperanza de que quizá se hubieran equivocado. Tal vez el único propósito de los conspiradores había sido alterar la coronación.

Pero aún no podía bajar la guardia. Todavía tenían que superar el banquete en Westminster Hall.

CAPÍTULO 24



Mientras bajaban hacia la abadía de Westminster, había tal aglomeración de gente que pronto resultó difícil mantenerse juntos, y el reverendo empezó a cuestionarse la sensatez de haberse traído a Freddy.

—Nicholas dijo que Jamie estaría en algún lugar cerca de la abadía —les dijo Prudence a los demás—. Si conseguimos hablar con él, tendremos una posibilidad de detenerlos.

Sin embargo, pese a la determinación del pequeño grupo, la muchedumbre los obligaba a retroceder una y otra vez. Después de lo que parecieron horas, sudorosa y casi frenética, Prudence oyó gritar a lo lejos «¡Dios salve al rey!», lo que indicaba que la ceremonia estaba llegando a su fin.

—¿Alguien sabe a qué hora empieza el banquete? —preguntó.

El reverendo negó con la cabeza.

—Pero imagino que el rey necesitará antes tomarse un respiro, así que no creo que se nos haya acabado el tiempo todavía.

—Tal vez la multitud se canse de esperar y empiece a dispersarse —observó Percy, esperanzado.

—Dudo que la mayoría tenga un lugar mejor donde ir —replicó el reverendo.

—Todas las tabernas están ya llenas a reventar —convino Mary con un suspiro—. Maldita sea, ahora mismo mataría por una jarra de cerveza.

—Intentemos volver al parque de St. James —sugirió Prudence—. Podremos descansar y decidir qué hacer después.

En total, tardaron casi veinte minutos en llegar al parque de St. James y, durante unos segundos, se limitaron a quedarse allí de pie, mirando.

—Apenas queda una maldita brizna de hierba sin alguien sentado encima —refunfuñó el reverendo, exhausto.

—No sé cómo vamos a encontrar un sitio lo bastante grande para aparcar ese condenado trasero suyo, reverendo —se carcajeó Mary. Miró a sus tres acompañantes y sacudió la cabeza—. Demonios, menos mal que estoy aquí. Menudo grupo de melindrosos estáis hechos; parecéis muertos. Vamos, seguidme.

Y, sin más, la matrona se abrió paso a empujones entre aquel mar humano hasta que por fin consiguieron encontrar un hueco lo bastante grande para los cuatro seres humanos y el perro.

Cuando llevaban unos diez minutos sentados en silencio, el reverendo Shackleford soltó un sonoro suspiro.

—Bueno, estoy rendido —gimió— y, a menos que el Todopoderoso considere oportuno concedernos un maldito milagro comparable a la separación del mar Rojo, creo que estamos metidos en un buen lodazal.

Prudence estaba demasiado cansada para responder. A decir verdad, su padre tenía razón. ¿Qué posibilidades tenían de acercarse a menos de cien metros de Westminster Hall? Y, aunque lo lograran, nada garantizaba que pudieran encontrar a Jamie. Y cualquier otra

persona a la que intentaran advertir, probablemente los tomaría por locos y haría que se los llevaran a rastras. Distraída, apoyó una mano en el lomo de Freddy.

—Deberíamos haberte dejado en casa —murmuró al viejo sabueso cuando este levantó la cabeza y la apoyó en la rodilla de Prudence.

—¡Freddy! —exclamó de pronto el reverendo.

Prudence lo miró con el ceño fruncido.

—Lo sé, ha sido una irresponsabilidad tremenda arrastrarlo con nosotros en esta misión absurda —le espetó ella—. De veras, no sé qué estábamos pensando. Tal vez uno de nosotros debería llevarlo de vuelta.

—No —declaró el reverendo, con la voz de pronto animada—. Hace mucho que no rastrea nada, pero sigue siendo un maldito sabueso. —Bajó la vista hacia el perro, que ya movía la cola.

—¿Cree usted que podría encontrar a Jamie? —preguntó Prudence, dudosa—. ¿Con toda esta gente?

Su padre sonrió despacio.

—Creo que sí.

Para cuando el rey ocupó por fin su asiento a la cabecera de la mesa del banquete, Grace se sentía mareada. El calor era sofocante en las galerías, y no ayudaba que la cera caliente de miles de velas no dejara de gotear sobre ellos. La duquesa, además, estaba cada vez más preocupada por la princesa, sentada a su lado. Esta no había dicho una sola palabra desde que ocuparon sus asientos, y ahora presentaba un aspecto ceniciento. De hecho, Su Alteza estaba tan pálida que la duquesa temió que fuera a desmayarse. Grace miró a su alrededor con intención de pedir ayuda a sus hermanas, pero tanto Patience como Temperance estaban sentadas demasiado lejos.

Tampoco servía de nada buscar la ayuda de Nicholas. Él y el príncipe heredero estaban apretujados junto con más de trescientos hombres, y apenas podían moverse.

Al final, desesperada, la duquesa tocó el brazo de su acompañante. La princesa se sobresaltó como si tuviera la mente en otra parte.

—¿Se encuentra bien, Alteza? —le preguntó Grace con ansiedad, aun sabiendo que probablemente no la entendería.

La princesa Elena se limitó a observarla con la mirada vacía.

Grace sintió náuseas. ¿Podía abandonar su asiento e ir a pedir ayuda? Las escaleras improvisadas a un lado de las galerías eran tan empinadas que intentar bajar por ellas sujetando a la princesa sería jugarse la vida. Grace vaciló, presa de una angustiosa indecisión, dejando a un lado cualquier pensamiento sobre complots y conspiradores. El rey tendría que apañárselas solo. Ahora, su atención estaba centrada únicamente en evitar que una de sus invitadas tuviera el mal gusto de morirse durante su coronación.

—Tendremos que atarle una nota al collar —dijo Prudence, contagiada por la emoción de su padre.

—Tengo una libreta y un lápiz —añadió Percy, rebuscando en los bolsillos de su sotana.

—Por favor, dime que hoy llevas pantalones, Percy —dijo el reverendo—. Quiero decir, asistir a tu propia boda sin ellos es una cosa, pero presentarte a la coronación del rey con tus... —Hizo una pausa al ver el rostro fascinado de Prudence—. Con tus, eh... innombrables, es otra muy distinta —concluyó con torpeza.

El coadjutor se puso del color de un tomate maduro y le entregó con rapidez la libreta y el lápiz.

—¿Qué escribo? —preguntó Prudence.

—Bueno, no sirve de nada escribir una maldita novela —dijo el reverendo—. Bastará con una versión abreviada.

Prudence escribió deprisa: «Príncipe heredero falso, como sospechábamos. Princesa obligada a matar al rey». Luego dobló la nota con cuidado y la enrolló alrededor del collar de Freddy.

—¿Cómo vamos a sujetarla?

—Tengo un poco de cordel —respondió Percy, enrojeciendo otra vez.

—No pienso preguntar dónde lo has estado guardando —se carcajeó Mary.

Enseguida aseguraron la nota doblada y empezaron a sentirse algo menos desesperados.

—Muy bien —declaró Augustus Shackleford, admirando su obra—. ¿Tenemos algo que pertenezca al muchacho?

Hubo un breve silencio.

—Rayos y centellas —masculló el reverendo—, ¿no me digáis que todo esto ha sido una maldita pérdida de tiempo?

Prudence carraspeó.

—Yo tengo algo —murmuró.

Rebuscó en su ridículo y sacó el pañuelo que Jamie le había dado. ¿Había pasado solo una semana?

—Ahora no es momento de preguntar cómo ha llegado a tu poder el contenido del bolsillo de un caballero —gruñó el reverendo—. Pero ten por seguro, Prudence Shackleford, que cuando todo esto termine hablaremos de eso.

—Me corté en el dedo —se defendió Prudence con demasiada franqueza, lo que le valió una mirada severa de su padre. Ella resopló, indignada y le entregó el pañuelo.

—Creo que deberíamos acercarnos todo lo posible a Westminster Hall antes de dejar que Freddy lo olfatee —decidió el reverendo, poniéndose en pie con renovado entusiasmo.

Entonces, para horror de Prudence, su padre se enderezó, se plantó las manos en las caderas, y anunció con voz sonora:

—No temáis, amigos míos, la grandeza nos ha sido impuesta...

Por fortuna, antes de que pudiera continuar, los otros tres se incorporaron a toda prisa, y él solo alcanzó a añadir:

—Inglaterra confía en nosotros...

Mary le dio un empujón sin ceremonia alguna.

—Cierre el pico, viejo pomposo —masculló—. No queremos que se entere todo el maldito mundo.

Por desgracia, les llevó tanto tiempo abrirse paso entre la multitud que, cuando Westminster Hall apareció ante ellos, el banquete ya estaba bien avanzado. Su breve sensación de euforia se había desvanecido hacía rato, y todos estaban acalorados, pegajosos de sudor y temiendo que quizá ya fuera demasiado tarde.

Podían ver con claridad la famosa pasarela cubierta del rey, pues se alzaba casi un metro sobre el suelo y tenía más de siete metros y medio de ancho.

—Maldita locura —masculló Mary—. Un despilfarro de dinero, si queréis saber mi opinión.

Los demás no podían sino estar de acuerdo. Pero lo peor era que la pasarela comenzaba delante de Westminster Hall. Si Jamie estaba al otro lado, Freddy probablemente tendría que saltar por encima para alcanzarlo y, por desgracia, las gradas y galerías que flanqueaban el recorrido seguían llenas de espectadores que esperaban ver salir al rey. Incluso si el sabueso lograba llegar al otro lado, existía una alta posibilidad de que los soldados armados que custodiaban la puerta principal lo detuvieran.

Todo el empeño parecía imposible. El único que conservaba algo de entusiasmo era el propio Freddy. El anciano sabueso se había convertido en un perro joven y ansioso que tiraba con fuerza de la correa de su amo.

—¿Está seguro de que esto es buena idea, señor? —preguntó Percy, retorciéndose las manos.

El reverendo no respondió. Estaba ocupado rebuscando en su sotana para encontrar el pañuelo de Jamie. Prudence se agachó junto a Freddy, que movía la cola con impaciencia.

—Ten cuidado, dulce Freddy —murmuró, con un nudo repentino en la garganta—. Confiamos en ti.

—Muy bien —ordenó el reverendo—. Lo sujetaré todo el tiempo que pueda, pero, en cuanto sepa que ha encontrado el rastro, lo soltaré. —Se inclinó y sostuvo el pañuelo bajo la nariz del sabueso—. Busca a Jimmy —le susurró al oído—. Jimmy Fowler.

Freddy alzó la vista, dio un rápido lametón a su amo y, de pronto, salió disparado hacia las gradas, con el reverendo tambaleándose detrás de él.

Naturalmente, sucedió lo inevitable. Aunque el sabueso era hábil a la hora de esquivar obstáculos, humanos o no, Augustus Shackleford tenía la agilidad de una vaca con muletas. Tardó menos de dos minutos en estrellarse en mitad del pícnic de una familia. Aterrizó con un «uf» en medio de una gran fuente de crema de vino y nata, soltó la correa de Freddy y vio cómo el sabueso desaparecía entre la multitud que rodeaba la pasarela.

Al cabo de unos segundos, cobró conciencia de que un caballero de aspecto bastante distinguido le preguntaba qué demonios se suponía que estaba haciendo. Al mirar alrededor, el reverendo no pudo evitar reparar en que todos los miembros de la familia estaban generosamente cubiertos de crema cuajada.

Con una mueca, se puso en pie a toda prisa; luego extendió la mano y murmuró:

—Dios te bendiga, hijo mío.

Después salió corriendo en la dirección que había tomado el sabueso mientras gritaba:

—¡¿Lo ves, Prudence?!

Malcolm y Felicity habían sido incapaces de disfrutar del extravagante espectáculo, pese a saber que era improbable que volvieran a contemplar algo parecido. De hecho, la pareja se descubrió examinando a cada individuo que formaba parte de la comitiva, ya fueran doncellas esparciendo hierbas aromáticas y pétalos, altos oficiales del Estado, obispos o nobles.

—Esto es una maldita locura —masculló Malcolm cuando tuvieron que impedirle que se lanzara sobre un individuo de aspecto sospechoso, el cual resultó ser un miembro del Consejo Privado.

Incluso el propio rey fue sometido a escrutinio cuando Felicity sugirió que, hasta donde ella sabía, Jorge IV no tenía un lunar al lado de la fosa nasal derecha.

Para cuando comenzó el banquete, ambos se sentían como si los hubieran colgado en un tendedero.

—¿De veras tenemos que quedarnos hasta que termine el banquete? —se lamentó Felicity—. A decir verdad, estoy absolutamente famélica y empiezo a tener fantasías indecorosas con el pastel de caza de la señora Pidgeon.

—Si alguna vez se me ocurre siquiera sugerir que volvamos a este lugar dejado de la mano de Dios —gruñó Malcolm—, abofetéame y enciérrame en el maldito sótano hasta que recupere el juicio.

Felicity rio y, alzando la mano, le acarició la mejilla.

—¿Y si te encierro en nuestra alcoba? —murmuró.

Naturalmente, ella esperaba una respuesta picante, pero aquel «Maldita sea, ¿qué demonios crees que estás haciendo?» resultó del todo inesperado.

—Bueno, yo... —dijo Felicity, sin saber cómo continuar.

Para su sorpresa, Malcolm ni siquiera la miraba a ella, sino al otro lado de la pasarela, donde al menos tres espectadores se habían caído de sus sillas, derribados por una masa peluda. Ella frunció el ceño.

—Por favor, dime que eso no es Freddy —murmuró.

—*Aye*, y si quieres, también te diré que esos no son el reverendo, Prudence, Percy ni Mary.

Ambos miraron, incrédulos, cómo el reverendo Shackleford se encaramaba a la plataforma mientras Prudence y Percy optaban por arrastrarse por debajo. Mary se detuvo para servirse una copa de ponche que encontró abandonado.

Con absoluto asombro, vieron al sabueso pasar corriendo junto a la imponente puerta principal de Westminster Hall, en dirección a una figura que se encontraba a unos cincuenta metros.

Hasta que, de pronto, sonó un disparo.

Freddy tropezó y dio dos pasos, antes de desplomarse y rodar sobre un costado.

CAPÍTULO 25



—¡Malditos sean, y que se os pudran los ojos! —gritó el reverendo Shackleford mientras contemplaba con angustia el cuerpo inmóvil de Freddy—. ¡Estaba salvando al rey!

Jamie se quedó paralizado un segundo y luego echó a correr hacia el perro.

El soldado que había disparado vaciló, sin saber qué hacer a continuación. Atraída por el alboroto, la multitud empezó a empujar hacia delante justo cuando Jamie llegaba hasta el sabueso. Cerró brevemente los ojos, angustiado, y extendió una mano para acariciar el suave pelaje del costado de Freddy.

—¿Qué hacías aquí, muchacho? —murmuró, palpándole el cuerpo en busca de la herida.

El sabueso emitió un suave gemido y la cola golpeó una vez el suelo. Seguía vivo.

Con urgencia, Jamie siguió buscando el orificio de entrada del disparo. La sangre se acumulaba bajo la pata trasera izquierda del animal.

—Ayúdeme a moverlo —le ordenó al soldado.

Lo levantaron entre ambos. El disparo había impactado en la parte superior de la pata de Freddy. Jamie se quitó deprisa el pañuelo de cuello, lo anudó con fuerza alrededor de la herida, y luego volvió a dejar a Freddy en el suelo para acariciarle la cabeza.

—Te pondrás bien, viejo amigo —le susurró con dulzura.

Pensando en aflojarle el collar, deslizó la mano hacia abajo y de pronto notó una bola de cordel. Frunció el ceño y se inclinó para ver qué era. Había algo atado al collar.

El corazón le dio un vuelco. Por eso estaba allí el sabueso... Torpe por la prisa, Jamie consiguió quitarle el collar y desenredar el cordel, dejando al descubierto un pequeño papel doblado. Lo abrió y lo leyó con rapidez. De pronto, sintiéndose enfermo, depositó con cuidado la cabeza de Freddy en el suelo y se puso en pie.

—Tengo que entrar en el Hall —le dijo al soldado más cercano.

—Por orden del rey, no se permite entrar ni salir a nadie —respondió el soldado, cuyo remordimiento por haber disparado a un perro inocente se había convertido en hostilidad.

—Si quiere que el rey viva para ver el día de mañana, abrirá la maldita puerta —replicó Jamie con ferocidad.

Al comprender por fin que el problema era algo más que un perro herido, el oficial al mando se acercó a grandes zancadas, dispuesto a poner al agente en su sitio. Sin darle tiempo a decir nada, Jamie le habló de la nota.

—No puedo hacer que soldados armados irrumpan en el Hall —gruñó el oficial—. Me costaría el maldito puesto.

—Entonces déjeme entrar solo —dijo Jamie—. Esta nota afirma que la princesa Elena de Boldova pretende asesinar al rey.

—Y yo soy el maldito arzobispo de Canterbury —le espetó el oficial, dando media vuelta.

—¿Y si es cierto? —preguntó Jamie—. Entonces lo que perderá será su cabeza, no su maldito puesto.

El soldado vaciló y se detuvo.

—Puedo entrar en las galerías sin que nadie me vea —insistió Jamie. Agitó la nota ante la cara del oficial—. Si esto es falso, no habrá daño alguno, y yo asumiré la responsabilidad de buena gana. —Sacudió la cabeza—. Por el amor de Dios, estoy intentando salvar la vida del rey.

En ese momento llegaron el reverendo Shackleford, Prudence y Percy, tras conseguir por fin abrirse paso entre la murmurante multitud.

—Atrás —les instó el soldado que había disparado a Freddy, blandiendo la bayoneta.

Ignorándolo por completo, el reverendo se arrodilló junto a su querido perro.

—Estoy aquí, muchacho —susurró con voz rota—. Estoy aquí.

El sabueso levantó la cabeza y lamió la mano de su amo, moviendo la cola con más fuerza.

—La nota dice la verdad —le insistió Prudence al indeciso oficial—. La historia es demasiado larga para contarla ahora, pero le juro que, si no deja entrar al señor Fitzroy en el Hall, lo lamentará hasta el día de su muerte.

Su apasionado discurso al fin convenció al oficial.

—Sígame —ordenó este a Jamie.

Jamie se volvió hacia Prudence y le entregó su silbato.

—En cuanto esté dentro, sopla con todas tus fuerzas —murmuró—. Hopkins y Bastable deberían venir corriendo. Cuéntales lo ocurrido.

Dicho eso, le apretó brevemente la mano y se giró para seguir al soldado. Unos segundos después, se deslizó por la puerta.

—Bueno, yo diría que, por lo menos, deberían armarnos caballeros por esto —declaró Mary, con el vaso de ponche en la mano.

Jamie permaneció un segundo inmóvil, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, tras el brillante sol de la tarde. El ruido en la enorme sala abovedada era tremendo y rebotaba contra el alto techo abovedado. Una multitud de criados iban y venían a toda prisa, llevando fuente tras fuente hacia la enorme mesa, que ya crujía bajo el peso de la abundante comida. Nadie dirigió una sola mirada a Jamie.

Este alzó la vista hacia las improvisadas galerías, preguntándose qué estúpida decisión había llevado al rey a permitir que tantas mujeres permanecieran sentadas durante horas en unas estructuras tan precarias. Recorrió las filas en busca de Grace, seguro de que estaría sentada junto a la princesa, pero no logró distinguirla entre los cientos de damas que parloteaban y cotilleaban en las gradas. Con una mueca, lanzó una última mirada al banquete, y se dirigió a toda prisa hacia la escalera más cercana.

La duquesa de Blackmore empezaba a desesperarse. Nada en su vida la había preparado para lo que estaba ocurriendo. De hecho, comenzó a creer que la princesa Elena estaba sufriendo un ataque al corazón. Su Alteza jadeaba y miraba alrededor del Hall con los ojos desorbitados, como si no supiera muy bien dónde estaba. Grace intentó tomarla del brazo, pero la princesa le devolvió una mirada salvaje y se zafó de su agarre.

La duquesa miró a su alrededor, buscando cualquier ayuda, pero las damas próximas mantenían los ojos fijos en el banquete de abajo, sin deseo alguno de verse asociadas con alguien que, sin duda, había perdido el juicio.

De pronto, la princesa empezó a hurgar los pliegues de su vestido, al parecer, intentando encontrar un bolsillo. Pensando que tal vez buscaba unas sales, Grace extendió la mano hacia ella.

—Por favor, permítame ayudarla, Alteza —murmuró.

La princesa aferró el brazo de la duquesa y lo mantuvo inmóvil con una mano blanca, casi descarnada, como si fuera solo hueso. La fuerza de su presión era dolorosa, y Grace se mordió el labio, conteniendo las lágrimas.

Entonces, de pronto, Su Alteza la soltó y, sin apartar los ojos de la duquesa, deslizó la mano en el bolsillo del vestido y, contra todo pronóstico, comenzó a levantarse.

Pero, de repente, una mano grande se cerró sobre el brazo de la princesa y la empujó de vuelta a su asiento.

—Yo que usted no lo haría, Alteza —murmuró una voz brusca y familiar.

El duque de Blackmore descubrió que apenas podía comer nada. Sus ojos se desviaban sin cesar hacia la duquesa, situada muy arriba en las gradas. Cada vez que miraba, ella parecía enfrascada en una seria conversación con la princesa, sentada a su lado, y aquello le revolvía el estómago. El príncipe heredero también parecía observar a su esposa, pero fuera lo que fuese lo que veía, no parecía afectar demasiado a su apetito.

Había más de trescientos pares del reino y caballeros alrededor de la mesa, todos, salvo el rey, apretujados como sardinas. Mientras picoteaba la ternera estofada, el duque miró de reojo al príncipe. Nicholas tragó saliva y volvió la atención hacia la comida, que se enfriaba deprisa. La grasa cuajada en el plato, mezclada con el olor agrio que desprendían tantos cuerpos sudorosos, le dieron ganas de vomitar.

Tragó con esfuerzo y volvió a mirar a su esposa, hasta que de pronto vio una figura que avanzaba deprisa por la provisional pasarela del fondo de las galerías. Incluso desde allí, reconoció a Jamie. El corazón le golpeó contra las costillas mientras veía a Jamie bajar con rapidez los escalones hacia Grace y la princesa Elena. Una súbita quietud a su lado le indicó que el príncipe también lo observaba.

Con el corazón en la garganta, el duque vio cómo la princesa aferraba el brazo de su esposa para luego soltarlo y empezar a ponerse en pie, hasta que Jamie la obligó de golpe a sentarse de nuevo. Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que Nicholas apenas pudo encontrarle sentido.

Jamie sacó algo del bolsillo de la princesa y empezó a instarla a levantarse del asiento, sujetándola con firmeza por el brazo. Grace miraba a Jamie con una expresión de profundo alivio hasta que, de forma inesperada, un gran goterón de cera caliente cayó desde la lámpara de araña sobre la muñeca de Jamie.

Él soltó el brazo de la princesa por puro reflejo, y ella se retorció al instante para apartarse, avanzando hacia el borde. Con una mirada desquiciada hacia la mesa del banquete, la princesa empezó a subirse a la barandilla. Un repentino silencio se apoderó de la mesa mientras ella se disponía a saltar.

Justo cuando se dejó caer, la mano de Jamie salió disparada y agarró a la princesa por el hombro para devolverla a un lugar seguro. Con un grito, ella se volvió hacia su rescatador y balanceó el brazo libre, intentando zafarse de él. Cuando Jamie empezó a perder el equilibrio, dirigió una mirada desesperada a Grace y empujó a la chillona princesa hacia los brazos de la duquesa, antes de caer lentamente por la barandilla hacia el salón de abajo.

Un jadeo colectivo se alzó de la mesa del banquete. Con un juramento desesperado, Nicholas intentó levantarse de su asiento, mientras que el príncipe a su lado luchaba por liberarse del estrecho espacio en el que estaba encajonado. Sin más preámbulos, Nicholas se volvió hacia él, echó el brazo hacia atrás y le propinó al bastardo

traidor un puñetazo brutal que lo derribó de su silla. No volvió a levantarse.

En cuanto el duque consiguió salir de su asiento, las enormes puertas del Hall se abrieron para dejar entrar a dos agentes de Bow Street, seguidos por varios soldados armados.

—Sujetadlo —ordenó Nicholas, señalando al príncipe, inconsciente en el suelo.

Mientras echaba a correr hacia el cuerpo tendido de Jamie, la mente del duque regresó a Trafalgar. Que Dios lo ayudara..., que lo condenaran si perdía a otro hijo. Llegó hasta Jamie al mismo tiempo que Hopkins.

—Déjemelo a mí, Su Excelencia —dijo el agente—. Aún respira.

Nicholas permaneció paralizado un segundo; luego alzó la vista hacia su esposa y la vio intentando sujetar a la princesa. Con otra maldición, Nicholas empezó a correr hacia las improvisadas escaleras.

Como era de esperar, lord Melbury no había sido uno de los trescientos privilegiados sentados a la mesa del rey, sino que el lord Gran Chambelán lo había elegido para supervisar a los muchos criados necesarios para servir aquellas montañas de comida.

El barón no se movió de inmediato de su puesto al ver al duque de Blackmore reducir a la princesa de Boldova y llevarla en brazos hasta los agentes de Bow Street que aguardaban en el Hall, pero miró hacia el rey, que observaba la escena como si todo aquello se hubiera preparado para su entretenimiento.

Después, muy despacio, mientras todos a su alrededor contemplaban el drama, el barón retrocedió hacia una alcoba cubierta por cortinas y se escabulló.

Cuando sacaron a Jamie del Hall en brazos, el rey se puso en pie y aplaudió con entusiasmo.

—¡Bravo! —tronó—. ¡Bravo!

Luego volvió a sentarse y continuó con el banquete como si no hubiera ocurrido nada. Aunque el hecho de que ahora quedaran dos asientos vacíos significaba que, al menos, había un poco más de espacio para los que estaban sentados en ese lado de la mesa.

CAPÍTULO 26



—No puedo decir si el muchacho volverá a caminar sin dificultad, pero sé que vivirá —dijo Malcolm.

Grace apretó la mano de su marido mientras Nicholas asimilaba la noticia.

—Le he entablillado la pierna y la he enderezado lo mejor que he podido —continuó Malcolm, cansado—. Por fortuna, el muchacho seguía inconsciente. —El escocés se dejó caer pesadamente en una silla y aceptó el *brandy* que le ofrecían—. Ahora solo podemos esperar y rezar.

—¿Pero cree que vivirá? —preguntó Prudence, con el rostro ceniciento.

—*Aye*, muchacha —asintió Malcolm.

Prudence miró a su cuñado.

—Deseo ser yo quien lo cuide —declaró, con una expresión decidida, como si esperara que el duque le prohibiera poner un pie en la habitación del enfermo.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas sin más.

Prudence parpadeó ante aquella respuesta, del todo inesperada.

—Yo... yo... —titubeó ella.

—¿Lo amas, Pru? —preguntó su hermana con suavidad.

De pronto, Prudence tuvo que luchar contra las lágrimas.

—S... sí —susurró—. Iba a decíroslo cuando todo esto terminara.

—¿Y Jamie? ¿Siente él lo mismo? —La pregunta del duque fue impasible, y Prudence alzó la barbilla con desafío.

—Sí —afirmó con valentía—. Siente lo mismo.

—Entonces, tienes mi permiso —respondió Nicholas con sencillez. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa—. Solo te ruego que no lo mates.

Cuando Jamie se recuperó lo suficiente para hacer preguntas, la primera fue, como era natural, para interesarse por Freddy. A decir verdad, al sabueso le había ido mucho mejor que a él. Aunque el disparo le había alcanzado la pata trasera, no había causado daños graves, y si bien era poco probable que el viejo perro volviera a cazar conejos, el reverendo había prometido entre lágrimas a su fiel compañero un retiro digno de un auténtico héroe, con pudin de pan y mantequilla a diario, y al menos un chorrito de *brandy* a la semana.

Ah, y con una compañera, puesto que Flossy volvería con ellos a la vicaría.

En cuanto a las demás preguntas de Jamie, el inspector Bastable se mostró más que dispuesto a proporcionarle respuestas.

Encontraron a James Melbury en su estudio. Le faltaba toda la parte posterior de la cabeza, pues había tomado una pistola y había apretado el gatillo bajo la barbilla.

Había una nota sobre el escritorio. Para deleite de Bastable, aquella nota entregaba al único hombre contra el que no habían logrado

encontrar pruebas: John Royston.

Según le contó Bastable a Jamie, al parecer, ambos se habían criado en la misma casa. Los dos eran bastardos. James, hijo ilegítimo del padre; John, de la madre. Aunque James había heredado a la muerte de su padre, el viejo barón, de forma inexplicable, había entregado a su esposa el control de las propiedades y las arcas de los Melbury. Lady Melbury había disfrutado obligando a su hijastro a someterse a su voluntad, e incluso había añadido el bienestar de una perrita para que el juego resultara más entretenido. James la había detestado a ella, y ella lo había detestado a él.

John, entretanto, había crecido convertido en un hombre sobrio y austero, inmerso en los escritos de conocidos radicales como Thomas Paine, quien sostenía que la aristocracia no poseía ninguna sabiduría hereditaria y, por tanto, tampoco tenía el derecho automático de gobernar a todos los demás. John despreciaba a su madre, convencido de que se había vendido por un título.

Aun así, a su muerte, ella perpetuó las acciones de su difunto esposo al dejar la fortuna y las propiedades de los Melbury en manos de John, asegurándose así de que James siguiera siendo barón solo de nombre, incapaz aún de controlar su destino. Obligado todavía a suplicar cada penique.

La promesa de John de entregarle por fin el control de los bienes de la baronía fue lo que convenció a James de participar en la conspiración. Tras congraciarse con el lord Gran Chambelán, el barón Melbury tenía acceso a gran parte de lo que ocurría en palacio, y estaba en una posición ideal para convertirse en un valioso informante.

Aunque, a decir verdad, James Melbury había sido maltratado y atormentado durante toda su vida, eso, por desgracia, no lo había vuelto menos arrogante ni menos necio.

—Pobre cabrón iluso —dijo Jamie—. ¿Qué ha pasado con Royston?

—Se ha desvanecido en el aire —gruñó Bastable—. Sin duda, el canalla vio las orejas al lobo en cuanto comprendió que el complot había fracasado. —Hizo una mueca—. Pero no te equivoques, atraparemos a ese bastardo y, cuando lo hagamos, lo primero que le preguntaré será por qué demonios se le ocurrió escoger a la princesa de un país de tres al cuarto, perdido en medio de Europa, para que le hiciera el trabajo sucio. —El inspector sacudió la cabeza con disgusto—. Royston tenía retenido al hijo de la princesa para asegurarse de que ella hiciera lo que le ordenaban, pero logramos encontrar al niño sano y salvo, al cuidado de una vieja chiflada en Fareham. Aunque, de momento, no hemos tenido demasiada suerte en encontrar los cuerpos del verdadero príncipe heredero o de sus acompañantes. Los pobres desgraciados aparecerán dentro de un mes o dos, o al menos, lo que quede de ellos, después de servir de banquete de cuatro platos a los malditos peces. —Bastable volvió a sacudir la cabeza y suspiró—. A decir verdad, no estoy seguro de que lleguemos nunca a conocer el fondo de todo este turbio asunto.

—¿Y la princesa Elena? —preguntó Jamie con el ceño fruncido—. ¿El rey mostró clemencia? Quiero decir, si todo lo que hizo fue contra su voluntad, solo para salvar a su hijo...

—Libre sin cargos —rio el inspector—. Me parece que el viejo temía que el pequeño heredero al trono de Boldova creciera con ganas de ajustar cuentas. Nunca está de más fomentar las relaciones diplomáticas.

—¿Y el falso príncipe Federico?

—Un antiguo actor shakespeariano, según parece. Dio su última función hace apenas dos días, cuando lo decapitaron en el mejor Día de Paddington Square[1] desde Arthur Thistlewood. El *Tyburn Chronicle* hizo una maldita fortuna.

Con eso, el inspector Bastable se marchó, dejando a Jamie reflexionando sobre las rarezas del destino. Al frustrar el complot contra el rey —su mayor logro como agente de Bow Street— había

perdido no solo el uso de la pierna, sino toda la carrera que tanto esfuerzo le había costado construir. Era una amarga píldora que tragar.

Durante los días siguientes, Percy, Lizzy y Mary regresaron a Blackmore. Estaba claro que alguien tenía que pronunciar los sermones del domingo, antes de que los vecinos se convirtieran en paganos incontrolables. Naturalmente, no se dijo nada sobre el regreso de Mary a Salcombe...

A finales de septiembre, Jamie ya era capaz de sostenerse en pie por sí solo e incluso de dar unos cuantos pasos. Prudence había permanecido junto a él con vigilancia constante durante toda su recuperación, aunque la mayor parte de la familia creía en secreto que probablemente había mejorado a pesar de sus cuidados, más que gracias a ellos.

Jamie aún no había hablado ni con el duque ni con el reverendo sobre sus intenciones, pues había abandonado toda idea de casarse con Prudence en cuanto comprendió que, con toda probabilidad, cojearía el resto de su vida. Sobre todo, porque su carrera como agente de Bow Street había terminado.

Por desgracia, cuando por fin eligió compartir su razonamiento, perfectamente lógico, con el amor de su vida, ella no se lo tomó tan bien como él había imaginado. De hecho, después de besarlo hasta que Jamie estuvo tentado de arrastrarla a la cama, Prudence amenazó con romperle la otra pierna y le informó, en términos inequívocos, de que hablaría ella misma con Nicholas y con su padre.

Sin embargo, al final todo dio un vuelco por culpa de una inesperada visita del rey.

El día en cuestión, Jamie se había quedado solo mientras todos los demás tomaban un poco de aire fresco, muy necesario, en Rotten Row. Jamie estaba sentado en la salita del primer piso, con la pierna entablillada apoyada en un escabel. Aun así, cuando un sobrecogido

Bailey anunció que el mismísimo rey de Inglaterra había venido de visita, Jamie consiguió de algún modo ponerse en pie.

—Su Majestad —murmuró, ofreciéndole una torpe reverencia que casi lo hizo caer de culo.

—Siéntate, maldito joven insensato —se burló Su Majestad, despidiendo a sus acompañantes con un gesto, aunque no estaba claro adónde esperaba que fueran todos.

—Traeré té, señor.

Era evidente que el anciano mayordomo creía estar siendo discreto, pero el rey Jorge no perdió tiempo en pedir que le sirviera el suyo con un cuenco entero de azúcar y un plato de galletas de jengibre.

¿Dónde demonios estaba todo el mundo? Jamie se habría cortado con gusto la pierna sana si eso hubiera hecho que el duque y la duquesa entraran por la puerta principal en aquel preciso instante.

—Eh... Sus Excelencias han salido a tomar el aire —tartamudeó, una vez que Su Majestad se hubo acomodado a su entera satisfacción.

—No he venido a verlos a ellos —respondió el rey con buen humor —. Supongo que tú eres el tipo que me salvó el pellejo, cayéndose de la maldita galería, ¿no?

Jamie tragó saliva y asintió con cautela.

—Fue un honor, desde luego, *sire* —murmuró, en un tono que esperaba que sonara adecuadamente humilde.

—Bueno, está claro que no vas a correr mucho en un futuro próximo.

El rey hizo una pausa para reírse de su propio juego de palabras[2]. Jamie se unió a él por obligación, hasta que escuchó las siguientes palabras del monarca.

—Así que he pensado que una recompensa apropiada podría ser entregarte las posesiones de Melbury y nombrarte magistrado. ¿Crees que eso bastaría?

---

1 Nota de la traductora: «Día de Paddington»: alusión popular a los días de ejecución pública; Tyburn, célebre patíbulo londinense, se encontraba en la zona de Paddington.

2 Nota de la traductora: Los agentes de Bow Street tenían el sobrenombre de *Runners*, «corredores», en español.

EPÍLOGO



La boda de Prudence y Jamie se celebró en Blackmore la semana anterior a Navidad.

Por fortuna, aunque hacía frío, las escasas lluvias permitieron que asistiera toda la familia. Como era de esperar, se decidió que regresar a casa a tiempo para las celebraciones navideñas no convenía a nadie, así que, con mucho sentido común, todos concluyeron que pasar la Navidad como distinguidos huéspedes del duque y la duquesa sería una espléndida idea, aunque, en honor a la verdad, a nadie se le ocurrió preguntar al duque y la duquesa si a ellos les convenía el arreglo.

Por supuesto, entre los vecinos se sumaba la emoción de que la hija del reverendo se casara, en aquella ocasión, con uno de los suyos.

Y no con cualquiera, sino con el mismísimo Jimmy Fowler.

Naturalmente, nadie acababa de acostumbrarse a su nuevo y elegante nombre. Para los vecinos siempre sería Jimmy. Aunque ahora fuese un magistrado recién designado y tuviera título propio. Había nacido como Jimmy Fowler, y como Jimmy Fowler moriría.

Por supuesto, a Prudence Shackleford le importaba muy poco cómo lo llamaran. Le bastaba con que fuera suyo.

De hecho, habría estado perfectamente dispuesta a prescindir de toda la pompa y ceremonia que solía acompañar a una boda y dejar que su padre los casara sin más, con los testigos necesarios.

Por desgracia, todo Blackmore no se lo habría perdonado jamás.

Lo que significaba que se vio obligada a participar en el obligatorio acicalamiento que se consideraba parte esencial de cualquier boda. Como era natural, su proceso de embellecimiento implicó a sus siete hermanas. Mientras las veía discutir por el vestido, el velo, las flores que llevaría en el pelo e incluso por lo que debería llevar prestado, Prudence tuvo la sensación de haber vivido aquello antes.

Y así era. Siete veces, para ser exactos. Pero, en realidad, en todo ese tiempo, muy pocas cosas habían cambiado. Sin duda, todas eran mayores, aunque su padre seguramente se preguntaría si alguna de ellas era más sensata. Pero, al fin y al cabo, seguían siendo las mismas hermanas con las que Prudence había crecido. Y las quería. A pesar de sus aires y modales, a menudo irritantes.

Así que Prudence se sometió a sus atenciones sin moverse, sin protestar y sin pronunciar una sola palabra áspera. De hecho, se mostró tan dócil que Charity acabó preguntándole quién era y qué había hecho con Prudence. Aquello, al menos, hizo que ella frunciera el ceño, lo que sirvió para tranquilizar a sus hermanas.

Aun así, Prudence tuvo que admitir, cuando todas dieron un paso atrás para admirar su obra, que nunca había estado más guapa. Ahora solo tenía que superar la maldita ceremonia...

Jamie y Nicholas estaban sentados en un silencio cómplice en el estudio del duque. El carruaje que los llevaría a la iglesia tenía previsto llegar a la hora en punto, lo que les dejaba tiempo suficiente para compartir un *brandy* de celebración.

Jamie no estaba seguro de si se estaba pasando de la raya al pedirle a Nicholas que fuera su padrino, pero, en realidad, no podía imaginar a su lado a nadie más en el día más importante de su vida.

El silencio se prolongó mientras ambos hombres contemplaban las llamas danzantes en la chimenea, cada uno reflexionando sobre los increíbles acontecimientos de los últimos meses. Al fin, el duque carraspeó y Jamie levantó la vista, de pronto receloso.

—Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti —murmuró Nicholas, con voz ronca.

«¿Eso era ansiedad?», se preguntó Jamie, perplejo, mirando al hombre que había sido como un padre para él desde que tenía doce años.

—Debería habértelo dicho antes —continuó el duque, con la voz ya quebrada—, pero espero que ahora sepas que no podría quererte más si fueras de mi propia sangre.

Jamie no sabía qué decir. De hecho, temía mucho que, si intentaba articular palabra, empezara a llorar. En lugar de eso, tragó saliva y asintió con fuerza.

El duque se recostó en su asiento, como si comprendiera la respuesta poco elocuente de Jamie.

—Solo quiero que sepas que, pase lo que pase —añadió—, siempre estaré ahí para ti. Para ti y para Prudence.

Un golpe en la puerta puso fin a la conversación, seguido de la aparición de la señora Tenner.

—El carruaje está aquí, Su Excelencia —declaró la mujer, con una amplia sonrisa.

Ambos hombres terminaron sus brandis y se pusieron en pie.

—Es hora de que te pongan los grilletes —bromeó Nicholas.

Mientras caminaban hacia la puerta, Jamie al fin se atrevió a hablar sin romper a llorar. Tocando el hombro del duque, murmuró con voz alterada:

—Gracias, Su Excelencia. Por todo. Yo también le quiero.

El banquete de boda se celebró en el enorme granero del duque y la duquesa, cuyas paredes estaban adornadas para la ocasión con fragantes guirnaldas de acebo, muérdago y rosas de Navidad. Allí estaba todo aquel que podía presumir de ser vecino de Blackmore. Incluida Mary Noon, que de forma inesperada había dejado la casa de Percy y Lizzy y se había instalado con el posadero del Red Lion. Nadie tuvo el valor de preguntar si habían pasado por la vicaría, pero todos decidieron que, puesto que Mary servía las pintas con gran pericia, y sus pasteles de cordero tampoco estaban nada mal, qué demonios importaba.

Y cuando los habitantes de Blackmore volvieron a sus casas dando tumbos, después de consumir un cerdo asado y más de una docena de barriles de cerveza, todos coincidieron en que había sido la mejor boda desde la de la reina Carlota —Dios la tenga en su gloria— y el incidente del estanque de los patos.

Que era, precisamente, lo mismo que habían dicho de todas las demás bodas Shackleford desde aquel día tan memorable...

Fin

El reverendo y el resto de la familia Shackleford regresan en *Anthony,* novena entrega de la serie *Las hermanas Shackleford.*

Reserva ahora

¡Disfruta ahora del primer capítulo!

NOTA DE LA AUTORA



Por supuesto, en realidad la coronación del rey Jorge IV no se vio empañada por ningún intento de asesinato, aunque muchas de las demás cosas que he descrito en *Prudence* sí son ciertas.

La exesposa del rey, Carolina de Brunswick, intentó efectivamente acceder a la abadía, insistiendo en que debía ser coronada junto a su esposo, y el banquete se celebró de forma muy parecida a como he narrado en el libro. La pasarela procesional elevada y cubierta fue otra de las extravagancias del rey Jorge, junto con una corona fabricada ex profeso, que contenía más de doce mil diamantes.

Si os interesa leer más sobre la coronación, podéis hacerlo en los siguientes enlaces:

En aquella época también había un gran malestar social en el país. Tras el final de las guerras napoleónicas, el precio de los alimentos se disparó, mientras que los salarios bajaron debido al elevado número de desempleados, muchos de ellos soldados que regresaban de la guerra. Como consecuencia, los disturbios eran frecuentes, y el gobierno temía de verdad que los reformistas radicales aprovecharan el descontento generalizado para promover sus objetivos políticos. La conspiración de Cato Street fue un acontecimiento histórico real.

ANTHONY



El reverendo y el resto de la familia Shackleford regresan en Anthony, novena entrega de la serie Las hermanas Shackleford…

Anthony Shackleford *llevaba mucho tiempo familiarizado con el sentido del deber. De hecho, desde que pudo caminar, su madre había disfrutado inculcándoselo cada viernes entre las dos y las cuatro de la tarde, siempre acompañado de té y tarta de manzana, un postre por el que ella sentía casi la misma devoción.*

Y el deber de Anthony se resumía en lo siguiente: no se podía esperar que el duque de Blackmore, su cuñado, mantuviera a sus suegros en su vejez. Aunque las hermanas de Anthony habían hecho matrimonios muy ventajosos, como hijo único, su responsabilidad era garantizar que sus padres vivieran con comodidad en sus últimos años. Así que, en teoría, su deber siempre había parecido bastante simple: casarse con una heredera, preferiblemente con título. Y aunque Anthony era lo bastante apuesto como para atraer la atención de cualquier debutante, el hecho de que el duque hubiera considerado oportuno regalarle una casa solariega y cuatro hectáreas, sin duda le ayudaría a ganarse el beneplácito de la madre más ambiciosa.

Sin embargo, aunque agradecía la generosidad de su cuñado, Anthony también estaba decidido a no vivir bajo la sombra de su

benefactor, por lo que insistió en encargarse él mismo de las reparaciones de la mansión Bovey. Por desgracia, eso significaba que tendría que posponer la búsqueda de esposa, ya que las reformas probablemente le llevarían algún tiempo…

***Georgiana** no sabía cuál era su apellido. De hecho, había descubierto por accidente su propio nombre. Criada en los barrios bajos de Exeter, todos la habían llamado George desde que tenía memoria, y nadie, al margen de su familia adoptiva, sabía que en realidad era una chica. No tenía ni idea de cuáles eran sus orígenes, solo sabía que Henry y Martha Atkins recibían un pago mensual por su manutención. Aunque siempre había sido una molestia para su padre adoptivo, todo cambió en cuanto empezó a convertirse en mujer. Y cuando él comenzó a buscar excusas para quedarse a solas con ella, Georgiana supo que tenía que escapar.*

Pero Henry Atkins no estaba dispuesto a dejarla marchar sin más. En realidad, no se lo podía permitir, porque Georgiana era la clave de unos planes que llevaba años preparando…

*Cuando **Anthony Shackleford** se cruzó con un muchacho desaliñado llamado George y, movido por la compasión, decidió contratarlo para ayudar con las reformas de la mansión Bovey, no imaginaba que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Y que el deber sería lo último que ocuparía sus pensamientos…*

Capítulo 1

Anthony Shackleford conocía desde hacía mucho la palabra deber. De hecho, desde el momento en que aprendió a caminar, se la habían metido en la cabeza todos los viernes entre las dos y las cuatro de la tarde, acompañada de té y del bizcocho de manzana de la señora Tomlinson. A su madre le gustaba mucho el bizcocho de manzana.

La esencia de su obligación era la siguiente: no podía esperarse que el duque de Blackmore mantuviera a sus parientes políticos hasta la

ancianidad, aunque Dios sabía que, si su madre seguía tomando aquellas repugnantes pociones, era poco probable que llegara siquiera a la mitad de la vida, y mucho menos al ocaso. Y pese a que todas sus hermanas habían contraído matrimonios extraordinariamente ventajosos, él, como único hijo varón, tenía el deber de procurar a sus padres una cómoda vejez.

Siendo sinceros, Anthony dudaba que su padre tuviera intención alguna de deslizarse con elegancia hacia una aburrida ancianidad, aunque la pérdida de Freddy, su fiel sabueso, tres años atrás, sin duda le había pasado factura.

Así que, en líneas generales, su deber siempre había parecido muy sencillo. Casarse con una heredera, preferiblemente con título.

Sencillo, al menos, hasta que Anthony llegó a Eton y aprendió cómo funcionaba el sistema de clases. En honor a la verdad, más que aprenderlo, se lo enseñaron por la fuerza. Al menos al principio. Por fortuna, su vínculo con el duque de Blackmore garantizó que no le rompieran nada, aparte del orgullo.

A medida que fue creciendo, también aprendió a defenderse, hasta que los matones decidieron que ya no merecía la pena molestarse con él. Ayudaba que fuera un joven afable, siempre dispuesto a montar una juerga, y muy apreciado por los compañeros menos encorsetados por la tradición. Con una maraña de pelo del color del cobre bruñido y unos ojos capaces de desflorar a una virgen con una sola mirada —según las numerosas criadas que peleaban con regularidad por limpiar su habitación—, no resultaría desacertado suponer que también gozaba de gran aprecio entre los miembros del sexo opuesto.

Había otra cosa que distinguía a Anthony de muchos de sus iguales, además de su afición a hacer trastadas, en su mayoría inofensivas: una inexplicable necesidad de defender y proteger. Tal vez porque aquella palabra, «deber», se la habían grabado con tanta insistencia, era por completo incapaz de mantenerse al margen de los

problemas y desgracias de cualquier hombre, mujer, niño o, en su defecto, animal con el que se cruzara.

Como era natural, en los años transcurridos desde que dejó Eton, semejante disposición había garantizado que rara vez le faltara compañía, ya fuera de dos o cuatro piernas.

Y ahora allí estaba, con veintiséis años, apoyado contra la pared en el extremo del salón de baile de su cuñado, observando la primera remesa de jóvenes damas que se exhibían para su escrutinio. Anthony estaba completamente seguro de que el dinero no era obstáculo para casi ninguna de las veinte debutantes parlanchinas que tenía delante. Las clases mercantiles recién enriquecidas harían cualquier cosa, salvo asesinar, para emparentarse con el poderoso duque de Blackmore. Por otro lado, en todo el salón no había más que un par de títulos. Y aquellos estaban allí por un motivo muy parecido, aunque sus arcas no estaban a rebosar, precisamente.

Su ensimismamiento terminó de golpe con la llegada de Peter, el vizconde Holsworthy y futuro heredero del duque de Blackmore. A pesar de los cinco años que los separaban, también era el mejor amigo de Anthony.

—¿Alguna te ha llamado la atención? —preguntó el joven con una sonrisa.

Anthony puso los ojos en blanco e hizo una mueca.

—Dudo que ninguna pase de los diecisiete —murmuró—. Maldita sea, Pete, esto parece una feria de ganado.

Peter soltó una risa carente de compasión.

—Tal vez ahora comprendas por qué tía Prudence declaró que prefería que le sacaran las uñas de los pies con una cuchara, antes que participar en el mercado matrimonial. Y no fue la única.

—¿Cómo demonios voy a llevarme a una muchacha que ha vivido siempre protegida de todo, a los páramos de Dartmoor? —replicó

Anthony—. Y, además, a una casa que probablemente solo sigue en pie por pura cabezonería.

—Está en los límites del páramo y es perfectamente habitable —se burló Peter—. Y, de todos modos, padre se ofreció a pagar las reparaciones, pero tú, como el cabezota ridículo que eres, insististe en hacerlas por tu cuenta.

Anthony suspiró.

—Que me regalara Bovey Manor y doce acres de excelente tierra de labranza ya fue más que generoso por su parte. No podía, en conciencia, pedirle más. —Anthony dirigió a Peter una sonrisa traviesa—. Y, además, no querría reducir aún más tu herencia. ¿Qué clase de amigo sería?

—Uno muy idiota —replicó Peter—. Podrías escoger a cualquiera de estas encantadoras damas y convertirte en un caballero rural, sin levantar un dedo salvo para dar instrucciones a tu administrador.

Anthony se estremeció.

—Dios Santo, eso suena espantoso. ¿Qué demonios haría durante todo el día?

—Tomar el té con los vecinos —sugirió Peter con una ceja alzada—. Aprender a jugar al *whist* y, por supuesto, mantener contenta a tu amada, llevándola a la ciudad una vez al año para que se abastezca de fruslerías, mientras tú disfrutas de tu visita anual a White's. —Soltó un fingido suspiro—. Tal es el triste destino de un caballero de campo, cuya esposa nada en la abundancia.

Durante unos segundos, Anthony no respondió. Contempló aquel mar de señoritas remilgadas. Él no se encontraba en la envidiable posición de su mejor amigo. Sobre Peter no pesaba presión alguna para encontrar esposa. De hecho, todo el mundo esperaba que disfrutase de sus años de juventud, antes de encadenarse al matrimonio y, dado que el vizconde solo tenía veintiún años, disponía de tiempo de sobra. Anthony no dudaba de que esa parte

concreta de la educación de su amigo empezaría durante su próximo viaje de seis meses por Europa.

Deber. La palabra que había dado forma a su vida, por mucho que él se hubiera rebelado contra ella.

Cada una de sus hermanas había tenido la fortuna de casarse por amor. Para él, sin embargo, no habría tal lujo. Sacudió la cabeza. Dios sabía que había sido bendecido y no tenía derecho a lamentar su destino. Los matrimonios por amor eran raros, y, si tenía suerte, encontraría una joven rica, de aspecto razonablemente agradable y con algo de ingenio. Una esposa con la que pudiera convivir en relativa armonía y, lo más importante, que contara con la aprobación de su madre. Dios lo ayudara si no acertaba en ese pequeño detalle. Rio para sus adentros.

Y dado que, en realidad, no iba con su carácter recrearse en la autocompasión, Anthony se apartó de la pared y fue a reclamar su primer baile.

Georgiana miró hacia la alcoba antes de trepar con cuidado por la ventana. A horcajadas sobre el alféizar, dejó escapar un pequeño jadeo al oír un crujido. Durante un espantoso instante, pensó que todo el marco estaba a punto de soltarse de sus anclajes. Desde luego, no era algo imposible, pues sospechaba que aquella ventana podía ser anterior incluso a la casa, o más bien a la choza, de la que intentaba escapar.

Giró la cabeza hacia la oscura habitación. Aún faltaban un par de horas para el amanecer, pero en el interior del cuarto reinaba una negrura casi absoluta, y ya no distinguía las cuatro formas dormidas, acurrucadas en los dos catres. Permaneció inmóvil un segundo, con el corazón en la garganta, convencida de haber percibido movimiento, pero al cabo de un minuto se relajó. No hubo ningún grito repentino, solo suaves ronquidos, casi acompasados.

Sonrió con aspereza. La pócima para dormir de la vieja Bridy había valido los dos peniques que Georgiana había distraído para comprarla. Respiró hondo y, con cautela, pasó la otra pierna por encima del alféizar, hasta quedar con ambos pies colgando en el vacío. Lo siguiente era la parte difícil.

La ventana estaba demasiado lejos del suelo como para saltar. Cuando empezó a idear una forma de huir, había considerado subir, en vez de bajar directamente. Al otro lado del tejado había un pequeño cobertizo adosado al que habría podido saltar sin demasiada dificultad y, desde allí, bajar al suelo. Pero el techo de paja tenía más agujeros que sus calzones, y sospechaba que terminaría cayendo a través de él para aterrizar justo entre los Grimm. Y no habría pócima capaz de impedir que despertaran de aquello. No es que el viejo Grimm hubiera puesto objeción alguna, estaba segura, pues aquel lascivo y viejo botarate era la razón por la que ella se encontraba en ese momento haciendo equilibrios en el alféizar de una ventana en plena noche.

Al final, había optado por bajar en línea recta, con suerte, a través del gran sicómoro, del que una conveniente rama quedaba apenas a un palmo de la ventana. Durante la planificación, aquella distancia le había parecido pequeña. En ese momento, la rama bien podría estar en la maldita luna.

George volvió a morderse el labio y lanzó otra temerosa mirada hacia la alcoba. El estómago se le revolvió hasta el punto de creer que iba a vomitar. Cerró los ojos con fuerza, obligando a aquel órgano rebelde a calmarse. ¿Cuándo había comido por última vez? No lo recordaba, pero ¿qué maldita importancia tenía eso? No podía quedarse allí sentada toda la noche y, si el viejo Grimm la atrapaba, probablemente no volvería a comer jamás.

Con el corazón desbocado, se agarró a la parte superior de la ventana y subió con cuidado un pie al alféizar. Después, empleando todas sus fuerzas, se inclinó hacia delante hasta apoyar el otro pie para quedarse en cuclillas. La rama estaba desesperadamente cerca.

Aferrada a la ventana con una mano, estiró la otra hacia la rama que se mecía. No servía de nada; no podía alcanzarla. George maldijo para sus adentros a quienesquiera que fuesen sus verdaderos padres por no haberle legado más que su baja estatura. Iba a tener que saltar.

El reverendo Shackleford estaba sentado en un pequeño banco situado en un apartado rincón del jardín de la vicaría, con Flossy en las rodillas. Pese al relativo calor de aquel día de julio, la perrita hacía todo lo posible por meterse debajo de su sotana. Al final, con un impaciente suspiro, el reverendo levantó el borde de la prenda y el animal se deslizó por debajo con rapidez. ¿Qué gusto tenían los perros pequeños por los espacios aún más pequeños?

El reverendo miró la sencilla lápida, en la que solo figuraba un nombre: Freddy. ¿No debería haber dejado de sentir, después de tres años, aquel impulso de derramar unas lágrimas tan poco viriles, cada vez que pensaba en el sabueso? Sobre todo, teniendo en cuenta que Freddy probablemente se lo estaba pasando en grande, retozando con el Todopoderoso.

Más que oír, sintió a Flossy soltar un satisfecho suspiro al acurrucarse contra su calor. A decir verdad, era una perrita deliciosa, más pegada a él de lo que Freddy jamás había estado. Pero el reverendo sabía que ella también echaba de menos al sabueso. Cuando ella llegó por primera vez a la vicaría, después de los tejemanejes de la coronación del rey, era recelosa y asustadiza. Entonces fue la sombra de Freddy, incluso compartía el cesto de dormir del viejo sabueso, hasta que una mañana temprano, Freddy ladró y gimoteó tanto que el reverendo tuvo que levantarse de la cama para ver qué demonios ocurría, y encontró a su fiel compañero rígido y frío.

Freddy había muerto en su cama, con más años encima de los que ningún perro tenía derecho a vivir. Pero eso no lo hacía más fácil. Ni para él ni para Flossy. Con otro suspiro, el reverendo Shackleford se

puso en pie con cuidado y depositó con suavidad a la indignada perrita en el suelo.

—Vamos, muchacha, creo que es hora de tomar un poco del bizcocho de limón de la señora Tomlinson.

Dio una suave palmadita a la lápida de Freddy, se volvió y emprendió el camino de regreso hacia la cocina, preguntándose cuándo volvería Anthony de Londres.

Después de pasarse años intentando desesperadamente casar a sus hijas, Augustus Shackleford descubrió con sorpresa que, cuando Prudence por fin se marchó, la casa se le antojaba demasiado silenciosa para su gusto. Por supuesto, tenía a Agnes para poder conversar, pero su esposa rara vez hablaba de algo que no fueran sus pócimas o el no tan inminente matrimonio de su hijo. El reverendo le había dicho varias veces que dejara al muchacho en paz. Tanto si Anthony hacía un buen matrimonio como si no, seguían teniendo ocho hijas con esposos ricos. Era poco probable que alguno de los dos acabara en el asilo para pobres.

Por desgracia, no había forma de discutir con Agnes, una vez que se le metía algo entre ceja y ceja. No era de extrañar que Anthony limitara sus visitas. Aun así, esa noche Percy y Lizzy iban a cenar y, como el reverendo sabía cuánto le gustaba al coadjutor el pudin de pan y mantequilla de la señora Tomlinson, le había pedido a esta que preparara uno especialmente grande. Al abrir la puerta de la cocina, el reverendo sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

El pudin de pan y mantequilla era la comida favorita de Freddy.

Al final, George no solo consiguió escapar de una pieza, sino que logró alejarse sin alertar a su supuesta familia de acogida. Pero de eso hacía ya horas, y el estómago empezaba a rugirle con fuerza. Tenía que encontrar algo de comer. Con una mueca, fue abriéndose paso por las sucias callejuelas de la ciudad de Exeter. Por fortuna, no

atrajo ninguna atención indeseada, pues iba vestida de muchacho. Y llevaba así desde que alcanzaba a recordar. No tenía ni idea de si era porque los Grimm no le veían sentido a comprar tela nueva, cuando servía la de segunda mano, o si pretendían ocultar que era una chica. Aunque eso no detenía las manos largas del viejo, y cada vez le había resultado más difícil evitar quedarse a solas con aquel cabrón.

Grimm no era el verdadero apellido de la familia. Lo había sacado de un cuento que oyó en una de sus escasas visitas a la escuela dominical. En realidad, se llamaban Henry y Martha Atkins. Tenían dos hijos gemelos, John y Frank, ambos a punto de cumplir doce años. Por fortuna, aún no habían pasado de la fase de acoso, así que lo peor que George había recibido de ellos era una paliza. Pero sabía que aquello cambiaría pronto.

En cuanto le bajó la regla y empezaron a crecerle los pechos, el viejo Grimm comenzó a mostrar interés en ella. Solo era cuestión de tiempo que sus hijos siguieran el mismo camino.

George se quedó en la boca de un callejón con vistas a la plaza del mercado. Tendría que ser condenadamente rápida si no quería meterse en problemas. Necesitaba alejarse de Exeter tanto como pudiera, pero, si no comía pronto, probablemente no duraría ni una semana. Se deslizó hacia un puesto de frutas y verduras, solo para recibir un golpe en la cabeza que la mandó de rodillas al suelo.

—Si pensabas servirte tú solo, inténtalo de nuevo, muchacho —masculló una voz cruel junto a su oído.

Con la cabeza zumbándole, George luchó por contener las ganas de vomitar por segunda vez en apenas dos horas y se puso en pie, temblorosa. «Menuda libertad», pensó, casi histérica. Al menos, con los Grimm tenía el estómago lleno. La mayoría de la gente habría dicho que aquello bien valía un rápido revolcón. Pero solo de imaginar las manos del gordo, mugriento y desdentado Henry Atkins le provocaba un terror tan agudo que le cortaba la respiración, al punto de creer que se ahogaba. Prefería morirse.

Con una mueca, se tocó el lado de la cabeza donde había impactado el puño del vendedor. Nadie le prestaba la menor atención. Al fin y al cabo, abofetear a muchachos harapientos formaba parte de la rutina diaria. Entonces, de pronto, George dio un respingo al notar una mano en el hombro. Por instinto, retrocedió para abrirse camino por si tenía que huir.

—Por favor, no salgas corriendo —suplicó una voz suave.

George miró, desconcertada, a la elegante dama que tenía delante.

—¿Tienes hambre? —continuó la mujer.

Georgiana entornó los ojos. Había oído hablar de supuestos benefactores que resultaban ser lobos con piel de cordero. Reclutaban pilluelos en las calles con la promesa de una comida caliente y una cama. Dio otro paso atrás, pero se detuvo cuando la mujer empezó a rebuscar en su ridículo. ¿Tendría tiempo de arrebatárselo y escapar? George la observó, presa de una agónica indecisión. Si la atrapaban, acabaría como mínimo en la cárcel del condado de Devon. Más probablemente, en la horca.

Antes de que pudiera decidirse, la dama sacó de pronto algo del bolso y extendió la mano hacia ella. Durante un segundo, George creyó estar viendo un espejismo. En la palma de la mujer había tres guineas.

Era más dinero del que George había visto en toda su vida. Maravillada, miró alternativamente las monedas y el rostro de la dama.

—Tómalas —dijo esta.

Su voz seguía siendo baja, pero el gesto de la mujer se volvió nervioso, y empezó a examinar con inquietud la zona que las rodeaba.

—¿Es dinero sucio? —susurró George con aspereza, mirando las guineas como si estas pudieran desaparecer en cuanto apartara los

ojos de ellas.

Más que verla, sintió que la dama negaba con la cabeza. Como ella seguía sin moverse, la mujer chasqueó la lengua, frustrada, le agarró la mano y le volcó las monedas en la suya, antes de que George tuviera ocasión de apartarla.

Al cerrar la mano por puro reflejo, Georgiana empezó al fin a darle las gracias con un balbuceo, solo para encontrarse con la espalda de aquella extraña mujer, que se alejaba a toda prisa.

Devuelta de golpe al mundo real, desde lo que sin duda había sido un cuento de hadas, Georgiana miró alrededor, consciente de pronto de que sostenía tres guineas enteras en la mano. Cualquiera podría haber visto la transacción y quizá, en ese mismo momento, estuviera pensando en clavarle un cuchillo en la garganta en algún sucio callejón. Georgiana tragó saliva, con el corazón golpeándole en el pecho como si estuviera a punto de saltar desde un precipicio, se metió las monedas en el bolsillo, y echó a correr.

Reserva ahora

¡CONTACTA CONMIGO!



Muchísimas gracias por leer *Prudence*. Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Si quieres contactar conmigo, estaré encantada de saber de ti. No dudes en escribirme a través de mi página de Facebook o de mi sitio web:

Facebook: Beverley Watts – Romantic Comedy Author

Sitio web: www.beverleywatts.com

Si quieres ser de los primeros en enterarte cuando se publique el próximo libro de «Las hermanas Shackleford», suscríbete a mi boletín y te mantendré al día de todas mis novedades.

Únete a mi boletín aquí: Suscribirse

Y, por último, muchísimas gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia.

SERIE «LAS HERMANAS SHACKLEFORD»



Libro 1 – **Grace**
Libro 2 – **Temperance**
Libro 3 – **Faith**
Libro 4 – **Hope**
Libro 5 – **Patience**
Libro 6 – **Charity**
Libro 7 – **Chastity**
Libro 8 – **Prudence**
Libro 9 – **Anthony**
Ya disponible para reservar

SOBRE LA AUTORA



Beverley Watts pasó ocho años enseñando inglés como lengua extranjera a estudiantes militares internacionales en el Britannia Royal Naval College, el principal centro de formación de oficiales de la Marina Real en el Reino Unido. Para ella, en todo ese tiempo, no hubo ni un solo día aburrido y muchas de sus experiencias en el centro no solo fueron memorables, sino que también podrían ser dignos de aparecer en una novela. Su primera obra, *An Officer And A Gentleman Wanted*, está inspirada, de forma muy libre, en sus aventuras en la academia.

Beverley disfruta especialmente escribiendo libros que hacen reír, y tiene en su haber dos series de comedias románticas, tanto contemporáneas como históricas, además de una serie de *cosy mystery* con un toque de humor.

Vive con su marido en un apartamento con vistas al mar en la hermosa Riviera Inglesa. Entre ambos tienen tres hijos adultos, dos preciosos nietos y un auténtico zoológico doméstico que incluye cuatro perros rescatados en Rumanía y de raza indefinida, llamados Florence, Trixie, Lizzie y Aggie. Hasta hace poco también compartían su hogar con una adorable *Chichon* llamada Dotty, que sirvió de inspiración para Dotty en *The Shackleford Diaries*.

Puedes descubrir más sobre los libros de Beverley en: www.beverleywatts.com

Título original: *Prudence*

Diseño de la portada: Midnight Muse

Maquetación digital: Coralia Press

Edición digital: mayo 2026

© 2023, BaR Publishing

© 2026, BaR Publishing

© 2026 Rosa María Calvo Luque para Coralia Press, por la traducción

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y hechos representados en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

BaR Publishing no se hace responsable de la permanencia o precisión de las URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea, o siga siendo, exacto o apropiado.

Las designaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos los nombres de marcas y productos mencionados en este libro y en su cubierta son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas comerciales y marcas registradas de sus respectivos propietarios. Ni la editorial ni el libro están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas referenciadas en el libro ha avalado esta publicación.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.